

JAMES CRUMLEY

El último buen beso



Lectulandia

C. W. Sughrue —ex oficial del Ejército, alcohólico y mujeriego— representa el arquetipo del investigador privado de la América posterior a la Guerra de Vietnam. De gatillo fácil y escasos escrúpulos, mientras trabaja en un bar de *topless* de Montana recibe el encargo de encontrar a un escritor en paradero desconocido. Sin que Sughrue lo pretenda, su búsqueda le llevará a interesarse por la desaparición de una joven diez años atrás en San Francisco. Esta nueva tarea, sin embargo, se convertirá en un intrépido viaje a las entrañas de una nación que sufre las consecuencias psicológicas de una guerra, con sus pesadillas y sus sombras aflorando a cada paso. Con su prosa elegante y un retrato sin concesiones de una sociedad en decadencia, *El último buen beso* es una experiencia llena de trepidante acción, cruel ironía y crítica brutal al género humano. El sexo, el dinero, la corrupción, la violencia y las drogas se hacen un hueco en una fascinante historia donde lo más importante es dejar atrás el propio pasado.

Lectulandia

James Crumley

El último buen beso

Saga: C. W. Sughrue - 01

ePub r1.3

eKionh 16.04.14

Título original: *The Last Good Kiss*

James Crumley, 1978

Traducción: Marta Pérez Sánchez

Editor digital: eKionh

Corrección de erratas: JackTorrance, IbnKhaldun y sorprenent

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Dick Hugo, un excelente detective del corazón.

«Podrías tener el capricho de acercarte por aquí el domingo. Digamos que tu vida se ha venido abajo; que han pasado años desde que diste el último beso de verdad. Recorres estas calles trazadas por dementes, junto a hoteles que han fracasado y bares que han triunfado, intento atormentado de los dueños del local para acelerar sus vidas. Sólo las iglesias se mantienen en pie. Este año, la cárcel ha cumplido setenta. El único preso continúa encerrado, sin saber lo que ha hecho».

RICHARD HUGO, *Degrees of Gray in Philipsburg*

1

Cuando finalmente localicé a Abraham Trahearne, estaba tomando cerveza junto a un bulldog alcoholizado que respondía al nombre de Fireball Roberts en un antro destartado de las afueras de Sonoma, California, apurando hasta la última gota de una hermosa tarde primaveral.

Después de casi tres semanas de embriaguez ambulante, Trahearne, con sus deslucidos pantalones caqui, parecía un viejo soldado tras una larga campaña que sorbiera la cerveza lentamente para limpiarse de la boca el sabor a muerte. El perro yacía desplomado en el taburete vecino como un compañero de fatigas pequeño y agotado, levantando sólo esporádicamente la cabeza para beber un poco de cerveza en un sucio cenicero dispuesto sobre la barra.

Ninguno de ellos se molestó en mirarme cuando me deslicé discretamente hasta un taburete que había entre el bulldog y los otros dos únicos parroquianos del local, un par de displicentes mecánicos en paro que hablaban de cheques del subsidio que jamás habían llegado, de la última multa por conducir borrachos y del probable paradero de una correa de transmisión de un Chevy de 1957. Sus caras angulosas, las bocas desdentadas y el acento nasal pertenecían a otro tiempo y lugar, a un gran erial polvoriento de los años treinta por el que un camión Modelo T, un cascajo de fabricación casera, avanzase hacia el sol poniente. Al sentarme me observaron con los ojos aviesos de la gente rústica, estudiándome atentamente como si yo fuera la carcasa de un coche abandonado que planeaban canibalizar para conseguir piezas de recambio. Incliné la cabeza y sonreí para darles a entender que quizá fuese una carcasa, pero todavía no me habían declarado siniestro total. Respondieron a mi callado saludo con los ojos en blanco y unos reflexivos movimientos de cabeza que parecían indicar que siempre se podía provocar un accidente.

Exhausto tras circular tantos kilómetros por carreteras equivocadas, les dejé pensar lo que les viniera en gana. Pedí una cerveza a la camarera, una mujer de mediana edad, que salió de sus ensueños para esbozar una sonrisa somnolienta. Al abrir la botella, el bulldog despertó de su modorra etílica, eructó como un dragón, alzó verticalmente sus delgadas patas y, a continuación, atravesó con un contoneo tres taburetes desvencijados, en medio de una nube saturada de cerveza rancia y aliento de perro, para cambiarme un beso mojado y pegajoso por una dosis de cerveza. No se la ofrecí, así que subió la apuesta esparciendo sus babas sobre mi codo tostado por el sol. Trahearne emitió una abrupta orden y vertió una medida de cerveza en el cenicero. El bulldog me clavó una funesta mirada, suspiró y volvió en pos de lo seguro.

Mientras me secaba los salivazos caninos con un paño todavía húmedo por el uso reciente, y con aspecto de haber sido usado a menudo para el mismo fin, pregunté a la camarera si había teléfono público. Me señaló sin palabras un recoveco gris y polvoriento pasada la mesa de billar, en el que había un teléfono negro colgado entre sombras cenicientas.

Cuando pasé junto a Trahearne, había rodeado con su recio brazo los arrugados hombros del bulldog y recitaba versos en su pequeña oreja: «El acantilado que encaramos se quiebra... bajo este viento del verde Pacífico... este... El hedor salobre de la ballena... ¡Ay, Jesús!... Nos cazaron como a perros, viejo amigo, en ripios caninos nos convertimos y aperreados viviremos siempre...». Luego se rió sin ton ni son, como un anciano que buscara sus gafas.

No me incomodó que hablara consigo mismo. Hacía ya mucho tiempo que yo practicaba también el monólogo interior.

Era precisamente eso lo que estaba haciendo la tarde que me llamó la ex mujer de Trahearne: sentado en mi diminuto despacho de Meriwether, Montana, contemplando las excelentes vistas más allá del callejón al desbordante contenedor Dempster-Dumpster de la tienda de saldos, me decía en mi fuero interno que no me importaba que el negocio prosperara poco a poco, que en realidad incluso me gustaba. Entonces sonó el teléfono. La ex mujer de Trahearne fue muy expeditiva. En menos de un minuto me había explicado que tanto la salud como la afición al alcohol de su ex marido eran pésimas y que quería que siguiera sus pasos, que lo buscara en su ronda de borracheras antes de que la bebida lo precipitara prematuramente a la tumba. Le propuse que discutiéramos el trabajo cara a cara, pero ella insistió en que debía ponerme en camino de inmediato, que no merecía la pena hacer las tres horas de trayecto hasta Cauldron Springs. Para ganar tiempo ya había contratado un aerotaxi en Kalispell, que en aquellos momentos volaba con rumbo sur hacia Meriwether, llevando a bordo un talón al portador como anticipo, una lista de los bares preferidos de Trahearne en el Oeste —especialmente los locales sobre los que había escrito poemas después de otras melopeas— y una fotografía procedente de la sobrecubierta de su última novela.

—¿Y si no acepto el encargo? —pregunté.

—En cuanto vea el importe del anticipo, lo aceptará —respondió fríamente la mujer, y colgó sin más.

Cuando recogí la ancha carpeta de manila en el aeropuerto de Meriwether di una rápida ojeada al talón y decidí hacer el trabajo, antes incluso de estudiar la fotografía. Trahearne era un individuo corpulento, con pinta de estibador jubilado, y posaba apoyado en una columna del pórtico frontal del hotel Cauldron Springs, con una bebida rebosante en una mano y un cigarro a medio fumar en la otra. Su aspecto delataba claramente su edad, pese a su sonrisa juvenil, pero era evidente que no había

ido a Cauldron Springs para tomar las aguas. A su espalda, en el amplio y sombrío marco de la puerta, dos fantasmas artríticos con sendos albornoces de cuadros escoceses caminaban torpemente hacia la luz. En sus ajados rostros se adivinaba la sonrisa expectante del que está punto de sumergir sus quebradizos huesos en las calientes aguas mineralizadas.

En los años que había pasado buscando maridos, esposas e hijos desaparecidos, había aprendido a no creer que podía examinar una cara unidimensional y ver a la persona que se ocultaba detrás de la fotografía, pero ese grandullón parecía el tipo de persona que se abría camino en la vida dejando una pista fácil.

Al principio fue incluso demasiado fácil. De vuelta a la oficina, llamé a cinco o seis de los bares apuntados y lo localicé en Ovando, Montana, en un pequeño local de cierta fama llamado Trixi's Antier Bar. Sin embargo, para cuando completé los cien kilómetros de ruta, Trahearne ya había volado, tras explicar al camarero que se dirigía a Two Dot para echar un vistazo a la colección de latas de cerveza de uno de los dos bares de la localidad. Lo perseguí por tierras de Montana pero al llegar a Two Dot, supe que Trahearne había tomado la carretera 666 en Miles City. Desde allí se encaminó en dirección sur a Buffalo, Wyoming, con la intención de componer un poema épico sobre la guerra del condado de Johnson, o eso le dijo a la camarera de turno. Al parecer, Trahearne nunca hacía un movimiento sin comentarlo antes con toda la gente que había en el establecimiento, lo cual lo convertía en un tipo fácil de seguir pero imposible de atrapar.

Así que recorrimos el Oeste, haciendo la gira de los bares y contemplando el panorama. El hotel Chugwater en Wyoming, el Mayflower en Cheyenne, el Stockman en Rawlins, una colección de alambre de espino en el bar del hotel Sacajawea de Three Forks, Montana, rocas en Fossil, Oregón, mormones beodos por todo el norte de Utah y el sur de Idaho... Siempre viajando en círculo, deambulando a la deriva. Alquilé dos veces una avioneta privada para adelantarme a mi presa, y ninguna de las dos se presentó en el lugar hasta que me hube marchado. Me agradaba su gusto en materia de bares, pero entré y salí de tantos de ellos que al final todos me parecían un establecimiento único e infinito. A mitad de la segunda semana, los gastos empezaban a avergonzarme incluso a mí, de modo que telefoneé a la antigua señora Trahearne para preguntarle cuánto dinero estaba dispuesta a invertir en aquella noria imparable. «El que sea necesario», replicó, con voz irritada porque me había detenido a consultar.

Así pues, me volví a instalar en el envolvente asiento de mi original camioneta El Camino para emprender un largo asedio sobre ruedas, siguiendo a Trahearne de bar en bar, por cualquier carretera que su imaginación dictase, y rastreando el terreno como un excitado perro perdiguero únicamente para evitar perderlo. Lo seguí mientras continuaba su errático avance, con las antenas vueltas hacia ventiscas que

sólo él percibía, con el oído atento para captar los compases de alguna canción lejana que sólo él oía.

Entrada ya la segunda semana, sentía en el pecho aquel mismo silbido agudo y penetrante de la soledad y, si no hubiera necesitado el dinero tan acuciantemente, quizás habría enviado al infierno a Abraham Trahearne, habría introducido en el reproductor un disco de Willie Nelson y habría intentado ahogarme en mi particular río de whisky, reanudando mis antiguas andanzas. Pero me pagan por encontrar a la gente, no por perderme yo, de manera que continué tras su estela como un viejo sabueso a la caza del último mapache.

Todo aquello me volvía más loco incluso que el propio Trahearne. Comencé, casi sin saber cómo, a perseguir fantasmas en los grises puertos de montaña, y luego a través de unos valles verdes alfombrados aún por las últimas nieves de la primavera. Me empeñé en dormir en las mismas camas de motel donde se había hospedado, tratando de soñar con él, y me dediqué a emborracharme en los mismos bares con la esperanza de tener una visión bañada en whisky. Y no tardaron en surgir, tanto los sórdidos sueños de motel como las visiones éticas, pero venían de mi propio y errabundo pasado. En lo referente a Trahearne, no tenía una sola pista.

Una vez incluso me tiré a la misma y deprimente prostituta en un complejo de casas rodantes en pleno desierto de Nevada. Era una joven frágil, una criatura flacucha e insignificante nacida en Cincinnati, que había trasladado su mina de oro al Oeste creyendo tal vez que le sacaría más rendimiento, pero el conducto del pozo se había atascado, las venas daban muestras de agotamiento y las galerías de sus escuetos brazos parecían haber sido excavadas con un pico oxidado. Tras desperdiciar demasiadas noches de insensata lujuria de bar danzando con su esqueleto, le pregunté una vez más por Trahearne. Al principio no dijo nada, permaneció acostada en silencio sobre las sábanas arrugadas, dando caladas a un porro y con la mirada fija más allá del techo de aluminio, en la fría noche del desierto.

—¿Crees que volaron realmente hasta la luna? —me inquirió en tono serio.

—No lo sé —admití.

—Yo tampoco —susurró en una bocanada de humo.

Me abroché los Levis y me adentré en el desierto, en un paisaje herido por las sombras y el claro de luna.

Más tarde, en Reno, perdí el rastro y tuve que circunvalar la ciudad en círculos cada vez más anchos, hablando con camareros y empleados de estaciones de servicio hasta que en Truckee encontré a un mozo de gasolinera que recordaba a un tipo corpulento al volante de un Caddy descapotable que había preguntado por los baños de barro de Calistoga. El barro aún estaba caliente cuando llegué, pero sus huellas se habían enfriado tanto como los ojos de los ancianos que agonizan alrededor de las fuentes termales.

Cuando llamé a la ex mujer de Trahearne para admitir mi fracaso, me dijo que había recibido una postal suya, una imagen del puente Golden Gate con una enigmática sentencia:

Dicen que el perro
es el mejor amigo del hombre,
pero sus pantalones no tienen bolsillos
y su sed nunca se sacia.

«Trahearne tiene una extraña afinidad con los perros de bar —me contó—, en especial con los que beben alcohol además de hacer gracias. En una ocasión pasó tres días en Frenchtown, Montana, bebiendo en compañía de un chucho que llevaba un gorro de oficial aplastado, gafas de sol y, en la boca, una pipa tradicional de mazorca de maíz. Trahearne me explicó que habían estado debatiendo la campaña del Pacífico entre tragos de licor de mora». Le recordé que el dinero era suyo y que, si quería que explorase la Bay Area en busca de un perro alcoholizado, obedecería encantado. En efecto, ése era su deseo, así que me ajusté el cinturón y me dirigí a San Francisco, convertido en un extravagante detective resuelto a seguir de cerca los pasos de un perro borrachín... en un títere al servicio de la dama.

Debería haber imaginado que en la Ciudad de las Luces abundaban los perros de bar —canes que bailaban y cantaban, e incluso alguno que consumía alucinógenos—. Sólo tres días después, mientras tomaba unos *gimlets* en Sausalito con un caniche rosa, tuve por fin noticia del bulldog cervecero de las inmediaciones de Sonoma.

El deteriorado edificio de madera se ubicaba a unos cincuenta metros de la carretera de Petaluma, y el Cadillac descapotable rojo de Trahearne estaba aparcado delante. En la época en que la vieja autovía era todavía nueva, y antes de que fuera reconstruida según criterios más eficientes, el garito de cerveza había sido una gasolinera. El espectro desdibujado de un caballo volador rojo presidía aún los erosionados listones de las paredes del establecimiento. Un pequeño grupo de coches abandonados, que iban desde un Henry J carmesí hasta un Dodge Charger negro, casi nuevo pero terriblemente estropeado, yacían prisioneros en la empolvada extensión de maleza y hierbajos; las cuencas vacías de sus faros delanteros soñaban con Pegaso y con una huida sobre el asfalto. El local ni siquiera tenía nombre, tan sólo un letrero poco legible que ofrecía una lánguida promesa de CERVEZA balanceándose en el inclinado porche. Los viejos surtidores con el depósito de vidrio desaparecieron

tiempo atrás —transportados probablemente a Sausalito para abrir una tienda de antigüedades—, aunque los herrumbrosos pernos de la base seguían proyectándose en el cemento cual huesos de dedos humanos en una tumba poco profunda.

Aparqué al lado del Caddy de Trahearne, salí del vehículo para desembarazarme de los kilómetros que entumecían mis piernas, y luego me alejé del sol primaveral para penetrar en la sombra polvorienta del tugurio, golpeando suavemente con los tacones de las botas los combados tablones del suelo y exhalando un suspiro en el aire ensombrecido. Aquél era el sitio, el bar al que hubiera acudido yo mismo en una de mis orgías ambulantes, sí, habría entrado y me habría incrustado como una canica en una grieta; era el lugar perfecto, un refugio para californianos adictos a la oxicodona y tejanos en el exilio, un hogar para campesinos recién desposeídos de sus tierras, con los ojos tan vacíos de esperanza que reflejan las tórridas y ventosas llanuras, los áridos, casi bíblicos tramos de horizonte interrumpidos solamente por la armazón de una mecedora huérfana, y más lejos, nublados por la ira, los contornos de naranjales y astiles de hacha. Éste hubiera podido ser fácilmente mi rincón, un hogar en el que cualquier hombre podía ahogar el hastío en alcohol, arrepentirse de pasadas violencias y ser perdonado por el módico precio de una cerveza.

Tras pensarlo dos veces, volví a meterme en el bolsillo la moneda de diez centavos y regresé a la barra para tomar otra cerveza. Había descubierto pedacitos de Trahearne en todo el recorrido y ya lo sentía como un amigo de juventud. Me parecía una lástima no disfrutar de su compañía, no compartir unas cervezas con él antes de telefonar a su ex esposa y poner fin a la fiesta. Siempre que acababa localizando a alguien, me asaltaba la sospecha de merecer algo más que dinero como recompensa. Ése era el momento más triste de la persecución, la muda espera de unos padres contritos, un cónyuge furioso o el peso de la ley. El proceso era estimulante, pero el producto terminado siempre resultaba ingrato. En mi negocio se precisa una certeza moral que yo ni siquiera pretendía poseer, y cada vez, al llegar al final de la cacería, lo único que quería era poner pies en polvorosa.

Sin embargo, en esta ocasión opté por esperar. Me apoyé en la barra y pedí otra cerveza. En cuanto la camarera la puso ante mí, se acercó por el mostrador un enorme gato negro para olfatear las gotas adheridas al largo cuello.

—¿El gato también es bebedor de cerveza? —le pregunté.

—Ahora ya no —contestó ella sonriendo, a la vez que sacudía con una bayeta empapada el trasero del felino. El animal le clavó una mirada torva. Acto seguido echó a andar por la barra y, al pasar junto al bulldog y Trahearne, rozó con la cola el rostro imperturbable de éste—. El muy hijoputa solía beber más que una esponja, pero últimamente causaba demasiados problemas. Se parece al viejo Lester —añadió la mujer, señalando con el gesto al mecánico ocioso que más dientes tenía—. No sabe

aguantar el alcohol. Cuando se emborrachaba se convertía en un gusano tan repugnante y tan rastrero, que intentaba desahogarse sexualmente allí donde no debía.

La camarera lanzó al viejo Lester una severa mirada de inteligencia, antes de estallar en una alegre carcajada. Al devolverle la sonrisa, el tal Lester me enseñó el resto de su dentadura. No era más bonita que la que ya había visto.

—Una noche, ese desgraciado mamón negro empezó a follar con todo lo que se le ponía por delante (los tacos y las patas de la mesa de billar, las piernas de los clientes, cualquier cosa que no se apartase lo bastante deprisa), hasta que hizo una guarrería en los pantalones de una señora, a alguien se le ocurrió reírse, y que me lleve el diablo si no se organizó la mayor pelea que he visto en mi vida. Todos los que no ingresaron en el hospital acabaron en la cárcel, y a mí me suspendieron la licencia seis semanas. —La camarera soltó una risotada y añadió—: Por lo tanto, corté el conflicto de raíz y puse a raya a ese casanova. Desde entonces no ha vuelto a probar la bebida.

—¿Se refiere a Lester o al gato semental? —pregunté.

La camarera, que obviamente era también la dueña del bar, se carcajeó de nuevo jovialmente, y el otro mecánico se sumó a la broma, pero el viejo Lester continuó allí sentado con la expresión de quien sufre un dolor de muelas.

—No —respondió la mujer cuando cesaron las risas—, el bueno de Lester, aquí presente, no causa molestias en el local. Le tiene un pánico cerval a mi bulldog.

—A mí me parece un bulldog vulgar y corriente —comenté, y me puse más cómodo a la espera de la historia.

—¿Vulgar? —exclamó Lester—. Sí, un vulgar asesino. Y digo *asesino* con todas las letras. Maldita sea, una mañana del verano pasado entré en el bar más callado que un santo, absorto en mis propios asuntos, pero cometí el fallo de pisar la pezuña de ese cabronazo cuando estaba en plena resaca y poco faltó para que me arrancara la pierna de cuajo. —El hombre se encorvó para arremangarse la pernera del pantalón y exhibió la mordedura, una hilera de cicatrices que más bien parecían arañazos de pollo—. Me dieron cincuenta y siete puntos —proclamó orgullosamente—. El viejo Oney, que estaba conmigo, tuvo que golpear a ese chupasangre con un taco de billar hasta que me soltó la pierna.

—Recuerdo que el jodido taco se partió en dos con un chasquido —se apresuró a corear Oney.

—¿Un bulldog vulgar y corriente? Ni por asomo —declaró Lester—, el hijoputa es más letal que una serpiente. Díselo tú, Rosie.

—Escuche, señor —me explicó la dueña inclinándose sobre la barra—, he visto al mamón de Fireball Roberts emerger de un delirio profundo o una ciega resaca y desgarrar de un tirón los calzones de muchos imbéciles que creían que podrían aprovecharse de una mujer indefensa como yo, que estoy sola en el mundo. —Al pronunciar la palabra *sola*, Rosie apuntaló un dedo bajo la barbilla y me sonrió con

fingido recato. Me miré por detrás de su hombro, en el agrietado espejo del fondo, para comprobar si mi pelo se había vuelto gris durante el viaje. Un conocido fantasma de cabello negro me hizo una mueca de coyote—. Y no sólo los reduce —insistió Rosie—, sino que los arrastra al exterior por la base de las nalgas, y generalmente acaban dando gracias por haber salido vivos.

—¡Qué barbaridad! —exclamé, tan impresionado como cabía esperar.

Espié de reojo al bulldog, que dormía plácidamente acurrucado en su taburete. Trahearne reaccionó fulminándome con la mirada, como si creyera que me proponía impugnar la valentía del perro, pero sus airados ojos pronto se desenfocaron y parecieron desviarse de manera independiente.

—Por descontado —continuó diciendo Lester, en un tono de voz más agudo que denotaba excitación—, si Fireball no consigue librarse de todos con su propia y condenada furia, la buena de Rosie tampoco se queda atrás. Intente tocarle el culo, es capaz de volarle los sesos sin pestañear.

Asentí, y Rosie se sonrojó coquetamente.

—Vamos, enséñale el arma que escondes ahí —demandó Lester.

Rosie añadió a su rubor una nota de tímida reticencia, y por un instante el rostro de una mujer más joven y guapa difuminó sus arrugas. Se arregló los rizos cenicientos, y luego tanteó debajo de la barra para sacar una pistola automática niquelada de calibre 380, de origen español, tan caduca y maltratada que el revestimiento metálico se había desprendido como la pintura barata.

—No parece gran cosa —admitió Lester resueltamente—, pero Rosie ha adaptado el fiador del gatillo a un dispositivo que permite a esa puta máquina hacer nueve disparos seguidos. —El hombre dio media vuelta e indicó, en el otro extremo del bar, un racimo de agujeros de bala aún sin tapar que había entre dos ventanas, encima de una mugrienta mesa—. No tuvo que activarlo más que una vez, pero le juro que siempre que ella mete la mano detrás de la barra, por aquí reina un ambiente de paz absoluta.

—Como en una iglesia —dije.

—Más bien como en un cementerio —me corrigió Lester—. No hay cánticos de ningún tipo, sólo un puñado de oraciones mudas. —Se desternilló de risa, y yo brindé por su ocurrencia.

Rosie empuñó la pistola un momento más en sus encallecidas manos, y luego volvió a colocarla con un golpe seco debajo de la barra.

—Naturalmente, yo tengo en casa una pistola de verdad —dijo Lester en tono petulante.

—Una Luger alemana —aventuré sin pensar.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó él con desconfianza.

La verdadera respuesta era que me había pasado la vida en los bares escuchando

hazañas bélicas y embustes diversos, pero mentí y le dije a Lester que mi padre había traído una de la guerra.

—Yo le quité la mía a un capitán alemán en la playa de Omaha —declaró el mecánico, con la nariz apuntando hacia el cielo como si mi pobre padre hubiera ganado su arma en una partida de dados—. En la invasión de Normandía —puntualizó.

—Debía de ser muy joven —comenté.

Me arrepentí enseguida de mis palabras. Quizá los individuos como Lester explicasen cuentos chinos de vez en cuando, pero sólo a un estúpido se le ocurriría ponerlos en entredicho. El hombre me escudriñó largamente para ver si le estaba tildando de embustero, y luego, con una despreocupación estudiada, dijo:

—Mentí sobre la edad. ¿Ha estado en las fuerzas armadas? —cambió de tercio.

—No, señor —mentí a mi vez—. Tengo los pies planos.

—Vaya, aquí tenemos a un *no apto para el servicio* —dijo Lester, con unos aires de superioridad mal disimulados—. A Oney también lo declararon inútil, aunque si no hubieran sido los pies, le habría fallado la cabeza.

—No pienso alistarme jamás en ningún maldito ejército —protestó Oney muy serio, y miró a su alrededor como si tuviera aún tras los talones al comité de reclutamiento.

—Ahora ya no llaman a filas —dijo Lester, burlándose de la ignorancia de su amigo.

—Lo sé —replicó éste con pesar—. ¡Dios santo! Los militares deberían ir a San Francisco y reclutar al menos a cien mil de esos puñeteros hippies peludos.

—Una verdad como un templo —lo secundó Lester, antes de volverse hacia mí—. ¿No opina usted lo mismo?

Hacía tres días que no me afeitaba, y él entrecerró los ojos para inspeccionar mi barbilla como si se tratase de una barba incipiente.

Esta vez mantuve la boca cerrada y asentí con la cabeza, aunque al parecer no fui tan categórico como habría querido Lester. El tipo empezó a decir algo, pero lo interrumpí y, tras disculparme, eché a andar hacia Trahearne. A mi espalda, Lester farfulló algo sobre *hippies del demonio, ineptos y estafadores*. Hice oídos sordos a sus insultos. Extendí el brazo y di unos golpecitos en el hombro de Trahearne; él giró muy despacio su enorme cabeza calva, como si le pesara más que el plomo. Después enarcó una ceja, torció la cara en una débil sonrisa de simpatía, se encogió de hombros y, de repente, perdió el equilibrio en el taburete y se precipitó hacia atrás. Agarré al vuelo su camisa, pero ni siquiera logré ralentizar su caída. Aterrizó boca arriba, cuan largo era, tan pesadamente como un saco de cemento de cien kilos. Vibraron las vigas y los cristales de las ventanas, de entre las tablas del suelo salieron despedidas volutas de polvo añejo, y las bolas de la mesa de billar danzaron

alegremente por el tapete raído.

Mientras me quedaba junto a él idiotizado, con un sucio jirón caqui en la mano derecha, Lester saltó de su asiento y bramó, en una actitud radicalmente distinta:

—¿Por qué coño has hecho eso?

—¿Por qué he hecho qué?

—Pegar así a ese pobre hombre —dijo Lester, con la nuez yendo y viniendo por su delgado cuello como un ratón enloquecido—. Nunca había presenciado un acto tan cobarde.

—Yo no le he pegado —me defendí.

—Joder, tío, lo he visto con mis propios ojos.

—Lo siento, pero me temo que se equivoca —dije, intentando mostrarme sosegado y racional, lo que casi siempre es un error en situaciones como aquélla.

—¿Me estás llamando mentiroso? —me increpó Lester mientras apretaba los puños.

—En absoluto —dije. Retrocedí hasta la barra en busca de mi cerveza, y entonces cometí un fallo todavía peor: intenté aclarar las cosas—. Escuche, soy investigador privado, y la ex esposa de este señor me contrató para...

—¿Qué pasa —repuso Lester con sorna—, que se ha retrasado en el pago de la maldita pensión alimenticia? Conozco a los de tu calaña, compadre. Un cabrón tan asqueroso y escurridizo como tú me siguió sin descanso hasta la mismísima casa de mi madre, en Barstow, sólo porque le debía unos meses de pensión a la mala puta con la que me había casado, y déjame decirte que le di una buena patada en el culo y, ahora mismo, me estoy planteando repetir la operación contigo.

—Vamos a calmarnos todos un poco —dije—. Permitidme que os invite a una cerveza, chicos, y os lo explicaré todo, ¿de acuerdo?

—A mí no me vas explicar una mierda, tío —contestó Lester y, por si no fuera suficiente, añadió—: No bebo con indeseables.

—No quiero altercados en mi local —intervino Rosie sin alterarse.

—No los habrá —le prometí.

Lester y Oney podían tener unas caras cómicas, el acento ridículo y la dentadura en mal estado, pero tenían también unos puños tan gruesos como postes de recia madera, las manos nudosas y endurecidas por el trabajo, con unas protuberancias que parecían calcetines llenos de piedras, así como un largo historial de rabia y resentimiento. Me había criado entre sujetos como ellos y había aprendido a no discrepar en asuntos importantes.

—No hay problema —dije—. Me iré de aquí y sanseacabó.

—Con eso no me basta ni de lejos —gruñó Lester, a la vez que daba dos zancadas hacia mí y me lanzaba un *swing* a la cara.

Esquivé el puño, y seguidamente le propiné un revés en la cabeza con la botella

de cerveza aún medio llena. La oreja derecha del mecánico desapareció en un chorro de espuma sanguinolenta, y él cayó de lado y se arrastró por el suelo, tapándose la oreja herida y profiriendo improperios. Oney se incorporó, pero volvió a tomar asiento cuando vio en mi mano la botella rota.

—¿Os basta ahora? —inquirí.

Oney asintió con un gesto nervioso, pero Lester acababa de examinar su palma y había encontrado pequeños trozos de oreja. En una voz aguda, entrecortada, exclamó:

—¡Maldita sea, Oney, trae el arma!

A mi espalda, oí que Trahearne se levantaba y preguntaba, aún aturdido, qué diantre había pasado. Nadie respondió. Oney, Rosie y yo estábamos inmersos en un largo cruce de miradas sin palabras. De repente, todos nos movimos a la vez. Rosie echó a correr tras el mostrador, hacia la pistola automática, en el instante en el que Oney se abalanzaba sobre ella. Yo espí al bulldog, que seguía durmiendo como un tronco, y quise huir a campo abierto, algo que habría conseguido de no ser porque el bueno de Lester giró bruscamente sobre sí mismo y empotró un hombro en mi rodilla derecha. Caímos los dos como un fardo... encima mismo de la oreja destrozada. El mecánico emitió un largo gemido pero aguantó, incluso después de que me irguiera y le arrancase un mechón de pelo sucio.

En la barra, Rosie y Oney seguían forcejeando por hacerse con la pistola. Trahearne se había serenado lo bastante para descifrar lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero cuando quiso entrar en acción se estrelló contra la mesa de billar y, mientras intentaba salir a gatas de debajo, Oney le quitó la pistola de las manos a la dueña del local y la apartó de un empujón. Al caer, ella gritó «¡Fireball!». Me rendí y levanté las manos, resignado a pasar un trago amargo como pago por la oreja de Lester. Sin embargo, en el momento en que Oney equilibraba la pistola y apoyaba el pulgar en el seguro, Fireball volvió de su profundo sueño y salvó la barra de un único salto, como un destello de compacta luz grisácea. Suspendido aún en el aire, hincó sus rotundos y amarillentos colmillos en la espalda de Oney, en ese punto sensible que hay entre las costillas y el riñón. Oney chilló como si lo hubieran agredido con un bate de béisbol, dejó caer los brazos y palideció tan intensamente que las antiguas cicatrices del acné refulgieron en su rostro como carbones incandescentes. Emitió un nuevo alarido, seguido de un breve sollozo, y oprimió violentamente el gatillo.

El primer disparo le voló una parte significativa del pie derecho, el segundo armó un espumoso desaguisado en la nevera, y el tercero atravesó el endeble cartón de fibra que revestía la barra e hizo diana en el soberano trasero del señor Abraham Trahearne. El cuarto tiro pulverizó la bola número catorce, el siguiente tiró al suelo una de las luces de las ventanas y los restantes ventilaron el tejado.

Cuando se vació por fin el cargador, Oney se derrumbó lentamente detrás del mostrador, con la automática aún sujeta en posición vertical y con Fireball adherido a

su espalda como una gorda sanguijuela gris. Durante las ráfagas de fuego, el gato semental había salido de la nada y escapado por la puerta principal del establecimiento como el fulgor de un negro relámpago, mientras Lester continuaba abrazado a mis rodillas en la actitud de un niño asustado... o de un adulto cuyas historias de batallitas acabaran de hacerse realidad.

—Joder, Lester —dije en cuanto el eco dejó de retumbar entre las viejas vigas—, me estás poniendo los pantalones perdidos de sangre.

—Lo lamento —respondió a media voz como si de verdad lo sintiera, y me soltó enseguida.

Le di un pañuelo para secarse la oreja. Entretanto, Fireball rodeó al trote el extremo de la barra, con los colgantes carrillos ribeteados de rojo. Trepó al saliente de la plataforma, de allí a un taburete, y subió al mostrador. Ya en lo alto, se abrió camino volcando las botellas, atrapándolas en su hocico y apurando el contenido. Luego lamió el cenicero hasta vaciarlo, eructó y bajó al entarimado del mismo modo que había ascendido. Con un andar torpe y cansino que parecía exhalar un suspiro a cada paso, se dirigió a la salida y se estiró en una zona iluminada por el sol, quedándose dormido antes de que su panza tocara el suelo, exhalando unos ronquidos tenues, delicados, que agitaban las motas de polvo condensadas a su alrededor.

—Creo que no había visto jamás una escena semejante —le confesé a Lester.

—Condenado perro hijo de puta —masculló el mecánico mientras se acercaba a una mesa para sentarse.

Fui hasta la barra para comprobar el estado de Oney y de Rosie. El hombre se había desmayado, y ella yacía sobre los listones como un cadáver, salvo porque tenía las manos apretadas contra los oídos en vez de cruzadas sobre el pecho.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó sin abrir los ojos.

—Tenemos algún que otro herido, pero no hay bajas mortales —dije.

—Si espera a que haya puesto en orden mis ideas antes de avisar a la policía —me pidió—, se lo agradecería mucho. Debemos discurrir un modo de justificar este despropósito.

—De acuerdo —accedí—. ¿Tiene whisky?

Rosie me señaló un armario, en el que encontré una botella semivacia de Old Crow. Hice lo que pude con el pie de Oney: le quité la zapatilla de trabajo y el calcetín de algodón, vertí un chorretón de whisky en los muñones de carne donde habían estado los dos dedos centrales y envolví el miembro en una toalla limpia. Tras lavar la mordedura del perro con jabón de pastilla, fui a ayudar a Lester a extraer los fragmentos de vidrio de la cabeza y de su maltrecha oreja.

—Ninguna mujer querrá volver a introducir la lengua en este orificio —bromeé.

—Tampoco es algo que me haya preocupado nunca —dijo él con aire reservado—. ¿Cómo está el amigo Oney?

—Ha perdido un par de dedos —le informé.

—¿Grandes o pequeños?

—De tamaño medio —respondí.

—Joder, eso no es nada —dijo Lester mientras se tanteaba suavemente la oreja—.

¿Y Rosie?

—Creo que está echando un sueñecito.

—Por lo visto, el tipo grandullón también —comentó Lester, volviendo la cabeza hacia él.

A estas alturas me pareció desconsiderado subrayar que el «pobre hombre» se había convertido de repente en el «tipo grandullón», de modo que fui a comprobar sin más preámbulos por qué Trahearne continuaba encogido junto al billar.

—¿Cómo se siente, señor Trahearne? —pregunté, a la vez que me arrodillaba para examinarlo bajo la mesa.

—A decir verdad, creo que he recibido un balazo —contestó él con aplomo.

No vi manchas de sangre, así que le pedí que me indicase el lugar exacto.

—En las posaderas, amigo mío —declaró—, en pleno culo. —Abrió los ojos, vio la botella y me la arrebató—. ¿Bebe este mejunje infecto?

No lo bebía, o al menos ahora no lo había probado, pero Trahearne no tuvo ningún reparo en aplicar la boca al cuello de la botella. Mucho más me costó a mí bajarle los pantalones y el calzoncillo, un bóxer modelo Náutica, para echar un vistazo a la herida. El proyectil de camisa metálica había dejado un limpio agujero azul, marcado por un hilo de sangre acuosa, debajo mismo de la nalga izquierda. Me era imposible saber si la bala había afectado algún hueso o arteria, aunque el color y el pulso de Trahearne se mantenían estables, y advertí que el plomo estaba alojado como un diminuto zurullo violáceo bajo la epidermis, al pie del pliegue de tejido adiposo que caía sobre la cadera derecha.

—¿Qué pinta tiene? —indagó el herido entre dos sorbos.

—Tiene toda la pinta de ser un culo, amigo.

—Siempre supe que sufriría una muerte cómica —dijo él solemnemente.

—Tal vez, pero no será hoy. Se trata de una herida muy superficial.

—Eso es fácil de decir, hijo, para quien no la padece en sus carnes.

—Dentro de unos días no le quedará nada excepto un mal recuerdo y las nalgas doloridas —pronostiqué.

—Gracias —dijo Trahearne—, pero lo cierto es que esas dos cosas ya las tengo ahora. —Hizo una pausa para tomar otro trago de whisky—. ¿Cómo es que conoce mi nombre, joven?

—Caramba, señor Trahearne, es usted un hombre famoso.

—Desgraciadamente, no tan famoso.

—Bueno, veré... Su ex mujer estaba preocupada por su salud —confesé.

—Y le contrató para que me descerrajase un tiro en el trasero —dijo Trahearne—. Así ya no podré volver a sentarme nunca más en un taburete de bar.

—Yo no le he disparado —protesté.

—Quizá no —replicó—, pero cargará igualmente con las culpas.

Abraham Trahearne continuó engullendo bourbon hasta enroscar todo su cuerpo alrededor de la botella vacía, sumando sus broncos ronquidos al tenue resoplar de Fireball.

Cuando la comitiva oficial, dos ambulancias y una unidad móvil del ayudante del sheriff, abandonaron el aparcamiento de Rosie en medio de una nube de polvo, todos los vehículos encendieron las sirenas a la vez y se perdieron velozmente en la distancia. Desde donde estábamos sentados Rosie y yo, en la escalera de acceso al bar, parecía que hubiese empezado el fin del mundo.

—Desde luego, a esos chicos les encantan las sirenas —dijo la mujer sin alterarse.

—Es prácticamente el único placer que les queda en la vida —afirmé.

—¿Hablas por propia experiencia? —me preguntó con mirada escrutadora.

—He viajado en el asiento trasero de varios coches de policía —admití, y ella me hizo un gesto como de complicidad.

Mientras Rosie y yo limpiábamos el estropicio del local, trasladábamos a los heridos al exterior y urdíamos una versión accidental, aunque totalmente inverosímil, del tiroteo, nos habíamos hecho amigos. Ahora también estábamos unidos por los mutuos embustes a las autoridades. Lester y Oney habrían mentido gratis, sólo por llevar la contraria, pero decidí repartir entre ambos una generosa suma en efectivo para ayudarles con los gastos médicos. Lester se embolsó el dinero y me contó que Oney y él, en virtud de una serie de ingresos en un centro de rehabilitación de alcohólicos, se hallaban bajo la tutela asistencial del estado de California. El agente de mediana edad que nos interrogó fue consciente enseguida de que le estábamos enredando, pero no pareció importarle. Le interesaba mucho más tomar el pelo a Oney porque se había disparado en el pie. Antes de irse, no obstante, me comentó que pasara a la mañana siguiente por comisaría para firmar el atestado, y ambos sabíamos lo que esto significaba.

Tan pronto como se disipó el ruido de las sirenas, Rosie dijo:

—¿No crees que nos hemos ganado una cerveza fresca?

—Prefiero whisky —respondí, y fui a la camioneta en busca de la petaca de viaje que guardaba en la guantera.

Cuando volví a los escalones de la entrada, Rosie había sacado dos botellas de cerveza baja en alcohol. Tras beber un tiempo en silencio, dije:

—Lamento todo este lío.

—No ha sido culpa tuya —contestó, agitando la mano con hastío—. El único responsable ha sido ese puto inútil de Lester. La verdad es que, cuando lo atrapó en Barstow aquel detective privado, Lester lo llenó de improperios, y el sujeto se dedicó a darle una brutal paliza en el jardín delantero de la casa materna que le hizo perder el mundo de vista, azotándolo hasta que Lester casi suplicó pagarle una parte de los

atrasos en la manutención de sus hijos.

—Imaginaba que habría ocurrido algo similar —comenté.

—Por cierto, ¿cómo es que persigues al tipo grandullón? —preguntó Rosie—. Naturalmente —añadió enseguida—, no tienes que contármelo si piensas que no es de mi incumbencia.

—Tenía instrucciones de encontrarlo antes de que el alcoholismo lo llevara al hospital... o a la tumba —dije.

—¡Qué misión tan descabellada! —afirmó Rosie con autoridad.

—Yo sólo debía localizarlo —puntalicé—, no quitarle la botella de las manos.

—¿Es así como te ganas la vida, buscando a gente? —inquirió.

—En algunos casos —dije—. En otros, me limito a observar.

—¿Y te va bien?

—Entre bien y regular —admití—, aunque no es un trabajo estable. Al final, me paso la mitad del tiempo recorriendo bares.

—¿Por qué?

—Es bastante más entretenido que montar guardia en las tiendas Monkey Ward a la caza de ladronzuelos de dieciséis años.

—Lo supongo —dijo Rosie. Se rió y dio un largo trago a la cerveza—. ¿Cuánto tiempo hace que seguías la pista de ese tipo?

—Tres semanas justas —respondí.

—Te pagan por días, ¿no?

—Normalmente, sí.

—Entonces, este encargo te procurará unos succulentos ingresos.

—Eso espero —dije—. Ahora que han disparado al pobre hombre, podrían reaccionar negativamente y decidir que me he sobrevalorado, que no merezco cobrar.

—Ponles una demanda.

—¿Has intentado demandar alguna vez a una persona rica? —pregunté.

—Diablos, chico, ni siquiera conozco a ninguna —clamó Rosie, y luego hizo una pausa con la mirada fija en el suelo—. ¿De qué crees que huía ese hombre?

—Quizá únicamente necesitaba un espacio de soledad —aventuré— o una ronda de borracheras. Te confieso que no lo sé.

Por lo común, después de ir tras las huellas de alguien unos cuantos días, tenía ya una ligera idea de sus motivaciones. Con Trahearne no fue así. En mis momentos menos lúcidos tuve la extraña impresión de que el buen hombre escapaba de mí, que huía para que yo lo persiguiera.

—A lo mejor sólo quería ver lo que había al otro lado de cada montaña —agregué.

—Pues debió cansarse de buscar —apuntó Rosie con indiferencia—, porque se apalancó aquí como una gallina en el corral.

—Si está solamente la mitad de cansado que yo, tiene que sentirse al borde de la extenuación —dije—, porque todo esto me ha dejado para el arrastre. Podría dormir una semana seguida.

—Pero probablemente no lo harás, ¿me equivoco?

—No creo que pueda.

—¿Qué piensas hacer? —me inquirió la mujer, en un tono demasiado desinteresado para mi gusto.

—Andaré por el hospital hasta que salga.

—¿Cuánto tiempo calculas que va a estar ingresado?

—Más o menos, una semana —dije—. Depende.

Durante unos minutos permanecimos de nuevo callados, contemplando cómo el tibio sol primaveral prendía un fuego verdosos en las colinas de suaves laderas y escuchando el distante ronroneo del tráfico.

—¡Oye! —exclamó Rosie de repente, como si se le acabase de ocurrir la idea—. Tal vez yo podría encargarte un trabajito mientras dure este paréntesis. No tiene sentido estar sin hacer nada.

—No suelo aceptar más de un trabajo a la vez —me apresuré a advertirle—. Es mi única ventaja sobre las grandes empresas. —Al ver que ella guardaba silencio, indagué—: ¿Qué tienes entre manos, un fajo de cheques sin fondos?

—Los suficientes para empapelar una pared —repuso—, pero ése no es el problema. —Como yo no pregunté por el problema en cuestión, Rosie continuó hablando—. Se trata de mi niña. Se fue de mi lado, y he pensado que quizá podrías ocupar unos días, el tiempo del que dispongas, en investigar su desaparición.

—Verás, no sé...

—Soy consciente de que este local no parece gran cosa —me interrumpió—, pero es un negocio legal y libre de cargas, que deja algún que otro dólar de beneficio...

—Ésa no es la cuestión —la interrumpí a mi vez—. Necesito alejarme un tiempo de la carretera.

—Aguarda aquí un segundo —dijo Rosie como si no me hubiera oído, y entró haciendo aspavientos en el bar.

Mientras esperaba, lo que antes semejaba una fina neblina de primavera se convirtió claramente en la bruma típica de la polución de la Bay Area, lo que me recordó que ésta no era una ninguna taberna rústica del estado de Texas en una tarde primaveral de los años cincuenta. El laberíntico San Francisco, refugio seguro para fugitivos, se desplegaba al otro lado de la bahía, y a pesar de que los sesenta también habían pasado a la historia, todavía había chicas que se fugaban de casa para esconderse en la ciudad. Esa costumbre no había cambiado, a diferencia de todo lo demás. Los hijos de las flores se habían agriado y mercantilizado, o bien se habían integrado en la clase media, e incluso el enemigo estaba fatigado y deshecho en su

exilio de San Clemente. No quería escuchar lo que Rosie iba a contarme; no quería ver ante mis ojos otra imagen más de una criatura perdida. El sabio griego, quienquiera que fuese, que dijo que un hombre no puede bañarse dos veces en el mismo río tenía razón, aunque olvidó mencionar que se mojará los pies nueve veces de cada diez. El cambio es la norma. No es posible volver a casa tal y como uno la dejó ni aun viviendo en ella y, ahora que da lo mismo un sitio que otro, no existe un lugar donde huir. Sin embargo, eso no impide a algunos intentarlo... Ni tampoco detuvo a Rosie.

—Ten, fíjate —dijo, a la vez que se sentaba y me entregaba una fotografía.

Ojeé la imagen el tiempo suficiente para ver que era una fotografía escolar, de tamaño carné, de una adolescente bastante atractiva. Entonces volví a mirar y reparé en la fecha: 1964-1965.

—Era una joven encantadora —dije, tratando de devolver la instantánea a Rosie.

—Y más lista que el hambre —me respondió, apretando las manos entre las rodillas.

Tuve que estudiar de nuevo la imagen. Podría haber sido una foto de mi época de bachiller, en la década de los cincuenta. La cara era agradable sin más, aunque se adivinaba un buen contorno óseo bajo la capa de tersa grasa infantil. La boca ancha parecía contraída, casi hosca, y la densa cascada de cabellos rubios era como impostada. La muchacha tenía la nariz recta, aunque demasiado bulbosa en el extremo para ser bonita. Sólo destacaban los ojos, oscuramente incendiados de ira y rencor, una rabia de sureña inculta que habría casado mejor con un rostro más enjuto. Llevaba una blusa de encaje anticuada, con una cinta negra ensartada en el cuello de cisne que ceñía a la garganta un pequeño camafeo. Al volver a revisar el retrato, la blusa se me antojó curiosamente desafiante, y el rostro tan resuelto a no permitir un amago de burla que resultaba triste, tremendamente triste.

Conocía la historia: una chica más o menos guapa, pero sin dinero para conseguir los vestidos, los refuerzos o la confianza adecuados, la clase de adolescente que o bien merodeaba en la periferia de muchachas más adineradas y populares, siendo calificada de arribista por esa conducta, o bien se mantenía sola y al margen de la tribu estudiantil y, a causa de su conflictividad solitaria, se la consideraba una engreída, pagada de sí misma sin motivo aparente. ¡Ay, las siniestras maquinaciones de instituto! Al examinar la fotografía, me alegré una vez más de haberme perdido la mayor parte de aquellos sinsabores. Vivía en el campo, trabajaba y, aunque no lo había planificado exactamente de ese modo, me enrolé en el ejército tres semanas antes de la fecha prevista para mi graduación. En el fondo, el certificado de estudios generales que me habían dado los militares era más sano que un título de bachillerato superior o, dicho en otras palabras, era menos patético.

—¿Cuánto tiempo hace que levantó el vuelo? —pregunté a Rosie, con la

fotografía colgando entre mis dedos como un retazo de piel muerta.

—En mayo hará diez años —replicó ella con tanta parsimonia como si hubiera dicho «El domingo hará una semana».

—¿Y no has tenido noticias tuyas desde entonces?

—Ni una sola y escueta palabra.

—Diez años es un período demasiado largo —dije, esforzándome en no demostrar mi perplejidad—. Un año acostumbra a ser excesivo, pero diez son ya una eternidad.

Una vez más, no obstante, Rosie actuó como si no me oyera.

—Un sábado por la tarde fue a San Francisco con Albert, su novio, y él contó más tarde que se había apeado del coche en un semáforo rojo y se había alejado sin dar explicaciones, sin ni siquiera mirar atrás. Sencillamente, desapareció. Eso fue lo que dijo el chico.

—¿Hay alguna razón para pensar que pudo haber mentido?

—Ninguna en absoluto —declaró Rosie—. Lo conozco de toda la vida, y su madre es amiga mía. Lleva casi veinte años arreglándome el pelo una vez por semana. La consternación de Albert fue horrorosa; siguió buscando a Betty Sue incluso años después de que yo desistiera. Su madre dice que aún pregunta por ella siempre que se ven.

—¿Denunciaste los hechos a la policía? —inquirí.

—Por supuesto que sí —repuso Rosie airadamente, con el destello de una antigua luz en sus ojos arrugados—. ¿Qué clase de madre sería si no? ¿Crees que permitiría que una chica de diecisiete años vagase por esa condenada ciudad llena de negros, camellos desalmados y maricas? Desde luego que acudí a la policía, al menos media docena de veces. —En una voz más queda, añadió—: La verdad es que no movieron un dedo. Incluso tuve que desplazarme hasta allí por mi cuenta, ¡maldita sea! Y no una, sino veinte o quizá treinta veces. Subí y bajé las colinas hasta gastar las suelas de los zapatos; enseñé tanto su fotografía que al final se desdibujó. Pero nadie la había visto, ni una sola persona. —Calló de nuevo un instante—. ¿Sabes una cosa? Odio esa endemoniada ciudad. Ojalá hubiera otro terremoto y acabase sumergida en el mar... Sí, la aborrezco. Verás, fui educada en la Iglesia de Cristo y sé que, regentando un antro en el que se sirve alcohol, no tengo derecho a juzgar, pero pongo a Dios por testigo de que si existe una Sodoma y Gomorra en este mundo corrompido y pecador se alza ahí, al otro lado de la bahía —sentenció, y señaló los montes aledaños con un dedo que era toda una maldición. Cuando vio una sonrisa divertida en mi rostro, se interrumpió y, volviendo hacia mí su nariz afilada, me fulminó con los ojos—. A ti probablemente te gustan esos ambientes, ¿no es así? A lo mejor te parece estupenda la inmundicia que campa por las calles.

—No deberías tomarla conmigo —me defendí.

—Lo siento —dijo ella de inmediato, y desvió la mirada.

—No pasa nada.

—¡Sí que pasa, joder! Es una estupidez pedirte un favor y abroncarte al mismo tiempo. Perdona.

—No te apures —dije—, lo comprendo.

—¿Tú tienes hijos?

—No —respondí—. Ni siquiera me he casado.

—Entonces no lo comprendes ni remotamente.

—De acuerdo.

—Y no vayas por ahí pretendiendo lo contrario —dijo Rosie, a la vez que me golpeaba las rodillas con los enrojecidos nudillos de las manos.

—Como quieras.

—Y ¡me cago en diez!, lo siento mucho.

—Bien.

—De bien nada, ¡diantre! —se lamentó, levantándose y frotando las palmas de las manos contra los sucios pantalones—. Que Dios los confunda a todos —farfulló. A continuación, dio media vuelta y propinó a Fireball un violento puntapié en las nalgas, que hizo que el durmiente saliera despedido de los escalones para aterrizar en la capa de polvo que cubría el cemento—. Maldito perro inútil —dijo—, apártate de mi vista.

Fireball debía de estar acostumbrado a los arrebatos de Rosie. Se escabulló sin mirar atrás, no exactamente a la carrera, aunque tampoco se detuvo a esperar. En la esquina del edificio tropezó con el gato negro, que dormía ovillado en la tupida maleza que crecía bajo los aleros, y tuvieron un encontronazo decisivo y a buen seguro muy habitual antes de irse cada uno por su lado, el felino debajo del local y Fireball de regreso a su lugar de antes, allí donde el sol calentaba la escalera. Al tumbarse, estudió largamente a Rosie y al fin cerró los ojos, suspirando como un viejo marido obligado a soportar a una mujer demente. Ella, no obstante, estaba contemplando las ondulaciones que imprimía la brisa a la hierba de las laderas.

—¿Te apetece otra cerveza? —pregunté.

—No me vendría mal —aceptó sin mirarme.

La tristeza suavizaba su voz gangosa, aquel acento omnipresente que, nacido en las montañas y las hondonadas de los Apalaches, surcaba las laderas sureñas y atravesaba los desiertos suroccidentales, insinuándose a lo largo de un extenso trayecto hasta las doradas colinas de California. Sin embargo, en algún punto del camino Rosie había adoptado también un acento más musical, una voz fragante más adecuada para susurrar palabras guturales y románticas como *glicinia*, o expresiones húmedas como *tallo de madre selva*, su llamada a los visitantes masculinos. «No me vendría mal», repitió. Incluso las poco viajadas campesinas de Oklahoma crecen

ansiendo que las lleve un viento mucho más grato que esa dentellada tórrida, cortante y empolvada que envía las cosechas de su padre a un infierno perpetuo. Fui a por la cerveza con el deseo de ofrecerle algo mejor.

—Fue una odisea —dijo Rosie cuando volví— buscar a Betty Sue por todas esas calles. —Estaba todavía de pie, con los brazos en jarras, y seguía mirando al sudoeste, pasadas las cimas suavemente redondeadas, en dirección a las frías y brumosas aguas de la bahía de San Francisco—. Nunca imaginé que hubiese tanta gente buscando a sus hijos. Debía de haber más de cien padres yendo como yo de un lado para otro, exponiendo su fotografía ante el primer *hippy* repulsivo que estuviera dispuesto a mirarla. Además, muchas de aquellas personas eran los tipos más fabulosos que cualquiera aspiraría a conocer, miembros realmente de las clases altas. A pesar de todo, te diré que ni uno solo tenía la menor idea de lo que había impulsado a sus hijos a fugarse de casa. Ni uno... Y los jóvenes a quienes preguntamos *por qué* tampoco parecían saberlo. Naturalmente, algunos se llenaban la boca diciendo gilipollices, pero a mí me recordaban los *shows* de televisión. Ni tan siquiera sabían qué hacían en la ciudad. Eran el desastre más monumental que he visto en mi vida, ya me entiendes.

—Te entiendo —coreé.

A mi modo, así era, aunque no tenía hijos susceptibles de huir. A finales de los sesenta, cuando regresé esposado de Vietnam, para evitar la reclusión en Leavenworth accedí a pasar los dos últimos años de servicio activo como espía interno del ejército, infiltrándome en los mítines radicales de Boulder, Colorado, y en cuanto me licenciaron, tras hacer una breve gira como cronista deportivo, me dirigí a San Francisco con la intención de disfrutar de la droga y de los buenos ratos en mi tiempo libre. Pero llegué tarde, muy cansado para irme a otra parte, muy vago para trabajar, muy viejo y muy mezquino para ser un hijo de las flores. Aún así, encontré una profesión, por llamarla de alguna manera, buscando gente a la fuga. Durante unos años, el barrio bohemio de Haight-Ashbury fue una mina de oro, hasta que topé con un caso que me superó: un chico de catorce años descomponiéndose bajo el pavimento del piso de una comuna junto a Castro Street, con cuarenta y siete puñaladas en la cara, las manos y el pecho. Un equipo de televisión se adelantó a la policía en el hallazgo del cadáver, y no fue precisamente una escena divertida. De hecho, ya nunca volverían a serlo. Lo sabía. En mi mente había visto a Rosie con su mejor traje pantalón de lana gruesa y unas bailarinas sin tacón batiendo aquellas colinas, escudriñando cada rostro pintarrajeado que se acercaba calle abajo, y luego la fotografía que llevaba en la mano, para asegurarse de que no era su querida niña camuflada tras una lacia melena, collares de fantasía, los labios morados y los ojos estrábicos.

—Ha pasado mucho, muchísimo tiempo —le dije a Rosie—. ¿Por qué quieres reanudar la búsqueda ahora?

—Ella es todo lo que tengo, muchacho —respondió la mujer a media voz—. Es mi última hija, la única a la que no he visto dentro de un ataúd. A Lonnie le volaron los sesos en Vietnam poco después de que la niña huyera y, en cuanto a Buddie, el verano pasado fue atropellado por un *buggy* en la playa de Pismo. De modo que, como ves, sólo me queda Betty Sue.

—¿Dónde está el padre? —pregunté, aunque me arrepentí al instante.

—¿El padre? ¿Su maravilloso, guapo y genial papá? —dijo Rosie, dedicándome una nueva mirada acusadora—. Lo último que supe de él fue que estaba en Bakersfield, vendiendo a plazos baterías de cocina de aluminio a las viudas de por allí. —Dejó la frase unos segundos en suspenso y añadió—: Eché de casa a ese gusano despreciable cuando Betty Sue empezó las clases en el instituto.

—¿Te molesta que te pregunte por qué?

—Porque se creía Johnny Cash —contestó Rosie sin más, como si aquello lo explicase todo—. ¡Maldito imbécil!

—Temo que no acabo de entenderlo.

—Un año tras otro se emborrachaba, desvalijaba la cuenta corriente y viajaba hasta Nashville para ver si lograba dar el salto a la fama como estrella de la canción. Lo único que logró jamás el muy iluso fue aguantar mientras duraba mi dinero, y después volvía a casa con el rabo entre las piernas, sonriendo como el perro chupahuevos que era. La última vez que lo hizo, al aparecer se encontró con un divorcio y una pena de cárcel por no pagar la pensión. Ése fue nuestro último contacto —dijo con una sonrisa maliciosa—. Era sin duda un tipo bien plantado pero, como me advirtió mi padre cuando nos casamos, vale para menos que un par de tetas en un jabalí macho.

—¿Tampoco él ha tenido noticias de Betty Sue?

—No que yo sepa —contestó Rosie—. Betty Sue siempre estuvo colgada de su padre, pero Jimmy Joe sólo se amaba a sí mismo y apenas se ocupó de los chicos, algo que ignoro si ella le perdonó, aunque creo que, de haber tenido novedades de la niña, me lo habría dicho. Sabe que la he estado buscando, y además le da un pánico cervical que lo empapele por los atrasos que me debe, así que supongo que me habría informado. —Calló y me consultó con la mirada—. ¿Qué opinas?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Ni hablar, muchacho. Lo que quiero es que inviertas unos días en buscar a mi pequeña —declaró ella, y me entregó un fajo de billetes que había apretujado en la mano durante toda la conversación—, sólo hasta que al grandullón le den el alta en el hospital.

—Sería desperdiciar mi tiempo —dije, intentando devolverle los manoseados

billetes— y tu dinero.

—Tú lo has dicho, es mi dinero —replicó Rosie con descaro—. ¿Acaso no es lo bastante bueno para comprar tu tiempo?

—¿Y si ella no quiere ser encontrada?

—¿De verdad crees que ese hombretón quería que le dieras caza? —me increpó.

—También podría estar muerta —dije, pasando por alto su razonamiento—. ¿Has sopesado esa posibilidad?

—No pasa un solo día en el que no lo piense, muchacho —respondió Rosie—. Pero soy su madre y en el fondo de mi corazón sé que sigue viva en alguna parte.

Puesto que jamás había encontrado una fórmula con la que combatir el misticismo materno, meneé la cabeza y fui hasta mi vehículo para recoger el cuaderno de notas y el talonario de recibos, transportando el fajo de dinero tan cuidadosamente como si fuera una bomba. Acto seguido volví al establecimiento, hice preguntas, tomé apuntes y conté el dinero: ochenta y siete dólares.

Rosie me facilitó el nombre del novio, que ahora ejercía como abogado en Petaluma, del profesor favorito de Betty Sue en el instituto, el cual aún daba clases de arte dramático en Sonoma, y de su mejor amiga, que se había casado con un chico de Santa Rosa llamado Whitfield, se divorció y se volvió a casar con un judío de Los Gatos, un tal Greenburg o Goldstein —Rosie no recordaba bien el nombre—, se separó por segunda vez y supuestamente estaba haciendo un curso de posgrado en Stanford. Detalles y más detalles... Luego le inquirí qué clase de persona había sido Betty Sue.

—Lo deducirás —contestó ella en tono enigmático— cuando hables con la gente. Voy a dejar que lo averigües por ti mismo.

—Me parece justo —dije—. ¿Por qué se fue de casa?

Tras unos momentos de reflexión, Rosie repuso:

—Durante un tiempo me eché toda la culpa, pero ahora ya no.

—¿Qué sucedió?

—Vivo en una caravana detrás del bar —dijo—, y en cierta ocasión, tras separarme de Jimmy Joe, Betty Sue me encontró en la cama con un hombre. Se lo tomó fatal, desde luego, pero no creo que fuera ésa la razón de la fuga. A veces tenía la impresión de que había escapado porque se consideraba demasiado importante para vivir junto a un bar.

—¿Tuvisteis alguna discusión antes de que se fuera?

—Nosotras no discutíamos —proclamó Rosie con orgullo—. No había ningún motivo de roce. Desde su más tierna infancia, Betty Sue hacía lo que le venía en gana, y yo se lo permitía porque era una niña muy buena.

—¿Podría haberse quedado embarazada?

—Es posible, sí, pero dudo mucho de que se fuera por eso —dijo—. Sin embargo,

nunca se sabe... —Seguidamente, con voz avergonzada, añadió—: Nuestra relación no era muy íntima. No estábamos tan unidas como lo había estado yo con mi madre. Tuve que asumir el mando del negocio, porque la mayor parte del tiempo Jimmy Joe no lo hacía y, cuando se ponía al frente, regalaba más cerveza de la que vendía. Alguien tenía que sacar a la familia adelante. —Aquí hizo una nueva pausa—. Supongo que sigo sintiéndome culpable, pero ya ni siquiera sé de qué. Y quizá la culpa también a ella. Siempre ambicionó más de lo que teníamos. Aunque no lo dijo en voz alta, y de hecho era una chiquilla muy cariñosa, yo me daba cuenta de que quería más. Reconozco que nunca entendí a qué aspiraba concretamente. Si la encuentras, tal vez me lo pueda explicar.

—Si la encuentro —recalqué, y le extendí un recibo por los ochenta y siete dólares.

—¿Bastará con esa cantidad? —preguntó Rosie—. No he tenido oportunidad de contarla.

—Hay más que de sobra.

—Si cuesta más, haz el favor de pasarme la factura —ordenó mi nueva clienta.

—Esto ya es demasiado dinero —insistí—. Hablaré con el tal Albert Griffith en Petulama, con el señor Gleeson, que por lo que veo sigue por aquí, y también intentaré localizar a Peggy Bain. Después vendré a traerte el cambio. De todos modos, te advierto de buen principio que estás tirando el dinero.

—Muy honesto por tu parte —dijo Rosie. Estudió el recibo con más atención y preguntó—: ¿Qué apellido es éste, Sughrue?

—Exacto.

—Mi madre tenía unos primos en Oklahoma que vivían, creo, en las proximidades de Altus y se llamaban Sughrue. ¿Tienes algún pariente por esas latitudes?

—Tengo parientes por todo Texas, Oklahoma y Arkansas —admití.

—¡Caramba! Seguramente somos primos lejanos —exclamó Rosie, y me tendió la mano.

—Podría ser —coincidí, a la vez que estrechaba aquella mano firme y cordial.

—La gente ya no entiende el concepto de parentesco.

—El mundo se ha hecho demasiado grande —repuse—. Creo que ahora debería acercarme a la ciudad y ver si mi otro cliente continúa vivo y coleando.

—¿Quieres una cerveza para el camino?

—Gracias —acepté, y fui al retrete para hacerle sitio.

Cuando salí, Rosie se inclinó sobre la barra, me dio la cerveza y sentenció:

—Tú también eres un bebedor empedernido.

—No tanto como antes.

—¿Qué pasó?

—Una mañana me desperté en Elko, Nevada, vaciando ceniceros y limpiando váteres.

—Pero no dejaste el alcohol —puntualizó.

—Preferí aflojar el ritmo antes que tener que dejarlo —reconocí—. Ahora intento ir dos copas por delante de la realidad y tres por detrás de la borrachera.

Rosie sonrió con una especie de conocimiento superior, como si supiera que la idea de renunciar a la bebida me aterraba tanto que ni siquiera me atrevía a pensar en ella.

—¿Podrías vigilar el Cadillac del señor Trahearne? —le pedí.

—Quita la tapa del delco —dijo ella—, y haré que Fireball duerma en el vehículo todas las noches después de cerrar.

Una vez hube retirado la tapa del distribuidor y cerrado el capó, Rosie señaló mi matrícula de Montana y preguntó:

—¿No hace mucho frío allí arriba?

—Cuando eso ocurre, pongo rumbo al sur —dije.

—Debe de ser fantástico.

—¿A qué te refieres?

—A ir donde te apetezca —comentó la mujer con voz nostálgica—. Yo no me he alejado más de quince kilómetros de este condenado agujero desde que fui al entierro de mi madre, en Fresno, hace once años.

—La vida libre y nómada no siempre es tan buena como la pintan —confesé.

—Tampoco lo es encerrarse en casa —replicó Rosie. Al sonreír, las arrugas que el tiempo había grabado en su rostro se suavizaron y alisaron, de tal manera que varios años de vicisitudes se diluyeron como lágrimas de felicidad—. Ten mucho cuidado, ¿me oyes?

—Tú también —dije—. Nos veremos a principios de la semana próxima.

En el instante en el que subía a mi camioneta, un vehículo lleno de obreros de la construcción con los monos sucios y unos brillantes cascos amarillos fue a aparcar a mi lado, patinó, y el conductor dio un brusco frenazo que provocó un sonoro ruido metálico en la transmisión. Los pasajeros bajaron en tropel, riendo, llamando a gritos a Rosie y tocándose el trasero unos a otros, exaltados por la hilarante libertad de tomar unas cervezas en su tiempo de asueto, y de pronto se abalanzaron todos a una sobre los brazos abiertos de Rosie como una bandada de inocentes polluelos.

Sabía que aquellos hombres eran probablemente unos indeseables que silbaban a las chicas guapas, trataban a sus esposas como criadas y votaban a Nixon siempre que se presentaba la ocasión. No obstante, en lo que a mí concernía, a la hora de trabajar duro y gozar de los buenos ratos le daban cien mil vueltas a una pandilla de liberales en un moderno Volvo.

Cuando llegué al hospital, Trahearne estaba sedado y roncaba plácidamente, sumido en un profundo sueño del que habría sido un crimen despertarlo. Fui a ver al médico del servicio de urgencias que le había atendido, quien vino a decir que Trahearne viviría incluso a su pesar. Sin embargo, el facultativo no estaba tan convencido con respecto a Oney y Lester. Una vez les limpiaron y vendaron las heridas, se largaron de inmediato, impacientes por regresar al bar de Rosie y tomar otro par de cervezas. Mientras el doctor se alejaba por el vestíbulo, moviendo tristemente la cabeza, usé por fin la moneda de diez centavos para telefonar a cobro revertido a la antigua señora Trahearne. Como de costumbre, oí en la distancia una voz reticente a aceptar el coste de la llamada.

—Bueno —dije en un tono más jovial de lo previsto, cosa que atribuí al whisky—, por fin he dado con ese viejo zorro.

—Menos mal —respondió ella con frialdad—. ¿Estaba en San Francisco?

—No, señora —dije—, en un pequeño antro de las afueras de Sonoma.

—¡Qué pintoresco! —masculló—. ¿En qué estado lo encontró?

—Ebrio —respondí, sin especificar a cuál de los dos me refería.

—Eso lo doy por sentado, señor Sughrue —me espetó—. ¿Cómo está físicamente?

—Bien.

—¿En serio?

—Sí, señora. No le pasa nada —dije, rehuyendo respuestas más concretas—, se encuentra perfectamente. Lo más probable es que salga del hospital dentro de tres o cuatro días, y para entonces estará como nuevo.

—Quizá mi pregunta le parezca presuntuosa —dijo ella sin alzar la voz—, pero si está en una forma tan espléndida, ¿por qué lo han ingresado en un hospital?

—Es una larga historia.

—¿No lo son siempre?

—Así es, señora —admití.

—Está siendo innecesariamente ambiguo, señor Sughrue —me regañó ella. Tenía una voz agradable y refinada, pero era obvio que estaba acostumbrada a mandar.

—Lo que usted diga, señora.

—¿Y bien?

—Verá, su ex marido sufrió un pequeño accidente.

—Soy toda oídos.

—Se cayó de un taburete de bar y se lesionó la espalda —me apresuré a decir.

—Es absolutamente encantador —comentó la ex esposa—. Quizás esto le enseñe una lección que le hacía mucha falta aprender. —Emitió entonces una risa intensa, elegante, como los ricos susurros de un abrigo de visón que alguien arrastrase con despreocupación por una escalinata de mármol—. Aunque espero que no sea nada grave.

—Una pequeña contractura.

—Me alegra saberlo. Confío en que continúe a su lado hasta que le den el alta médica, y que lo acompañe también en su juerga posmortalidad.

—¿Perdón?

—La carne mancillada tiende a revolcarse en la carne —dijo—, especialmente en el caso de Trahearne.

—Lo siento, señora, pero no la sigo.

—En cuanto abandone el hospital, mi ex marido se empeñará en montar una orgía. Ya sabe, con vino, mujeres y música: whisky del caro, prostitutas de primera clase y, finalmente, la eterna y triste canción de arrepentimiento. Deseo que cuide de él durante esos días.

—Haré lo que esté en mi mano —le prometí.

—No me cabe duda —respondió—. Y cuando esté preparado para regresar y lamerse las heridas en casa, quiero que se ocupe personalmente de que lo haga.

—Sí, señora —dijo, con la secreta esperanza de que Trahearne sólo se lamiera las heridas en un sentido figurado.

—Quizá si le comunica que su adorada Melinda ha vuelto al redil, y que se pasa la noche entera peleando con sus barros o lo que quiera que haga, es posible que decida cortar en seco la orgía.

—De acuerdo —contesté, aunque no tenía la menor idea de quién o de qué me hablaba. Tampoco sabía lo que opinaría Trahearne de mi presencia después de su accidente... mi accidente... en fin, después del accidente del bar.

—Además, a su llegada espero recibir un informe completo —exigió la clienta—. Gracias y buenas noches.

—¿Un informe sobre qué? —pregunté, pero ya había colgado el teléfono—. Sólo un loco trabaja para los locos —le dije a la línea inactiva, y una agobiada enfermera que pasaba corriendo junto a mí asintió con la cabeza.

Puesto que no era mi dinero, y con una certeza casi total de dónde pasaría la noche siguiente, me registré en el mejor motel de Sonoma y pedí un enorme entrecot y algunos tragos del whisky caro que había mencionado la antigua señora Trahearne. Después volví en mi camioneta al local de Rosie, me emborraché como un imbécil con Lester y Oney, y dormí sobre la mesa de billar.

—¿Dónde demonios estaba? —me increpó Trahearne cuando entré en su habitación

dos mañanas más tarde, a las diez en punto.

—He sido huésped del condado —dije.

—¿Cómo?

—He estado en la cárcel.

—Anda, ¿y por qué?

—Ayer, después de tomarme declaración, el sheriff me retuvo como testigo presencial. Solamente quería ver si tenía una versión diferente del tiroteo tras pasar una noche en el calabozo —aclaré.

—¿Es un procedimiento legal?

—No —dije—, pero si hubiera presentado una queja o llamado a un abogado, habrían encontrado algún delito menor del que acusarme.

—¡Qué hijos de puta!

—No tiene importancia, ya había estado entre rejas alguna vez.

La cárcel es como es, y generalmente no merece la pena hablar de ella cuando sales.

—En fin, ahora que ha vuelto —dijo Trahearne— podría hacerme algunos encargos. —Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué un botellín de vodka—. ¡Dios sea loado! —susurró, y agarró presto el recipiente—. Es usted un santo, amigo mío, un santo coronado.

No obstante, antes de que rompiera el precinto una enfermera alta y esbelta, de insinuantes curvas, irrumpió en la habitación.

—Me temo que no podrá ser —dijo, arrancando la botella de sus grandes y temblorosas manos—. Esta botella le será devuelta cuando le den el parte de alta.

—¿Lo ve, señor Trahearne? —me sumé a sus palabras—. Le advertí que en el hospital está prohibido beber. —A la enfermera le comenté—: Lo siento muchísimo, señora, le dije que no me gustaba nada la idea, pero soy un simple mandado y ya sabe como van estas cosas.

A Trahearne se le desencajó la cara, enrojecida y grasienta por el sudor, a la vez que incorporaba la mitad del pecho fuera de las sábanas. Parecía estar a punto de asesinar a alguien.

—Espero que no se repita este incidente —dijo la enfermera.

—Descuide, señora, no volverá a ocurrir —respondí, tocándole ligeramente el brazo—. Y si el paciente le causa alguna molestia, no dude en telefonarme. Me alojo en el Sonoma Lodge. —Ella sonrió, asintió y me dio las gracias, antes de mover sus caderas bellamente moldeadas hacia la puerta con pasos rápidos y eficientes—. A cualquier hora —le dije a su espalda.

—Hijo, no me importa que pierda el tiempo, pero me niego a que sea mi tiempo y encima a mis expensas —refunfuñó Trahearne. Extraje otro botellín del bolsillo de la trenca y se lo pasé—. No es usted ningún santo, muchacho, sino que está bien

preparado para los imprevistos —masculló, y dio un corto trago—. ¡Dios bendito, si incluso me lo trae frío! —exclamó, sorbiendo de nuevo—. Aún resultará que vale todo el dinero que me cuesta.

—Yo tenía la impresión de trabajar para su ex mujer.

—Todo sale del mismo bolsillo —dijo Trahearne, contemplando el licor transparente.

—¿Uno al día?

—Que sean dos.

—De acuerdo, señor.

—Desde luego, no se parece a ninguno de los otros —declaró el herido tras repasarme de arriba abajo.

—¿Los otros?

—Todos los que me han buscado hasta ahora han sido chulos baratos —me explicó—, con sus trajes informales de tonos pastel y anillos de circonita rosa. Usted me recuerda más bien a un jinete errante.

—Veo que ha tratado con algunos miembros de mi profesión —dije.

—Es el primero que me ha encontrado antes de que yo quisiera ser localizado —admitió Trahearne—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Es un secreto profesional.

—Fue por la maldita postal, ¿verdad?

—No se imagina cuántos perros deambulan por los bares —dije, y él esbozó una sonrisa.

—¿Le molesta que le haga una pregunta personal?

—Quiere saber qué hace un buen muchacho como yo metido en esta clase de negocio.

—Algo parecido —confirmó Trahearne.

—Soy un capullo metomentodo.

—Yo también —dijo, y volvió a sonreír—. Quizá nos llevemos bien.

—Se supone que estoy aquí para vigilarle, señor Trahearne, no para ser su amigo del alma —recalqué.

—Eso es una tontería.

—¿Sólo una tontería, o una gran gilipollez?

—Creo que nos vamos a entender.

—¿Cómo están sus posaderas?

—Van mejorando —dijo el enfermo—. He sobrevivido a situaciones más graves. Obviamente, entonces era mucho más joven... Aunque en infantería de marina no tenían suministro de vodka.

—Me alegro de serle útil —dije.

—Lo que me mata es el aburrimiento —afirmó Trahearne—. Necesito que me

haga un par de favores.

—Estoy a sus órdenes —dije.

—Prefiero dejarlo en favores —insistió él.

—Lo que usted quiera.

—Consígame material de lectura —dijo—. Da igual que sean novelas de bolsillo o revistas populares al peso (las consumo con tanta avidez como un niño las patatas fritas), me conformo con cualquier escrito expuesto en un anaquel de librería. También sería ideal que me gestione un servicio de cenas a domicilio. Mientras que no sea comida de hospital, la puede encargar incluso en un McDonald's.

—Conforme —accedí—. ¿Qué me dice de un coro de bailarinas y una banda de música?

—Me gustan los hombres que saben entretener a la gente —declaró Trahearne—. Si me tienen encerrado muchos días, tal vez contratemos a una corista especializada en satisfacción oral, pero nada de orquestas... A lo sumo, un cuarteto de cuerda.

—Me ocuparé del asunto —dije—, aunque no puedo prometerle nada. Estoy fuera de mi territorio.

—Si no logra trabajarse a esa *madame* de la rutina palurda y patosa —me ofreció—, tengo algunos números de teléfono interesantes en San Francisco.

—Bien —respondí—. Ahora soy yo quien quiere pedirle un favor. —El grandullón dejó de sonreír—. No afectará a sus encargos.

—¿Qué clase de favor? —preguntó, a la expectativa.

—Según parece, Rosie tiene una hija desaparecida —expliqué—, y le dije que investigaría el caso durante su estancia en el hospital, siempre, por supuesto, que usted dé su autorización.

Tras un breve silencio, mi cliente dijo:

—La tiene. Me satisface ver a un joven que lucha para progresar en la vida.

—No sé si entro todavía en la categoría de joven —repliqué—, y a estas alturas me importa un comino hacer progresos o no. Lo que ocurre es que la buena señora me cae bien, y por eso accedí a hacerle este favor... Si está de acuerdo.

—Lo estoy —contestó Trahearne.

—Probablemente será una pérdida de tiempo y de dinero —dije.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—De ochenta y siete dólares —respondí.

Una nueva sonrisa iluminó la cara del herido.

—¡Diantre! ¿Cuánto tiempo puede uno perder por ochenta y siete dólares?

—Cualquier tiempo que invierta será un despilfarro.

—¿Por qué lo dice?

—La hija se fugó de casa hace diez años, y eso es demasiado...

—¡Dios mío! —me interrumpió Trahearne—. Creo recordar entre nubes etílicas

que Rosie me contó toda la historia. Sospecho que ha sido culpa mía —añadió, meneando la cabeza.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Temo haberle comentado —confesó el grandullón, tras darle un buen lingotazo a la botella— que aparecería un sabueso privado olfateando mis borrosas huellas, y haberle sugerido que lo contratase. Pensé que así podría esquivar unos días más a quienquiera que hubiese enviado Catherine. —Soltó una risotada—. Por lo tanto, mal puedo oponerme ahora. —Hizo una pausa e inquirió—: ¿Cómo encara los casos de personas desaparecidas?

—Depende de quién se trate y del tiempo que lleve ausente —dije—, aunque generalmente me limito a husmear por ahí.

—No parece un método muy ortodoxo.

—Si quiere metodología —proclamé— contrate a las grandes empresas de seguridad. Son unos ases en métodos y estrategias. Verá, la gente decente no sabe desaparecer, y los maleantes no pueden hacerlo porque tienen que seguir merodeando con otros de su calaña.

—¿Dónde encaja usted en el cuadro?

—Soy más barato que esas empresas —dije—, y la mayor parte de mis clientes aún creen en las agencias pequeñas e independientes. Suelen ser unos románticos.

—Debe de trabajar sin descanso —musitó él con una mueca burlona.

—Y cada vez tengo que frecuentar más los bares —respondí—. Ya casi ejerzo de *barman*.

—Caramba, joven, en cuanto le vi supe que tenía algo que me gustaba —bromeó Trahearne.

—A todos los asiduos les gustan los camareros. Por cierto, su ex mujer me encargó que le dijera que Melinda está en casa, y que pelea con barro o algo parecido.

—No pelea, lo trabaja.

—¿Perdón?

—Mi esposa —aclaró el herido— es alfarera y escultora de cerámica.

—Entiendo.

—Deduzco por su expresión, joven, que ignora cuál es mi situación —dijo ahora en tono grave. Puesto que había acertado, dejé que continuara—. Mi madre, mi ex esposa, mi mujer actual y yo vivimos todos juntos, más o menos, en un rancho en las afueras de Cauldron Springs. —Trahearne contempló la pared pintada del institucional color beige como si fuera una ventana abierta a las montañas, como si pudiera distinguirse a sí mismo en medio de una panorámica de postal con figuras humanas—. Formamos una pequeña y feliz familia —concluyó en ademán reflexivo.

Sabía que en algún momento tendría que escuchar el relato de su vida, pero prefería que fuese más tarde que pronto, así que me despedí de él. Cuando daba la

vuelta para irme, su ancha mano aferró el botellín como si fuera su única esperanza de salvación.

No existe un idiota mayor que aquél que, además, se cree irresistible. Camino de la salida, me detuve junto al mostrador de enfermería para saludar una vez más a la enfermera esbelta. Le pregunté sobre el servicio de restaurante que me había pedido Trahearne y, aunque no pareció muy contenta al respecto, prometió consultárselo al médico.

—¿Tiene ya algún plan para cenar esta noche? —insinué.

—Acabo de quedar —repuso, exhibiendo una alianza en el dedo anular.

—Yo estoy libre —dijo a mi espalda una voz llena de vida.

Antes de recoger el sedal, me volví para ver quién lo había echado. Era más menuda que la otra pero también más curvilínea, con un pícaro rostro de nariz respingona enmarcado en una ondulada melena rubia, y un cuerpo compacto y musculoso. Me fijé en que era un poco patizamba, pero ¡qué demonios!, yo tenía el mismo defecto.

—¿Es una cita en firme? —pregunté.

—Sólo si te apetece —respondió ella de inmediato, con una sonrisa dibujada en sus vivarachos ojos azules.

—¿Nos encontramos a las ocho en el bar del Sonoma Lodge? —propuse.

No soy un adefesio, pero tengo panza de bebedor y la nariz rota, de modo que las desconocidas no suelen elegirme entre una multitud para concertar una cita a ciegas, aunque por otra parte a caballo regalado bla, bla, bla. Además, la enfermera tenía la boca pequeña y provocativa, así como el trato directo de una mujer liberada sexualmente.

—Estupendo —dijo, y me tendió una mano franca y expeditiva—. Me llamo Bea Rolands —añadió—. ¿Eres también escritor, como el señor Trahearne?

—No exactamente como él —admití, sujetando con fuerza aquella mano mientras aclaraba mi mente. El único autor presente estaba fuera de combate, pero yo había leído suficientes libros durante las tardes de tedio en los gimnasios militares para simular lo que no era, quizás incluso para copiar la vena poética de Trahearne—. Algunas veces le hago labores de búsqueda, y también me ocupo de sus asuntos —dije con una mirada lasciva.

—¿No te parece un escritor prodigioso? —dijo Bea efusivamente—. Adoro sus libros. La verdad es que los tengo todos, las ediciones en tapa dura, los poemas... Y he visto también todas las películas, hasta tres o cuatro veces, y me encantaron. ¿Crees que le importaría si le pido que me firme algunos ejemplares?

—No sabría decirte —contesté—. Verás, es un hombre muy tímido y estas situaciones acostumbran a incomodarle, pero ¿por qué no los traes esta noche y se lo pregunto yo mañana?

—¡Muchísimas gracias! —exclamó la enfermera entusiasmada, dando saltos de alegría. Sus pechos pequeños y turgentes se agitaron de un modo muy sugestivo en el fino sujetador que llevaba bajo el uniforme.

—Nos veremos a las ocho —dije, soltando por fin su mano—. Te agradezco que me salves de una cena solitaria.

—El placer es todo mío —repuso ella con una risita.

Al salir del hospital, decidí que había tenido suerte con Trahearne. Al menos no era un tipo aburrido. A su alrededor había acción en abundancia: sangre, tiroteos, una noche en el calabozo, y ahora aparecía una seguidora incondicional con las piernas sensualmente arqueadas. Me asaltó un deseo espontáneo de que huyera nuevamente de su casa, pronto y a menudo, una vez cada cinco o seis meses. Quizás incluso aceptaría hacer un alto en el camino para recogerme, y así no tendríamos que malgastar todo aquel tiempo de diversión mientras me partía el culo dándole caza.

En el supermercado, le pedí a la cajera un recibo por los casi siete kilos de revistas y libros en rústica que había comprado, a la vez que le mostraba una placa de ayudante del sheriff —obtenida en circunstancias tremendamente sospechosas— del condado de Boulder, Colorado. Argüí que debía investigar el material en busca de contenidos pornográficos ocultos. Ella no movió uno solo de sus pelos estudiadamente alborotados. Éste era uno de los aspectos de California que siempre me había gustado: están todos tan chiflados, que si realmente quieres llamar la atención de alguien la tienes que montar bastante gorda.

Cuando dejé mi cargamento en la habitación de Trahearne, el paciente dormía como un oso en la época de hibernación, acurrucado sobre la cadera ilesa y expeliendo unos ronquidos que parecían maldecir su propio sueño, unos grandes ruidos ahogados en flemas, saturados de whisky y enrarecidos por el tabaco que hacían retemblar el cristal de la ventana. Me pregunté cómo podía dormir en semejante barahúnda, cómo sus esposas —pasadas y presentes— conseguían descansar a su lado. Escondí la dosis vespertina de vodka entre una novela de aventuras titulada *The Towers of Gallisfried y Stalkahole*, un delgado *western*, y luego salí de puntillas, furtivamente, procurando no despertar al monstruo.

En el listín del teléfono público más cercano encontré el número del profesor de teatro de secundaria. Cuando llamé al señor Gleeson y le dije por qué quería hablar con él su reacción, más que de sorpresa, fue de un ligero divertimento. Sin embargo, no tuvo que escarbar en su memoria para reconocer el nombre, lo que constituía una buena señal. Accedió a recibirme en cuanto me desplazase a su domicilio, aunque no podría dedicarme mucho tiempo porque se había citado con una alumna a segunda hora de la tarde. Procedió entonces a darme una serie de indicaciones tan desconcertantes, que tardé más de media hora en recorrer los quince kilómetros que había hasta su casa, situada al pie de la cuesta de Oakville Grade. Antes de encontrarla, me tuve que disuadir a mí mismo un par de veces de coronar el ascenso, entrar en el vecino valle de Napa y hacer la ruta del vino.

Charles Gleeson vivía en una finca rústica construida en el claro de un roble, un pequeño edificio que daba la impresión de haber sido en su tiempo una casa de verano, con el tejado de madera y unos muros sin pintar que el tiempo había ido envejeciendo en tonos grises bellamente plateados. Una tupida especie de trepadora ocultaba la mitad del porche y se encaramaba por el tejado sin orden ni concierto, como si temiera asfixiarse entre los grandes arbustos floridos que invadían el jardín de entrada. El profesor acudió a la puerta mosquitera antes incluso de que llamase:

era un individuo bajito, con una forzada postura enhiesta, la cabeza enorme y una voz tan teatralmente profunda y resonante, que parecía una mala imitación de Richard Burton beodo en una escena bufonesca shakesperiana. Por desgracia, su noble testa era calva como el culito de un niño, a excepción de la banda elegantemente larga de cabello fino y canoso que ribeteaba la nuca de oreja a oreja. Se acababa de rociar la cara con una loción *aftershave*, vestía pantalones blancos de dril y un polo de punto, y llevaba encima más de dos kilos de plata y turquesas.

—Usted debe de ser el caballero que ha telefoneado a propósito de Betty Sue Flowers —declamó, más que decir, al abrimme la puerta.

Una mosca que pasaba por allí, al acecho como un diminuto halcón, planeó frente a mí y echó a volar hacia la cocina. Gleeson trató de matarla con una mano pálida, ineficaz, y farfulló un reniego educado.

—Lamento el retraso —dije.

—Ha sido por culpa de mis instrucciones, ¿verdad? Tengo que pedirle disculpas, pero mi concepto de las relaciones espaciales sufre graves deficiencias... Salvo en el teatro, por supuesto. ¡Madre mía! Puedo retener en la mente un monstruo como *Mourning Becomes Electra*, y en cambio soy incapaz de indicarle a nadie cómo llegar a mi pequeña casa del bosque —cotorreó, sin dejar de dar vueltas a la gruesa pulsera que ceñía su muñeca.

Nos estrechamos mutuamente la mano, y luego el profesor me dio unas afectuosas palmadas en el antebrazo y me introdujo en la sala de estar, mezcla de diseño danés moderno y estilo neonavajo.

—Fuera hace un día precioso —sugirió, toqueteando el collar tribal de flor de calabaza—, así que, ¿por qué no vamos a sentarnos en el solario? Me temo que la casa es más bien zona de guerra. Verá, soy soltero y las tareas domésticas siempre han sido mi asignatura pendiente.

Señaló ambiguamente con la mano un desorden invisible. Lo cierto era que se podría haber comido sobre los encerados suelos de roble, o bien practicado una apendicectomía en la madera natural de la mesa de centro. De todos modos, no me molestó salir. Aquel tipo de casa siempre me incitaba a inspeccionar mis botas por si llevaba adherida alguna porquería. Lamentablemente, esta vez las tenía de una limpieza inmaculada.

El solario, edificado a partir de las mismas superficies plateadas que la casa y amenazado por la misma enredadera lujuriente, tenía una barandilla de hierro forjado y un alegre toldo naranja. Al menos era un espacio exterior. Con un suspiro hondo y tembloroso, Gleeson se arrellanó en una silla de tijera y me ofreció gentilmente la de enfrente.

—Es un poco temprano para mí, pero ¿le apetece una *birra*? —dijo, removiendo perezosamente unos cubitos de hielo en el vaso mejicano de vidrio soplado que

acababa de recoger de una pulcra mesa auxiliar a juego con su asiento—. ¿Una cerveza? —insistió, por si no le había entendido.

—Desde luego —mascullé—, para mí cualquier hora es buena.

Hice una mueca propia de Aldo Ray. Si yo tenía que soportar su actuación de *homme du monde*, él sufriría a mi personaje de sabueso hastiado y alcohólico.

—No faltaba más —murmuró.

Metió la mano en una pequeña nevera que tenía al otro lado de la silla y sacó una lata de Tecate, la pizca adecuada de sal gema y una rodaja de lima adornando ya la parte superior de la lata. El tiparraco estaba bien preparado.

—¿Le gusta la cerveza mejicana? —preguntó ahora.

—Me gusta la cerveza —repliqué—, como dice Tom T. Hall en su canción.

—Ya veo —susurró el profesor, intentado disimular su sonrisa de superioridad bajo una ceja arqueada con desdén—. La cerveza mejicana es excelente, quizá la mejor del mundo. A mí personalmente me encanta. Veraneo todos los años en Méjico, ¿sabe usted?, en San Miguel de Allende. Me permite distanciarme del prosaico mundo del instituto —concluyó, a la vez que me alargaba la cerveza.

—Debe de ser divertido —comenté. Le imaginé durante las vacaciones, tocado con un peluquín de trescientos dólares en forma de zarigüeya disecada y matando de aburrimiento a toda alma viviente en setenta kilómetros a la redonda.

—Es un país sensacional —dijo, y exhaló un suspiro que pretendía ser nostálgico, lánguidamente resignado a llevar una vida indigna de su talento. Luego alzó la vista y añadió—: Ponga una punta de sal en su lengua, dé un sorbo a la cerveza y muerda la lima.

—De acuerdo.

Engullí la sal, me bebí toda la cerveza de un trago, me comí la rodaja de lima sin dejar ni siquiera la corteza, y tiré al césped la lata vacía. Gleeson parecía estar al borde del llanto y, cuando eructé, un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Tiene otra de esas cervezas mejicanas? —dije con voz achispada—. No estaba nada mal.

—Por supuesto —respondió, en la actitud del perfecto anfitrión. Acto seguido me pasó otra lata a regañadientes, como si estuvieran racionadas. Antes de que me viera obligado a destruir también ésta, fui salvado por la campana... o mejor por los pitidos. Su teléfono sonó como el piar de un polluelo de ave—. ¡Oh, vaya! —se lamentó—. Le ruego que me disculpe.

En cuanto el profesor Gleeson entró en el edificio, me levanté para dejar que se asentara la contundente cerveza. Empujado por mis antiguos hábitos de entrometido, examiné el vaso del profesor: zumo de arándano y una tonelada de vodka. O bien era un borrachín secreto, o un embustero compulsivo, o bien mi visita le ponía más nervioso de lo que quería dar a entender. Me acerqué con sigilo a la ventana de la

cocina pero no oí nada, salvo la distante vibración de su voz y el zumbido frenético de una mosca atrapada en el interior. Abrí la puerta trasera para que saliera aquella pobre criatura hambrienta y, tras volver a sentarme, observé a un colibrí que succionaba agua azucarada del bebedero de Gleeson. No podía creer que el pequeño diablo hubiera viajado nada menos que desde Sudamérica sólo para eso. También era increíble que yo hubiera llegado tan lejos para hablar de una chica que se había escapado de casa hacía diez años.

Gleeson regresó criticando con condescendencia las debilidades de sus alumnos, unos muchachos *sencillamente adorables*.

—Bien —dijo, acomodándose en la silla y juntando las manos en torno a la rodilla con un musical tintineo de anillos de plata—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Se trata de Betty Sue Flowers —le recordé.

—Cierto. —Unos breves surcos fruncieron su frente en dirección de la perfumada y reluciente extensión de la calva—. Betty Sue Flowers —repitió con un suspiro, al tiempo que movía la cabeza y sonreía apesadumbrado—. Hacía años que no pensaba en ella.

—¿Qué es lo primero que le viene a la mente?

—Su nombre. Era demasiado tosco para una niña tan deliciosa y tan dotada —dijo Gleeson—. Cuando se hizo manifiesto que era mucho más que una buena actriz aficionada, le aconsejé que se cambiara de nombre inmediatamente, que desechara el original como tantas otras bobadas de la infancia.

—A mí no me disgusta el nombre —repliqué. Al contrario, me desagradaban las mujeres que cambiaban de identidad, al igual que los hombres que lucían joyas antes del crepúsculo.

—Obviamente. ¿Qué quiere saber en concreto? No la he visto ni he tenido noticias tuyas desde el viernes anterior a la fecha de su fuga. ¿Cuándo fue? ¿Seis, quizá siete años atrás?

—Diez.

—¡Madre mía! El tiempo vuela —susurró el profesor con aire abstraído, vocalizando el tópico como alguien que conocía bien su significado.

—Obviamente —dije a mi vez.

Gleeson levantó la mirada y entrecerró los ojos como si acabase de verme por primera vez.

—No es muy educado por su parte tomarme el pelo —me amonestó cortésmente. Sin embargo, en el fondo parecía satisfacerle que me hubiera tomado esa molestia.

—Lo siento —dije—, es una mala costumbre que tengo. ¿De qué habló aquel día con Betty Sue?

—Me temo que no tengo la menor idea —contestó el profesor, pero enseguida levantó un dedo—. Espere, creo recordar que pasó por mi despacho y me dijo que

tenía entradas para el ACT la noche siguiente. —Empezó a explicarme las iniciales y, de pronto, se interrumpió—. No me acuerdo de la obra que representaban. Compréndalo, ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado —admití por enésima vez.

—¿Le importaría si le pregunto qué interés tiene usted en este asunto?

—Su madre me ha pedido que la busque —respondí sin más.

—¿Lo hace para ganarse la vida o es miembro de la familia?

—Ambas cosas —dije—. Soy primo por parte de madre y un investigador privado con licencia.

—Entonces no se ofenderá si le pido que me enseñe alguna identificación.

—En absoluto —declaré, y saqué el carné.

—Por su acento —dijo él al devolvérmelo—, habría jurado que pertenece a la rama familiar de Texas o de Oklahoma.

—A la de Texas —puntalicé—. No obstante, en la actualidad nos dejan vivir prácticamente donde queramos.

—Lo supongo —comentó el profesor—. ¿Se ha recibido alguna nueva información sobre Betty Sue que haya inducido a la madre a contratar sus servicios?

—Ninguna, simplemente me tenía a mano. Ha aprovechado que estaba aquí por otro caso. Además, los dos hijos varones de la señora Flowers han muerto, y pensó que sería emocionante reencontrarse con su amada pequeña.

—Imagino que la *pequeña* habrá crecido bastante —dijo Gleeson, riéndose de su propia ocurrencia—. Yo en su lugar intentaría hablar con el padre. Por razones que no acierto a comprender (tal vez porque la privó de su afecto), Betty Sue tenía una fijación malsana por ese hombre. Me inclino a creer que, de ponerse en contacto con alguien, habría sido con él. Sí, yo buscaría al padre —se reafirmó.

Tras decir estas palabras, el profesor se apoyó en el respaldo de la silla, dio unos sorbos a su bebida y suspiró largamente, como un detective que acabara de resolver un caso de corrupción sórdido y trascendental en una película existencialista.

Mi lengua y mis arranques de genio siempre me habían acarreado problemas y, alguna que otra vez, incluso me habían impedido recabar la información que necesitaba. Me entraron ganas de espetarle a Gleeson que se guardara su estúpido consejo. También me habría gustado decirle dónde podía meterse su análisis de revista *Time*, o explicarle el auténtico significado de *fijación*, pero en lugar de desahogarme mantuve la boca cerrada y el arranque bajo control.

—No tuve oportunidad de conocer a Betty Sue en su etapa juvenil —dije, cambiando de tercio—. ¿Qué clase de niña era?

—Una entre un millón —me contestó el profesor, rápidamente pero con dulzura. Luego enmudeció de manera abrupta, como si se hubiera delatado. Intuí que lo había pillado.

—¿Por qué?

—¿Me pregunta por qué? —musitó Gleeson—. La primera vez que la vi, estaba actuando en una producción escolar de *La Cenicienta*, a la que tuve que asistir por razones de las que ahora mismo no quiero acordarme. Fue una representación espantosa incluso para una escuela de primaria, y habían desperdiciado el talento de Betty Sue en el papel del hada madrina, pero permítame decirle, amigo mío, que cuando aquella jovencita, todavía una niña, salía a escena, todos sus compañeros parecían criaturas de una raza inferior. Tenía la presencia natural más esplendorosa que he contemplado jamás en el teatro. Fuera del escenario no era nada especial, tan sólo una chica corriente de facciones agradables, pero sobre las tablas lo dominaba todo. ¡Qué presencia! ¡Y qué sentido innato de la interpretación! —Hizo una pausa para reír entre dientes—. Su hada madrina era una reina que otorgaba magnánimamente sus dones a los seres inferiores. Y ya entonces poseía asimismo una presencia sexual aterradora. Casi se podía oír la libido de los adultos del público suplicando romper las cadenas.

»Después de la representación fui entre bastidores para hablar con ella —continuó diciendo—, y la encontré mirando a la niña que había encarnado a la Cenicienta con unos ojos tan terriblemente lastimeros que, sin pensarlo dos veces, le di una charla sobre lo buena actriz que era. Reconozco que, por un instante, perdí un poco la cordura. Cuando terminé, fijó su mirada en mí y dijo: “Sólo me fastidia que lleve un vestido más bonito que el mío. En cualquier caso, yo no haría nunca de Cenicienta. No daría el personaje”. Tenía nueve años, amigo mío, nueve años exactos.

»A partir de ese día, por descontado, la tomé bajo mi tutela, y siempre que podía organizaba mis producciones del instituto y las de Little Theatre reservando un papel para ella. También intenté convencer a su horrenda madre de que me autorizase a inscribirla en un curso de arte dramático en la ciudad, e incluso me ofrecí a pagar de mi bolsillo todos los gastos. Como era de prever, rechazó mi propuesta. “Es una condenada sarta de sandeces”, creo que fueron sus palabras textuales. —Calló de nuevo y juntó las dos manos—. La maldita madre me llenaba de confusión. Deduzco que en su juventud fue lo que se considera una muchacha atractiva, aunque ahora la idea resulte inconcebible, y que sentía celos de Betty Sue. ¿Quién podría reprochárselo, viviendo enclaustrada en aquella caravana infecta detrás de un bar de mala muerte? Una vez, cuando Betty Sue cumplió los quince años, le encargué a un amigo (un fotógrafo profesional) que hiciera un portafolio de retratos suyos. Quedó fantástico. Más tarde, al preguntarle a Betty Sue qué había sido de las fotos, me dijo que se habían perdido, pero tengo la absoluta certeza de que las destruyó su madre.

»¡Qué pena! —añadió Gleeson, dio unos sorbos al falso refresco y agilizó el final del relato—. A los quince años interpretó a Antígona en la versión de Anouilh, y a los dieciséis a la Madre Coraje. Nunca lo hubiera creído posible».

—Son unas piezas algo complejas para escenificarlas en la escuela —señalé.

—Las produce con Little Theatre —me aclaró—. En aquella época teníamos una compañía excelente; incluso la prensa de San Francisco publicó críticas favorables de nuestras representaciones. Y Betty Sue era colosal. —Parecía un militar que rememorase las hazañas de una antigua guerra—. Con un poco de suerte, esa chica podría haber triunfado en Broadway o en Hollywood. Con un poco de suerte... —repitió en el tono de quien no la ha tenido jamás—. Sepa usted que la suerte es casi tan esencial como el talento.

Miró abstraído el vaso ya vacío. Tuve que sacarlo de su ensimismamiento.

—¿Qué edad tenía cuando usted la sedujo?

Gleeson rió espontáneamente, sin una vacilación, con las fundas de la dentadura brillando al sol. El colibrí revoloteó por el solarío como una imprecisa pincelada de azul, deteniéndose a estudiar el perfume de Gleeson. Pero no era ninguna flor, así que se alejó enseguida. El profesor agitó ruidosamente los cubitos de hielo y se puso de pie.

—Creo que ha llegado el momento de tomarme esa bebida —dijo jovialmente—. ¿Le apetece otra Tecate?

—Preferiría que contestara a mi pregunta —lo corté.

—Querido muchacho —afirmó el profesor mientras se preparaba el brebaje—, ha sido usted víctima de abyectos rumores y chismes maliciosos.

—Me enteré de su nombre por la señora Flowers —dije—, eso es todo. Aunque debo añadir que ahora entiendo por qué le rechinaban los dientes cuando lo pronunció. Por lo demás, no sé nada sobre usted que no haya salido de sus propios labios.

—¿De mis labios o de sus conjeturas?

—Son deducciones lógicas.

—Interpreta muy bien al paleta de pueblo, amigo mío —declaró Gleeson, pasándome una nueva cerveza—. Pero ha cometido un desliz al no pedirme que le explicara el significado de ACT, y desde luego no se familiarizó con Anouilh o con Brecht en la academia de policía, ni menos aún en un curso por correspondencia para investigadores privados.

—Se supone que el detective soy yo.

—Imagino que también hace estupendamente ese papel —dijo—, aunque tengo el presentimiento de que no me conviene prolongar esta conversación.

—Yo no vivo en las inmediaciones —repuse—, así que no me interesa lo más mínimo cuántos hímenes tiene colgados en su salón de trofeos. Mejor aquí con usted, en este entorno, a la luz de las velas y con un buen vino, que con un punk lleno de granos en el asiento trasero de un coche y con un paquete de seis cervezas Coors.

—No me dejó engatusar tan fácilmente —dijo Gleeson, aunque vi fulgurar unas

llamitas obscenas en el fondo de sus ojos—. Sin embargo, es cierto que de vez en cuando me concedo un pequeño placer —añadió con una sonrisa húmeda—. La mayoría de los necios que habitan en la localidad me toman por marica, y yo no lo desmiento. Como manto protector es insuperable, ¿no le parece? —Asentí, y él prosiguió—: Pero Betty Sue y yo nunca mantuvimos una relación de esa índole. No es que no me acuciara la tentación, como bien supondrá, dada la intensa sensualidad que emanaba, y no dudo tampoco de que ella se habría mostrado predispuesta. Evidentemente, de haber sabido... de haber sabido el cauce que tomarían los acontecimientos, y que ella no haría carrera en el teatro, me la habría beneficiado desde el primer momento; pero tal y como estaban las cosas, me inquietaba que el sexo pudiera entorpecer nuestra relación profesional.

—¿Profesional? —recalqué.

—En efecto. Quizás actualmente sólo sea profesor de arte dramático en un instituto de secundaria, pero he trabajado en el off-Broadway y en la televisión, además de enseñar en la universidad, y conozco el mundillo. Betty Sue podría haber sido una actriz de éxito. Y confieso que, si lo hubiera logrado, tenía intención de utilizarla. —Gleeson suspiró una vez más—. Los entrenadores deportivos se suelen consagrar a remolque de sus jugadores estelares, y no veía por qué yo había de renunciar a esa misma oportunidad. Así pues, reprimí mis instintos. Betty Sue, como ocurre a menudo con las chicas muy jóvenes, podría haberse cansado de tener en su vida a un hombre mayor, y haber confundido la relación sexual con la profesional. Por consiguiente, amigo mío, mantuve las manos quietas —concluyó el profesor, con el toque justo de arrepentimiento sumado al orgullo.

—Lo siento —dije, tratando de vislumbrar su verdadero rostro bajo la máscara melancólica—. Seguramente todavía tiene amigos en el teatro, y doy por sentado que, en el transcurso de los años, les habrá preguntado por Betty Sue.

—Lo he hecho tantas veces que me he convertido en el hazmerreír de la comunidad —me respondió con expresión de abatimiento—. Pero nadie la ha visto ni ha sabido nada de ella. Mucho me temo que estamos en un callejón sin salida.

—¿Podría haberse quedado embarazada?

—Sí, es probable —dijo Gleeson—. Intuí que no era virgen poco después de su decimocuarto cumpleaños, aunque, naturalmente, no había medio de confirmarlo.

—Verá —argumenté, preocupado aún por su mentira anterior sobre la bebida de arándano—, en ocasiones la gente confiesa pequeñas faltas, como sus intenciones egoístas con respecto a la carrera de la chica, para encubrir asuntos más graves.

—Y según usted, ¿qué podría tener que ocultar? —me inquirió con voz anodina.

—Lo ignoro —dije, y me incliné hacia delante hasta que nuestras manos casi se tocaron—. He adquirido una formación aceptable —agregué—, pero no soy un tipo especialmente sofisticado...

—¿Todavía tiene alma de campesino? —me interrumpió.

—Así es. Y como ha dicho antes, usted es un profesional que lo sabe todo sobre actuaciones, falsedades y máscaras —sentenció—. Si descubro que me ha mentido, querido colega, puede estar seguro de que volveré para ajustarle las cuentas.

Estrujé en mi puño la lata de cerveza vacía, un recipiente macizo de acero, al viejo estilo. Gleeson se rió con nerviosismo.

—Es un impostor terrible —dijo, con todo el ánimo que pudo reunir—. Con este número no engañaría ni a un niño.

—A diferencia de usted, colega —repliqué—, yo no estoy actuando. —Lo agarré por la muñeca y presioné la maciza pulsera de plata contra su blanda carne—. El discurso intelectual está muy bien, tío, pero en mi negocio lo que abunda es la violencia y el dolor.

—¡Dios mío! —gritó él, retorciendo todo el cuerpo—. Me va a romper el brazo.

—No hemos hecho más que empezar, amigo mío —dije—. Tenga presente que me encanta hacer estas cosas, que usted me cae fatal y que no vale una mierda.

—Basta, por favor —suplicó el profesor con el cráneo empapado en sudor.

—Oigamos el resto de la historia —le susurré.

—Le juro que no hay nada... Se lo ruego... Me va a fracturar...

—Escúcheme bien, colega —dije sin inmutarme—. El ejército estadounidense se gastó un dineral para adiestrarme en tácticas de interrogatorio y me llenó la cabeza de toda clase de basura psicológica, pero cuando llegué a Vietnam no practicamos precisamente la psicología, sino que empalmábamos a los pequeños mamones a un teléfono de manivela con tenazas de contacto en el prepucio y los pezones. Le aseguro que siempre que activábamos la línea aquellos hijos de puta, aquellos bastardos enanos, respondían, pese a ser cien veces más fuertes que usted.

—De acuerdo —gimió Gleeson—, usted gana. —Le solté la muñeca—. ¿Podría quitarme esto? —me pidió de mala gana, tras forcejear con la aplastada pulsera de plata.

—Faltaría más —dije, y arreglé la joya.

El hombre frunció la cara y parpadeó varias veces. Le serví una bebida mientras se frotaba la muñeca.

—Tenía algo que contarme.

—Sí, en efecto —balbuceó—. Un día, hace ya tiempo, me pareció verla en una película porno que proyectaban en la ciudad. La muchacha era obesa y feísima, una auténtica foca, pero podría haber sido ella, o a mí por lo menos me la recordó. La copia era pésima, con mucho grano, y la iluminación aún peor. No obstante, se le parecía en todo salvo en aquella herida, una horrible cicatriz en medio del vientre. — Cuando dejó de hablar, su boca deformada continuó moviéndose como si fuera un pez en sus últimos estertores.

—¿Por qué me ha mentado sobre algo así? —indagué, francamente asombrado.

—Me sentía... me siento avergonzado por mi interés en... en ese tipo de espectáculo —confesó Gleeson, y se precipitó sobre su vaso—. Era tan sórdido ver a aquella gorda horrorosa y a todos los viejos verdes...

—¿Se acuerda del título?

—Empezaba por *Lujuria* o *Pasión* seguido de un calificativo, *Animal* o una cosa similar. No lo recuerdo bien, pero era atroz —se lamentó el profesor, y de pronto rompió a llorar.

—Atroz y excitante —apunté. Él asintió con la cabeza—. ¿Esto es todo lo que tenía que explicarme? —le pregunté, y asintió de nuevo.

Había algo que no encajaba, pero no acababa de saber dónde estaba el problema. Lo que sí sabía era que no podía hostigarlo más. Me faltaban agallas. El único interrogatorio que había presenciado en Vietnam me había revuelto las tripas, aunque no recordaba si había vomitado por las convulsiones del diminuto vietcong, por el regodeo del capitán de la unidad de asalto sudvietnamita o por mi propia fatiga. Había pasado veintitrés días en la jungla y podía dormir de pie con los ojos abiertos, lo que constituía una ventaja, porque era incapaz de conciliar el sueño acostado y con los ojos cerrados. Al cabo de unos días cometería el error que iba a provocar mi marcha de Vietnam y, dos años más tarde, la baja del ejército. Por lo general aquellos tiempos parecían muy lejanos, pero al escuchar los sollozos de Gleeson a plena luz del sol los reviví de cerca.

—Oiga —dije—, no pretendía lastimarlo.

—Me hago cargo —repuso el profesor, aún lloriqueando—. Aquella espantosa guerra desquició a muchos chicos como usted.

—Abandoné Vietnam hace nueve años —declaré— y no soy ningún chico, así que no intente justificarme.

—Naturalmente —dijo con la mayor sinceridad posible—, naturalmente. —Apartó las manos del rostro y se enjugó las lágrimas—. ¿Querría hacerme un pequeño servicio?

—¿De qué se trata?

—¿Me llamará si la encuentra? Se lo pido por favor. Le pagaré la cantidad que estipule. Por favor...

—Eso debería haberlo pensado diez años atrás.

—¡No me haga reír! —dijo el profesor, frotándose los ojos—. Entonces, en vez de rondar los cincuenta años, estaba aún en la treintena y no tenía ni idea de que iba a continuar aquí una década después, no podía sospechar que el cenit de mi carrera vendría marcado por una joven actriz de la escuela secundaria. No, no tenía ni idea. En esa época no sabía lo que aquella muchacha significaba para mí. Ahora es distinto. Me gustaría volver a verla, hablar un rato con ella. Por favor.

—No la encontraré —le advertí.

—Pero si lo hiciera...

—Se lo comunicaré gratuitamente —dije—. Siento lo de su muñeca, y gracias por las cervezas.

—Ha sido un placer —respondió Gleeson, con una leve sonrisa torciéndole el labio, y hundió de nuevo la cara en sus manos.

Lo dejé en el solarío, con la inmensa cabeza acunada entre los brazos como la de un bebé grotesco. Al atravesar la puerta principal, una joven con un top y shorts de tela vaquera interpretó mi aparición como una invitación a entrar, y empujó la bicicleta de diez marchas por el camino de acceso a la vivienda. Me planteé decirle que el profesor Gleeson había salido, pero tenía un saludo y una sonrisa exquisitos, tímidos, con un toque de fascinación, y el sudor aterciopelaba sus muslos esbeltos y bronceados.

—Hola —dijo—. Hace un día precioso, ¿verdad?

—Sustentadme con pasas —recité—, confortadme con manzanas, porque estoy enferma de amor.

—¿Qué es? —me interrogó, deliciosamente perpleja.

—Digamos que es un poema, o mejor un cantar.

En vez de estrecharla en mis brazos para protegerla o de enviarla a casa con un sermón, pasé por su lado en dirección de mi camioneta. La juventud lo aguanta casi todo, reyes bíblicos, poesía, amor... Todo excepto el tiempo.

Dado que corría ya la tarde del sábado, y puesto que no me consideraba un apóstol de la caridad en acción, confiaba en que Albert Griffith no contestaría al teléfono. No tuve tanta suerte. Cuando le expliqué lo que quería, accedió a recibirme en su despacho a las cinco en punto. Incluso parecía estar impaciente por hablar conmigo. Me desplazé pues a Petulama, y encontré un bar de motel anónimo y una fúnebre retransmisión televisiva de un partido de los Giants con la que matar el tiempo.

Tras un par de soporíferas entradas y unas cervezas lenta, cuidadosamente dosificadas, el camarero pasó por delante y le pedí una bebida con más cuerpo.

—Confórtame con *ditches CC*, amigo mío, porque todo esto me aburre hasta los testículos.

—Oiga, señor, no se pase de listo —dijo el mozo, alejándose.

—Un *ditch* no es más que whisky Canadian Club con agua, pedazo de inútil —le grité a su espalda—. Pero da igual, me lo tomaré en otro sitio.

—Me parece muy bien, colega —replicó.

Le dejé como propina los restos de una cerveza rancia. Cuando incluso los camareros pierden la noción del romanticismo, es hora de cambiar el mundo... O por lo menos de irse a otro bar. Busqué el periódico local y el establecimiento más cercano.

Albert Griffith, sin embargo, era lo bastante romántico como para dejar boquiabierta a Doris Day. Tenía el despacho en una casa victoriana restaurada de una tranquila callejuela aledaña al centro urbano, casa que compartía con otro abogado y dos psiquiatras. Se había vestido para la ocasión: un traje azul marino de raya diplomática, hecho costosamente a medida, con chaleco a juego y corbata de seda. Tras introducirme en la sala, me invitó a sentarme en un sillón orejero tapizado con brocado de oro y a degustar un whisky escocés sin mezcla. Acepté las dos cosas. En mi profesión hay que dar por bueno el número de cada actor, aunque sea durante unos minutos. Normalmente, los abogados son demasiado sibilinos para mi gusto. Se diría que piensan que la justicia es un juego sofisticado, los tribunales de justicia, escenarios en miniatura, y los clientes, una mera excusa sobre la que desplegar sus actuaciones legales. Tienen también el turbador hábito de hacerse elegir para cargos políticos o de ser nombrados para comisiones gubernativas, y a continuación promulgan leyes que sólo entenderíamos contratando a un abogado. Por su parte, Albert Griffith actuó, en un primer momento, como si fuese mi mejor amigo.

Tan pronto como me hube instalado, el letrado se apoyó en la parte frontal de su voluminoso escritorio, con los brazos cruzados a notable altura sobre mí, y sonrió amistosamente bajo unos ojos sarcásticos. Esperó a que probase un sorbo de su espléndido whisky antes de acometer su número.

—Bien, señor Sughrue —dijo—, aclaremos una cuestión desde el principio. No sé cómo embaucó a la señora Flowers para que lo contratase en esta empresa quimérica, ni tampoco sé cuánto dinero ha conseguido sonsacarle a la pobre mujer, pero es amiga personal de mi madre y estoy decidido a poner fin a esta sucia estratagema suya.

—Usted lo que quiere es sacar tajada, ¿no es así? —respondí—. De acuerdo, hay suficiente para todos.

—¿Cómo dice?

Mientras el abogado lidiaba con su confusión, me erguí, rodeé el escritorio, extraje un cigarro de una nudosa caja de nogal, lo encendí, me senté en la butaca giratoria de piel y planté las botas sobre la mesa.

—¿Qué diablos hace? —me increpó Griffith.

—Me pongo cómodo, socio —dije, y le eché a la cara una bocanada de humo.

—Levántese de esa silla —farfulló. Si me hubiera sentado en la cara de su mujer no se habría indignado más.

—Escuche, Perry Mason de vía estrecha —dije, guardándome un puñado de cigarros para mi uso personal—, se le han subido los humos al establecerse aquí, pero no es más que un arribista de segunda categoría. Su padre, cuando logra ponerse en pie, sujeta las señales viarias del departamento de obras públicas, y su madre le sufragó la escuela de derecho con las propinas de su salón de belleza. Es su suegro quien costea esta decoración de burdel antiguo, todo este tinglado de picapleitos de élite, y usted, señor Griffith, además de un fracasado, es el bufón de la judicatura, de modo que quítese de mi vista con su farsa de letrado de altos vuelos.

—Si no sale de mi despacho ahora mismo, llamaré a la policía —dijo Griffith con una voz que estaba al borde del llanto.

—Cuando me haya pedido perdón —repliqué—, quizá podamos iniciar de nuevo esta conversación.

En aquel momento, sin embargo, él no tenía nada que decir. Vi cómo su rostro cambiaba de color tres o cuatro veces, y examiné la ortodoncia de ínfima calidad que le habían hecho en los molares inferiores traseros. En el bar del periódico había coincidido con un corresponsal de la Associated Press que, por el precio de un cóctel 7y7, me había informado de la vida y milagros de Albert Griffith.

—Si va a mejorar su actitud —sugerí—, haga una llamada a Rosie. Ha invertido en esta operación ochenta y siete dólares, dos cervezas y una sonrisa, aunque podría costarle otro par de cervezas, y es posible que yo sólo pierda cien de los grandes en el

asunto, pero ella ha pagado todo lo que tenía que pagar. Adelante, llámela mientras vuelvo a catar este whisky sobrevalorado.

Rellené mi vaso. Entre tanto, Griffith telefoneó a Rosie y habló quedamente con ella durante un minuto. Luego colgó el aparato, se aflojó el nudo de la corbata y se preparó una bebida realmente cargada. No tenía aún una imagen formada sobre Betty Sue Flowers, pero la mera mención de su nombre parecía empujar a beber a los hombres adultos.

—Sentémonos en el sofá —propuso Albert, y ocupamos los extremos opuestos de una larga superficie de piel—. Por favor, acepte mis disculpas —dijo—. Estoy seguro de que lleva en este negocio el tiempo suficiente para comprender que la mayoría de los detectives independientes son un hatajo de canallas. Incluso los agentes de seguridad empresariales son tremendamente peligrosos detrás de esa apariencia impecable que presentan.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no pensar que tengo una apariencia impecable.

—De nada —dijo Griffith, mirando fugazmente mis Levis descoloridos y la gastada camisa de trabajo y riendo con ganas, demasiadas a mi modo de ver—. Rosie me lo ha contado todo, señor Sughrue, y lamento haberme precipitado al juzgarlo.

—No se preocupe, estoy acostumbrado.

—Aun así, lo siento de veras —repitió el abogado. Yo hubiera preferido que parase—. Rosie incluso me ha dicho que la avisó de que probablemente iba a malgastar su tiempo y su dinero —añadió, y sonrió con tristeza—. Debo confirmarle que ésta es, decididamente, una causa perdida.

—¿Por qué lo dice?

—Yo estudiaba en Berkeley cuando Betty Sue escapó —me relató—, y durante dos años dediqué todo mi tiempo libre a buscarla por la ciudad. Si me permite el comentario, mi expediente académico también se resintió, y poco faltó para que no pudiera matricularme en los cursos superiores de Derecho —dijo teatralmente. No obstante, seguía sin convencerme—. Jamás descubrí un indicio, ni uno solo. Era como si se hubiera apeado de mi coche aquella tarde para evaporarse fuera del mundo, fuera de la faz de la tierra. Incluso le pedí a un amigo de la facultad (ahora está en Washington) que verificase el registro de los pagos a la Seguridad Social, y no hay ningún apunte desde que trabajó en un empleo temporal el verano anterior a su desaparición. —Apuró su vaso de whisky, y le temblaba tanto la mano que el borde de cristal entrechocó con sus dientes—. Solamente cabe inferir que o bien no desea ser encontrada o bien está muerta, aunque en ese segundo caso no murió ni en San Francisco ni en ningún lugar de la Bahía, al menos en los primeros cinco años después de su fuga.

—¿Cómo lo sabe?

—Fue el tiempo que estuve comprobando los cadáveres de mujeres no identificadas en los depósitos del condado —dijo Albert con un hilo de voz, como si la simple evocación le causara un gran agotamiento.

—Se tomó muchas molestias.

—Estaba locamente enamorado de ella —respondió Griffith—, y además Betty Sue era una mujer muy especial.

—Eso he oído decir —señalé, y enseguida me arrepentí.

—¿A quién? —me inquirió en un tono que pretendía ser informal.

—A mucha gente.

—¿Qué gente en concreto?

—Por ejemplo, a su profesor de arte dramático —dije.

—Gleeson, ese maricón hijo de puta —renegó el abogado—. No sabía nada de Betty Sue, ni tampoco le importaba lo más mínimo. Si la animaba a hacer teatro era únicamente para que ella lo considerase un gran hombre. La interpretación se le daba bien, pero ni siquiera le gustaba. Recuerdo que solía decirme: «Tan sólo me miran, Albert, no me ven».

—Creía que fue Marilyn Monroe quien dijo esa frase lapidaria.

—¿Cómo? Sí, tal vez fue ella —reconoció Griffith—. Supongo que responde a un perfil psicológico común entre las actrices. Betty Sue era muy sensible a su aspecto físico. A veces, cuando teníamos una... una riña, rompía a llorar y me decía: «Si fuese fea o contrahecha, no me querrías».

—¿Y tenía razón? —pregunté sin reflexionar.

—Joder —me contestó él con acritud—, no la he visto en diez años y... en cierto sentido, todavía la amo.

—¿Qué opina su mujer al respecto?

—No hablamos nunca del tema —dijo Albert con un suspiro.

—¿Es posible que Betty Sue se tomara la carrera de actriz lo bastante en serio como para haber huido a Hollywood, Nueva York o algún otro sitio?

—¿Aún hacen esas cosas las adolescentes? —preguntó el abogado, alzando la vista hacia mí.

—Las personas siguen comportándose como lo han hecho toda la vida —declaré—. ¿Qué me dice de su ex novia?

—No lo creo —repuso Griffith, y se ofreció a reponerme la bebida. Al negar yo con la cabeza, se incorporó y se sirvió una para él—. No lo creo en absoluto —insistió desde el mueble bar—. Le encantaba el trabajo, ya sabe, los ensayos y demás, pero el teatro no era el pilar de su existencia. —El abogado volvió a sentarse antes de proseguir—. Sufría entusiasmos pasajeros, por decirlo de alguna manera —dijo, como si se tratase de una enfermedad a la que él había sido inmune—. Un mes su

pasión era la dramaturgia, y la interpretación sólo una fase preparatoria para escribir y dirigir, y el mes siguiente proyectaba ingresar en la Facultad de Medicina y ejercer de médico misionero. Un tiempo después, quizás aspiraba a ser pintora o practicar otras disciplinas artísticas. Y lo peor de todo era que podía hacer prácticamente cualquier cosa que se propusiese. Por darle un ejemplo, yo no era un jugador de tenis excepcional, aunque estuve a punto de entrar en el equipo de la universidad, y siempre que podía colarla en la pistas le aseguro que me las hacía pasar canutas. —Se interrumpió, ojeó su bebida y decidió tomarse la mitad de un trago—. Pero sepa que, a pesar de sus infinitas posibilidades, era la persona más solitaria que he conocido jamás. Aquella soledad era la faceta más desoladora de su carácter. Fui incapaz de ayudarla, a veces mis intentos incluso parecían empeorar la situación. No logré sacarla de su hermetismo ni por un instante.

—¿Ni siquiera en la cama?

—Veo que es un cabrón entrometido —protestó Albert sin alzar la voz.

—Deformación profesional.

—Bueno, la verdad es que nunca le puse las manos encima —dijo el hombre con una tristeza sin matices—. Si lo hubiera hecho, tal vez hoy no cargaría con este peso sobre mis espaldas.

—¿Sabe si tuvo relaciones con algún otro?

—Siempre sospeché que no era virgen —repuso Griffith con un amago de sonrisa—, pero Betty Sue no quería hablar de ello.

—¿Discutieron alguna vez por esa cuestión?

—Yo discutía, sí, pero ella nunca contraatacaba —dijo el abogado—. Se quedaba sentada junto a mí, refugiada en una especie de caparazón, y lloraba, o bien me pedía que la llevase a casa.

—¿Tuvieron una pelea el día de su fuga?

—No —murmuró Griffith, meneando la cabeza—. Fue un día de lo más normal. Habíamos ido en coche a San Francisco para cenar y luego ir al cine, y en el trayecto Betty Sue decidió que quería pasar por el Haight y ver a los hippies. Quedamos atascados en un embotellamiento de tráfico, y de repente ella abrió la portezuela del vehículo, salió y se alejó caminando. Se fue sin mirar atrás, sin despegar los labios —dijo lentamente, como si se hubiera repetido las frases a sí mismo infinidad de veces.

—¿No corrió tras ella? —le pregunté.

—¿Cómo iba a hacerlo? —gritó, exasperado—. No sabía que tenía intención de escapar, ni tampoco podía abandonar el coche en medio de la calle.

—Creía que tenían entradas para el teatro —puntalicé.

—¡Demonios, no me acuerdo! Todo esto ocurrió hace diez años, diez condenados años.

—De acuerdo.

—Tomemos otro trago —dijo Griffith, para sí mismo o a modo de invitación. Por si acaso, le di mi vaso cuando se levantó, pero se limitó a dar vueltas por el despacho con él en la mano.

—¿Puede decirme algo más sobre su novia? —le rogué.

Albert se detuvo, me miró fijamente como si estuviera loco y luego echó de nuevo a andar, dando los pasos controlados de un borracho. No obstante, sus manos y la boca se movían por iniciativa propia. Sacudió los brazos y casi vociferó:

—¿Qué le diga algo de ella? Por el amor de Dios, podría estar hablándole de Betty Sue un día entero y aun así seguiría sin verla. ¿Qué le voy a contar, que la amaba desde que era una niña y que no pude sofocar ese sentimiento sólo porque había escapado? Intenté olvidarla, créame, intenté dejar de quererla. —Hizo una pausa—. Ahora parece todo una solemne idiotez, ¿no cree?

—¿Qué encuentra tan idiota?

—El hecho de que la desaparición de una maldita chavala de la escuela secundaria, a la que encima nunca había tocado, fuese la experiencia más traumática de mi vida —concluyó Albert—. Y debo decirle que sé mucho sobre traumas, ya que me crié con un padre alcohólico. Sea como fuere, ¿qué quiere que le explique?

—Cualquier cosa, lo que se le ocurra.

—Quizá que me casé con una mujer inofensivamente gris y engendré dos hijos igual de insulsos, a los que no soporto mirar a la cara, que no me atrevo a abandonar y aún me atrevo menos a querer porque también podrían salir huyendo.

—¡Alto, amigo! —le interrumpí—. Desahogue toda esa mierda con los loqueros del piso de arriba. A mí no me venga con cuentos. Le he preguntado por Betty Sue, no por sus problemas personales. —Griffith se inmovilizó y bajó la mirada—. Ya ha estado en el piso de arriba, ¿me equivoco?

—Hace un par de años que acudo a terapia —declaró, con esa mezcla de orgullo y vergüenza que suelen tener las personas que se psicoanalizan—. Y, bromas aparte, ha surtido efecto. Verá, yo pensaba estudiar medicina, pero todas aquellas visitas a la morgue, aquellos rostros anónimos bajo las sábanas aislantes, acabaron por sobrepasarme. —Fue hasta el mueble bar para verter whisky sin miramientos en ambos vasos, y retuvo el mío en su mano—. Usted mismo ha dicho, acertadamente, que como letrado soy poco más que un bufón, pero me he matriculado en la Facultad de Medicina de Davis para el curso del próximo otoño. Por culpa de Betty Sue he tardado diez años más de lo debido en arrancar en la vida, aunque ahora finalmente voy a alcanzar mi meta.

—Buena suerte —le dije.

—Gracias —balbuceó, sin captar mi ironía—. ¿Se le ofrece alguna otra cosa?

—Hay una pregunta más, que realmente detesto tener que hacerle, pero le estaría muy agradecido si respondiera.

—¿De qué se trata? —inquirió Albert. En ese instante reparó en que todavía tenía los dos vasos, aunque continuó sin pasarme el mío—. ¿Y por qué se resiste a preguntármelo?

—Me han llegado rumores de que Betty Sue hizo algunas películas guarras en San Francisco.

—Eso es tan absurdo que no merece ni siquiera una contestación —dijo, y por fin me pasó mi bebida.

—¿No sabe nada del asunto? —persistí, a la vez que me ponía en pie y echaba unos cubitos de hielo en el whisky recalentado.

—No diga insensateces —me advirtió el abogado, encarándose conmigo desde el otro lado de una alfombra persa.

—Como quiera —desistí—. ¿Recuerda a una joven llamada Peggy Bain?

—Por supuesto. Era la mejor amiga de Betty Sue. De hecho, supongo que era la única.

—¿Por casualidad no sabrá dónde vive?

—A decir verdad, puede que sí —repuso Griffith—. Le tramité el divorcio hace varios años, y de vez en cuando me envía una felicitación navideña. —Se encaminó al escritorio, hojeó el archivo rotatorio, y al poco anotó en una tarjeta unas señas y un número de teléfono con su delicada pluma de oro. Esta sencilla tarea había restablecido parcialmente su fachada, pero los nudillos que rodeaban el vaso estaban blancos cuando lo cogió—. Un par de años atrás residía en esta dirección de Palo Alto. Si la ve, por favor, saludela de mi parte.

—Gracias —dije—, así lo haré.

—Oiga —propuso ahora Albert con un exceso de efusividad—, ¿por qué no nos sentamos y tomamos una copa juntos? Cambiemos los negocios por el placer.

—No, gracias —respondí, depositando mi escocés sin terminar en la mesa de centro—. Tengo una cita.

—Yo también —dijo él ácidamente tras consultar su reloj—, con mi mujer.

Me acompañó hasta la puerta, nos despedimos con un apretón de manos y Griffith, aprisionando la mía, me preguntó:

—¿Querría hacerme un favor?

—Soy todo oídos.

—Si por alguna descalabrada circunstancia encontrase a Betty Sue, ¿me lo notificaría?

—Ni por todo el oro del mundo —repliqué, y recuperé mis dedos.

—¿Por qué? —indagó, confundido y casi llorando.

—Voy a contarle una historia —dije, lo que no alivió su confusión—. Cuando tenía doce años, mi padre trabajaba en un rancho apartado de Wyoming, al oeste de un agujero a pie de carretera llamado Chugwater, y fui a pasar el verano con él (mis

padres no vivían juntos, como habrá deducido). Papá estaba loco de atar y había concebido la idea, una pura invención suya, de que era medio indio. Joder, incluso se empeñó en llevar trenzas, vivir en un tipi y proclamar que descendía de los comanches kwuahadi y, puesto que era su único hijo, yo también. Aquel decimosegundo verano mío, me envió en busca de una visión. El ritual consistía en estar tres días con sus noches sentado bajo el vacuo cielo, inmóvil, sin comer ni dormir. ¿Y sabe una cosa? Funcionó.

—Temo que no entiendo el objetivo de lo que me está contando —dijo Griffith con expresión grave.

—Tan sólo expongo unos hechos —repuse—. Así pues, tuve una visión. Y desde entonces ha habido muchas otras.

—¿Y bien?

—Verá, cuando me hablaba de esos cadáveres sin identificar y de las sábanas aislantes, he tenido una.

—¿De qué?

—He visualizado su rostro contraído por la desilusión cada vez que no la encontraba debajo de aquellas sábanas —dije, y Albert me comprendió de inmediato. Tras dos años de diván, había empezado a tener sus propias visiones—. Sé que es usted una buena persona y todo eso, y que no deseaba albergar ese mal sentimiento, pero fue así. Por consiguiente, si la localizara jamás lo sabría de mis labios.

—¿Por qué me trata de esa manera? —me preguntó a gritos Albert Griffith, pero cerré la puerta en sus barbas. Todavía no tenía ninguna visión reveladora a ese respecto.

Al abrir la puerta de la calle, la sujeté para que pasara una mujer delgada, encantadora, con las facciones frágiles y una sonrisa quebradiza. Me dio las gracias en un tono tan próximo a la histeria, que casi eché a correr hacia mi camioneta. Para ella no hubo ni visiones ni poesía; para mí, sólo una cerveza de reserva. Tras sacar la botella de la pequeña nevera posada en el asiento del pasajero como una mascota alienígena, estuve un rato en la camioneta sin hacer nada, pensando en mi demente padre y en aquellos días y noches en los que había permanecido con las piernas cruzadas en un risco de piedra caliza sobre Sybille Creek, tan quieto como una bestia adormecida o como un hito rocoso que marcara una tumba sin nombre. ¡Naturalmente que tuve visiones! Al principio me veía a mí mismo muriendo de inanición, o bien tan aburrido que expiraba sólo por dar a la escena un poco de variedad, o incluso congelándome bajo las estrellas o quedando inválido permanentemente, petrificado en mi postura sedente como un hippy en éxtasis. Más tarde, sin embargo, llegaron las auténticas alucinaciones: una roca voladora, una estrella que hablaba igual que un catedrático de Oxford, Virginia Mayo a mis pies... Creo que no era un buen comanche. Había visto demasiadas películas y, además, todo

aquello era producto de la febril imaginación de mi padre. Pero juro por Dios que, visiones, las tuve. Y ninguna de las drogas o combinaciones afines que había ingerido en la edad adulta pudieron igualar jamás aquellas alucinaciones iniciales. Aun así, nunca volví a Sybille Creek ni al risco de caliza, ni planeaba tampoco hacerlo en el futuro.

En el camino de vuelta a Sonoma, me pregunté qué habrían hecho Gleeson y el pobre Albert Griffith para que aflorase en mí tanta ruindad. Había avasallado a Gleeson despiadadamente y había puesto al descubierto el alma de Albert como una llaga supurante, dejándolos a ambos solos, sin otra compañía que sus vasos vacíos. Tal vez sencillamente había una vena cruel en mi naturaleza. Aquello fue lo que argumentó la última mujer de la que me enamoré cuando rehusó casarse conmigo. Dijo que tenía dos hijos que educar y no quería que aprendieran a ser unos miserables a mi lado... además de muchas otras cosas. Habría intentado compadecerme de Gleeson y del infortunado Albert, si este trabajo no me hubiera convertido en una hiena. Tal vez incluso me habría compadecido de la mujer que rechazó mi proposición de matrimonio. Pero la había expulsado de mi organismo con la borrachera que desembocó en el episodio de los ceniceros y los váteres de Elko. Después fui a casa y limpié mi conciencia tan a fondo que el mero hecho de seguir a Trahearne en su temeraria aventura ética me hizo saltar de alegría.

Si no el perdón, por lo menos había encontrado un nuevo trabajo. Incluso había encontrado a Trahearne, aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de localizar a Betty Sue Flowers. No daría con ella ni en un millón de años. Así pues, me bebí la cerveza y conduje carretera adelante. Eso es lo que se me da mejor, y lo ha sido durante años.

Lo que se le daba mejor a Trahearne, en cambio, era aparecer inesperadamente como un penique falso o un perseverante vendedor de seguros. Cuando entré en la habitación del motel, su mole corporal estaba despanzurrada en la segunda cama doble. Sobre la mesilla de noche que había entre ambas descansaban una botella de vodka de litro y medio, agua tónica y hielo, y había dejado una nota garabateada en mi almohada: *Deténgame antes de que vuelva a matar*. Un montón variopinto de revistas y libros de bolsillo sin abrir yacía calladamente apilado en un rincón de la estancia.

Zarandé a Trahearne por el hombro y le pregunté qué diantre hacía en mi habitación, pero él se limitó a sonreír entre ronquidos como un querubín obscuro. Me aseé, me puse los Levis buenos y lo dejé durmiendo sin escribirle notas ocurrentes. Mi jornada no se había prestado en absoluto al humorismo.

Bea había crecido en Sacramento, nunca había oído hablar de Betty Sue Flowers, y no descubrió que yo era un fraude hasta una hora demasiado tardía para que importase. Nos corrimos una juerga, por así decir; amenizamos la vida nocturna con risas, mentiras, un poco de hierba cultivada en su casa y varios tragos de mi whisky. Luego fuimos dando tumbos al motel para escenificar la mentira más flagrante de todas. También llevamos a la habitación una colección de libros de Trahearne, pero el gran hombre no podía autografiarlos estando dormido.

—Quizá prefieres esperar hasta mañana —propuse, inclinándome sugerentemente sobre mi cama.

—Uf, temo que no podrá ser —respondió Bea con una risita—. Mañana antes de la una tengo que ir en mi coche a Sacramento y, además, soy incapaz de hacerlo con ese hombre durmiendo en la cama de al lado.

—¿Quieres que lo despierte?

—No seas bobo —dijo la chica—. Eso es precisamente lo que me horroriza.

—No te preocupes, cariño —susurré en un oído de repente accesible—, el grandullón duerme como un tronco. Y hay algo más...

—¿Qué es?

—Verás, no sé si debo contártelo.

—Adelante.

—Lo cierto es que al viejo ya no se le levanta —dije en tono serio—. El whisky, las heridas de guerra... ya me entiendes. Sin embargo, le satisface enormemente dormir a escasos metros mientras ocurre.

—Me tomas el pelo.

—¡Desde luego que no! —protesté—. Él afirma que la fuerza de las emanaciones sexuales le provoca unos sueños magníficos. Dice que es prácticamente el único placer que le queda en la vida.

—No —dijo Bea, moviendo la cabeza pero aún arrimada a mí.

—Sí —repliqué en su pequeño y cálido oído—. Quién sabe, puede que tenga un sueño maravilloso esta noche y mañana escriba un poema sobre él. Le pediré que te lo dedique. —En ese instante tuve que simular un ataque de tos para encubrir las risas mal sofocadas de Trahearne.

—¿Crees que accedería a hacerlo? —preguntó Bea con timidez.

—Supongo que podré arreglarlo, sí.

Ella dio un paso atrás y sonrió.

—¿Le prestas muy a menudo servicios de esta clase?

—¡Qué va! No tan a menudo como querría.

—De acuerdo —murmuró Bea, abandonada de nuevo en mis brazos—, pero tienes que apagar la luz.

—Entonces no veré tus pecas —dije.

—Podrás saborearlas, bobo.

La mañana siguiente, mientras desayunábamos los tres en nuestras camas respectivas —fresas de invernadero con nata montada, crepes de pavo y tres botellas de champán de California—, Trahearne suspiró profundamente, acabó de firmar los libros de Bea y le dijo:

—Querida, estoy seguro de que mi fiel e inseparable compañero fue terriblemente indiscreto la noche pasada, que le habló de asuntos muy privados, de asuntos demasiado íntimos para tratarlos a la luz del día, y consideraría un favor personal que procure no mencionárselos a ninguna alma viviente. Comprenda que, si se corriera la voz, sería bastante embarazoso.

—Me moriría antes que decir una sola palabra, señor Trahearne —repuso Bea en tono melifluo, e introdujo una fruta en su preciosa boca.

—Por favor, llámeme Abraham —dijo formalmente Trahearne—. Sepa que estoy en deuda con usted.

—Yo seré Isaac —mascullé entre dos bocados de pavo.

—¿Y cómo me voy a llamar yo? —preguntó Bea con coquetería.

—La Rosa de Sarón, el lirio de los valles, que no es negro pero aun así resulta hermoso —proclamó solemnemente Trahearne.

—¿Y por qué no la ramera de Babilonia? —sugerí.

—No seas grosero —me regañó dulcemente la chica, antes de clavarme en las costillas su afilado codo y consultar el reloj—. Sea quien sea —dijo—, si a la una en punto no estoy en casa de mi madre en Sacramento, mi nombre se manchará de barro.

A continuación, como si fuera el acto más natural del mundo, se deslizó en cueros vivos entre las sábanas que la cubrían, recogió su ropa pulcramente doblada y se encaminó despacio y sin ningún recato hacia el cuarto de baño, con los reflejos de la luz matutina iluminando el vaivén de sus pechos blanquecinos y el contoneo de las caderas.

—Es absolutamente arrebatadora —susurró Trahearne cuando hubo cerrado la puerta—. ¡Y qué parrafada la suya, Sughrue! Creía haberlo oído todo, pero eso de las emanaciones sexuales y los sueños eróticos de un pobre viejo impotente... ¿De dónde sacó la idea?

—De las drogas —contesté—. De todos modos, no pensaré que la chica se tragó el anzuelo, ¿verdad?

—A las mujeres les encanta este tipo de embustes —dijo Trahearne—. Les gusta representar el papel de compañera abnegada. Es así como adquieren poder sobre nosotros, muchacho, como logran la victoria en la derrota, el ascendiente en la sumisión.

—¿Quiere que tome nota?

—Veo que nunca se cansa de interpretar al detective desencantado —comentó—. ¿Qué le ha parecido mi actuación de antes como un anciano tristemente sabio?

—Si el culo de un puerco es cerdo, ¿por qué hay que llamarlo jamón?

—La envidia, mi joven amigo, es una emoción baja y malévola. ¿No me oyó envidiar anoche los inspirados espasmos de su amiguita?

—Oí que respiraba fuerte —admití—. ¿Eso cuenta?

Trahearne se rió y yo serví el champán. Cuando Bea salió del baño, mi cliente le dijo:

—Permítame que le dé las gracias, querida, por su bella exhibición. Como se suele decir, ha hecho vibrar mi fibra más sensible...

—¿Es eso sinónimo de activar la *herramienta*? —interrumpí.

—... y me ha devuelto la fe en la naturaleza humana. Es simplemente demasiado amable con un viejo enfermo como yo.

—No necesita agradecérmelo, señor Trahearne —respondió Bea, inclinándose para besarle en la carnosa mejilla. La manaza de él ascendió por el muslo de la chica y acarició fogosamente la nalga—. Por otra parte, es usted un tremendo fraude —añadió Bea. Su firme mano de enfermera rebuscó un segundo bajo las sábanas y estrujó su miembro con violencia—. Te pillé —dijo en tono pícaro.

Trahearne se sonrojó visiblemente, y balbuceó sonidos inconexos en un intento de recuperar la dignidad. Bea se acercó entonces a mi cama y me obsequió con un beso destinado aparentemente a suscitar mis ansias de hogar y de calor, el deseo de abandonar la vida nómada, al menos durante unos días.

—Y tú, C. W. —dijo—, eres el peor embustero que hay sobre la tierra... Emanaciones sexuales, ¿no te jode? Pero eres también encantador. Llámame alguna vez.

Salió de la habitación a toda prisa, con los libros bajo el brazo, esparciendo un tintineo de risas como otras tantas monedas y dejando en el aire un tenue rastro de fragante sensualidad femenina.

—¡Dios, es una joven excepcional! —exclamó Trahearne con un fuerte carraspeo.

—Los de la vieja guardia se dejan impresionar fácilmente.

—¡Ajá! ¿Detecto acaso unos acordes de amor verdadero escondidos bajo el mordisco del cinismo hastiado?

—Amor verdadero, ¿y qué más? —me burlé—. Estamos en la era de la revolución sexual, del matrimonio abierto, de unas relaciones en que las parejas crecen juntas pero no revueltas. Bea va a reunirse con el novio, un médico, en casa de su madre. Él ha pasado la noche muy liado con su segunda ex mujer, la hermana de ésta, el novio de la hermana y un pastor alemán bisexual.

—Si eso es cierto, da pena.

—Se aproxima mucho a la verdad —dije.

—Pues lo lamento —se ratificó Trahearne—. Yo aún recuerdo el auténtico amor.

—¿Se refiere a los tiempos en los que tenía que prometerse para poder enseñar a los colegas el trasero de su chica?

—El sarcasmo no le sienta nada bien —sentenció el grandullón con aire despreocupado.

—Lo siento, imagino que es por culpa del champán.

—Es curioso, a mí siempre me llena de romanticismo.

—No me diga.

—¿Se puede saber dónde diantre lo encontró Catherine, joven? —preguntó Trahearne—. Evidentemente no fue ni en las Páginas Amarillas ni en otros manuales de uso doméstico.

—Estoy en el listín —le comenté—, pero la informaron sobre mí en un bar.

—Por supuesto —dijo, arqueando una ceja en forma de gusano peludo—. ¿Dónde fue?

—En el Sportsman de Cauldron Springs —repuse—. El propietario es un antiguo compañero del ejército.

—¿Bob Dawson?

—En efecto. La señora fue al local para preguntar si alguien le había visto, él le dijo que tenía un amigo que localizaba objetos perdidos, como por ejemplo ex maridos, y una cosa llevó a la otra.

—Es obvio que ocurrió así —dijo Trahearne con una extraña amargura, aunque pronto entendí el porqué.

—Ella es sólo su *ex* mujer —constaté—. ¿Qué demonios puede importarle?

—No me preocupo por mí mismo —me aclaró—. El problema es que trastorna a mi madre.

—¿A su madre?

—Catherine vive con mi madre, en su casa —especificó Trahearne—. La pobre se disgusta mucho cuando Catherine se dedica a vagar como una perdularia por todo el estado.

—¿Vive usted con su madre?

—Mi residencia está a un tiro de piedra de la suya.

—No parece que esa circunstancia le haga muy feliz —insinué.

—A veces no lo soy.

—Múdese.

—No es tan sencillo —dijo el hombretón—. Ahora es una anciana, impedida por la artritis, y le prometí que me quedaría en el rancho hasta su muerte. Ciertamente se lo debo; ya me entiende, es lo menos que puedo hacer por ella. Además, todos los sitios son iguales —concluyó.

—Pero las personas son distintas —repliqué.

Sin hacerme ningún caso, Trahearne dio un largo trago de champán directamente de la botella, bebió hasta atragantarse y me sonrió con los ojos humedecidos.

—Si hubiera sabido cuánto nos íbamos a divertir, Sughrue —dijo—, habría dejado que me alcanzase antes.

—Es una diversión un poco cara —señalé.

—Vale hasta el último céntimo —declaró él, a la vez que tiraba sobre la alfombra la botella vacía—. Habría pagado una suma aún mayor solamente para ver a nuestra joven amiga atravesar la estancia. —Se enderezó con dificultad, apoyándose en el glúteo sano—. Las mujeres desnudas son una maravilla, ¡dios santo, cómo las amo! —dijo—. Las contemplé por legiones en mis años mozos, joven, pero es una visión a la que no logro acostumbrarme. —Movié la cabeza y sonrió—. Descorche la otra botella —me pidió— y bebamos a la salud de la desnudez femenina.

Cuando obedecí, el tapón rebotó contra el techo y dio saltos por la alfombra como un animalejo rabioso. Llené nuestras copas, y Trahearne alzó la suya hacia un fugitivo rayo de sol que se había filtrado entre los eucaliptos y observó la efervescencia de las burbujas, como miles de joyas flotantes.

—Es curioso —dijo.

—¿A qué se refiere?

Seguidamente, me habló de mujeres desnudas, del sol y de la lluvia... Y me confesó que era un bastardo.

Su madre era una joven soltera que ejercía como maestra en Cauldron Springs cuando la dejó embarazada un ranchero local, un hombre casado, y el consejo escolar la expulsó de la localidad. Se instaló en Seattle para tener a la criatura y continuó allí después de su nacimiento, haciendo trabajos de segundo orden con los que mantener a ambos. En la época en la que el niño inició sus estudios, la madre había empezado a publicar historias del Oeste en tebeos de gran tirada, así como artículos eventuales en suplementos de periódicos y revistas, de manera que se trasladaron a una casa de vecindad en un barrio colindante con el de Capitol Hill. A la salida de la escuela, Trahearne volvía a casa internándose en las callejuelas para conversar con la gente sobre la que escribía su madre, los marineros y leñadores desempleados, unos viejos que habían conocido tiempos violentos y rincones románticos en los cuatro puntos cardinales.

Algunas veces, no obstante, en aquellos paseos sin rumbo, veía a una mujer desnuda junto a la ventana trasera de un piso de la segunda planta. Ocurría sólo cuando llovía. Era como si la cortina gris que chorreaba por la sombría ventana la hiciera invisible, pero a pesar de todo el niño la veía, borrosa aunque claramente perceptible detrás de los reflejos de las ventanas y las escaleras del lado opuesto de la

calle. Bajo la lluvia, en la ventana, en ocasiones tocando levemente sus oscuros pezones, sosteniendo en otras todo el peso de sus senos grandes y pálidos con unas manos muy blancas, la desconocida estaba siempre absorta en la contemplación de la fría llovizna. Nunca apareció a la luz de sol, sólo con la lluvia. A veces bajaba lentamente la cabeza y sonreía, fijos los ojos grisáceos en los del chico a través del cristal, y sopesaba los pechos como si fueran piedras que pensaba lanzar contra él. O bien se reía, y el niño sentía la lluvia como gélidas lágrimas sobre su rostro encendido. Por las noches soñaba con el brillo del sol en la calle, y se despertaba con el persistente y tranquilo murmullo de la llovizna.

Incluso después de la escuela secundaria, durante los primeros años de carrera en la Universidad de Washington, cuando todavía vivía en casa, vio a aquella mujer. También más tarde, después de mudarse cerca del campus, regresaba nuevamente al barrio los días lluviosos para recorrer el empedrado de la inmunda calleja, con los ladrillos rojos refulgiendo por la lluvia. Sólo cuando se licenció y no pudo encontrar un empleo en Seattle, tras desplazarse a Idaho para trabajar en el monte montando equipos forestales, sólo entonces cesó de frecuentar la calle de detrás de su casa, de espiar, de esperar.

En aquella época tuvo experiencias con chicas, naturalmente, pero nunca fue lo mismo en las cabañas baratas para turistas o, las noches estrelladas, en una manta bajo los pinos. Una vez casi encontró a alguien parecido. Era una muchacha india, metida en carnes, con la que fue a bañarse en cueros al amanecer en las aguas de un lago que había inundado un añejo bosque pantanoso y estaba lleno de unas minúsculas partículas oscuras de fibra de madera en diáfana suspensión, donde la chica desnuda, cercana pero a un tiempo distante, se le antojó una patinadora dando vueltas en una nevada de pisapapeles. Una, sí, una vez casi.

Luego estalló la guerra. Trahearne se enroló en enero de 1942 en el cuerpo de infantería de marina, y al terminar el adiestramiento como oficial, con sus rutilantes galones de oro, disfrutó de un permiso en San Francisco en lugar de volver a Seattle para ver a su madre antes de embarcar con destino al Pacífico. En medio del puente Golden Gate conoció a una viuda, todavía adolescente, cuyo marido había sido alférez del *Arizona* en Pearl Harbour. Al principio, viendo su vestido de luto y el pálido rostro juvenil arrasado por las lágrimas, creyó que quizá se disponía a saltar, pero al abordarla comprobó que no era el caso. Sólo había ido al puente para arrojar a la bahía su anillo de casada. Una cosa, como explicó el propio Trahearne nostálgicamente, desembocó en muchas otras, y ambos se enamoraron: él, un flamante teniente de navío deseoso de partir hacia la guerra, hacia la gloria, y la viuda adolescente, que ya había perdido a un hombre en el conflicto con una brutalidad insospechada, tan traumática como aquella primera mancha de sangre que había marcado el final de su pubertad apenas unos años antes. Su amor, según Trahearne,

fue aún más dulce desde el comienzo con el hedor de la muerte, y cada vez que copulaban era para los dos como si apurasen su último encuentro.

El día en que terminaba su permiso, volvieron juntos al puente y allí, en una desapacible tarde primaveral, con un ventarrón bañado de sol atronando a través de vigas y tirantes como lejanos ecos de artillería, entre el frío exhalado por el verde mar y un perfume que evocaba la jungla, allí mismo le refirió a su nuevo amor el episodio de la lluvia y la mujer desnuda. Antes de que concluyese el relato, sin embargo, ella empezó a desabrocharse la blusa y, ajena a la multitud circundante, desnudó sus pequeños pechos bajo el sol vespertino y acunó contra ellos el rostro del amado, enviándolo a la muerte.

—Por descontado —me dijo el grandullón—, aquello era lo más emocionante que me había pasado nunca. Y tal vez lo sigue siendo, no sé... —Hizo una pausa y, con voz resonante, añadió—: Nadie me había conmovido tanto. Fue un gesto entrañable.

—¿Qué fue de ella?

—Ya salió el detective con sus eternas preguntas —me reprochó, al tiempo que me clavaba una mirada larga y severa—. ¿Qué fue del mundo entero en aquellos días? Hubo una guerra, con eso está todo dicho. Aunque supongo que usted no recuerda gran cosa.

—Recuerdo que mi padre se fue, regresó, y luego desapareció para siempre —dije.

—¿Lo mataron?

—No —contesté—. Después de haber estado en el norte de África, Italia y el Mediodía francés, decidió que el sur de Texas se le había quedado pequeño. Emprendió viaje al Oeste, mientras que mi madre y yo nos quedamos en casa. Ella dijo que la guerra le había dado la excusa perfecta para convertirse en el holgazán y el inútil que siempre había querido ser.

—Las mujeres son así, muchacho —filosofó Trahearne—. No entienden el espíritu aventurero. Dales una cueva abrigada y raciones generosas de callos de antílope, y establecerán su hogar permanente.

—Puede que sí y puede que no —dije—. ¿Qué le pasó a aquella mujer?

—¿Qué mujer? —preguntó Trahearne con aparente confusión y enfado.

—La de las tetas.

—Para ser un individuo con algún que otro destello de imaginación, joven amigo, tiene usted el alma insensible y la lengua soez.

—Le advertí que era un cabrón bastante curioso.

—De eso no cabe duda —dijo—. Por cierto, ¿qué significan las siglas C. W.?

—Nada —mentí—. ¿Qué le ocurrió a su novia?

—Caramba, muchacho, no lo sé —refunfuñó Trahearne—. Se casaría con un tipo

inhabilitado para el servicio, con un embajador de buena voluntad o con otro oficial que tuviera un permiso más largo que el mío. ¿Qué puede importar? Lo que cuenta es la historia misma.

—No hasta que conozca el desenlace.

—Las historias son como las instantáneas, hijo —me explicó—, imágenes robadas al tiempo con los contornos nítidos y bien definidos. Pero aquello fue un retazo de vida, y la vida siempre empieza y termina en un amasijo sanguinolento, desde el útero hasta la tumba. Toda ella es un gran embrollo, una lata de gusanos que se deja pudrir al sol.

—Cierto.

—Hablando de embrollos —me dijo con una sonrisa—, ¿qué piensa hacer ahora?

—Supongo que llevarle a su casa.

—¿Y con respecto a la hija desaparecida de Rosie?

—Esa búsqueda es una pérdida de tiempo —protesté por enésima vez—. Si dispusiera de un año para dedicarme en exclusiva, quizá lograría encontrarla o al menos averiguar qué le sucedió, pero un par de días es muy poco tiempo. Tendré que decirle a Rosie que usted ha salido del hospital antes de lo previsto —comenté. Sin embargo, no era aquello lo que realmente quería.

—Escuche, joven, en mi casa no tengo nada que hacer —declaró Trahearne mientras yo vertía en las copas las últimas gotas de champán—, y creo haberme ganado un poco de diversión. ¡Qué demonios! Me han vuelto a disparar y he sobrevivido. Por lo tanto, podría conceder al caso unos días más.

—Sí, desde luego, si a usted no le molesta...

—¿Molestarme? Maldita sea, insisto en ello —clamó en tono grandilocuente.

—Genial.

—Pero tengo que pedirle un pequeño favor —añadió, a la vez que se sentaba con cautela en el borde de la cama.

—Soy todo oídos.

—Lléveme con usted —dijo tímidamente, balbuceando y paseando los pies sobre la alfombra.

—¿Cómo?

—Deje que lo acompañe —repitió. Me eché a reír, y él irguió su cabeza—. Prometo no inmiscuirme en sus asuntos.

—Prométame que permanecerá relativamente sobrio —dije—, y será un placer que tome parte en la aventura.

—¿Cómo de sobrio?

—Por lo menos, tanto como yo.

—Eso no supone ningún problema —alardeó—. ¿Está seguro de que no le importa?

—Es su culo lo que arriesga, viejo amigo —dije.

—Por favor, no me lo recuerde —musitó Trahearne, sonriendo, mientras se incorporaba rígidamente—. Hace un día magnífico, joven. Pararemos a recoger mi carraca, bajaremos la capota y tomaremos el sol y el aire fresco, para que los cuatro vientos despejen nuestras narices del olor fétido del hospital y ¡ah!, de los inefables efluvios de la lujuria. Por Dios, incluso pagaré la gasolina y el whisky.

—¿Qué hacemos con los otros gastos? —inquirí.

Trahearne fue con paso renqueante hacia el cuarto de baño, pero antes de entrar agitó la mano como diciendo: *Los gastos que los pague el diablo.*

Mientras colocaba la tapa del delco en su sitio y trasladaba los bártulos a su descapotable, Trahearne trató de sacar amablemente a Fireball, malhumorado y resacoso, del asiento trasero, pero era evidente que el bulldog estaba decidido a defender su posición hasta la muerte, o al menos hasta que Trahearne escanciara cerveza fresca en el oxidado tapacubos de un Hudson. Con el hocico sumergido en su tónico matutino, el perro no nos prestó la menor atención mientras subíamos al vehículo y retirábamos la capota, pero, en cuanto nos alejamos, dio un vistazo a las puertas cerradas del local de Rosie y nos siguió al trote carretera abajo, con un jodido y resuelto balanceo, como si supiera que estábamos en posesión de las únicas cervezas antirresaca del domingo por la mañana en todo el norte de California, como si tuviera la intención de agarrar el Cadillac por el neumático trasero y soltar las botellas de una sacudida. Aminoré la marcha para vigilar sus movimientos.

—Ese estúpido hijoputa no tardará en abandonar —predijo Trahearne cuando habíamos recorrido unos ochocientos metros.

Tal vez eso es precisamente lo que define a los hijos de puta estúpidos: que nunca se rinden. Doscientos metros más adelante, detuve el vehículo para esperar al bulldog. El animal nos alcanzó, irascible y sediento. Trahearne abrió la portezuela, lo dejó entrar y le dio una cerveza. Fireball volvió el hocico con displicencia y se encaramó al asiento de atrás, donde se acomodó en una pose de gran dignidad, esperando como un estirado millonario a que el chófer reanudara el avance. Así lo hice. Sus carrillos temblaron con el arranque, y pareció disfrutar del sol y el paseo dominical.

—Sólo le falta pedir un puro —gruñó Trahearne. Le pasé los cigarros que le había rapiñado al pobre Albert, pero se los guardó para él—. ¡Esto es un cachondeo! —exclamó, antes de elevar una densa humareda y arrellanarse para gozar del viaje—. ¡Un cachondeo como una casa!

En las afueras de San Rafael tuve que pisar el freno a fondo para esquivar una

furgoneta de color chillón que cruzó de golpe tres carriles de tráfico hacia la salida más próxima. Trahearne dio un respingo, y después apuntaló de nuevo la cadera sobre la almohada que habíamos robado en el motel.

—¡Dios santo! —dijo—. Si yo fuera más joven (o mejor aún ¡demonios!, si estuviera en plena forma), daría caza a esos punkies y ya veríamos si son o no capaces de aprender buenos modales.

—¿Está seguro de que es eso lo que quiere hacer, viejo amigo? —pregunté.

—Hijo, es lo único que he querido hacer toda mi vida —replicó el hombretón, con un amago de sonrisa pese a tener el cuerpo dolorido—. Correr los caminos, ya me entiende, estar siempre en acción. Y aquí me tiene, vagando por Norteamérica con un bulldog alcohólico, un detective privado de tres al cuarto y una bendita petaca de Wild Turkey. —Metió la mano en la guantera, bebió un trago corto y me alargó la petaca—. Pero, si no es mucho pedir, no me llame *viejo*.

—Y usted no diga que soy un detective de tres al cuarto.

—Hace un día demasiado bonito para ser grosero —accedió Trahearne—. Y ahora, si me pasa el analgésico en vez de retenerlo, intentaré aliviar el dolor.

Le di enseguida la petaca y se amorró a ella con pasión.

—No, gracias —respondí cuando volvió a ofrecérmela—. ¿Me permite que le haga una pregunta personal?

—Estamos juntos en esto, ¿no es así?

—¿Qué hacía yendo de un lado para otro? ¿Buscaba quizás a su esposa huida?

—No había huido —especificó—. Como la mayoría de los artistas, Melinda necesita un cambio de aires de vez en cuando (ya sabe, nuevas perspectivas y todo eso), una oportunidad de volar sola, de ser anónima, de ver el mundo con unos ojos que no estén mediatizados por las compañías. Dios santo, le aseguro que lo entiendo. ¿Quién podría entenderlo mejor que yo? A fin de cuentas, comparto esas mismas necesidades. Por fortuna, en mi pareja actual hay espacio de sobra para esta clase de libertad, mi mujer y yo no dependemos exclusivamente uno de otro... a diferencia de mi primer matrimonio. —Hizo una pausa—. ¡Condenada Catherine! Me divorcié, pero temo que no va a haber forma humana de conseguir que me deje en paz. Sospecho que concibió la demencial idea de que Melinda se había escapado de casa, lo cual le causaba a buen seguro una infinita satisfacción, y yo la perseguía con la intención de asesinarla o algo igualmente melodramático. Catherine creía que me salvaría enviándole a usted en mi busca. Eso u otra cosa similar; la verdad es que no lo sé. ¡Maldita sea! Estuve casado con esa mujer, encadenado a ella, y todavía no tengo la menor idea de lo que pasa por su mente. No me sorprendería descubrir que le contrató para hacer que me disparasen en el culo.

—Estará de acuerdo en que llevé el plan con mucho ingenio.

—No bromea con Catherine —me advirtió Trahearne jocosamente—, es un as de

la manipulación. Gobernó mi vida durante años. —Me estaba diciendo algo más que lo que yo había preguntado, pero no desentrañaba qué era—. Usted no se ha casado, ¿verdad?

—No, nunca.

—Eso me parecía —repuso el grandullón—. No tiene la complejidad suficiente para sobrevivir al matrimonio.

—Es lo que siempre he dicho.

Tras un largo silencio, en el que miró cómo desfilaban velozmente los frágiles monumentos de los complejos de viviendas al pie de la autovía, Trahearne dijo:

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—¿Dónde diablos vamos? —dijo, y estalló en carcajadas.

Cuando paró de reír, le expliqué todo lo que había averiguado sobre Betty Sue Flowers, qué proyectaba hacer y dónde tenía previsto buscar, gritando para imponer mi voz al fragor de la carretera hasta que penetramos en el espacio azul y ventoso del Golden Gate. Mientras yo hablaba, Trahearne bebía, y al cruzar el puente dejó de escucharme y empezó a pensar, deduje, en la joven viuda. Miró absorto la petaca, que sujetaba en la mano como una granada, y luego frunció el entrecejo, tristemente contrariado por unos goces ya irrecuperables.

En el asiento trasero, el bulldog estaba acurrucado cual un ídolo pagano, una especie de sapo mágico que tuviera en la cabeza un rubí grande como un puño cerrado, irradiando luz a través de sus estoicos ojos y exhibiendo en la cara una inescrutable risita mística.

Dicen algunos que los dioses velan por los necios y por los borrachos. Indiscutiblemente, Trahearne y yo éramos candidatos idóneos. Quienesquiera que sean esos *algunos*, aciertan demasiadas veces y son un consuelo.

Una vez que llegamos al centro de la ciudad, nos detuvimos en un bar tranquilo y llamé por teléfono a todos los traficantes de droga, agentes de policía y antiguas novias que recordaba. Me dieron algunos nombres y números, todos ellos absolutamente inútiles. ¿Cómo iba a saber que hasta el último zar y reyezuelo local del porno pasaban las tardes de los domingos en retiros espirituales, sesiones de concienciación o seminarios de reflexión? Por puro tedio y con la esperanza de mantenerme sobrio, recorrí los bares y los teatros de la zona de Broadway y, en uno de ellos, encontré a un aburrido estudiante universitario en el control de entradas. El chico conocía a un catedrático de sociología que sabía más de cine pornográfico que la Legión de la Decencia e incluso que la mafia.

El catedrático estaba en casa el domingo por la tarde, como cualquier buen ciudadano, viendo una antigua película muda sobre un individuo que es embaucado en la playa por dos chicas y se folla a una cabra a través del agujero de una valla. Varios meses después, una de las timadoras estafa al incauto todo su dinero de bolsillo cuando mete una almohada bajo su anticuado bañador y le acusa de ser el padre de la *criatura*.

—¡Caramba! —susurró Trahearne, moviéndose en la silla plegable con armazón de metal—. Es casi divertido.

—¿Casi? —dijo el profesor Richter, y lo miró por encima de su nariz aguileña—. ¿Casi? —repitió, con esos aires de propiedad del que ha escrito, dirigido e interpretado el filme. De hecho, se parecía al joven protagonista—. ¡Es desternillante! —gritó—. Ése es el mayor problema de la pornografía moderna: que es demasiado seria... con honrosas excepciones, por descontado. En general, cuando el cine pornográfico recurre al humor lo presenta en su grado más bajo, y siempre que lo toca bien, aunque sea mínimamente, como en el caso de *Garganta profunda*, tenemos un éxito a escala nacional —sentenció en tono solemne—. Ocurre lo mismo en todas las artes: a medida que avanza la tecnología, el humor decae. Los límites y las definiciones artísticas se difuminan, el arte se ve entonces obligado a satirizarse a sí mismo tan agudamente que las artes plásticas se tornan literarias, y éste es, amigos míos, el primer gran síntoma de su degeneración. —Batió con ligereza sus manos huesudas y grisáceas, estiró las comisuras de los labios y añadió—: ¿No están de acuerdo conmigo?

El hombre tenía los ojos centelleantes y la sonrisa contraída de un fanático, en una faz alargada que no dejaba traslucir emoción alguna, de modo que Trahearne y yo nos apresuramos a asentir. Su cara no era desagradable, sino más bien anodina e históricamente objetiva. Quizá la constante dieta de películas porno le había desdibujado las facciones, aunque lo que no acertaba a adivinar era qué le había pasado a su atuendo. Se diría que había dormido con aquel traje negro, lleno de brillos, más de una vez y peor que mal. Desde luego había comido enfundado en él, o acaso directamente de él. Una flor de salsa de tomate con un brote reseco de champiñón servían de adorno en el ojal, y su fino corbatín negro, atado en un nudo del tamaño de un guisante común, de servilleta.

—¿En qué puedo ayudarles, señores? —preguntó, al hacerse patente que no habíamos ido a verle para debatir el estado de las artes.

Le mostré la licencia y le referí mi misión. Antes de que terminase, el hombre había corrido hasta un fichero de 12 x 20 centímetros, rebuscado en su interior, y vuelto junto a nosotros sosteniendo en ambas manos multitud de tarjetas con las que señaló las paredes de su reducido piso, donde se amontonaban archivadores, estanterías y pilas de películas enlatadas.

—*Pasión animal* —anunció el profesor, extendiendo la mano derecha— y *Lujuria animal*—añadió con la izquierda abierta—. Hagan su elección, caballeros. Ninguna de las dos tiene un título especialmente imaginativo, pero sí muy popular. —Acompañó su propia broma con un leve esbozo de sonrisa.

—Tiene que ser de muy bajo presupuesto —dije—, con un magreo en grupo como apoteosis final.

—Todas son así —replicó el catedrático con su débil mueca—. ¿Puede darme una fecha aproximada?

—Yo diría que se rodó a finales de los sesenta.

—¿La actriz principal era rubia o morena?

—Rubia.

—Conforme —dijo el profesor Richter, antes de devolver las fichas a su archivador y repasarlas de nuevo—. Quizá sea ésta —declaró al leer una tarjeta, y sus delgados y mortecinos labios articularon un largo número. Luego fue a toda prisa hasta un montón de latas de películas y extrajo una del centro, tan precipitadamente que las de encima cayeron al suelo con un batacazo limpio y estruendoso—. Si la memoria no me engaña, ésta es una bazofia —dijo—, sin un solo factor atenuante. ¿Les apetece verla?

—¿Le importa? —consulté a Trahearne.

—¿Por qué habría de importarme? —preguntó él, visiblemente confundido.

—Pensaba en sus ilusiones románticas —dije, y solté una carcajada.

—¡Ah, claro, era eso! —exclamó. La confusión pareció disiparse, aunque debo

admitir que más en su mente que en la mía—. Proyétela —ordenó resueltamente, y Richter ensartó la cinta.

Era un filme muy básico, sin duda, quizás incluso lastimoso.

Y también giraba en torno a Betty Sue Flowers. Daba igual que apartase la mirada, siempre que volvía a centrarla, ella estaba en pantalla. Había engordado lo suficiente para adquirir una figura más que rubeniana y, de no haber sabido moverla con cierta gracia, habría parecido grotesca y cómica en su papel de joven y rolliza ama de casa cubierta únicamente por un delantal de volantes, con la abundante melena rubia recogida en dos pulcras coletas que enmarcaban su cara mofletuda.

El argumento era de poco peso. Para empezar, una acción de segunda fila con un par de perritos de compañía totalmente anonadados, y luego algunos trabajos de primera división con ayuda del vecindario: el cartero, el lechero, dos empleados que venían a medir los contadores y un repartidor de colmado con restos de *pancake* en las arrugas. Entre los cinco sementales reunían tantas panzas cerveceras, rodillas nudosas, tatuajes emborronados, pies sucios y vergas torcidas que podrían haberse exhibido en una galería de monstruos. En el desenlace, tras formar un amontonamiento cuidadosamente calculado alrededor de la mesa de la cocina, parecían aún más apabullados que los perritos, con las caras desencajadas de dolor mientras Betty Sue se los trabajaba a todos juntos e intentaban correrse a la vez. La gente estaba muy colocada, y el equipo entero daba continuos traspiés por el plató, tropezaba contra los focos o zarandeaba la cámara, enfocando y desenfocando la imagen. Cuando se quedaron sin película, el suspiro de alivio fue casi audible. Aquella cinta era tan excitante como hacerse una paja en un viejo y mugriento calcetín.

No obstante, Betty Sue, a pesar de la gordura y de sus ojos, tan inexpresivos como dos piedras de río, irradiaba algo que no tenía nada que ver con su aspecto físico. Parecía sumirse en la degradación libremente, sin alegría pero con la inquebrantable determinación de hacer un buen papel. Contra mi voluntad, me sentí atraído por ella, lo que me cortó el whisky en el estómago. Traté de asumir una actitud de justa ira, pero mi lucha conmigo mismo acabó en muda tristeza y una enfermiza excitación sexual. Comprendí por qué Gleeson no había querido hablar sobre la película; tampoco yo lo deseaba, menos aún de lo que me gustaba mirar la fea e imponente cicatriz que surcaba el centro de su rechoncho abdomen.

—No le he visto la gracia por ninguna parte —protestó Trahearne, mientras la película se desensartaba y azotaba el aire como una sombra rota.

—Yo soy inocente —dijo Richter, y empezó a rebobinar el rollo.

—Creo que saldré un rato a la calle para tomar aire fresco y unos cuantos litros de whisky —anunció Trahearne, a la vez que levantaba de la silla su humanidad y su cojera.

Cuando se hubo ido, le pregunté al profesor Richter si conocía el nombre de alguno de los actores.

—Debe de estar de guasa —dijo—. En este negocio, sólo la flor y nata tiene nombre, y generalmente son ficticios. De todos modos, he reconocido al sujeto que hacía de lechero... en otro contexto, naturalmente.

—¿Qué contexto?

—Hace tiempo regentaba una librería pornográfica en el centro —me informó el profesor—. Me parece que se llama Randall no sé qué... ¡Ah, sí! Randall Jackson.

—¿Vive todavía en la ciudad? —inquirí.

—No, se marchó después de rodar la película, que de hecho fue su única incursión en ese campo. Creo recordar que alguien me comentó que trabajaba en una distribuidora de libros de bolsillo. Estaba en Denver, si no me equivoco.

Pregunté al profesor si conocía a alguien más o cualquier otro dato relacionado con el filme, pero estaba seguro de no haber vuelto a ver a la chica, lo que, según él, significaba que había dejado el mundillo. Le di las gracias y me incorporé para irme.

—¿Le molestaría que le hiciese una pregunta? —dije.

—Por supuesto que no —contestó cordialmente.

—¿Qué hace con todas estas películas?

—Las catalogo, las clasifico y elaboro un índice sistemático. Estoy preparando un estudio académico sobre la decadencia del cine pornográfico en Estados Unidos.

—¿No es un proyecto algo caro?

—Tengo una subvención —dijo el profesor Richter con total despreocupación.

No pregunté quién se la había dado. No quería saberlo. Cuando salí, estaba canturreando y cargando otra vez el proyector.

En el exterior encontré a Trahearne y a Fireball cómodamente instalados, bebiendo y observando el tráfico de Folsom Street: un par de taxis, un loco de la velocidad con cara de cretino y un borrachín oriental. Al subir al coche, deseé haber llevado conmigo una mayor variedad de fármacos adictivos, o quizá tener menos golpes de suerte.

—¿Era ésa la chica que busca? —indagó Trahearne.

—No —mentí—. Guarda un cierto parecido con ella, pero se trata de una jovencita llamada Wilhelmina Fairchild.

—Podría ser un nombre artístico —sugirió Trahearne.

—No —dije de nuevo—. Richter conoce a esa señorita personalmente. Es empleada de un salón de masajes en Richmond, así que, a menos que haya aprendido a hablar con acento alemán después de irse de casa, no era la hija de Rosie.

No acababa de saber por qué le había mentido a mi acompañante. Tal vez sentía vergüenza por solidaridad con Rosie, o incluso por mí mismo. En cualquier caso, no

quería que Trahearne se enterase de que era a Betty Sue a la que habíamos visto en la pantalla, mariposeando de mano en mano.

—Lo celebro por Rosie —dijo el grandullón—. Entré en su establecimiento por pura casualidad, y estuve bebiendo allí los días siguientes porque me gustaba el lugar y me caía bien su bulldog. Apenas conversé con ella, pero me encantaba cómo servía la cerveza y su manera de dirigir el bar, y por lo tanto me alegro sinceramente de que su hija no terminara en una situación como ésa... o en otra aún peor.

—Yo también —coincidí.

—¿Cuál es la próxima etapa?

—Palo Alto.

—¿Para qué vamos a ese sitio?

—Para hablar con la mejor amiga de Betty Sue en el instituto —dije.

—A lo mejor no está en casa —repuso Trahearne—. Quizá sería conveniente que la llamara antes de ir. Tengo una idea: ¿por qué no damos una vuelta por la ciudad esta noche? Ya sabe, podríamos tomar unas copas, relajarnos y descansar unas horas.

—Como reza la Biblia, no hay descanso para los impíos —repliqué. En ese momento encajé el Cadillac de Trahearne entre un taxi y un camión con remolque, desgastando por lo menos un par de dólares en neumáticos—. Hace un día estupendo y el viaje es muy agradable —añadí en cuanto el camionero dejó de tocar la bocina.

—Si sobrevivimos —apostilló.

—¿Quiere conducir usted este jodido cacharro? —pregunté furiosamente, desquiciado por mi mentira y por la película.

—Puede llevarlo como mejor le parezca, hijo —respondió Trahearne, alzando las manos—. Pero no la tome conmigo. Yo no soy responsable de los males de este mundo.

—Algunas veces no sabría decir si estoy completamente chiflado o el mundo es una cloaca sin fondo —declaré.

—Ambas cosas son verdad —dijo el hombretón—, aunque tiene un serio problema: es usted un moralista. De todas formas, no se preocupe mucho.

—¿Por qué?

—Se curará con la edad —pronosticó—. Pero ya que hablamos de chiflados, ¿para qué quería ese sujeto tantas películas?

—Si se lo contara, no me creería.

En parte, estaba en lo cierto. Tuvimos un buen viaje. Exceptuando una escaramuza de Fireball con un gran caniche gris que le quiso olisquear el culo en una zona de descanso, y salvo por la ricachona del Mercedes a la que pertenecía el caniche en cuestión y que dio una bofetada a Trahearne cuando le sugirió que hiciera algo impensable y obsceno con su repugnante chuchito de fantasía, fue un día placentero.

No obstante, Trahearne tenía razón cuando me recomendó que telefonease a Peggy Bain antes de ir a verla.

La chica que ocupaba el apartamento cuya dirección me había facilitado Albert ignoraba dónde vivía Peggy Bain, pero en cambio conocía a alguien que tal vez nos lo indicaría. Pasamos la tarde yendo de los pisos a los bares y vuelta a empezar, hablando con una larga serie de personas que decían saber dónde podía estar. Finalmente, cuando probamos suerte en el último lugar posible, una barbacoa en un jardín de algún punto elevado de La Honda, el sol se ocultaba ya tras las montañas de la costa y Trahearne se puso a aullar como un niño beodo. Había olvidado su promesa de mantenerse sobrio si yo lo estaba. Trahearne y Fireball habían pillado una curda de campeonato. El bulldog, al menos, tuvo la decencia de desmayarse en el asiento trasero. Al aparcar en la hilera de vehículos que había junto a Skyline Drive, Trahearne husmeó el aire, musitó la palabra fiesta y cesó de gimotear.

—Tal vez será preferible que espere en el coche —le insinué.

—Bobadas —dijo, a la vez que sacaba una botella de Turkey sin abrir de debajo del asiento—. Si falla mi número del escritor famoso, muchachote, les enseñaré mi invitación —agregó, enarbolando el whisky—. Suelo ser bien recibido en todas las fiestas —concluyó, y se apeó del Caddy con pasos tambaleantes.

Naturalmente, el viejo cabrón decía la verdad. El joven barbudo que acudió al oír el timbre había conocido a Trahearne unos años antes en Seattle con motivo de una lectura poética, aunque mi compañero no le recordaba, y enseguida nos dio la bienvenida a su casa, presentando a Trahearne a todas sus amistades como si fuese un perpetuo invitado de honor. Al cabo de unos minutos, se había encargado de que tuviésemos vasos, hielo, y a Peggy Bain sentada al otro lado de una mesa de picnic. Trahearne se deshizo del anfitrión y de sus admiradores, tomó asiento al lado de Peggy y dejó caer un macizo brazo sobre su hombro, al tiempo que la llamaba tesoro. Era una mujer comunicativa, con una cara redonda como la luna llena asomando por encima de su grueso poncho de lana. Cuando Trahearne le explicó lo que queríamos, nos miró a ambos de hito en hito y, cargada como estaba, estalló en un ataque de risa tan violento que tuvo que quitarse sus gafas sin montura y depositarlas entre los platos sucios de la mesa.

—Debéis estar de broma —dijo una y otra vez, callando sólo para reírse. Al fin rebajó el grado de hilaridad, se secó las lágrimas de los ojos y añadió—: Tíos, no la he visto desde el bachillerato. —Enmudeció el tiempo justo para sacar de la bocamanga una pipa de hachís, que encendió y ofreció a Trahearne. Él dio una ávida calada, aguantó la respiración y murmuró, como si fuese un adolescente cualquiera, *¡este chocolate es dinamita!* Cuando Peggy me pasó la pipa, negué con la cabeza, en un intento de mantener la cabeza despejada unos minutos más—. Hace algunos años coincidí con su padre en Bakersfield, y dijo que Betty Sue había vivido en una

comuna del estado de Oregón, pero que ya no estaba allí.

—¿Recuerdas cómo se llamaba? —le pregunté.

—Tío, ¿quién se acuerda de esos nombres? —respondió—. Sueño Astral de los Girasoles o de la Luz del Sol, o Diversión al Sol, u otra *soleada* y pretenciosa mierda hippy. —Después de carcajearse de su propio chascarrillo, dijo—: Comoquiera que se llamase, creo que estaba en los alrededores de Grants Pass.

—¿Cuándo te viste exactamente con el padre? —inquirí, y Trahearne farfulló un sí mientras acariciaba el hombro bien formado de la joven a través de la áspera lana.

Con una repentina tensión en el rostro, Peggy se caló de nuevo las gafas, suspiró y levantó las manos. Pensé que se disponía a cuestionar con un largo discurso quién diantre era yo para preguntar por Betty Sue, pero se volvió hacia Trahearne y le espetó:

—Oye, tío, no soy una de esas busconas que se tiran a los famosos, ¿entendido? ¿Ves a la mujer que está frente a la puerta trasera de la casa, la que lleva un turbante en la cabeza y una tonelada de metal colgada del cuello? Ahí tendrás toda la acción que quieras, ¿de acuerdo? —A continuación, apartó la manaza de su hombro con un par de dedos, la meció en el aire como si fuera un cangrejo muerto y la soltó sobre la entrepierna de Trahearne.

—Disculpa —susurró el grandullón sin una brizna de sinceridad, mirándose la entrepierna y espiando al mismo tiempo la puerta señalada.

—No te dejes gorronear, amigo —dijo Peggy.

—Descuida —contestó él. Se levantó del banco y, torpemente, se dirigió a la casa.

—¿Qué problema tiene ese tipo? —me preguntó Peggy Bain.

—Son cosas del temperamento artístico —dije—. Cree que los escritores célebres tienen que follar a todas horas.

—No me refería a eso, atontado —me regañó—. Preguntaba por su pierna.

—Una vieja herida de guerra —repuse.

—¿En qué guerra?

—Elige la que prefieras —dije—, son todas iguales. —Había sido adiestrado para dar siempre la respuesta radical correcta por un primer teniente con el pelo cortado al rape, a partir de un libro de texto sobre la materia.

—De acuerdo, señor —contestó ella imitando mi ejemplo.

—Volvamos al tema de Betty Sue —propuse—. ¿Cuánto tiempo hace que te encuentras con su padre?

—No menos de seis años —dijo Peggy—. Lo sé porque todavía estaba casada con aquel patán gilipollas de Santa Rosa. Habíamos ido a Bakersfield para asistir a una especie de marcha de la Unión de Trabajadores Agrícolas, y leí el nombre del padre de Betty Sue en la prensa. Actuaba en un local llamado The Kicker, deduje que abreviatura de *Shitkicker* o «aldeano pisamierda», así que un grupo nos pegamos una

buena fumada y decidimos poner a prueba a los catetos de turno. Por supuesto, llevamos con nosotros a dos de los hippies más grandes del mundo, un par de leñadores de la región de Weed. Queríamos dar un repaso para ver como vivía la otra mitad de la población.

—¿Y cómo les iba?

—Como cabía esperar, tío, en Bakersfield se daban la gran vida, con todos los lujos y comodidades —respondió Peggy sonriendo—. Pero el viejo Flowers resultó ser un tipo genial.

—¿Cómo es eso?

—Era el cantante de la banda, llevaba el bar y trapicheaba con nieve a saco —explicó la joven.

—¿Con cocaína? —puntalicé.

—Ninguna otra sustancia te hace sentir tan bien —dijo—. Al principio creímos que fanfarroneaba para impresionar a los hippies, como suele hacer la gente convencional, presumiendo de vender coca a todas las personas importantes que se corrían una juerga en Bakersfield, pero después de la segunda actuación nos llevó a su despacho, donde nos pusimos en órbita y compramos cinco gramos. Era un género de buena calidad y bastante arreglado de precio.

—Y hablasteis de Betty Sue —apunté, tratando de hacerla regresar de sus recuerdos cocainómanos... y a mí de los míos.

—Así es. Le pregunté si había tenido noticias de ella, y me contó que le había llamado una vez, hacía uno o quizá dos años, pidiéndole dinero para largarse de la casa comunal. Probablemente era una de vuestras típicas comunidades hippies fascistas, tío, ya sabes lo que quiero decir.

—Pero no te acuerdas del nombre.

—Como ya he dicho, amigo, era algo relativo al sol —repitió Peggy, e hizo una pausa para estudiarme con la mirada—. ¿La estás buscando porque se ha metido en algún lío?

—No, no es eso —repliqué. En ese instante me di cuenta de que, después de la película, ni siquiera sabía por qué seguía tras la pista de Betty Sue—. Topé casualmente con su madre y me contrató para que investigara durante unos días.

—Lo siento, no puedo ayudaros.

—No importa —dije—, de todas maneras lleva demasiado tiempo desaparecida.

—A mí me parece que fue ayer —susurró la joven, bajando la cabeza. Todas sus risas delirantes se habían evaporado.

Detrás de Peggy Bain, las nubes disolvieron sus últimas vetas purpúreas en un gris etéreo, neblinoso. Un alto y solitario abeto inclinó su silueta contra el cielo crepuscular. A mi espalda, el jolgorio empezó a retumbar como el trueno. Peggy volvió a encender la pipa de hachís, y esta vez acepté su ofrecimiento. Compartimos

el humo mientras los vientos vespertinos se elevaban sobre el frío mar, ascendían por los cerros boscosos y confinaban en el interior del edificio a los participantes de la fiesta, que emitieron un murmullo de quejas como otros tantos niños llamados a abandonar el juego para sumirse en los enmarañados sueños de sus camas tempranas. Los ventanales de cristal cilindrado reflejaron los postreros vestigios del ocaso, y al otro lado, en una suerte de doble exposición, la fiesta continuó silenciosamente su curso, con bocas abiertas, heridas sin grito, gestos sin significado. Junto a una puerta, apuntalado en el muro de enfrente, Trahearne contemplaba tristemente la puesta de sol.

—¿Qué más puedo decirte, tío? —preguntó Peggy cuando se hubo extinguido la pipa.

—No lo sé —admití, y rodeé la mesa de picnic para sentarme a su lado, cerca pero sin sobrepasarme, con los dedos enlazados detrás de la cabeza al apoyarme contra la mesa repleta de desperdicios—. De verdad que no lo sé —insistí, intentado divisar el oleaje oceánico y las brumas del atardecer bajo un cielo inmenso, vacuo, que empezaba a ser invadido por la naciente oscuridad—. Quizá podrías hablarme de ella sin más —sugerí—, contarme todo lo que se te ocurra.

—Eso sería demasiado —comentó.

—Todo lo que expliques es poco —la contradije.

—¿Como qué, por ejemplo?

—No sé, descríbeme qué aspecto tenía en sexto curso, con sus trenzas, los codos y las rodillas al descubierto, o bien dime...

—¡No jodas! —me interrumpió Peggy—. Hay que fastidiarse.

—¿Por qué?

—No llegaste a conocerla, ¿verdad?

—Así es. ¿A qué viene eso?

—Deduzco por el tono de tu voz —dijo— que te has enamorado de ella.

—Son gajes del oficio —contesté, tratando de eludir la cuestión—. Me enamoro de toda la gente a la que persigo. Sencillamente, dejan de ser fotografías y palabras para convertirse en seres humanos. —Di un sorbo a mi bebida a fin de suavizar la áspera sequedad del hachís—. Algunas veces, los individuos a los que creo rastrear resultan no ser las personas que luego encuentro —parloteé—, o algo parecido.

—Corta el rollo, tío —dijo Peggy—. Estás colado por ella. No he conocido a ningún hombre que no acabase igual. Maldita sea, sabía hacer muchas cosas bien, pero nada se le daba mejor que eso.

—¿El qué?

—Conseguir que los hombres bebieran los vientos por ella. Solían recorrer decenas de kilómetros sólo para rendirse a los pies de su reina, para tocarle el dobladillo del traje... ¡Joder, es injusto!

—No te sigo.

—Nunca encontró a nadie que se le pudiera comparar —rectificó Peggy, a la vez que levantaba una copa de vino con sus dedos regordetes—. Era la mujer más hermosa del mundo y todavía estaba en la adolescencia; no era ni más ni menos que yo, tío, una simple muchachita de Sonoma que estudiaba en la escuela secundaria, pero tenía una belleza especial, una belleza solitaria, estaba siempre aislada porque nadie era digno de acercársele.

—¿Era engreída? —le pregunté.

—Ni por asomo, tío —dijo—. ¿Por qué si no iba a caerle bien alguien como yo? Escucha, detective, me pasé los años de colegio en medio de una nube de atractivas jovencitas que querían entablar amistad conmigo para mejorar su imagen luciéndose a mi lado, pero a Betty Sue no le interesaban esas bobadas, era mi amiga y ya está, además de ser más guapa que todas las otras juntas, más inteligente, mejor persona... Lo tenía todo.

—¿Has pensado en ella en todo este tiempo?

—No pasa un solo día en que no la recuerde, tío.

—Ya veo.

—Tú no ves una mierda, amigo —dijo Peggy sin alzar la voz—. La quería, ¿te enteras? Amaba a Betty Sue. He tenido que superar dos matrimonios de pesadilla para comprender lo que estaba sucediendo, pero al fin he recapacitado y he descubierto mi amor por ella. Cuando se fue de casa lloré hasta quedarme ciega, tío, hasta que se me secaron las lágrimas. Antes creía que era un tópico, pero cuando se marchó, el llanto me hizo perder literalmente la visión.

—Lo lamento —murmuré.

—También la odié —me confesó—, aunque la culpa fue mía. Pasé a engrosar la lista de los amantes repudiados, pero durante años ni siquiera fui consciente de mis actos. Y por todos los demonios, si Betty Sue estuviera aquí esta noche, tú y yo la seguiríamos con la lengua fuera. —Amagó una sonrisa mientras me pegaba un ligero puñetazo en el brazo—. Haríamos cola para tener acceso a la dama.

—Yo nunca hago cola por nada —dije en tono desenfadado.

—Con esa mujer matarías sólo por tener la oportunidad de esperar turno —declaró Peggy con una sonrisa afligida—. Aunque puede que exagere... Me he pasado de la raya, ¿no?

—Entiendo lo que quieres decir —respondí—. Gracias por las molestias que te has tomado.

—No ha sido ninguna molestia, tío —dijo Peggy Bain—. Éste es mi estado habitual últimamente. Cuando termine los estudios de abogacía, se lo haré pagar al mundo entero.

Dado que era la primera frase simpática que le oía pronunciar, le deseé buena

suerte y agradecí de nuevo su ayuda. Luego me dirigí a un extremo apartado del jardín en busca de un arbusto que regar.

Betty Sue Flowers... Me había entrevistado con tres personas pero no había averiguado nada que mereciese la pena, excepto que todos los que la habían conocido continuaban estando prendados de ella. Quizás a mí también me obsesionaba; quizá no me quedaba ya un resquicio de objetividad. No obstante, tenía que tomar una decisión. Su padre vivía en Bakersfield, Randall Jackson podía seguir trabajando en Denver, y los restos de la comuna estaban en el sur de Oregón. Eran tres largos viajes en direcciones diferentes, y ninguno de ellos se hallaba en la ruta de Montana. Los ochenta y siete dólares de Rosie pronto se esfumarían y no me habían llevado a ninguna parte, aunque sabía desde el principio que era allí, en la nada, donde iba a desembarcar aquella historia. Me la sacudí pues del pensamiento y me reincorporé a la fiesta.

Cuando crucé la cocina, Trahearne estaba apoyado en la pared con la mujer de las cadenas, ofreciéndole la bala que le habían extraído de la nalga y diciendo:

—Ay, diablillo encantador, quiero que tengas esto como talismán de la suerte.

Mientras hablaba, le hacía cosquillas bajo el mentón.

—¿Por qué de paso no le lame el brazo? —sugerí, pero ambos prescindieron de mí.

La mujer aceptó el obsequio de la buenaventura con una sonrisa coqueta, y Trahearne se llevó su mano a los labios. En el momento en el que pasaba por su lado, sin embargo, el hombretón me agarró por la nuca con su mano carnosa y me atrajo hacia él, hacia una cara oronda y encendida por el whisky que quedó en suspenso sobre la mía como una criatura masacrada en un mal sueño.

—¿Qué tenía que contarnos la pequeña tortillera? —inquirió.

—Nada que no supiera ya —dije—. Vayámonos de aquí cuanto antes.

—¿Ahora que la fiesta se empieza a poner interesante? —Trahearne lanzó una mirada lasciva a la dama enjoyada, vertió whisky en mi vaso y me dio unas palmadas en el hombro—. Dé una vuelta por ahí —me susurró, antes de abarcar con el brazo a la mujer y, al ritmo de sus musicales tintineos, guiarla hacia la noche estrellada.

—Que se diviertan —dije—. Espero que lo pasen estupendamente.

—Tiene que aprender a relajarse, muchacho —me aconsejó él sin volver la cabeza—, a disfrutar de los buenos ratos.

¡Ah, sí, los buenos ratos! Fiestas que duran eternamente, botellas de whisky que nunca se secan, drogas como esparcimiento; excéntricas mujeres envueltas en satén y tela vaquera, en plata y oro repujado. Sí, la vida fácil, sin el estorbo de una familia, un empleo solvente o la nefasta responsabilidad. La libertad es sólo un equivalente de no tener nada que perder, lo reconozco, y la noche es pequeña para nosotros,

demasiado pequeña. La diversión es la quinta copa en una nueva ciudad, o mitigar una resaca con una ducha caliente y una cerveza fría, helada, en una habitación de motel, o el regusto salado y saturado de asfalto del pecho de una autostopista hippy en el tufo sedoso de su saco de dormir. Suma y sigue. Los buenos ratos son en realidad tiempos difíciles, pero no conozco otros mejores.

La mañana siguiente me desperté con un fogonazo de sol sobre la cara en el asiento trasero del descapotable de Trahearne, empapado de rocío, babas de perro y una abundante cascada de recriminaciones. Al sentarme para otear el panorama, me pareció estar en una típica localidad de California, y poco después un repartidor de periódicos me informó de que era Cupertino, lo cual no me ayudó precisamente a situarme. Dos casas calle arriba, un individuo de pelo rizado se alzaba en el camino de acceso a su vivienda, succionando los restos de una caña mientras intentaba esquivar el aluvión de utensilios de cocina que una mano invisible le arrojaba desde el interior, todos refulgentes en la luz matutina. Eludió, riendo y bailando, un tenedor grande y un macizo cucharón de servir, pero el pasapurés le acertó inesperadamente en el labio inferior e hizo manar un chorro de sangre fresca. Cuando empezó a sollozar, una rubia con bata de dormir salió corriendo y lo llevó de vuelta a casa.

Meneé la cabeza, compartí la última cerveza fría con Fireball y lo dejé bajar para que regase el césped de algún vecino. En cuanto terminó, apreté sin parar el claxon de Trahearne hasta que emergió a trompicones de la casa que había en la acera de enfrente, con la camisa en una mano, los zapatos en la otra y el rabo entre las piernas.

—¡Condenada demente! —se quejó mientras arrancaba el motor—. ¿Cómo iba a imaginar que querría meterse en la cama con toda esa puta bisutería? Cielo santo, ha sido como follar en medio de un desguace.

—Siempre es mejor que dormir en el coche —le reproché.

—No me eche la culpa a mí —refunfuñó mientras se ataba el cordón del zapato—. Anoche se negó a entrar en la casa.

—Al menos podría haber extendido la capota.

—Lo hice —dijo Trahearne—, y además dos veces. Pero usted insistió en que la bajase, y luego pronunció ante el mundo un discurso de cuarenta minutos sobre las ventajas de dormir bajo las estrellas para purificar sus sistemas, así que lo dejé tranquilo.

—Bien hecho —respondí.

—¿Sabía que es un bebedor muy hosco, Sughrue?

—También lo soy estando sobrio.

—¿Qué ocurrió con la mujer? —preguntó ahora.

—¿De qué mujer me habla?

—De la que estaba con usted.

—Lo que quiera que pasara —dije—, estoy seguro de haberlo disfrutado. ¿Cómo

era?

—Suave como un peluche —me contestó—. Confío en que no estará muerta en el maletero o alguna otra aberración, ¿verdad?

—No tengo ni idea —dije—, pero no pienso comprobarlo antes de tomar un trago.

—En ese caso, ni siquiera hace falta fingir que vamos a desayunar —propuso Trahearne sonriendo—. Paremos en el bar más cercano.

—Y después saldremos rumbo a Bakersfield —anuncié.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Trahearne.

Entre melopeas y resacas, Trahearne y yo tardamos dos días enteros en cubrir el trayecto hasta Bakersfield, pero cuando dejamos el motel con destino al establecimiento del padre de Betty Sue ambos estábamos sobrios y sin trastornos destacables, lo que era muy conveniente, porque parecía ser la clase de bar y club nocturno donde un hombre necesitaba tener intactas sus facultades para entrar. El letrero de la marquesina prometía baile diario al son de la música de Jimmy Joe Flowers y los Pickers, y el aspecto del local, un edificio cuadrangular de hormigón rodeado por un aparcamiento al aire libre, auguraba todos los problemas que uno pudiera asumir. Al ser una hora temprana, no obstante, coincidimos con el turno del almuerzo: un par de soldados y un agente comercial que pidió cervezas y cócteles Slim Jim. El camarero diurno me dijo que el señor Flowers solía llegar pasada la una y media y, efectivamente, a las dos en punto sus botas de piel de avestruz resonaron a través de la puerta. La piel del avestruz proporciona un excelente cuero para el calzado —si a uno le gustan, claro está, esas superficies que dan la impresión de que el bicho ha muerto de acné terminal— y casaba bien con el traje informal «estilo Oeste» de Flowers, de lana gruesa en color granate, del mismo modo que su atuendo hacía juego con el de la mujer que lo acompañaba.

Flowers derrochó sonrisas y felices apretones de mano... hasta que le enseñé mi licencia y le comuniqué el motivo de mi visita. Entonces arrugó la frente y entró con su secretaria en el cuchitril que llamaba despacho. Al ver que yo no seguía sus pasos, salió de nuevo y agitó apremiantemente la mano para invitarme a pasar. Dijo que quería explicarme algo con cierto detenimiento.

—¡Esa pequeña zorra desagradecida! —despotricó, a la vez que golpeaba con la mano su endeble escritorio—. Nunca pensé que una hija mía acabaría haciéndose hippy, le aseguro que no se me pasó por la cabeza ni un solo minuto. Quiero decir que, ¡diablos!, me gusta ver que los jóvenes lo pasan bien, pero tienen que trabajar para ganárselo. Entiéndame, perdí a un chico en la guerra de Vietnam y, de no tener la rodilla atrofiada, podría haber perdido también al otro, y en cuanto doy media vuelta me encuentro a mi hija convertida en una maldita hippy. Verá, lo que digo es que primero me entero de que ha huido sin terminar los estudios de bachillerato (ya sabe lo importante que es la educación hoy en día), y aquí estoy yo, su amante padre, ya me comprende, sin recibir una única y solitaria palabra suya durante cuatro, quizá cinco años, hasta que de pronto una noche me llama a cobro revertido, ¡cómo no!, y me despierta de un profundo sueño. —Calló un instante para mirar a su secretaria—. ¿Te acuerdas de aquel suceso, cariño? —le dijo. Ella se inclinó y dio unas palmaditas

en su mejilla recién afeitada y empolvada, como si el esfuerzo de despertarse hubiera sido peor de lo que podía soportar.

»¿Y sabe lo que quería? —me preguntó abruptamente. No me dio tiempo a responder—. Dinero, por el amor de Dios, quería dinero con el que poder salir de aquella hedionda comuna donde se habían arrejuntado como si fueran animales. —Hizo una nueva pausa y sacudió la cabeza—. ¿Adivina qué le contesté? —Yo ni siquiera me moví—. Le dije que no le había enviado un solo e insignificante centavo para meterse en apuros y que no pensaba prestarle ni un jodido dólar para sacarla de ellos. No lo hubiera hecho por nada del mundo, ya sabe a qué me refiero.

El padre de Betty Sue no me iba a facilitar más información aunque la tuviera, de modo que no necesitaba ser simpático para causar buena impresión.

—Se refiere a que, además, esos mugrientos hippies probablemente esnifaban droga —dije.

—Veo que no se anda con chiquitas, colega —replicó, fijando en mí unos ojos tan poco efervescentes como una cerveza del día anterior. Luego sonrió sólo con la boca—. Pero me parece bien, porque hay que tener sobre los hombros una mente muy perspicaz para venir a la ciudad y soltarme ese comentario.

—Me lo contó Peggy Bain —dije. No deseaba que me atribuyese una perspicacia excesiva.

Flowers suspiró pesadamente, como si aquella conversación hubiera sido el trabajo más difícil al que se había enfrentado en mucho tiempo. Su secretaria le dio una nueva palmada, ahora en el hombro.

—No olvides tu corazón, amor —murmuró. Se había vestido para la ocasión, lo mismo que él, pero su idea de una gatita sexual me recordó a esas muñecas que el gato arrastra por los cabellos.

—La mayoría de las drogas te idiotizan —me aleccionó Flowers—, pero la cocaína es el coloccón de los inteligentes. Hay que ser listo para gozar de ella y rico para adquirirla.

—En mi profesión conviene estar siempre alerta —contesté—, así que no quiero saber nada de drogas.

—Me he dado cuenta —dijo desdeñosamente—. ¿Cuánto dinero le paga Rosie por esta empresa descabellada?

—Bastante menos del que se necesita —respondí, con la intención de insultar al tipo.

—Siempre fue cicatera con los billetes verdes —bromeó él, ajeno a mi tono—. ¡Condenada arpía!

—Bueno, digamos que el establecimiento de Rosie no es tan rentable como el suyo —recaqué—. Debió de irle muy bien en el negocio de las ollas de aluminio.

—¿Le gustaría que esa lengua tan afilada se le incrustara en el otro lado del

cráneo, colega? —dijo Flowers sin alterarse—. O tal vez podría partirse una pierna a la altura de la rótula.

—No lo conseguirá sin ayuda —lo desafié estúpidamente.

—Lo único que tengo que hacer es chasquear los dedos —afirmó, al tiempo que levantaba la mano—. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Que tiene los contactos necesarios, ¿no es así?

—Podría expresarlo de ese modo.

—¿Y se puede saber qué hace un buen muchacho como usted con contactos de esa ralea? —pregunté en tono guasón.

—Ganarme la vida —me cortó.

—De acuerdo —dije—, lo lamento.

—Al salir, procure que la puerta no le embista por el culo —me advertió.

—Dé recuerdos a la familia de mi parte —contesté como despedida.

Quizá Flowers se había echado un farol, pero no me apetecía nada comprobarlo. Me fui del bar a toda prisa, para inmensa satisfacción de Trahearne.

—Este antro me da escalofríos —dijo cuando estábamos ya en el exterior.

—A mí también —admití, y le expliqué los motivos camino del vehículo.

Dado que necesitaba un poco de tiempo para pensar en el caso de Betty Sue Flowers, y puesto que la salud de Trahearne requería unos días de recuperación con todos los lujos, viajamos directamente hasta San Francisco y el hombretón nos registró a los dos en una suite del hotel Saint Francis.

Tiempo para la reflexión y para restablecerse... Cigarrillos, vodka y chicas salvajes, muy salvajes. Una de estilo ejecutivo estuvo todo el rato parlotando en mi oído sobre su psiquiatra, así que le dediqué un orgasmo fingido y me oculté en la ducha hasta que fue a ocuparse de otros asuntos. Luego apareció la poetisa, una antigua amiga de Trahearne, tan sádica que me hizo correr de puro miedo. Esconderme en la ducha no sirvió de nada. Entró conmigo y me dio un interminable discurso sobre mi responsabilidad para con las mujeres en general y con ella en particular. En medio de un torpor etílico, Trahearne salió dando tumbos del bar terraza del vestíbulo y cayó de bruces contra un ficus, para gran consternación de la gerencia. Sin saber cómo, empotré su descapotable en la parte trasera de un tranvía. Nadie resultó herido, pero tuve que soportar un chaparrón de insultos por haber intentado destruir un monumento público. El revisor y los pasajeros se comportaron como si hubiera atropellado a una monja. Lo peor de todo, sin embargo, fue que Fireball se aficionó a lucir un collar de piedras falsas y a beber cerveza japonesa.

Una tarde, la situación llegó drásticamente a su fin. Fireball estaba bebiendo agua en la taza del inodoro, una mujer rubia con un par de botas rojas dormía en el sofá desnuda, en una postura sumamente reveladora, y la habitación olía como una de las

peores pensiones del barrio bajo.

—Ésta no es vida para un adulto —anunció Trahearne después de despertarme—. Vamos a casa —dijo.

—La casa de un hombre es el lugar donde cuelga su resaca —repliqué.

—Tengamos más movimiento y menos sermones de hormigas reaccionarias —gruñó, sujetándose la cabeza con delicadeza.

Una vez tomada la decisión de volver al hogar, Trahearne no estaba dispuesto a esperar por nada ni por nadie, ni siquiera a que se despertase la mujer rubia. Estuvo refunfuñando el escaso tiempo que empleé en hacer el equipaje, y lamentándose todo el trayecto hasta Sonoma, donde hice un rodeo hasta el bar de Rosie para dejar a su perro y recoger una barra de remolque y mi camioneta. Para mi sorpresa, detrás del mostrador había una desconocida. Me dijo que Rosie estaba descansando en su caravana y que no debía molestarla, pero era preciso hacerlo.

Rosie acudió a la puerta después de que Fireball y yo pasáramos varios minutos en los escalones de entrada. Se había envuelto apresuradamente en un albornoz de felpilla de un descolorido tono granate, y tenía el pelo enmarañado por el sueño y el sudor. Fireball se abrió paso junto a mí y fue trotando al fondo de la caravana, donde resonaba el murmullo de unos ronquidos masculinos.

—¿Qué demonios lleva ese animal en el cuello? —preguntó Rosie, que no parecía estar muy contenta de verme—. Deberías haber telefoneado. En fin, dame un momento para adecentarme —añadió.

—Lo siento, pero no he sabido que veníamos hasta hace menos de una hora —dije.

—Veo que te has corrido una buena juerga.

—He tenido toda la diversión que podía aguantar mi cuerpo —contesté.

—¿Has encontrado a mi niña?

Negué con la cabeza y bajé la mirada. Rosie intentó ocultar las largas, retorcidas y amarillentas uñas de sus pies, primero con una planta y luego con la otra. Volví a alzar la vista.

—Al menos habrás recabado algún indicio —aventuró.

—Sólo el rumor —dije— de que estuvo viviendo en Oregón hace seis o siete años.

—¿De dónde has sacado esa información? —Rosie estaba visiblemente contrariada.

—De su padre.

—¿Has hablado con ese cabrón inútil? —dijo.

—Todo el tiempo que me fue posible —repuse.

—¿Cómo está?

—Tiene su propia banda de música —resumí— y un local donde actuar.

—Estoy segura de que la gestión la llevan otros —afirmó.

—Ha contratado a una secretaria —dije.

—No, no van por ahí los tiros —declaró Rosie—. Jimmy Joe tiene un miedo cerval a las mujeres inteligentes. Tal vez incluso habría querido a Betty Sue si no hubiera sido tan lista.

—Puede ser —dije—. Oye, puesto que no he descubierto nada en concreto, ¿por qué no recuperas tu dinero? —Intenté entregarle un fajo de billetes doblados.

—Déjate de tonterías —respondió.

—Cógelo.

—Te lo has ganado.

—De acuerdo —cedí—, me detendré cuando atravesemos Oregón y haré algunas pesquisas más. —Aquello era exactamente lo que me resistía a hacer. No quería seguir buscando, no quería recoger más piezas sueltas de Betty Sue Flowers—. Si encuentro algo, te llamaré.

—Te lo agradecería —dijo Rosie—, pero ya has hecho más trabajo que el que te he pagado.

En el pasillo, pasada la sala de estar, llenaron el viciado aire los crujidos de unos muelles y una serie de reniegos ahogados. Fireball se había reunido en la cama con el durmiente, y al señor no le había gustado. Rosie se sintió violenta y dio media vuelta para silenciar a su amigo. Al moverse, expuso a la vista un cartel de Johnny Cash a tamaño natural que adornaba la pared de detrás. Luego se centró de nuevo en mí.

—¿Es verdad que te he pagado menos de lo que vale tu trabajo?

—Te advertí que era dinero perdido —dije.

—Es mío y puedo tirarlo si quiero —me replicó—. Te doy las gracias por intentarlo. Hazme una llamada si averiguas algo nuevo en Oregón, pero a cobro revertido ¿vale?, y recuerda que siempre que pases por aquí tendrás un lugar donde tomar una copa en el que tu dinero no será aceptado.

—Es una oferta casi divina —comenté, y Rosie sonrió.

—¿Vas a llevar a casa el coche del grandullón? —preguntó ahora, mirando por detrás de mi hombro. Había enganchado ya el Caddy de Trahearne a la barra de remolque y ésta a mi camioneta.

—Y al grandullón también —puntalicé.

—¿Qué le sucede? ¿No puede conducir?

—Ni siquiera camina bien todavía.

—Tiene que ser fabuloso —murmuró Rosie.

—¿El qué?

—Estar tan forrado que puedas pagar a otro para que te remolque de un lado a otro —me aclaró.

—No sabría decirte —admití.

Entonces, mientras Rosie y yo intercambiábamos adioses, un hombre calvo y velludo, con la panza cervecera colgando sobre sus holgados calzoncillos, irrumpió en escena reclamando cerveza fría, huevos revueltos y amor verdadero. Rosie me invitó a comer con unos ojos que me suplicaban que me fuera, y así lo hice. De todos modos tenía que acompañar a Trahearne a su casa.

Abraham Trahearne había forjado su fama literaria con seis volúmenes de poesía que en su día fueron muy aclamados, dos de los cuales habían sido candidatos a sendos premios nacionales, pero había hecho fortuna gracias a tres novelas: la primera publicada en 1950, la segunda en 1959 y la tercera en 1971. Yo había leído las tres, y aunque estaban ambientadas en lugares distintos y las protagonizaban personajes diversos, no hubiera podido separarlas mentalmente. La primera, titulada *The Last Patrol*, transcurría en una anónima isla del Pacífico durante la última semana de la segunda guerra mundial. Un escuadrón de infantería de marina ha sido enviado tras las líneas japonesas con la misión de volar un puente estratégico. Antes de emprender la marcha, reciben una señal de radio que les comunica que la guerra ha terminado, pero el joven teniente que comanda la patrulla mantiene la información en secreto. Ya en el puente, los soldados japoneses, enfermos y hambrientos, no tardan en rendirse, mas aun así los marines perpetran una matanza. En el desigual fuego cruzado, una bala alcanza en el pecho al joven teniente que, en su agonía, cuenta la verdad a sus hombres y sonrío feliz porque muere antes de que acabe el conflicto. Según él, la guerra toca a su fin y la paz va a ser un calvario.

En *Seadrift*, la segunda novela, los supervivientes de un accidente de navegación que flotan a la deriva en una pequeña balsa luchan con ahínco para eludir a sus salvadores. Uno de los naufragos, guionista de Hollywood, convence a los otros de que sobrevivir sin ayuda es más importante que dejarse rescatar. Yo esperaba que en el desenlace del relato serían devorados por una ballena, pero tan sólo muere el guionista al precipitarse en las fauces de un tiburón, lamentando únicamente no haber tenido tiempo para pronunciar un discurso *in extremis*.

En la tercera historia, *Up the River*, un dramaturgo alcohólico y su hijo se alían para desencadenar una terrible venganza contra una partida de cazadores de alces que han matado de forma accidental a su respectiva esposa y madre. Cuando muere el último cazador en una trampa para osos, el padre y el hijo todavía ignoran cuál de ellos efectuó físicamente el disparo, aunque tampoco les importa, pues son presas de la fascinación que les produce esta justicia brutal. El hijo se enrola en el ejército con destino a Vietnam, y el autor teatral recobra la sobriedad para escribir una gran obra sobre el amor.

Los tres libros fueron éxitos de ventas, de todos se rodaron unas películas muy taquilleras y, debido quizás a la reputación del autor como poeta, recibieron críticas

favorables. Pero en mi modesta opinión, eran unas novelas de tres al cuarto plagadas de símbolos y alusiones literarias. Un crítico que no se dejó impresionar las definió como «bodrios de fantasía». Los personajes masculinos, incluidos los malvados y los cobardes, obedecen a un código machista tan descarado que hasta un punk analfabeto de una banda pachuca del este de Los Angeles lo captaría instantáneamente. Las mujeres cumplen la función de atrezo, decorado y víctimas. En cuanto a los relatos, eran siempre inverosímiles. Pero Trahearne había encontrado su mina de oro y la explotaba como si fuera el filón principal en vez de una veta accesoria, con lo que atesoró una ingente cantidad de dinero y, además, en una época en la que el dinero aún era algo real.

De todos modos, quizá no tuvo otra alternativa. Al regresar de la guerra, descubrió que su madre se había convertido en una escritora rica y aplaudida con dos novelas en torno a las tiernas, conmovedoras y cómicas aventuras de una joven viuda con un hijo de corta edad, que se abre camino en la vida ejerciendo de maestra en una rústica escuela del oeste de Montana. Como me explicó Trahearne, ganó un millón de dólares y nunca volvió a escribir una sola línea, líneas que eran fruto exclusivo de su imaginación, puesto que solamente había practicado la enseñanza durante un año en Cauldron Springs antes de quedarse embarazada y perder su empleo. Trahearne también dijo que no había tenido que preocuparse de escribir la mejor novela de todas, pues la vivió en persona. Cuando afluyó el dinero a raudales, su madre abandonó Seattle y se afincó de nuevo en Cauldron Springs, donde compró las fuentes termales, el hotel anexo y la mayor parte de la localidad, y mantuvo el lugar a flote en los años de carestía en que los baños calientes pasaron de moda, mientras las fluctuaciones del mercado del ganado arruinaban a los rancheros. Nunca dijo una palabra desagradable a nadie, nunca reprochó a aquella pequeña población que la hubiera repudiado en su juventud; se limitó a vivir en su casa de la colina y otear el panorama que tenía a sus pies, sonriendo amablemente, viendo cómo la villa volvía la mirada hacia lo alto.

Con sus primeros ingresos, Trahearne se había construido una casa al otro lado del arroyo que discurría junto al hogar materno, y a excepción de algunos viajes esporádicos a Europa y unas pocas estancias en universidades como escritor visitante, no había vivido en ningún otro sitio. Lo gracioso es que los escenarios de sus poemas siempre estuvieron más allá de un centenar de kilómetros de Cauldron Springs. Escribía sobre las cosas que veía en sus borracheras ambulantes, sobre los caminos, sobre poblaciones de segundo orden cuyo futuro había sido hipotecado por las autopistas, sobre camareras de los puestos de carretera cuya mayor aspiración era mudarse a Omaha o Cheyenne y sobre ecos del pasado que vagaban por el aire como fantasmas funestos, en bares donde los pocos supervivientes de algún desastre incomprensible se reunían para mirar las empolvadas fotografías en sepia de sí

mismos, para ensimismarse en la contemplación de las bebidas también sepías de sus vasos. Pero nunca escribió sobre el hogar. Mientras lo llevaba hacia allí, tuve tiempo de sobra para pensar en todos los apátridas.

Mi camioneta era un vehículo híbrido —mitad sedán, mitad camioneta, una excéntrica idea nacida en Detroit para ociosos vaqueros de pacotilla que quieren conducir un camión pequeño sin que sea un camión—, y me encantaba. El individuo indio de Ronan que lo había encargado en primer lugar le hizo algunos arreglos con la finalidad de seguir el circuito de los rodeos como lacero de vaquillas, lo que equivale a cubrir largos trayectos a gran velocidad y arrastrando cargas pesadas. El hombre se cansó del circuito y se hartó más aún de los sustanciosos pagos, y una vez confiscada la adquirí muy barata en el concesionario. Era una preciosidad, con una carrocería rojo fuego, el techo de vinilo negro y una vistosa capota para la plataforma de detrás, toda ella cromada y de diseño, pero además tenía una suspensión *heavy duty* de vehículo profesional, una caja de cambios de cuatro marchas y un motor trucado de siete mil quinientos centímetros cúbicos encajado debajo del capó. Era una auténtica fiera, capaz de enterrar en polvo a un Corvette en una fracción de segundo o de arrinconar a un Porsche Carrera. De ello daba fe una multa que aún guardaba de un radar de Dakota del Sur por viajar a doscientos veinte kilómetros por hora. Naturalmente consumía, estando un poco al tanto, tres litros y medio cada diez kilómetros, y ni siquiera la Lloyd de Londres me habría querido contratar un seguro, pero con su radio de onda corta, detector de radares y unas cuantas tabletas de metanfetamina de cinco miligramos, incluso un niño podría ganar tiempo remolcando el cacharro de Trahearne, así que volé carretera adelante.

Antes de que Trahearne se despertara de su siesta estábamos en Lovelock, Nevada, pero cuando me detuve a llenar el depósito enderezó la espalda para hacerme compañía. Permaneció en silencio, exceptuando el gorgoteo de algún que otro trago de Wild Turkey, hasta que llegamos a Elko.

—Estoy fatigado y me duele el trasero —dijo—, será mejor que hagamos una pausa para dormir.

—¿Por qué no va a su coche y se acuesta en el asiento? —le sugerí—. Llevo tantas anfetanas en el cuerpo que no podría dormir ni aunque me dejase sin sentido de un puñetazo.

—No es culpa mía —respondió—. Pararemos aquí.

—Creía que tenía prisa por volver a casa.

—Escuche, hijo, soy yo el que paga la factura, y cuando ordeno que paremos, usted echa el freno, ¿entendido?

—Muy bien —dije—. Un día soy su mejor compañero de farra, y al siguiente el negro de turno.

Entré en una estación de servicio con las luces apagadas y me apeé de la camioneta.

—¿Se puede saber qué hace? —me interrogó Trahearne. Un segundo después me siguió hasta la parte trasera para repetir la pregunta.

—Estoy soltando este maldito trasto —protesté mientras forcejeaba con las tuercas de la barra de remolque—. Puede conducir solo hasta su casa, viejo amigo, viajar cuando esté a punto y descansar siempre que quiera. Yo me retiro.

Le costó un poco, pero finalmente habló.

—Lo siento mucho, ¿de acuerdo? Diablos, ya ni siquiera tengo sueño.

—¿Está seguro?

—Del todo.

—¿No cambiará de parecer?

—No —dijo—. Y reitero mis disculpas. Como sabe, a veces el dinero vuelve estúpidas a las personas.

—Todavía no lo sé —repuse—, pero cuando su esposa me pague me haré una idea más exacta.

El grandullón se rió y me sacó una cerveza de la nevera portátil.

—Tiene que aprender a relajarse —me aconsejó—, a tomarse las cosas con calma.

—Es que no quería parar —le recordé, y soltó otra carcajada al reanudar la ruta.

Al sur de Arco, mientras veía centellear los faros de los coches a través de las artemisas y la maleza del desierto, Trahearne despertó de nuevo y quiso saber qué me había contado el padre de Betty Sue.

—Intenté decírselo en el camino de regreso a San Francisco —recalqué—, pero usted prefirió hablar de la poetisa con la que iba a hacer el amor.

—Es una amante perversa, muchacho, pero está llena de vida —comentó, y se echó a reír—. Fue una experiencia dura, ¿verdad?

—Se podría expresar de esa manera.

—Veo que no le gusta el sadismo —dijo.

—¿A usted sí?

—En ocasiones resulta útil —murmuró.

—¿Útil para qué?

—Me ayuda a olvidar que estoy realizando un acto insensato que ya he practicado demasiadas veces —dijo a media voz—, con demasiadas mujeres distintas y en demasiados tugurios hediondos.

—Con la poetisa es otro cantar —apunté.

—En efecto —corroboró sin dar más explicaciones—. Y bien, ¿sabía el padre en qué lugar de Oregón había estado la chica?

—No, pero de ser así tampoco me lo habría dicho.

—Se me pasó por la cabeza que quizá querría hacer una incursión en la zona —dijo el grandullón.

—Lo he pensado —admití—, y al final he decidido llevarle a casa primero. Iré allí la semana que viene.

—Se toma muchas molestias por esa joven.

—Almaceno tesoros en el cielo, como dice la Biblia —bromeé—. Rosie me prometió cerveza gratis durante un mes la próxima vez que visite Sonoma.

—A mí no me engaña —dijo Trahearne—. Está obsesionado con la chica.

—Es posible —susurré. Pasamos junto a un letrero que informaba de la distancia hasta el Monumento Nacional de los Cráteres de la Luna—. ¡Oiga! —dije, cambiando de tema—. ¿Sabía que en el Cottontail nos tiramos a la misma prostituta?

—¿Por qué lo hizo? —me preguntó.

—Pensé que, a lo mejor, estar con ella me daría alguna pista.

—Jesús bendito —renegó—, no es de extrañar que sea tan cínico: es un jodido místico disfrazado. —Calló unos segundos—. ¿Le explicó algo? —preguntó, nervioso.

—Expresó ciertas dudas sobre la conquista de la Luna por el hombre —contesté—, pero no dijo nada más.

—Así son las mujeres, hijo, o demasiado fáciles de engatusar o extremadamente difíciles —declaró mi acompañante con un suspiro.

No indagué qué había querido decir. Continué conduciendo hacia las oscuras moles de las montañas que se erguían más allá del desierto, y traté de desterrar a Betty Sue Flowers a los recovecos de mi mente con el suave empujón del whisky de Trahearne.

A pesar de una pequeña cogorza, logré depositar a Trahearne en su casa hacia la medianoche siguiente. El edificio era una estructura baja y alargada de madera y piedra, construida sobre un sótano en desnivel que sobresalía de la ladera de una colina poco inclinada. Cuando aparcamos frente a la fachada, vi a una mujer apoyada en el marco de la puerta abierta, silueteada contra la luz, que tenía cruzados los brazos y los pies en actitud paciente, como si nos esperase, como una esposa solitaria que hubiera pasado varios días en una atalaya escudriñando un mar tenebroso y embravecido.

—¡Por fin en casa! —exclamó Trahearne—. Cada vez que regreso al hogar, me sorprende haber conseguido llegar con vida. Me gusta pensar que estoy predestinado a morir en la carretera, pero imagino que he sido condenado a expirar en mi lecho.

—Sé a qué se refiere —dije.

—Por descontado, se quedará a pasar la noche —me propuso.

—Si tengo que asistir a la escena de una gran riña conyugal —contesté—, prefiero volver cuanto antes a Meriwether.

Trahearne se rió sonoramente, rompiendo la paz de la cabina, y dijo:

—No se preocupe. Melinda es una santa, me perdona antes incluso de que cometa el pecado. Venga, entremos para beber una copa de bienvenida.

Me dio una palmada en el hombro y bajó de la camioneta al grito de «¡Whisky, mujer!». Su estentórea voz retumbó a través del valle, que era poco profundo. En la otra orilla del riachuelo, en la planta superior de la residencia de su madre, se encendió una luz, a la vez que se recortaba en la ventana el oscuro borrón de una cabeza femenina.

—¿En qué orden? —preguntó la mujer de la puerta, sin que tiñera su voz tenue, átona, ni aun la más leve nota de rencor.

—El orden es lo de menos —vociferó Trahearne como respuesta—. Celebra, amor, al marino que regresa del mar, al cazador que desciende de las montañas.

—¿Con el priapo erecto o en horas bajas? —dijo ella socarronamente.

Cuando el hombretón subió, cojeando, la escalera de secuoya que llevaba a la balconada, lo seguí con sus maletas y mi trenca como un fiel porteador nativo.

—¿Quién es tu nuevo mozo —inquirió la esposa—, Gunga Din?

—Vamos Gunga Din, bribón, *sahib* necesita agua para el whisky —bromeó él, retrocediendo a fin de ayudarme con el equipaje.

—Gracias —dije.

Tuve que hacer un alto en la escalera para mitigar los temblores de piernas que me había causado la anfetamina. Trahearne y su mujer se abrazaron en la entrada, donde ella murmuró cariñosamente *eres un maníaco*, rió con picardía y lo guió a través del umbral. En el silencio reinante, el riachuelo burbujeaba en su lecho de roca, y la cara de la alejada ventana pareció fijar en mí toda su atención. Ascendí como pude los peldaños en una callada culpabilidad, huyendo de aquella cara.

Cuando alcancé la puerta, que se abría sin transición a una sala de estar tan grande como una casa, Trahearne se había arrellanado en un inmenso butacón de piel y tenía los pies levantados. Su esposa estaba detrás de un escueto mueble bar, manipulando ruidosamente unos cubitos de hielo. Al otro lado de la estancia, en una chimenea en la que se podría haber asado un Volkswagen entero, tres troncos de más de un metro crepitaban alegremente para ahuyentar el frío de las vecinas montañas. Desde mi perspectiva se me antojó un fuego pequeño y acogedor.

—¿Qué le apetece beber, señor Sughrue? —ofreció la esposa.

—Una cerveza, por favor —dije.

Ella abrió una botella, vertió el contenido en una jarra de cerámica y repartió las bebidas, primero a Trahearne y seguidamente a mí. Al pasarme la jarra, dijo:

—Mucho me temo que Trahearne tiene la cortesía social de un pedrusco. Soy

Melinda Trahearne. —Me tendió una mano áspera, que apreté al presentarme—. Póngase cómodo —añadió con una sonrisa—. Pasee un poco hasta que se le desentumezca el trasero, y luego tome asiento.

—Gracias —respondí.

Ella volvió de nuevo junto a Trahearne. Así pues, me dediqué a dar vueltas como una peonza mientras Melinda se sentaba en el brazo del sillón de su marido y jugueteaba con su ralo cabello. Estaba tan ostensiblemente feliz de verlo en casa que hice lo posible por no mirarlos para no escuchar sus cuchicheos.

Betty Sue Flowers había absorbido tanto mi mente que ni siquiera me había planteado qué aspecto tendría la segunda esposa de Trahearne, y ahora, a pesar de mis intentos de no mirarla, advertí que era una mujer poco agraciada de unos treinta años, muy diferente de como la habría imaginado de haber pensado en el tema.

No era fea, sino tan sólo común y corriente, y daba la impresión de que acababa de cumplir una dura jornada de trabajo en el campo. Tenía el pelo de un desvaído tono castaño, ni oscuro ni claro, y lo llevaba en un enmarañado corte *à la garçonne* que exageraba la longitud de la nariz, la anchura de los labios y la ya excesiva separación entre sus ojos. Salvo por la raya de arcilla gris rosado que le cruzaba la frente, no había en su cara ni un gramo de pintura y, aun en la luz tamizada, su tez era cetrina, el color de piel de una convicta o una camarera. Vestía unos vaqueros algo abombados y una sudadera suelta de felpa, de modo que no pude aquilatar su cuerpo; no parecía ni gruesa ni flaca, sino que se desenvolvía con esa clase de gracia calculada que las muchachas ricas aprenden a adoptar desde que dan sus primeros pasos. Sus pies descalzos, asimismo, eran finos y elegantes, bien arreglados, mientras que las manos eran tan rugosas y tan duras como las de un albañil, y los ojos poseían una extraña tonalidad verdiazul que los habría hecho muy hermosos de no ser porque no armonizaban con el color ni del pelo ni del cutis.

Me miró fugazmente, me sorprendió estudiándola y me lanzó una generosa sonrisa, que puso al descubierto la dentadura más recta y homogénea que se podría conseguir con dinero. Si su voz no hubiera carecido tan totalmente de acento, quizás habría deducido que era una de esas jóvenes acomodadas de la Costa Este que se suelen especializar en literatura inglesa y en hockey sobre hierba en cualquiera de las facultades de humanidades conocidas como «siete hermanas». Indiferente a mi escrutinio, la mujer se deslizó del brazo de la butaca para situarse detrás de Trahearne y masajear, con sus fuertes manos, los abultados músculos de los hombros.

—Ya basta, mujer —dijo el grandullón—, la cura sobrepasa la enfermedad. —A la vez que hablaba, le dio unos golpecitos en las manos para que las tuviera quietas.

—Eres un mariquita —respondió ella, riendo.

Fue a recoger las maletas allí donde las habíamos dejado. Cuando las alzó del suelo, aun siendo unos bultos pesados, sus hombros no se contrajeron: las transportó

hacia un pasillo sin iluminar como si estuvieran vacías. Yo sabía que no era así. Al alejarse de mi vista, los sólidos contornos de sus caderas se contonearon con una fuerza propia debajo de los holgados vaqueros. Di media vuelta y encontré a Trahearne observando cómo miraba a su esposa.

—¿Cuánto tiempo llevan casados? —pregunté, antes de aplicar mi boca a un proyecto más importante: mi cerveza.

—Casi tres años —contestó Trahearne sin el menor interés.

—Parece una mujer encantadora.

—Encantadora, sí —dijo. Era como si el cansancio disipara su voz.

—Tal vez debería desenganchar los vehículos y reanudar la marcha —dije.

—Bobadas —intervino Melinda desde el pasillo—. Lleva ya muchas horas al volante, e insisto en que duerma aquí por lo menos esta noche.

—Se lo agradezco, señora, pero no quiero abusar de su hospitalidad.

—No es ningún abuso —dijo ella gentilmente—. En el sótano hay habitaciones de invitados libres. Es un lugar íntimo, tranquilo, y podrá entrar y salir sin importunarnos en lo más mínimo. Está equipado con un *wet bar*, un refrigerador lleno de cervezas, una pequeña cocina y dos televisores en color. Tiene que quedarse.

—Bueno...

—Déjale, que se vaya al diablo —refunfuñó Trahearne—. Es una especie de paleta de campo llevado a las últimas consecuencias, y no puede dormir si no es al raso. Además, nunca ha estado casado y se caga de miedo sólo de pensar en un conflicto doméstico.

—No sea tonto —dijo Melinda, echándose a reír—. El único conflicto que hay en esta familia es el estruendo de los ronquidos de Trahearne. —Se acercó y asió mi equipaje—. Venga conmigo y le enseñaré su habitación.

—Yo me enseñaré a mí mismo el camino de la cama —dijo Trahearne, al tiempo que se incorporaba—. Buenas noches, C. W., y todos esos absurdos formulismos sociales —añadió. Se dirigió sin más hacia el corredor, con la torpeza de un oso herido.

—Hasta mañana —dije, y seguí a su mujer, por la espaciosa y despejada cocina, hacia la escalera.

Abajo, una amplia estancia con las paredes de cristal en la cara orientada al sol ocupaba la mayor parte del sótano, y los dormitorios estaban ubicados al fondo de un pasillo que discurría paralelamente al de la planta baja. Melinda depositó mi bolsa en un pequeño cuarto contiguo al baño, y después me llevó una vez más a la sala de recreo para mostrarme el bar y la reducida cocina.

—Por favor, sírvase con plena libertad —dijo—. En el refrigerador encontrará todo lo necesario para el desayuno, y también para el almuerzo. Lamento informarle de que, dado que Trahearne y yo trabajamos en horarios diferentes, sólo hacemos una

comida formal a la hora de cenar, normalmente sobre las siete. Hasta entonces, temo que tendrá que arreglárselas por su cuenta.

—No hay ningún problema —señalé.

—Estoy segura de que no, señor Sughrue —dijo—. Los solteros son siempre los mejores huéspedes. Al parecer, tienen más capacidad para desenvolverse solos que la mayoría de los hombres casados. —Esbozó una leve sonrisa—. ¿No se ha casado nunca?

—No, señora.

—¿Le molesta que le pregunte por qué?

—No me molesta —dije—, pero la verdad es que no sé muy bien cuál es el motivo. Jamás he saltado desde un avión a propósito. Incluso en la escuela de paracaidismo tenían que lanzarme de un puntapié, y supongo que nadie me dio ese puntapié para empujarme al matrimonio.

—Yo he practicado el salto acrobático —me explicó con voz tenue—, y considero el matrimonio igual de emocionante.

—Da la sensación de ser muy feliz —dije.

—Lo soy —me confirmó—. Y, como seguramente habrá notado, le tengo un gran cariño a mi esposo.

—Sí, señora.

—Y él parece haberle tomado bastante afecto —dijo la joven señora Trahearne—, algo que me satisface. No tengo celos de los amigos de mi marido. Sólo espero que nosotros seamos amigos también —concluyó, y me tendió de nuevo la mano.

—Sí, señora —repuse, estrechándosela.

—Que conste que si vuelve a llamarme señora voy a tener que molerlo a palos —me amenazó, imperturbable, antes de estallar en un ataque de risa.

—Supongo que podría perder la compostura y llamarla Doña Melinda —dije, y ambos sonreímos.

—Algo es algo —comentó la mujer.

Me deseó unos sueños placenteros y desapareció. Cuando se hubo ido, su voz continuó resonando en mi cabeza, con palabras y expresiones que parecían no significar nada —como «mi marido» o «refrigerador»—, pero no hice caso de mí mismo.

El viaje en coche y la metanfetamina me habían desestabilizado demasiado para dormir, de manera que me senté frente al televisor, me tomé una cerveza y sintonicé las películas nocturnas por cable emitidas desde Spokane. Aunque estuvieron callados de veinte a treinta minutos, pasado ese tiempo los Trahearne organizaron una conmoción descomunal para ser una pareja inmune a las riñas domésticas. Desde que me había iniciado en el oficio, siempre cubrí el repertorio completo, así que había

trabajado en más casos de divorcio de los deseables, más de los que me correspondía llevar en una época en la que aún tenía un socio. No quería enterarme de nada a menos que me pagaran por ello, de modo que elevé el volumen de la televisión, pero aun así oía el fuerte runrún de la voz de Trahearne a través del grosor del suelo. Cualquiera que fuese la razón de su enfado con Melinda, se lo expresó durante toda la segunda mitad de *Johnny Guitar* y la primera parte de la terrorífica *The Beast with a Thousand Eyes*. Me pasé al whisky, encontré un paquete de cigarrillos detrás del bar, y salí al exterior por las puertas correderas de cristal. No obstante, incluso allí resonaban los ecos de las invectivas de Trahearne y de la cadenciosa docilidad de ella. Fui pues a ver el resto de la película y subí nuevamente el sonido.

Finalmente, los gritos cesaron, y sus ruidos fueron reemplazados por el chirriar de los travesaños de la cama y el roce de la carne. Aquello me deprimió todavía más que la pelea. Dejé nuevamente el sótano, recorrí el largo tramo que me separaba de los coches y me apoyé en el parachoques de mi camioneta El Camino, humedecido por el relente. En la zona de pasto, las reses hincaban las pezuñas y exhalaban una respiración sorda, resollante, mientras sus dientes planos rechinaban con suavidad sobre la hierba. En la orilla opuesta del arroyo, la otra casa estaba ya en penumbra, aunque aún podía sentir aquella cara escrutadora, escondida tras la débil luz de una lamparilla de noche que refulgía como un espectro más allá de las negras ventanas.

Una vez más, saqué de mi bolsillo la fotografía de Betty Sue Flowers. Estaba en mi poder desde hacía una semana y no se la había enseñado a nadie excepto a mí mismo. En el efímero resplandor de una cerilla, se me antojó un rostro familiar, como si se tratase de una chica con la que había crecido; pero, al morir la llama, llenó mi ceguera la oscilante imagen de la película porno. Ni siquiera entendía por qué me inquietaba tanto, no sabía qué pensar. Sospechaba que ahora mismo era como el resto de su entorno, que quería que encajase en mi imagen de ella, quería que volviese como tal vez podría haber hecho; pero me temía que la verdad subyacente era que Betty Sue prefería mantenerse oculta, vivir su vida fuera del alcance de aquellos deseos absorbentes. A menos que hubiese muerto, y de ser así ya había llevado, como buenamente pudo, la vida que ella misma se forjó. Posé la mirada en el retrato que sostenía en la mano, el que no alcanzaba a ver, y se me aparecieron las imágenes que no podía evocar sin estremecerme, la carne pálida y flácida que se movía con una gracia innegable, a un tiempo frágil y decidida, infinitamente vulnerable pero incólume a pesar de todo. Avergonzado de mi excitación sexual, avergonzado de mi propia vergüenza y excitado de nuevo al pensarlo, regresé a la casa, ahora callada, para acostarme en la cama vacía.

No pude dormir, pero eso me evitó los sueños desagradables. Bebí, fumé e intenté descifrar distraídamente el techo de la habitación. Cuando se llenó el cenicero que había junto a la cama, lo llevé al cuarto de baño para vaciarlo y, por pura rutina, lo

limpié. Era un bloque de barro esmaltado, informe como una roca, con una concavidad lisa y poco profunda en el centro. En el momento en el que eliminé la ceniza apelmazada, surgió a la vista un perfil femenino, un rostro altivo y orgulloso modelado en el barro, del que irradiaba una cascada de cabellos en desorden, como si la figura se irguiese en medio de un viento cósmico. Al fijarme mejor, percibí lo que parecía ser un corro de espectadores, una serie de ojos tallados sutilmente en todo el borde de la concavidad, que admiraban la cara de la mujer con una lujuria próxima al odio. Reparé entonces en el esbelto jarro de cerámica de la repisa del lavabo, que contenía un ramillete de flores secas, y en la colección de rostros de mujer que salpicaban su superficie, con las manos sobre los ojos y unas largas y despeinadas melenas desparramadas en torno a los hombros. Deduje que ambas piezas eran obras de Melinda, una mujer de rasgos comunes que comprendía la maldición de la belleza, y me sentí impresionado. El cenicero era compacto como una piedra, el jarro tan liviano como si lo hubiera modelado a partir del aire, y las caras femeninas más delicadas de lo que sería capaz de expresar.

Habitualmente, en las escapadas al baño de mis noches insomnes, tenía la necesidad de echar una larga mirada a mi propia y maltrecha cara, desfigurada por el whisky, e inspeccionarla en busca de algún atisbo de cómo podría haber sido de no pesar sobre ella tantos años desperdiciados, tantos bares y vida noctámbula. Pero hoy me limité a pasear el pulgar sobre los rostros apresados bajo la dorada y traslúcida capa de esmalte, sobre aquellas mujeres sollozantes, y no me quedó ninguna lástima para mí mismo.

Tomada ya una determinación, fui hasta la cama para dormir primero y, después, ponerme en pie y hacer lo que sabía que era mi deber: pagar mi deuda con las mujeres.

Un antiguo compañero de copas había vuelto a casa tras una parranda de dos semanas con una rosa tatuada en el brazo. La flor estaba rodeada por la leyenda: *Manda a todos al carajo / y duerme hasta el mediodía*. Su mujer exigió que se la quitase quirúrgicamente, pero resultó que aún detestaba más la cicatriz. Cada vez que se la tocaba, él sonreía despectivamente. Unos años más tarde, la esposa intentó borrarle la sonrisa con una botella de vino, pero sólo logró arrancarle un par de dientes, lo cual convirtió su expresión en algo todavía más parecido a una burla. Lo que no comprendo, sin embargo, es que a día de hoy continúan estando casados. Él exhibe su mueca de desdén y ella la abomina.

Yo no tenía en mi haber ni tatuajes ni matrimonios, pero la mañana siguiente a nuestra llegada a casa de Trahearne dormí igualmente hasta las doce. Cuando me desperté, supe que tenía que saltar de la piltra y, aunque me diera pereza, enfundarme el chándal y las zapatillas de correr. Había estado mucho tiempo conduciendo y notaba que varias partes inestimables de mi cuerpo reclamaban a voces un poco de ejercicio. Quizá despejaría mi mente... o tal vez me rompería la pierna y tendría que olvidar el viaje a Oregón.

Al final, lo único que hice fue lo primero, ponerme el atuendo deportivo y asomar la nariz al sol del mediodía. Me senté en una tumbona para examinar el paisaje.

La madre de Trahearne era propietaria de ciento treinta hectáreas de terreno en el noroeste de la pequeña localidad de Cauldron Springs. Su tierra se hallaba ubicada en un valle poco pronunciado entre dos lomas de escasa altura. En sus máximas altitudes, las dos lomas eran boscosas, pero las laderas inferiores estaban cubiertas de matas de artemisas. Entre los edificios y la carretera, la madre criaba unas cuantas cabezas de ganado en un sucinto campo de pastura. El arroyo Cold Spring descendía plácidamente de las cumbres hasta el pasto, donde su curso se quebraba sinuosamente en una sucesión de largos meandros invadidos de sauces, para luego fluir junto a la calzada hasta vaciarse en las templadas aguas minerales del río Cauldron Springs, al este de la población. La casa de Trahearne se asentaba en la margen oriental del arroyo y la de su madre en la otra. La residencia materna parecía haber salido directamente de la región de las Grandes Llanuras, con su estructura de casa de labranza robusta y cuadrangular, sin más decoración que un porche en la fachada anterior, y se diría que vigilaba la localidad con la mirada severa de un recolector de trigo enloquecido por los caprichos del clima.

La villa había prosperado en torno a una fuente termal que bullía en una oquedad de piedra caliza del tamaño y la forma de una bañera. Un viejo que se había

enriquecido con sus minas de plata y estaño construyó el hotel y la casa de baños inicial, tras atribuir a las aguas del manantial unas prodigiosas propiedades curativas. El hombre invirtió su fortuna en el proyecto, edificó alrededor de la fuente un balneario que parecía un gigantesco pastel de boda y se dispuso a gozar de sus años de declive, pero había levantado el spa muy lejos del público, y además el torrente que manaba del manantial no tenía el volumen suficiente para mantener sus piscinas y baños calientes a satisfacción de los pocos clientes que acudían. Cuando murió era el único huésped de su hotel, el único que tomaba las aguas.

La madre de Trahearne había reabierto la casa de baños y una planta del hotel, pero sólo por cortesía con la población, lo mismo que las canchas de tenis que construyó detrás del balneario, y que no eran sino un recordatorio de su dinero. En cambio, no permitió que repintasen los edificios. Dejó que se difuminaran y erosionaran del blanco a un gris ceniciento, tan opaco como la plata virgen.

Mientras hacía *jogging* lentamente por el camino de grava que iba a morir a la carretera, Melinda Trahearne me pasó corriendo como un gamo. Seis temporadas de fútbol en el ejército y otras cuatro en diversos colegios universitarios me habían dejado en las piernas sólo un vago recuerdo de carrera veloz, y envidié el paso ligero y ágil de Melinda. Corría con la misma elegancia que andaba, pero continuaba teniendo el cuerpo a buen recaudo, ahora disimulado bajo un ancho chándal. Al llegar a la carretera giró al oeste, por una larga cuesta hacia el final del pavimento. Cuando alcancé la calzada la seguí brevemente, aunque enseguida aminoré la marcha a ritmo de paseo. Entretanto, ella coronó la pendiente y dio media vuelta. La esperé sin moverme y, en cuanto se puso a mi altura, me planté a su lado y regresamos juntos a la avenida de grava.

—Así no se pondrá nunca en forma —dijo, respirando despacio y sin ahogo.

—Esto es un castigo —respondí entre resoplidos—, no una terapia física.

Soltó una risotada y se alejó de mí, expulsando el polvo bajo sus zapatillas con cada poderosa zancada de sus piernas y con el pelo corto e hirsuto bailando al sol.

Cuando llegué por fin a la casa, Melinda estaba en la balconada observándome, con los brazos en jarras y las piernas separadas en una postura de fuerza y relajación. Subí a duras penas los escalones y me dejé caer en un butacón de secuoya.

—Me gustaría conseguir que Trahearne haga ejercicio —dijo.

—A mí me gustaría que consiguiera evitármelo —repliqué, jadeante.

—¿No le encanta simplemente correr? —preguntó.

—No es tan terrible como que te claven en el ojo un palo puntiagudo —dije—, aunque así al menos el dolor pasa rápido.

—Exacto —atronó Trahearne, que acababa de atravesar la puerta de la vivienda—. ¿Le apetece un Bloody Mary? —ofreció, agitando ante mí un jarro como si fuera un talismán mágico.

—Sólo porque es antes de desayunar —dije, mientras vertía la bebida.

—En estos contornos es el desayuno cotidiano —apuntó Melinda.

Volví la cabeza para estudiar su semblante en busca de algún resquicio de ironía conyugal, pero estaba sonriendo, casi bellamente, y dando unas palmadas en la rechoncha mejilla de Trahearne. Cualquiera que fuese el motivo que provocó la trifulca de la noche anterior, ambos parecían haberla superado, o bien habían decidido actuar como si tal cosa. Melinda besó fugazmente a su marido en la comisura del labio y entró en el edificio. Trahearne se acomodó junto a mí en una tumbona.

—Como esposa —comenté—, es una mujer excepcional.

—Usted no sabe de la misa la mitad —dijo el escritor, ruborizándose. Hice una mueca jocosa al ver su sonrojo, pero no me devolvió la sonrisa. Se contentó con llenarme de nuevo el vaso y añadir—: Beba, muchacho, y después le mostraré cómo curan sus resacas las personas reales.

—¿De manera que en esto consiste tomar los baños? —dije cuando Trahearne y yo nos sentamos en las templadas aguas de la piscina principal del hotel.

Él gruñó y se hundió hasta los hombros. Su camiseta blanca, que se había empeñado en llevar puesta, se hinchó unos segundos con el aire aprisionado y lo escupió a la altura del cuello. Tras consumir nuestros Bloody Mary, Trahearne me había obligado a llevarlo hasta la localidad para tomar un baño termal. Tenía la llave de la puerta trasera y de un vestuario privado, en el que nos cambiamos, y disfrutamos de la piscina en solitario, exceptuando una pareja de ancianos de Oklahoma. El matrimonio se había retirado al entrar nosotros, camino de un baño de barro caliente para los pies al otro lado de una puerta que ostentaba el apropiado letrero de Rincón de los Callos.

—¿Qué le parece? —inquirió Trahearne con un suspiro.

—Está bien —dije, mintiendo por educación.

El agua, que despedía una leve fetidez de azufre y otros minerales que mi olfato se negó a identificar, estaba más tibia que caliente, y tenía una textura tan viscosa como el sudor de la fiebre.

—Esto es infinitamente más grato que una sesión de *jogging* —afirmó—, y yo creo que surte efecto. Mi madre tiene una fe ciega en sus bondades (viene todas las mañanas a las seis en punto) y Melinda baja también a última hora de la tarde, para dar unas brazadas después del trabajo.

—¿Y, usted, qué hace? —pregunté.

—Vengo siempre que tengo resaca —me explicó—, y permanezco en remojo hasta que he sudado abundantemente. —Zambulló la cabeza en el agua y acto seguido se incorporó—. ¿Estoy sudando? —dijo, sonriente—. Me da la impresión de sudar a mares.

—Desde luego, tiene todo el cuerpo empapado.

Mientras hablaba, intenté no mirar el laberinto de cicatrices amoratadas que fulguraban en su pecho a través de la camiseta mojada. Al fin se agachó y volvió a meterse en el agua.

—Cuando tenga ganas de irse, hágamelo saber —dijo.

—Esto no ha sido idea mía —le recordé.

—Entonces vámonos cuanto antes —proclamó Trahearne—, este lugar huele peor que un hospital.

Se levantó y fue pesadamente hacia la escalerilla. En la espalda tenía aun más cicatrices que en el torso. Parecían ser los hondos y dolorosos boquetes de unas heridas de metralla, reliquias grabadas en la carne de una guerra olvidada años atrás. Le seguí fuera del agua, hasta el vestuario. Al cambiarnos de ropa, Trahearne declaró:

—De acuerdo, estoy acomplejado por mis cicatrices.

—No son tan horribles —dije.

—Son feísimas —contestó—. Pero haga el favor de darse prisa —agregó—, creo que estoy lo bastante sobrio como para tratar de escribir esta tarde.

—Yo sé que estoy sobrio para emprender el regreso a Meriwether —dije.

—Se irá mañana —comandó Trahearne—. Melinda ha descongelado un filete para usted.

—A sus órdenes, señor.

Fuimos juntos a buscar el vehículo, que estaba aparcado entre la fachada posterior del balneario y las pistas de tenis. Un hombre de edad avanzada peloteaba contra un frontón portátil, mientras dos chicas adolescentes se debatían para ganar un punto ferozmente disputado.

—No mire —dijo Trahearne, montando en el asiento del pasajero—. Toda esa carne núbil acabará por volverle loco.

—Ya lo ha hecho —admití al salir del recinto.

Aquella tarde, tras una breve cabezada bajo el sol, una ducha y un almuerzo ligero, telefoneé a la residencia de la madre de Trahearne con objeto de comunicar a Catherine Trahearne que no había olvidado quién me contrató. Dijo que en ese momento debía ir a la ciudad para jugar al tenis, pero me propuso que fuese a tomar una copa antes de cenar, y acepté la invitación. Trahearne estaba aislado en un amplio estudio frente a la sala de estar, revolviendo papeles y cubitos de hielo y blasfemando sonoramente, mientras que Melinda había subido a su taller de las colinas, de manera que me serví una bebida y fui a pasear por el sendero de gravilla hacia el riachuelo y el estrecho puente de madera que lo cruzaba. El arroyo era poco caudaloso y estaba atiborrado de rocas y matorrales, pero trazaba enérgicamente su curso entre los obstáculos y, de vez en cuando, se remansaba incluso en pequeñas lagunas. La

observación fluvial es un arte que requiere paciencia, y me apoyé en la barandilla del puente a fin de practicarlo, absorbiendo las frescas bocanadas de brisa que surcaban la superficie y examinando las truchas que reverberaban en las aguas cristalinas, con las agallas palpitantes como vestigios de alas, a la espera del ocaso y de cualquier larva de insecto que el día deparase.

—Usted debe de ser el detective —dijo una bronca voz de mujer desde los umbríos sauces que flanqueaban el remanso más cercano, y casi me precipité en el río—. Lo siento mucho —se disculpó—, no pretendía sobresaltarle, pero estaba durmiendo una siesta improvisada cuando ha aparecido por aquí.

—No tiene importancia —me apresuré a decir cuando emergió de la sombra.

Era una mujer alta, enjuta, con el cabello corto y cano. Vestía una camisa ya usada de franela roja, pantalones de explorador y unas gastadas botas de caza de la marca Bean. Llevaba un bastón muy retorcido, en el que apoyó todo su peso para andar, renqueante, por el borde del arroyo en dirección del camino.

—Soy Edna Trahearne —se presentó, a la par que me ofrecía su nudosa mano. Calculé que sería casi octogenaria, pero su mirada era vivaz y el apretón de manos firme, a pesar de la deformación de los dedos. Unas profundas arrugas habían ajado las sólidas facciones del rostro, y sus senos prominentes aunque marchitos, colgaban bajo la camisa de franela como unos inútiles jirones de carne—. Y usted es el tal señor Sughrue.

—En efecto, señora.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó.

—Algo cansado —dije—, pero tiene la constitución de un toro.

—Forma parte de su naturaleza —confirmó la madre—, aunque cualquier día agarrará una melopea de campeonato y no habrá nadie a su lado para recoger los pedazos. Aconsejé a Catherine que esta vez no enviase a nadie tras él (es malgastar el dinero y la energía), pero, por supuesto, no quiso escucharme. No sé qué le hace la mala pécora con la que vive, ya que no he hablado con mi hijo desde que ella llegó, pero ahora empalma una borrachera tras otra, y no ha escrito una sola palabra en más de dos años. Si no se libra de esa mujer acabará en la tumba antes que yo. —Calló para fijar en mí una mirada que casi parecía remilgada—. ¿No está de acuerdo conmigo?

—No lo sé —respondí—. Yo diría que su esposa le ama —agregué débilmente.

—El amor no le hace ninguna falta, joven, más bien lo confunde —dictaminó la madre Trahearne—. Lo que necesita es que lo cuiden como a un niño. Por lo que he podido saber, la inexperta mujer de mi hijo comete el error de creer que es un hombre. Él es un artista, y todos los artistas tienen el alma infantil.

Pensé que era cierto, que algunos hombres necesitaban aquel tipo de atenciones, pero que era degradante comentarlo con desconocidos. Decidí comprobar si la

anciana era tan dura como intentaba parecer.

—Tengo entendido que en una época fue escritora —dije.

—Era la única posibilidad que tenía una mujer sola de trabajar en algo que no fuese servir a los hombres, y en cuanto reuní el dinero necesario para adquirir esta propiedad, dejé la pluma.

—¿No sentía vocación por el arte? —insistí.

—Si ha leído mis dos novelas, habrá constatado que no pasan de ser unos cuentos de hadas —dijo—, y si ha hablado con mi hijo ya conoce la verdad de mi vida aquí. Les sonsaqué dinero a los necios, muchacho, y me lo había ganado, pero no me venga con monsergas sobre el arte.

—Comprendo —zanjé. Realmente era tan dura como aparentaba, así que volví a centrarme en el riachuelo.

—¿Es usted pescador? —me preguntó inesperadamente—. ¿O es sólo otro inepto más con una caña de mosca último modelo?

—No, lo cierto es que no soy muy aficionado a la pesca, aunque he capturado algunas truchas.

—Si le prestara mi caña, ¿cree que podría atrapar media docena de esas truchas enanas? —me pidió—. Mi vista ya no me permite asegurar la hijuela —confesó—, aunque tuviera la habilidad manual para hacerlo, y esta noche me encantaría saborear un buen plato de truchas fritas.

—En la camioneta tengo mi caña de mosca —dije.

Posé la bebida en el suelo y fui a buscarla a todo correr como un hijo obediente.

Hacía tiempo que nadie pescaba en el riachuelo y las truchas se abalanzaron sobre cualquier mosca con que las tentase, pero capturé más ramas de sauce y bolas de maleza que pescado; tardé una hora en conseguir una ristra de pequeñas truchas *cutthroat*. La anciana señora Trahearne me vigiló como un halcón pescador, aunque no me ofreció ni sugerencias insidiosas ni sabios consejos sobre mis lanzamientos. Limpié el pescado en el arroyo y la seguí por la puerta trasera hasta la cocina de su casa. Mientras me lavaba las manos, me sacó una cerveza fresca y me rogó que la acompañase al porche de la entrada.

Atravesamos el salón muy despacio, como si fuera una visita de museo... un museo de la guerra. Las paredes y las mesas estaban cubiertas por recuerdos de la guerra de Trahearne: fotografías enmarcadas de jóvenes oficiales de infantería de marina recién nombrados, 9 con un Trahearne más enhiesto y delgado sobresaliendo por encima de sus contemporáneos; las mismas caras en las campañas de la jungla, demacradas y ojeras entre los grises desechos a los que la batalla había reducido, con su tormenta de fuego, la selva tropical; estandartes militares japoneses, una pistola automática Nambu del calibre 25 y una espada de samurái entrecruzada con el

sable del traje de oficial de Trahearne en la Armada; y además almohadas bordadas, collares de concha, pendientes de hueso y toda la quincalla variopinta que los combatientes trajeron de las islas. Una de las imágenes era una fotografía de boda, Trahearne ataviado con su uniforme de gala al pie de un pino de Monterrey inclinado por el viento, sobre un falso fondo coloreado de playas blancas y océano azul, mientras que, a su lado, la atractiva novia que sostenía el ramo blanco vestía de riguroso negro. Resultaba extraño, como si el joven Trahearne hubiera muerto en la guerra. En la sala no había ningún rastro de su vida después del conflicto bélico, y estaba casi seguro de que encontraría una deslustrada estrella de oro colgada en la ventana. Cuando elevé la mirada, no obstante, vi que la madre me esperaba en la puerta principal con signos de impaciencia. Acallé el escalofrío que me había producido el recorrido por el salón y la seguí al exterior, donde respiré hondo, ya que el aire de la estancia era rancio y sangriento hasta la asfixia.

—¿Luchó usted en la guerra? —preguntó educadamente la madre Trahearne.

—No en ésa —dije.

Movió la cabeza y sonrió como si hubiera dado una respuesta equivocada. La rodeé, procurando no tocarla, para presentarme a la bella mujer que estaba sentada en una mecedora del porche de acceso. Hoy iba de blanco en lugar de negro, con un sucinto vestido de tenista, y junto a su asiento descansaban la raqueta y una bolsa de pelotas. Las gotas de sudor que brillaban en su frente se extendían hasta el nacimiento de su pelo cobrizo, recogido en la parte de atrás. El paso de los años no le había afectado en lo más mínimo. En todo caso, ahora era incluso más guapa, con la piel tersa, bronceada, la carne firme y elástica.

—Soy Catherine Trahearne —dijo innecesariamente, y se levantó de la mecedora—. He estado jugando al tenis en la ciudad y no he tenido oportunidad de asearme, así que le ruego que me disculpe.

—Por supuesto. Yo he estado pescando.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

—Bastará para nuestra cena —dijo la anciana—, aunque será un poco justo.

El comentario sonó a la vez como una reprimenda y una orden, pero no adiviné a qué venía.

—Todas las que he atrapado han sido un golpe de suerte —dije.

—Ha encontrado a Trahearne —sentenció Catherine—, y por lo tanto me inclino a creer que pesca con pericia más que dejarlo al azar.

—¡Ja! —exclamó la madre—. Para lo que ha servido... —No sabía si se refería a mi pesca o a mi caza del hombre.

—De todos modos, gracias por devolverlo a casa sano y salvo —dijo Catherine—. Supongo que no habrá sido una tarea fácil.

—Tampoco ha resultado tan complicada.

—¡Ja! —repitió la vieja dama.

—Mamá Trahearne, ¿quieres que te traiga tu vaso de vino? —preguntó Catherine.

—Creo que esperaré hasta la hora de acostarme —repuso la anciana—. Así quizá logre dormir esta noche.

—Como desees —dijo Catherine, y luego añadió, dirigiéndose a mí—: Le ofrecería que se quede a cenar, pero seguramente ya habrá hecho otros planes. Y ahora, lo lamento mucho, pero tengo que ducharme antes de sentarme a la mesa. — Me asaltó la incómoda sensación de que me había mencionado lo de la ducha no por una cuestión de modales, sino para que pensara en su cuerpo tostado, desnudo, bajo el chorro de agua caliente y jabonosa—. Si me envía la factura, me encargaré de que la cobre inmediatamente. Y deje que le dé las gracias una vez más. Ha sido un placer conocerle.

Estrechó mi mano y entró en el edificio, tensando los vigorosos y flexibles músculos de sus muslos a la luz del sol vespertino.

—Nunca entenderé cómo pudo despreciar mi hijo a una mujer como ésta —dijo Edna Trahearne.

—En ese asunto no sabría ayudarla —farfullé.

—No sea idiota —me regañó la anciana—. Le agradezco las truchas, hijo, pero no tanto como para permitirle que diga imbecilidades en el porche de mi casa.

—Lo siento —dije.

—Tampoco pida perdón —me cortó.

Recogí la caña y me despedí. Mientras regresaba a casa de Trahearne, llegué a la conclusión de que había sido manipulado en aspectos que ni siquiera acertaba a intuir, y por razones que escapaban a mi comprensión. Tal vez era simplemente una diana oportuna... O quizá me había metido en un manicomio. Tenían que estar todos mínimamente chiflados para vivir en tan estrecha vecindad, aunque ignoraba lo que ocurría. De cualquier modo, mi misión había terminado. Lo único que necesitaba saber era que Melinda había prometido filetes para cenar. Me apetecía saborear la carne roja, beber un par de vasos de buen whisky, dormir un sueño sobrio por una noche, y después pensaba salir huyendo de todos ellos.

Al llegar a la casa encontré la cena preparada, pero Trahearne estaba demasiado beodo para probar bocado. Continuaba sentado en su estudio, de cara al escritorio, que se hallaba cubierto de pedazos de papel amarillo arrancados del típico cuaderno pautado, y daba vueltas abstraídamente a una vieja automática del 45 para uso militar mientras Melinda intentaba mantener los filetes poco hechos.

—Ahora ya lo sabe —balbuceó cuando entré en el estudio con bebida para ambos.

—Lo que sé es que la cena está a punto —dije.

—Ha conocido a la bruja y a la mujer dragón, y ha penetrado en el salón de los sueños perdidos —declamó—, de manera que ¿qué otra cosa le queda por ver?

—Vamos a comer algo —sugerí.

—Ay, comer y comer —dijo, entregado por completo a la jerga poética—. Desposado con una mujer entrada en edad, otorgo e imparto leyes desiguales a una raza salvaje que se alimenta, duerme y procrea, y que no sabe quién soy...

—A nadie beneficia que un rey ocioso —parafraseé, retrocediendo una línea— fastidie la cena.

—¿Cómo diantre conoce esos versos? —preguntó Trahearne, con la cara arrugada entre la perplejidad y la embriaguez.

—Cuando era espía interino en la Universidad de Colorado para el Ejército de Estados Unidos —expliqué—, hice un máster en literatura inglesa.

—Me toma el pelo —dijo, echándose hacia atrás en el respaldo del asiento.

—En absoluto.

—Dios santo, chico, bebamos un trago —exclamó— y cuéntemelo todo sobre su experiencia como espía.

—Lo haré mientras cenamos —prometí.

—De acuerdo, joder —renegó el grandullón, a la vez que levantaba fatigosamente su mole de la silla—. Está bien, capullos, probemos la condenada cena. —Volvió a protestar, pero me siguió hasta la mesa.

Si hubiera sabido cómo iba a comportarse, lo habría dejado en el estudio citando al peor Tennyson. El filete estaba recocado, la patata al horno fría, y la ensalada sabía demasiado a vinagre, o así lo proclamó con su atronadora voz de borracho. Tomó unos cuantos bocados, paseó la comida por el plato como si jugase a algún tipo de ajedrez gastronómico y por fin se hundió en su comfortable butaca de la cabecera de la mesa, durmiéndose, afortunadamente, sin apenas roncar. Melinda me sonrió e hizo un movimiento de cabeza. Sin embargo, de sus labios no salió ningún reproche.

—Pobre amor mío —musitó—. Su trabajo nunca prospera cuando acaba de volver a casa. Si no le importa, dejaremos que siga descansando mientras cenamos.

—No me importa —dije—. Tengo tanto apetito que incluso podría comer aunque estuviera despierto.

—No sea mezquino —respondió ella en tono amable.

Volvió a sonreír y se pasó la mano por el corto cabello, lo que hizo que el polvo de arcilla que tenía adherido se elevara en una tupida nube. A continuación se concentró de nuevo en el filete, devorándolo como un bracero del campo al concluir la estación de la cosecha. Cuando terminó su trozo, cortó una porción del de Trahearne, que engulló con idéntica fruición. Consumido también éste, propuso que fuéramos a tomar café en la balconada, y dejamos al hombretón dormido en su butaca.

Eran más de las ocho de la tarde, pero el sol septentrional aún trazaba su lento curso hacia las bajas montañas de poniente. La hierba del pasto fue adquiriendo una sombría tonalidad en el límpido aire, y las colinas boscosas cambiaron su verdor por la negra oscuridad de los carbones apagados. Por encima de los llanos, los chotacabras revoloteaban a través de los sauces con su intenso ulular, y las pequeñas truchas saltaban en la neblina flotante que se había desplegado sobre el riachuelo. En las inmediaciones, las luces de Cauldron Springs parpadeaban como hogueras que emitían señales.

—Es una lástima —dijo Melinda con voz queda— que no sea capaz de escribir... sobre este lugar. Mi trabajo no puede ir mejor, ni el suyo ha ido nunca peor, y a pesar de todo él insiste en que no es culpa mía. No obstante, a veces me lo cuestiono...

Calló para tomar unos sorbos de café y fijar en mí, a resguardo tras la taza, una mirada expectante. Pero ya había escuchado todas las confidencias que podía asimilar en un día, de modo que busqué un tema de conversación más banal.

—¿Se crió en estos parajes?

—¿Cómo dice? —inquirió Melinda.

La luz declinante era benévola con sus rasgos, y pensé que si pusiera un poco de su parte —quizá pintarse la cara, dejarse el pelo largo y no vestir exclusivamente vaqueros abombados— podría ser una mujer atractiva. Se sonrojó al notar que la estudiaba, y me pregunté qué sentiría cuando veía la radiante belleza de Catherine o, también, qué emoción transmitía a sus dedos al modelar los exquisitos perfiles sobre el barro.

—Quería saber si se crió en Montana —puntalicé.

—No, ¡qué va! —contestó rápidamente, casi como si se avergonzara de que no fuese así—. Crecí entre el condado de Marin, situado frente a la bahía de San Francisco, Sun Valley y el sur de Francia. —Por su tono, se diría que había repetido tantas veces esa misma parrafada que empezaba a hastiarla. Ella también se dio cuenta—. Lo lamento mucho —añadió—, adoro esta parte del país y temo haberle parecido un poco engreída, ya me entiende, una pobre chica rica y todo lo demás. Me gustaría haberme criado en un pequeño rancho más o menos como éste, pero mis padres eran ambos de familia acomodada (no millonarios, desde luego, aunque sí con una buena posición gracias a los ingresos de fincas y fondos de inversiones) y practicaron un sinfín de aficiones, ¡qué sé yo!, el violonchelo y el violín, la pintura abstracta, el submarinismo, el esquí... Unos diletantes de la peor especie, lo admito —dijo con una afable sonrisa—, aunque fueron siempre unas personas buenas y cariñosas.

—¿Todavía viajan de un lado a otro? —pregunté, fiel a mi intento de hilvanar una conversación con aquella infeliz muchachita adinerada a la que Trahearne, pese a sus múltiples defectos, se le debió de antojar tan real y apasionante como una tempestad

en el Atlántico Norte.

—¿Se refiere a mis padres?

—Sí.

—No, me temo que están muertos.

—Lo siento —dije.

—Mi madre falleció en un accidente de esquí en los Alpes —me relató—, y mi padre murió de pena, o al menos fue lo que me dije a mí misma. Despeñó su Alfa por una curva en la Costa Brava.

—Lo siento mucho —repetí.

—Se lo agradezco, pero no es necesario —respondió Melinda—. Ahora todo aquello me parece tan remoto, tan lejano... —Enseguida se animó, irguiendo la cabeza en la silla—. Ni qué decir tiene que estoy muy contenta de que ninguno de los dos resultara herido en el accidente.

—Fue sólo un topetazo sin consecuencias —dije, ya que ignoraba lo que le había contado Trahearne.

—Tuvo que ser algo más —recalcó— para que Trahearne pasara tres días en el hospital.

—Estuvo solamente en observación —improvisé, alegrándome de mantener los sentidos alerta. Si Trahearne no quería que su joven esposa supiera que le habían disparado, obviamente no sería yo quien se lo revelase.

—Debió de sufrir una buena caída al salir proyectado —dijo—. Las cicatrices de las ancas tienen aspecto de haber sido graves.

—Fue un mal menor.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó, pero no tuve la impresión de que me estuviera sondeando.

—Francamente, estaba demasiado borracho para saberlo con exactitud —dije.

—En cualquier caso, le doy las gracias por cuidarlo.

—Lo pasamos muy bien juntos —repondí—. No sabría decirle quién cuidaba a quién.

—Parece... parece que fue un viaje bastante alocado —comentó Melinda, e hizo una pausa—. Verá, nosotros nos conocimos en circunstancias similares. Yo daba clases en un taller de verano y estaba tomando unos refrescos en el *lodge* de Sun Valley con varios estudiantes, cuando Trahearne, ese hombre colosal, magnífico y lleno de vida, entró desde la terraza y se sentó a mi lado en la barra, me invitó a una copa, luego otra, y sin saber cómo nos escapamos juntos. No fui consciente de quién era hasta que hubimos recorrido todo el camino de Méjico (habíamos acordado no darnos los respectivos nombres, ya sabe, fue esa clase de aventura) y le oí deletrear su apellido a los agentes de la frontera mejicana para rellenar el formulario del ¿cómo se llama?... del visado de tránsito. ¡No me lo podía creer! Me había fugado con el

hombre más vivo que había visto jamás, y resultó ser Abraham Trahearne. La vida es extraña. ¿Quién iba a sospechar todo lo que daría de sí un gesto tan nimio como invitarme a un trago?

—A propósito del gran hombre —dije, procurando no parecer sarcástico—, ¿quiere que la ayude a acostarlo?

—No es necesario —repuso—. Dentro de un par de horas se despertará exigiendo whisky y mujeres salvajes, muy salvajes. —La sonrisa que se dibujaba en su rostro indicaba que podía asumir perfectamente el papel de *mujer salvaje*. La creí por un segundo, hasta que volvió la cara y pensé que, si tenía una faceta desenfrenada, la guardaba muy bien escondida bajo esa fachada gris—. Le he aburrido con mi pequeña historia de amor, ¿no es verdad?

—Nada de eso —le aseguré—. Lo que pasa es que había planeado liar el petate e irme ahora que estoy sobrio.

—Trahearne se llevará un disgusto —comentó ella con aparente sinceridad.

—Sí, pero trabajo también en otro caso —dije— y tengo que estar en Oregón desde ayer.

—Mañana siempre es tarde, ¿no es así?

—En efecto.

—¡Ha usado una expresión tan emocionante!

—¿Cuál?

—La de «trabajar en otro caso» —dijo Melinda—. Sugiere oscuras intrigas, misterios insondables, la clase de epopeya romántica que está vetada al común de los mortales.

—Me temo que consiste más bien en confiscar coches y peinar los bares en busca de maridos fugitivos —expliqué.

—O de hijos desaparecidos.

—Algunas veces sí.

—Eso tiene que ser fantástico —dijo—, como rescatar a un príncipe robado por una tribu de gitanos o historias semejantes.

—No conozco ni a gitanos ni a príncipes —confesé.

—Lo que no es razón para desistir —sentenció Melinda, con una nota quejumbrosa asomando en su voz, un grito ahogado como el de un animal perdido y moribundo—. Lamento mucho que se vaya.

—Debo hacerlo —dije.

—Lo comprendo. Estoy segura de hablar en nombre de Trahearne si le digo que siempre será bienvenido en nuestro hogar. Y yo siento lo mismo. Por favor, venga cuando quiera que se lo dicte su estado de ánimo.

—Por supuesto —respondí—, muy agradecido.

No se me ocurría qué estado anímico podría inducirme a regresar a aquella casa

de locos. Nos despedimos, y mientras me alejaba, por contraste, la búsqueda de Betty Sue Flowers me pareció un acto de cordura.

Conduciendo sin descanso, llegué a Grants Pass de un tirón, tras pasar al volante diecinueve pacíficas horas. Al llegar me registré en un motel, y dormí como un tronco hasta las diez de la mañana siguiente.

En la oficina del sheriff del condado de Josephine, cuando me personé para informarles de que estaba en la zona y que no tenía intención de infringir ninguna ley, la perspectiva pareció fastidiarles pero me dieron una dirección. No me dijeron qué buscar, sin embargo, y un par de horas más tarde me había adentrado en las montañas Siskiyou, circulando por un camino de grava repleto de baches a orillas de un torrente que desaguaba en el río Applegate. A unos quince kilómetros cuesta arriba, el paisaje se abría en un precioso valle, y comprendí la sonrisa que había visto en la cara del funcionario.

Una cabaña prefabricada con un gran tejado de dos aguas se erguía al lado del camino, rodeada de banderines de plástico multicolores que ondeaban en unos cables poco tensos. Un voluminoso cartel anunciaba en la parte central: FINCAS DE VERANO SOL PONIENTE. En cuanto aparqué, un joven alto salió a todo correr de la cabaña, haciendo crujir el porche de pino barato con sus botas de excursionista.

—Hola, señor —me saludó jovialmente—, ¿en qué puedo servirle?

—Creo que estoy buscando una casa de retiro —dijo, y de repente incluso a mí me pareció verdad. Un rincón tranquilo donde pudiera relajarme y meditar sobre todas las empresas disparatadas de mi vida...

—Tengo el sitio ideal para usted —se apresuró a decir—, un solar edificable de cuatro hectáreas con vistas al río, un manantial y un inmejorable emplazamiento de obras. No está urbanizado, desde luego, pero es muy económico.

—En realidad, lo que buscaba es una comuna hippy —concreté.

—Se ha equivocado de lugar —dijo el joven, cortando en seco la perorata y con voz de dureza.

—¿Es usted el dueño de estos terrenos?

—Así es —respondió.

—¿Y no hay ningún hippy?

—Ahora ya no.

—¿Adónde se fueron?

—Dondequiera que vayan los hippies cuando comprueban que vivir de la tierra, al estilo tradicional, cuesta mucho trabajo.

—¿Cómo se hizo con la propiedad? —le inquirí.

—Por si le interesa, me la dejó mi abuela —dijo, al tiempo que apartaba la mirada

y pateaba el suelo—. ¿Es algún tipo de agente de la ley?

—Privado —confirmé, y le mostré la licencia.

—No sabe lo que es esto —protestó—. Hoy he atendido a tres compradores potenciales: un criador de pollos de Fresno, una pareja con un reluciente Continental nuevo y un guardia de seguridad.

—No pretendía alentar sus esperanzas —dije.

—Al fin y al cabo, para eso están las esperanzas —repuso el joven con tristeza.

—La comuna era suya, ¿no es cierto?

—Todos cometemos errores —asintió—. ¡Qué diablos! Cumplí veintiún años en Vietnam, heredé este terreno y un mendrugo de pan y, a mi vuelta, en lo único que podía pensar era en tener paz, narcóticos y unas cuantas hippies con vello en las piernas. Entonces me pareció el paraíso terrenal.

—¿Qué ocurrió?

—Que los tiempos cambian —dijo llanamente—, y se agotó el dinero. Yo creía que aquí podríamos generar un medio de vida, pero nadie se apuntó al reparto de tareas. Aquel hatajo de vagos se negó a trabajar, así que, en un subidón de ácido, me embarqué en mi particular misión de acoso y derribo, quemé su alcohol barato y reubiqué a los muy mamones. Debería haber visto cómo corrían.

—¿Y ahora quiere vender la tierra?

—Excepto una sección de seiscientos cincuenta metros cuadrados en uno de los extremos —puntualizó—. Si no lo hago, mi única alternativa es emplearme otros seis meses en el oleoducto del norte, y Alaska puede ser una maravilla, a menos que tengas que trabajar expuesto al frío... y allí hace frío siempre.

—¿Cuánto tiempo hace que se fueron sus compañeros?

—Cuatro o cinco años —calculó el antiguo hippy—. ¿A quién está buscando?

—A Betty Sue Flowers —dije, y le enseñé la fotografía.

—Tiene que estar de broma —comentó al mirarla.

—En absoluto, es cierto que intento localizarla.

—No me refiero a eso, detective, lo que me parece un chiste es que esta chica sea ella —dijo—. Cuando vivía aquí estaba gorda como un tonel. Tenía un buen polvo, pero era una auténtica vaca.

—¿Entonces la recuerda?

—Nadie podría olvidar unos revolcones semejantes —dijo, y suspiró con aire misterioso, como si se acordara también de muchas cosas más—. Oiga, ¿no tendrá por casualidad otra cerveza como ésa? —preguntó, señalando la que había dejado en el vehículo.

Asentí con la cabeza y saqué dos botellas frescas de la nevera portátil. Fuimos paseando hasta la cabaña para sentarnos en los escalones del porche.

—Sexualmente era un fenómeno, amigo, quizás incluso demasiado —siguió

hablando el joven—. Por cierto, ¿cómo es que va tras su pista?

—No se ha puesto en contacto con su familia durante varios años y les gustaría encontrarla, verla de nuevo.

—Probablemente no.

—¿Por qué lo dice?

—Amigo, he conocido a algunas mujeres pasadas de vueltas, tanto en Vietnam como en el oleoducto, y he montado números de los que prefiero no acordarme a plena luz del día, pero con ella... con ella era diferente.

—¿La consideraba su novia?

—Todos nos acostábamos con todos —dijo el ex hippy—. Ya sabe, pretendíamos abolir el concepto de propiedad privada o de posesión personal. Qué caramba, detective, si te drogas lo suficiente acabas por aceptarlo.

—Usted al menos se podía aferrar a sus tierras.

—A duras penas —replicó—. Ellos me apremiaban a poner la escritura a nombre de la comunidad, ya me entiende, alegando que había incurrido en una especie de abuso de poder porque era propietario del terreno. Aquello fue lo que finalmente me hizo explotar.

—¿Se marchó Betty Sue en ese momento?

—No, ella ya se había ido —dijo—. No llevaba mucho tiempo entre nosotros cuando se largó con un sujeto más viejo. Es posible que también vinieran los dos juntos, pero lo he olvidado.

—¿Podría decirme el nombre de él?

—Jack o algo parecido. No éramos muy quisquillosos con los apellidos, ¿sabe?, porque constituían un vestigio más de la vida fascista de clase media u otra memez por el estilo.

—Randall Jackson.

—Suenan bien, amigo, pero no lo recuerdo.

—Un hombre barrigón, patizambo y con un principio de calva.

—¡Ése era el perverso! —exclamó.

—¿Perverso?

—Quería que le financiase una película porno disfrazada como un estudio sociológico de la libertad sexual en las comunas. Me dijo que tenía numerosos canales de distribución, y afirmaba que ganaríamos un dineral. ¿Le conoce?

—No nos han presentado personalmente —dijo—, pero sí, sé quién es.

—¿Qué fue de él?

—He oído rumores de que está en Denver, comercializando libros guarros.

—Me cuadra —dijo. Estuvimos unos minutos sentados, escuchando el aleteo de los banderines de plástico—. Esto parece el aparcamiento de una maldita tienda de coches usados, ¿no es verdad? —Hice un signo afirmativo—. Creo que cuando decidí

vender la propiedad, quería que tuviera una pinta lo más sórdida posible —me explicó—. Oiga, si tiene otra cerveza, tal vez se la canjearía por una parcela.

—Le daré la cerveza —ofrecí—, pero ya tengo un par de hectáreas en Montana, en el Ramal Norte del Flathead. Lo siento.

—No tiene por qué sentirlo —dijo el tipo, tras volver él mismo con las dos cervezas.

—¿Cómo va la venta de los solares?

—Como rosquillas desde luego que no —respondió—. El último mes he colocado dos parcelas de otras tantas hectáreas, y tuve que hacerme cargo yo del papeleo. El dinero fluye con cuentagotas. Sin embargo, he recibido una oferta en firme de una agencia inmobiliaria, ya sabe, una de esas organizaciones que venden solares por hectáreas en la televisión y los suplementos dominicales. El único problema es que quieren toda la tierra, porque dicen que si conservo mi pequeña sección anulará su proyección urbanística o no sé qué mierda. A menos que me deshaga pronto de algunos terrenos más, tendré que aceptar la propuesta.

—Imagino que es mejor que nada.

—Es *igual* que nada —me corrigió el hippy—. Es tan sólo dinero, y ¡maldita sea! mi bisabuelo nació en la ruta de Oregón, en el trayecto de la segunda caravana de Applegate, y mi abuela vio la luz en una cabaña de troncos que todavía aguanta en pie a unos ocho kilómetros río arriba, de modo que aquí estoy yo, sentado bajo un montón de banderitas de plástico.

—Como usted mismo ha dicho, los tiempos cambian.

—Sí —murmuró—, pero ¿quiere saber lo que más detesto?

—Adelante, cuéntemelo.

—Una de estas noches, mi buen amigo, estaré cómodamente en Santa Cruz, cargado hasta las cejas mientras veo la película de madrugada, y un vaquero fracasado aparecerá en la pantalla del televisor para ofrecer mi tierra fragmentada en parcelas insignificantes. Eso sí que será una putada.

—Quizá podría criar cabezas de ganado o algo similar.

—Demonios, ¿ha visto las últimas cotizaciones del mercado? —dijo—. Hay que tener un buen fajo de billetes sólo para entrar en el negocio ganadero y perder el culo en el intento. Además, he sido un holgazán demasiado tiempo para dejarlo ahora —declaró, antes de hacer una pausa—. Oiga, amigo, por su aspecto diría que se ha colocado alguna que otra vez, y yo guardo en el bolsillo un canuto que es pura dinamita. Si aún le quedan un par de birras, podríamos pasar el rato, fliparnos y esperar a los clientes, que de todos modos no van a venir por aquí.

Nos fumamos su porro y nos bebimos mi cerveza, observamos la trayectoria del sol a través de los inmensos espacios abiertos de un cielo totalmente azul, hablamos de caravanas de carromatos y antiguas rutas, de cómo podrían haber sido las cosas, y

él me describió la tienda de motocicletas que tal vez abriría en Santa Cruz, pero ni mencionamos a Betty Sue Flowers ni el colocón nos hizo volar muy alto.

Dos tardes después, llamé con los nudillos a la puerta del despacho de Randall Jackson. El tipo llevaba la distribuidora desde un cubículo habilitado en una esquina de un enorme almacén, atestado de cajas de cartón con libros y revistas. El empleado de la primera librería pornográfica que encontré en Colfax me dijo dónde buscarlo. No obstante, creo que llegué en un mal momento. Al oír mi llamada, las voces que hablaban en el despacho callaron abruptamente. La endeble puerta se abrió de manera violenta, saltando casi de sus goznes, y un sujeto muy corpulento y muy feo, con la tez oscura y un traje de trescientos dólares, salió del habitáculo y me preguntó qué quería. Supongo que debería haberlo previsto. Donde hay dinero, hay inmundicia, y cuando se trabaja en mi lado de la calle tiene uno que prepararse para tratar con individuos de esa calaña. Proliferan por doquier. No están tan bien organizados como les gusta dar a entender, aunque organización no les falta.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó educadamente.

Detecté en su voz un tenue rastro de acento mejicano, y el corte de pelo de veinte dólares parecía fuera de contexto, como si correspondiese a la cara de otra persona.

—Querría hablar con el señor Jackson —dije, aún más educado de lo que había sido él.

—Lo lamento, pero ahora está ocupado —anunció el gigantón.

—¿Quién es, Torres? —inquirió una voz desde el interior.

—Nadie —contestó él, sin intención de insultarme.

—Dile que espere —ordenó el desconocido.

—Hace un día muy bonito —dijo Torres—. ¿Por qué no espera fuera?

—Estaré en la zona de carga —accedí.

El hombre hizo un asentimiento y cada uno siguió su camino. La verdad es que fue un alivio. El lúbrico pastel de la pornografía es un negocio boyante, con una pequeña inversión de capital a cambio de una ingente liquidez, y la libertad de prensa es una teoría excelente, pero ninguno de los dos son asuntos de mi incumbencia. Así que aguardé en el exterior, donde me entretuve estudiando a dos negros que cargaban manualmente unas cajas en la parte trasera de una furgoneta azul sin identificación. El día no era nada bonito, pero no me quejé. Denver tenía unas tasas de contaminación tan altas como Los Angeles, pero aun así mi mirada penetró la nube gris, densa y viciada hacia las Montañas Rocosas como si alcanzara a divisar las cumbres, recortadas como catedrales en ruinas contra un cristalino cielo azul cobalto.

Randall Jackson no era la persona cuya voz había oído dentro del despacho, sino la que emitió un plañido adulator, tan untuoso como la tradicional manteca de cerdo, al acompañar al hombre de la voz hasta el asiento de atrás de un Continental negro con unos homogéneos vidrios tintados. El gigante cetrino era el conductor del vehículo. En cuanto se fueron, Jackson se dirigió a mí. El tono plañidero había desaparecido.

—¿Quería verme, amigo? —dijo.

El tiempo no se había portado bien con él. La panza se había vuelto más redonda, el pelo más escaso y las piernas más arqueadas. El atuendo tampoco ayudaba: una chaqueta morada, combinada con unos pantalones de color azul eléctrico que presentaban en el tejido unas vistosas puntadas de tonos cromados. Sus mocasines de fantasía tenían un nuevo lustre y borlas de dandi, pero estaban gastados en los talones. Era evidente que, aunque su nombre figurase en la licencia profesional, no se atrevía ni siquiera a tirar de la cadena del váter sin permiso.

—Y bien, ¿de qué se trata? —demandó.

—Busco a Betty Sue Flowers —dije.

No creí ni por un instante que fuese a contarme nada, y sabía que era preferible que ignorase mi nombre, de modo que ni le di explicaciones ni le mostré mis credenciales.

—No he oído hablar de ella —respondió secamente.

—Puede que entonces utilizase otro nombre —apunté—. Según la información que he recabado, estuvo con la chica en Oregón hace algunos años.

—¡Vaya una mierda de información, colega! Yo nunca he puesto los pies en Oregón —proclamó, con sus diminutos ojos negros fulgurantes como circonitas.

—Me habré equivocado de Randall Jackson —dije—. Siento haberle importunado, señor Jackson.

Subí de nuevo a la camioneta y me fui. Eso era todo... por ahora. No podía presionarle con un almacén entero vigilándonos. Pero me había mentido, probablemente por costumbre, y estaba decidido a averiguar los motivos subyacentes. La labor sería ardua, sin embargo. El teléfono no aparecería en el listín, la dirección de su casa inscrita en la guía urbana debía de ser falsa y además había visto mi camioneta El Camino, así que no podía seguirlo con ese vehículo. Tenía que conseguir otro coche.

Una de las razones por las que paso tanto tiempo recorriendo las carreteras de un lado a otro del país, aparte del pavor irracional que me inspiran los aviones, es que no puedo alquilar un vehículo cuando llego a una ciudad extraña. Y no puedo alquilar un vehículo porque no tengo tarjetas de crédito. Si no tengo tarjetas, sencillamente, es porque no puedo acceder a ellas como no sea robándolas, y en estas circunstancias es más fácil robar un coche. Poseo más experiencia en ese campo de actividad.

A nadie le gusta hablar del tema porque es un trabajo de ínfima categoría, pero los detectives privados emplean una gran parte de su tiempo en *expropiar* automóviles. De hecho, fue así como me inicié en la profesión. Tras mi tercer período en el servicio militar, un amigo me proporcionó un empleo en la sección de deportes del *Eagle-Beacon* de Wichita, que era lo que hacía en el ejército cuando no jugaba al rugby, y puesto que andaba corto de dinero además de aburrido, empecé a ejercer el pluriempleo en una compañía financiera, rastreando y confiscando coches, equipos estéreo, muebles y televisores. Cuando me despidieron del periódico por ser un pésimo cronista, me trasladé a San Francisco, donde estuve un año persiguiendo desaparecidos, y luego me establecí en Montana, a raíz de la muerte de mi padre, y me dediqué al rastreo y la confiscación de bienes como un trabajo a jornada completa. Había robado docenas de coches legalmente, con las órdenes judiciales en el bolsillo —aunque también sin ellas—, y pensé que podía tomar uno prestado en Denver sin excesivas complicaciones.

Me dirigí al aeropuerto Stapleton, aparqué en el sector más alejado de la terminal y esperé a que apareciera el vehículo adecuado, un modelo discreto que fuese preferiblemente un coche de empresa, conducido por un viajante cansado y con el equipaje a cuestas. La espera no fue muy larga y, tan pronto como se perdió de vista el viajante en cuestión, sustraje un LTD marrón perteneciente a la Hardy Industrial Towel Company. Con los instrumentos adecuados sólo se tarda un minuto. Había escapado del aparcamiento antes de que el vendedor entrase en la terminal.

Guardaba una colección de títulos de propiedad en blanco y una serie de matrículas de Alabama en la caja de herramientas, así como un juego de documentos de requisa, pero no tenía tiempo de rellenarlos, así que cuando Jackson adentró su Cougar de color ciruela en el tráfico vespertino de la hora punta de Santa Fe Drive, supe que debía mantenerme cerca pero circular con precaución. Él me lo facilitó, y cubrí a su rueda, sin desviarme, todo el recorrido urbano hasta un bar de *topless* de la avenida East Colfax. Dos horas más tarde, cuando abandonó el local tras el anochecer, con la cara incendiada de whisky y visiones de desnudos danzantes, le clavé un revólver en el costillar y le obligué a llevarme a un motel barato de Aurora. Ni siquiera tuvimos que bajar del coche.

—De acuerdo —admitió—, la conocía. ¿Ya está satisfecho? Vinimos juntos a la ciudad, y yo estaba en quiebra total, así que la puse a trabajar en las esquinas y la primera noche la arrestaron por prostitución callejera. Como no podía pagarle la multa, cumplió treinta días de internamiento en la penitenciaría del condado.

—¿Qué pasó entonces? —dije.

Jackson encendió un cigarrillo y ojeó con recelo las habitaciones del motel.

—Después de aquel episodio no quiso volver a saber nada de mí.

—Nadie se lo puede reprochar, ¿verdad?

—Supongo que no —dijo.

—¿Adónde fue cuando le dejó?

—Oí comentar que estaba en las inmediaciones de Fort Collins —dijo Jackson—. Hay una mujer de cierta fortuna que vive en Poudre Canyon y realiza una labor de rehabilitación, ya me comprende, saca a las chicas del estercolero y las acoge en su casa. Vamos, que es una auténtica benefactora, y parece ser que Betty Sue pasó allí una temporada. Luego ya no he tenido más noticias de ella.

—¿Nada de nada?

—Ni una sola palabra —se ratificó.

—¿Por qué me ha mentado antes? —inquirí.

—He creído que podría ser un miembro de su familia —dijo—, a juzgar por el acento y todo eso, enviado para ajustarme las cuentas o algo peor.

—¿Ajustar cuentas por qué motivo?

—Ella era sólo una criatura, ya sabe —contestó, como si eso lo explicase todo.

—No debería haberme mentado —insistí.

—Ahora lo sé —dijo Jackson, mirando de soslayo el revólver de calibre 38 que empuñaba—. ¿Qué planeaba hacer en la habitación del motel, colega?

—Despedazarlo —respondí escuetamente.

—Es lo que me figuraba —afirmó Jackson—. Demonios, he pensando que iba a volarme los sesos en plena calle. Debería haber visto la expresión de sus ojos. Estaba fuera de sí, colega.

—Lo que estoy es cansado —dije.

—¿Para qué coño está buscando a Betty Sue?

—Ni siquiera me acuerdo —farfullé. Acto seguido, Jackson arrancó el motor y condujo de nuevo hasta su coche—. ¿Sin rencores? —le ofrecí cuando se hubo apeado.

—Ninguno en absoluto —dijo, se arregló los pantalones y se alejó.

En el trayecto de regreso al aeropuerto, cruzó por mi mente la idea de que había sido demasiado indulgente y me planteé volver atrás, pero mi situación actual era ya bastante problemática. Aparqué el coche de empresa del viajante cerca del lugar donde lo había robado, recogí el mío y emprendí viaje en sentido norte, hacia Fort Collins, por la carretera interestatal 25. A mitad de camino, no obstante, mis manos empezaron a temblar tan convulsivamente que tuve que tomar la salida más próxima y apartarme de la ruta. No creía que fuese debido a los nervios, sino básicamente a la ira que se abría paso a la superficie. Randall Jackson había acertado. Cuando le incrusté el arma en el costado en aquella calle, delante del local de *topless*, sentí un impulso tan acuciante de apretar el gatillo como nunca antes había sentido, de apretarlo una vez y otra hasta dejar su cuerpo despanzurrado por toda la acera. Pensé en lo que había dicho Peggy Bain sobre mi predisposición a matar sólo para estar en

la cola de pretendientes de Betty Sue. Lo pensé, pero la cola se me antojó demasiado larga. Repté bajo la capota, puse a buen recaudo la pistola del 38 en la caja de herramientas y por fin reanudé la marcha hacia el norte, con las montañas al oeste y la vasta extensión de las Grandes Llanuras en la parte oriental.

Un verano de mi niñez, después de que mis padres se separasen, estuve temporalmente con mi padre en los llanos del este de Fort Collins, al nordeste de una pequeña población llamada Ault. Durante aquel verano conviví con él y con una viuda bajita y sus tres hijos menores. Mi padre intentaba cultivar en tierra de secano los trigales de ella, y todos nos hospedábamos en un sótano en medio del campo, un sótano —se entiende— que no coronaba ninguna casa, donde vivíamos bajo tierra como los topos y mirábamos el cielo por un tragaluz, a la espera de una lluvia que nunca llegaba.

Al dejar la autovía en la salida de Fort Collins, tuve la tentación de encaminarme hacia el este para buscar el sótano de mi infancia. Lo había encontrado una vez con luz de día cuando vivía en Boulder, pero sabía que jamás lo localizaría en la oscuridad. Por consiguiente, me registré en otro motel, acudí a otro bar y tomé otra condenada bebida alcohólica.

El día siguiente tuve una suerte ambigua: primero un pequeño golpe de buena suerte que se ensombreció, y luego un pequeño golpe de mala suerte que fue claramente a peor.

La segunda asistente social a la que consulté me indicó las señas de la dama rica y bondadosa. La primera con la que hablé me las podría haber dado, pero simplemente no quiso hacerlo.

Selma Hinds vivía en una gran cabaña octogonal de madera y cristal, asentada en la cresta de un risco al sur del río Cache la Poudre. Mientras recorría en coche el desfiladero adyacente, la veía encaramada a las alturas como una fortaleza medieval. Aparqué junto a su buzón, en la falda del risco, y me calcé las botas de montaña, no sin lanzar miradas anhelantes al montacargas de una vieja mina que subía tirado por un cable a un lado del camino; pero lo usaban exclusivamente para comestibles y leña. Tuve pues que ascender cansinamente por un sendero empinado y tortuoso de casi un kilómetro, preguntándome si Selma Hinds recibía muchas visitas improvisadas o vendedores puerta a puerta. No tenía teléfono, así que me pregunté también si la encontraría en casa. En el caso de que hubiera salido, no me quedaría más remedio que esperar, a menos que quisiera hacer el camino dos veces en un día.

Finalmente, sudoroso y con la respiración entrecortada, pasé de la vegetación de pinos virginianos a un extenso claro en el collado vecino a la cumbre, al mismo tiempo que media docena de perros descubría mi presencia. Me saludaron alegremente, sobre todo un corpulento labrador con tres patas que me apuñaló en la

ingle con su único miembro delantero. Los otros, chuchos casi todos de tamaño mediano, se conformaron con emitir una andanada de ladridos.

La cabaña octogonal se enclavaba en la parte más alta del collado, con un amplio jardín en la concavidad que separaba este edificio de otras cinco cabañas más pequeñas, mientras que al borde de los árboles, en el otro extremo del claro, había una hilera de jaulas de alambre. Dos muchachas y un chico trabajaban en un huerto plantado en primavera, protegido con serrín y láminas de plástico. El suelo pedregoso y seco del risco había sido mezclado con abono vegetal hasta adquirir el tono negruzco de la tierra de un lecho fluvial. En las jaulas, varios pájaros y otras bestezuelas parecían mirarme tan anonadados como algunos pacientes de hospital. Los jóvenes levantaron la vista de los plantíos, pero enseguida volvieron a concentrarse en su tarea.

En el umbral de la cabaña principal se erguía una mujer alta, de suaves facciones y aire maternal, con el cabello moreno veteado de gris, que acunaba en los brazos a un gato amarillo. Tenía el pelo recogido impecablemente en un moño y llevaba un vestido largo y sin adornos. Incluso a una distancia de veinte metros, sus ojos grisáceos me estudiaron con serena afabilidad, la misma que uno esperaría distinguir en el rostro de una antigua pionera plantada frente a una casucha de adobe en las llanuras del Oeste, una mujer que hubiera visto toda la crueldad que anida en el mundo, que la hubiera contemplado y, en el fondo de su alma, hubiera hallado el perdón fuera de cualquier razón y medida.

No se asemejaba en nada a mi madre, que era una sureña menuda y pizpireta, animosa y ligeramente temeraria, un poco atolondrada, con una pizca de tristeza porque una vil circunstancia en la persona de mi padre la había forzado a trabajar por debajo de su nivel social como representante de Avon en el condado de Moody, Texas; pero a medida que me acercaba a Selma Hinds sentía una exaltación y una alegría crecientes, como si volviera a casa después de una guerra larga y cruenta. Cuando sonrió, en mis labios se dibujó una sonrisa infantil y estuve a punto de estrecharla en un abrazo, aunque al detenerme ante ella capté algo en sus ojos, tal vez una pequeña indefinición en la mirada, que atenuó la primera impresión.

Intercambiamos las presentaciones de rigor y me invitó a entrar en su casa. Dentro, entre el rústico mobiliario de madera de la luminosa cabaña, una legión de gatos dormitaban o deambulaban, estirando la cola a la vez que espiaban en actitud alerta a los perros que, con la lengua colgando y cara de pena, se habían agrupado al otro lado de la puerta. En cuanto Selma Hinds se acomodó en el sofá y me ofreció la silla de enfrente con un movimiento de la mano, los canes se sentaron también y sus oscuros ojos nos vigilaron pacíficamente, silenciados al fin sus frenéticos ladridos.

—Tiene usted el aspecto de un hombre que va detrás de algo —dijo Selma con voz pausada— o de alguien.

—Busco a una joven —le confirmé—. Se llama Betty Sue Flowers.

—Ya veo —contestó—, y como puede apreciar, doy cobijo al vagabundo: a los lisiados, los cojos y aquellos que caminan con llagas en los pies. —Calló brevemente, a la par que acariciaba el pelaje del gato manchado que había sustituido en su regazo al gran ejemplar amarillo—. Y a los que se extravían espiritualmente los acojo también, hago todo cuanto puedo a fin de restablecerlos, de reconstruir sus cuerpos y renovar sus almas. A los que tienen un hogar y quieren volver a él, proveo para su viaje, y a los que no, les ayudo a encontrar un lugar adonde ir, y en ocasiones, si alguno es incapaz de partir, lo retengo a mi lado.

—Sí, señora —balbuceé, diciéndome que tenía que estar loca o que era demasiado buena para este mundo.

—El resultado es, en la mayoría de los casos, que los animales humanos siguen adelante, mientras que otros se quedan... —Enmudeció de nuevo, el tiempo suficiente para moverme a pensar que Betty Sue podría estar todavía allí—. Vivimos una época muy adversa para los jóvenes, y yo les proporciono un lugar apartado del mundo, de la violencia y de las drogas, un refugio seguro junto a la «ex» de un rey del sexo —dijo.

—¿Betty Sue vino a esta casa?

—Sí, estuvo durante un tiempo.

—¿Y luego se fue? —pregunté, ahora confundido.

—Dejó su espíritu con nosotros —dijo Selma Hinds—. Aún hoy vaga entre estos muros, y sus cenizas se han mezclado con la tierra fértil del jardín.

—Perdón, ¿cómo dice?

—La chica ha muerto, señor Sughrue —me anunció. Al ver que guardaba silencio, añadió—: Parece usted muy trastornado. Todos tenemos que morir, y más de una vez.

—No sé como voy a explicárselo a su madre —repliqué.

—Dígale que, en el tiempo que pasó con nosotros, Betty Sue recuperó la inocencia y que su juventud reverdeció —declaró Selma—. Aquí fue feliz, volvió a ser joven.

—He oído decir que eso es posible —comenté, todavía consternado—, aunque nunca lo he presenciado con mis ojos.

—Es una lástima, señor, porque no hay mayor placer en la vida que asistir al renacer de una persona joven.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, deseoso de saber cómo había muerto.

—Aquí eclosionó como una flor —dijo Selma, malinterpretando mis palabras—, aprendió a valorarse de nuevo a sí misma. Si hace tiempo que la busca, seguramente conocerá algunas de sus vicisitudes tras fugarse de casa. Vino a mí desde la cárcel, castigada y maltratada por la vida, gorda y fea, pero, tan pronto como ayunó y limpió

su organismo de moco animal, dejó de comer compulsivamente y volvió a ser una criatura adorable y en sazón. Permaneció entre nosotros más tiempo que ningún otro de mis pupilos, ya sea antes o después, a pesar de que su estancia fue más difícil que la de la mayoría.

—¿Le molesta si le pregunto por qué? —dije.

—Para usted todo esto es más que un trabajo, ¿me equivoco?

—No, señora.

—Y no es pariente de la muchacha.

—No lo soy.

—He intuido ambas cosas inmediatamente —afirmó Selma Hinds—, lo que ha hecho posible que tuviéramos esta conversación. Debe comprender que yo no juzgo ni crítico a mis pupilos por su vida anterior, pero que en el momento en el que cruzan mi puerta tienen que obedecer las reglas o salir por donde vinieron. Nada de carne, nada de drogas, nada de sexo. Lo que hagan cuando se van es asunto suyo y, si suben de nuevo la montaña hechos trizas emocionalmente, los recogeré encantada, pero mientras viven aquí o acatan las normas o se marchan.

—Y Betty Sue tuvo problemas...

—Los chicos la seguían como a una perra en celo —contestó sin ambages—, y no les faltaban motivos. Betty Sue tenía una gran capacidad para amar. Rechazaba a los muchachos, pero le costaba un esfuerzo terrible. Aparentemente necesitaba esa clase de afecto masculino (supongo que su padre nunca le dio el cariño anhelado), pero luchó contra ello hasta la extenuación. —Selma hizo una pausa y se echó a reír—. Admitió también una intensa ansia de carne roja, aunque tampoco sucumbió a ese deseo. —El acceso de risa banal pareció traer aparejados ciertos recuerdos, y sus ojos grises se entelaron—. En fin, una tarde de finales de verano —continuó, hablando en unos susurros tan ahogados que tuve que encorvarme para oírla—, poco después de que decidiera irse aquel mismo otoño y reanudar los estudios, bajó a la ciudad en mi camioneta para comprar provisiones, y al volver un perro suelto se atravesó delante del vehículo, ella viró bruscamente en un intento por esquivarlo, se salió de la ruta trazada y se precipitó en el río... —La mujer se levantó, fue hasta la ventana mientras el gato saltaba, con una leve cojera, por encima de su brazo, y señaló el cauce centelleante—. Sucedió en ese rincón de ahí abajo.

Seguí la dirección del dedo, por la ladera del risco, hasta un estrecho recodo, una curva cerrada que iba a morir en una verde laguna de aguas revueltas.

—Sobrevivió al impacto, pero se ahogó —dijo Selma—. Lo siento de todo corazón.

—¿No encontró ninguna manera de notificárselo a su madre?

—¿A su madre? No. Hice lo que pude, como publicar anuncios en la prensa de San Francisco, pero Betty Sue nunca hablaba de su infancia, nunca —recalcó—. No

dijo una sola palabra en todo el tiempo que estuvo aquí. También en ese aspecto era diferente de otros muchachos que han vivido una temporada conmigo.

—Entiendo.

—¿Por qué cree que no quiso contarme nada de su niñez? —me preguntó Selma, con los ojos humedecidos y la expresión grave.

—Lo ignoro —dije—. Quizá se sentía como una princesa robada por una familia de campesinos, ¿quién sabe?

—Los hijos tienen ese sentimiento con mucha frecuencia —convino ella—. Es lamentable.

—Imagino que el secreto está en dar por buenos a los padres que te han caído en suerte e intentar adaptarte —comenté con desenfado.

—Eso es fácil de decir —sentenció Selma Hinds—, y casi siempre muy difícil de lograr. —Percibí que estaba siendo regañado por mi falta de seriedad—. Los padres tienen que hacer que los niños se sientan queridos y deseados. Si no saben darles nada más, al menos han de cumplir ese requisito, es lo mínimo que les deben a sus hijos —dijo, en un tono de voz tan crispado que deduje que ella había sido o bien una niña no deseada, o bien un fracaso como madre. Sin embargo, me abstuve de preguntar.

—¿Mandó incinerar el cuerpo? —inquirí.

—Las tumbas son muy deprimentes, ¿no cree?

—Sí —dije—, es sólo que a su madre podría no gustarle la idea. A veces la gente rústica es reacia a la incineración.

—Ahora ya está hecho —repuso tajantemente—, y de poco sirve que guste o disguste a nadie.

—Por supuesto —murmuré—. ¿No tendrá por casualidad una instantánea de Betty Sue? —le pregunté, indicando con la barbilla un tablón cubierto de fotografías—. A su madre tal vez le agradaría conservar una imagen suya.

—Esas fotografías son de algunos jóvenes que han encontrado una nueva vida después de abandonarnos —dijo—. Las envían ellos mismos. Nosotros no hacemos fotos, no queremos testimonios visuales que les recuerden cómo acabaron viniendo aquí.

—Me parece que lo he captado. ¿Le importa que le pregunte por qué hace todo esto?

—Me importa mucho —contestó Selma—. Mis razones sólo me competen a mí.

—Entonces no preguntaré —dije, y ella sonrió—. Estoy seguro de que la señora Flowers querría que le agradezca su amabilidad y entrega, y yo le doy las gracias por recibirme.

—Lamento ser portadora de noticias tan tristes —declaró, estrechando la mano que le ofrecía—. Hubo un tiempo, hace años, en el que creía que después de la

muerte éramos transportados a una especie de conciencia universal, a un lugar mucho mejor que este mundo deficiente en el que nos vemos obligados a sobrevivir de un modo u otro, pero hoy sé, he adquirido el espantoso conocimiento de que los muertos no resucitan para andar sobre la tierra, y tal revelación no me produce un falso júbilo, sino que me limito a sobrellevarla, así que me apena infinitamente haberle comunicado la muerte de Betty Sue.

—Supongo que deberíamos alegrarnos de que aquí, al menos, gozara de una etapa feliz —dije—, ya que fue tan desdichada en todas sus otras vivencias. En este lugar hay un ambiente encantador.

—Gracias.

—Gracias a usted —respondí—. Soy un poco mayor para dejar las bebidas fuertes, la carne roja y las mujeres al mismo tiempo, pero cualquier mañana podría encontrarme ovillado en su escalera de entrada —añadí—. Si consigo escalar la montaña, claro...

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo, dándome unas palmadas en la mano—. Mi puerta está siempre abierta.

—Gracias de nuevo —insistí—. Por lo demás, sólo me resta preguntarle la fecha de la muerte. Su madre querrá saberla.

Selma me la dijo sin titubear, y me despedí.

Al recorrer las sinuosidades del polvoriento camino anduve sin mirar a los lados, y cuando enfilé, ya en el vehículo, las pronunciadas curvas de la carretera de la garganta, tampoco contemplé la danza del sol entre los rápidos, no admiré las torres y las almenas de roca rojiza que se elevaban sobre el río. No me entretuve, ni pensé ni miré nada hasta llegar a los juzgados del condado de Larimer e inspeccionar los certificados de defunción. Allí estaba. Me maldije por ser un hijoputa desconfiado, maldije la vacuidad de mi éxito, el largo trayecto a California antes del interminable viaje a casa. Luego me planteé emborracharme como un negro velatorio ceremonial, una purga saturada de alcohol.

Fue así como se trastocó mi golpe de buena suerte.

El empeoramiento de la mala suerte ocurrió un poco más tarde, cuando regresé tambaleándome a la habitación del motel más cansado que ebrio, cansado de intentar emborracharme sin conseguirlo. En el instante en que me disponía a introducir la llave en la cerradura, alguien me asestó un golpe lo bastante fuerte como para hacerme doblar las rodillas y encender a mi alrededor deslumbrantes destellos de oscuridad, dejándome tan atontado que pudo empujarme discretamente al interior, cachearme de arriba abajo y arrojarme en un rincón. Cuando recuperé la visión, vislumbré al tipo que estaba en el despacho de Jackson sentado tranquilamente en la butaca del motel, a su horripilante compinche y a otro secuaz que, apoyado en la

pared, me apuntaba con una pequeña automática provista de silenciador.

—No quiero problemas —balbuceé.

—Usted, desde luego, no está en condiciones de causar ninguno —replicó sin inmutarse el hombre de la butaca.

—A eso me refería —dije.

—Señor Sughrue, comprenda que no puedo consentir que trate mal a mis amigos —proclamó.

—Empleados a sueldo —corregí.

—¿Cómo?

—Jackson es un empleado —dije—, no su amigo.

—Sea lo que sea, no permitiré que le meta un arma en la boca del estómago y lo amenace en vano.

—De acuerdo, me enmendaré para Cuaresma.

—Me temo que eso no me sirve —dijo el sujeto.

—Escuche —razoné—, si quisiera mi muerte no estaría aquí...

—No esté tan seguro —me interrumpió.

—No estaría ni a cincuenta kilómetros —persistí—; pero si alberga algún erróneo sentimiento de venganza por lo que quiera que le hice supuestamente a Jackson, me tragaré mi medicina —dije, al tiempo que me incorporaba pegado a la pared— y me mantendré lo más callado posible.

—Muy gentil por su parte —bromeó el hombre de la silla.

—No es nada personal —me dijo Torres en voz baja mientras se enfundaba un guante en la mano derecha.

—Nada personal —repetí, y encajé el castigo lo mejor que pude.

No parecieron poner muchas ganas, ni yo, obviamente, intenté resistirme, no di el menor motivo para que entrase en juego el factor emocional. Quizá funcionó, o quizá no pensaban hacerme demasiado daño de buen comienzo. Sea como fuere, no causaron lesiones permanentes. No hubo huesos rotos, ni dientes arrancados, ni bazo reventado. Había olvidado, no obstante, cuánto llega a doler una paliza profesional, y me sentí más que aliviado cuando me desnudaron, me ataron con cinta adhesiva y me sentaron en la bañera. Ignoraba por qué actuaban así, sólo me alegré de que hubiera pasado la peor parte. Quizá supieran lo que tenía planeado para Jackson en la habitación del motel de Aurora.

Antes de que me amordazaran y abriesen el grifo del agua fría, el tipo que estaba al mando dijo:

—Caramba, colega, tiene mucha disciplina, y es una cualidad que me gusta en un hombre. Debería trabajar para mí.

—Deje su nombre al recepcionista —murmuré.

—Su único defecto es que se cree tan duro como listo —dijo el sujeto, dándome

unas palmaditas en la mejilla—, cuando la verdad es que su dureza sólo se debe a la estupidez.

—¿Y qué? —exclamé—. Además, no soy de los que obedecen órdenes a ciegas.

—Entonces tal vez debería elegir otra clase de trabajo —me sugirió, enarbolando la fotocopia de mi licencia.

—¿Es una orden?

—Veo que usted nunca se rinde —dijo el jefe con una risotada—. Confío en que todo esto haya valido la pena, que haya encontrado a la chica por la que estuvo hostigando a Jackson.

—Está muerta —respondí—. Murió hace casi cinco años. Ha sido una pérdida de tiempo.

—Es una pena —dijo él, y volvió a reírse—. Dé gracias por no haber herido a mi amigo, y dé gracias también porque hoy estoy de buen humor.

—Ya lo he hecho —musité.

Por último, el mandamás y sus esbirros me amordazaron con un calcetín. Agradecí en mi fuero interno que estuviera limpio, que tras su marcha pudiera mover con el pie el regulador del agua, y agradecí asimismo que, cuando apareció la camarera a la mañana siguiente, me sacara el calcetín de la boca en vez de ponerse a gritar. No hubiera sabido por dónde empezar a explicar mi situación a la policía. Di una propina a la empleada y le pedí que informase en recepción de que iba a quedarme un día más. Necesitaba descanso.

—No es verdad —dijo Rosie por quinta vez.

—Lo siento —repetí—, pero he leído el certificado de defunción y he hablado con la mujer con la que vivía entonces, y que vio el cadáver. Lo lamento mucho, pero así son las cosas.

—No —se obstinó, y se golpeó a sí misma entre los pechos, con un golpe seco y sordo que hizo manar las lágrimas—. ¿Crees que yo no lo sabría si mi niña llevara muerta todos estos años?

Corría una nueva tarde entre las sutiles y empolvadas sombras del bar de Rosie, con fresco en el interior y un templado día primaveral de sol y brisas suaves afuera. Incluso el distante runrún del tráfico resultaba agradable, como el zumbido de las abejas al polinizar un campo de tréboles recién florecidos. Después del incidente del motel, tras una rápida visita a la sala de urgencias, donde me hicieron una radiografía y me recetaron analgésicos, dejé Fort Collins y conduje ininterrumpidamente, siguiendo una dieta de velocidad, codeína, cerveza y hamburguesas Big Mac, hasta llegar al local de Rosie sucio, sin afeitarse y achispado. Me sentía como si hubieran rellenado las vainas que envolvían mis nervios con arena, y las tripas con cristales rotos. Ni siquiera portando buenas noticias habría parecido un mensajero de los dioses y, con mis pésimas nuevas, era claramente un avejentado correo de la Western Union del infierno. Tan funesto era mi aspecto, que Oney ni siquiera me pidió que le firmase la escayola del pie, y Lester expresó una sincera preocupación e incluso se ofreció a pagarme una cerveza. Fireball estuvo despierto el tiempo justo para babear sobre mis pantalones, aunque, al ver que no iba a darle mi cerveza, se escabulló detrás de la puerta. Rosie, en cambio, se negó a mirarme, ni cuando entré en el bar ni menos aún cuando le comuniqué la noticia.

—Lo siento —insistí—, pero ha fallecido.

—No vuelvas a decir eso —me prohibió, sin parar de fregar furiosamente la barra una y otra vez.

—Es la verdad y tienes que aceptarla.

Finalmente, Rosie dejó la limpieza y me miró.

—Vete —me ordenó—. Sal ahora mismo de aquí.

—¿Cómo?

—Vamos, Rosie... —trató de mediar Lester, pero la mujer la emprendió con él.

—Cierra tu jodida boca, cabrón inútil. ¡Fuera de mi vista! Largaos todos de aquí, especialmente tú —dijo, señalándome con un dedo furibundo.

—Conforme, me voy, pero no sin devolverte antes tu maldito dinero —dije, y tiré

sobre el mostrador los ochenta y siete dólares.

—Guárdatelo —mandó ella, tan férrea y tan contundente como la tapa de una vieja estufa—. Te lo has ganado y es tuyo.

—Tienes razón al decir que me lo he ganado —repliqué mientras lo recogía de nuevo—. He sido engañado, apaleado y llevado como una peonza de un sitio para otro. ¡Dios santo!, he recorrido más de seis mil condenados kilómetros y todavía estoy a dos mil de casa, y sí, tienes mucha razón, me he ganado hasta el último céntimo.

—Nadie te ha exigido que hagas nada extraordinario, de modo que ahora no me vengas lloriqueando —dijo Rosie. Sin embargo, no pudo mirarme a la cara. Sus ojos se tiñeron de un gris metálico, mortecino, como sendos fragmentos de pizarra—. Aléjate de mí de una puta vez.

—Ya me voy.

—Y llévate también a ese perro asqueroso —añadió—. Desde que lo trajiste de vuelta a mi bar, no vale ni para pegarle un tiro.

Chasquéé los dedos, y Fireball se despabiló y me siguió hasta la puerta de salida. Lester y Oney se nos habían adelantado y caminaban en círculos erráticos, como los escolares durante un simulacro de incendio en el colegio.

—Esa mujer tiene un genio endemoniado —dijo Lester.

—Tiene que hacer el duelo —le recordé, avanzando hacia la camioneta.

—¿Adónde piensas ir? —me preguntó.

—A mi casa —contesté, como si supiese dónde era.

¿A mi casa? Mi casa es el condado de Moody, al sur de Texas, donde la pradera de tierra negruzca colisiona contra los cerros de caliche y los cortes zigzagueantes de los arroyos de la Brasada, región de zarzas y arbustos. Pero ya no voy nunca por allí. Mi casa es el apartamento de la margen oriental del río Hell Roaring, tres habitaciones en las que tengo que abrir armarios y cajones para asegurarme de que no me he confundido de sitio. ¿Mi casa? Podría ser un bar de motel a las once de una noche de domingo, durante un silencio compartido con la guapa camarera que me considera un individuo repulsivo, y algún gilipollas con cazadora de plástico que me toma por su compadre. Como le había dicho a Trahearne, el hogar es dondequiera que uno cuelga la resaca. Lo es, al menos para gente como yo... algunas veces. Otras, mi hogar son las dos hectáreas que poseo más allá de Polebridge, en North Fork, a unos sesenta kilómetros por un camino de tierra del norte de Columbia Falls y del bar más cercano, y a unos dieciséis al sur de la frontera canadiense. En el terreno hay una cabaña sin terminar, consistente en poco más que los cimientos, el contrapiso y una chimenea de piedra. Sea ésta o no mi casa, llevaba una semana afincado en el North Fork cuando vino a mi encuentro Abraham Trahearne.

Estaba trabajando... trabajando en mi bronceado y en el colocón de media tarde. Había sido una primavera seca, y divisé la espiral pulverulenta que se elevaba como una columna de humo diez minutos antes de ver el escarabajo Volkswagen descapotable que la había provocado, acometiendo los socavones con la potencia de un tanque en miniatura. El vehículo derrapó al entrar en mi vía de acceso y frenó en seco a quince centímetros de una hacina de troncos descortezados. A través de la dorada niebla de polvo, Trahearne semejava un hombre recubierto por una bañera demasiado pequeña para su culo.

—¿Qué diablos es esa cosa? —pregunté, mientras desencajaba su humanidad de detrás del volante.

—Es la idea que tiene Melinda de un medio de transporte —refunfuñó—. Verás, mi coche está en el salón de belleza.

—Escúchame bien, viejo amigo —advertí, pasándome al tuteo—, la próxima vez que circules por el camino levantando una nube de polvo como ésa, no me extrañaría que algún autóctono armado acribillase a la pobre bestia hasta matarla.

—Ahórrame tus ocurrencias de paleta, Sughrue —dijo Trahearne, mientras se sacudía el polvo del pantalón caqui como un vaquero tras una larga cabalgada—. ¿Dónde diantre te habías metido? —demandó.

—He ido de aquí para allá.

—Encontrarte ha sido toda una odisea —declaró.

—No estaba escondido —dije—. Lo que pasa es que no sabes buscar.

—Déjate de bobadas —replicó. No se había afeitado ni cambiado de ropa en varios días, y aún cojeaba, pero estaba razonablemente sobrio.

—¿Qué ocurre?

—Nada de nada —respondió él malhumorado, tras sentarse en mi escalera y prender una cerilla de cocina en el contrapiso—, no hay ni una triste novedad, y puesto que tú holgazaneas mejor que cualquier otra persona que conozco, he pensado que podríamos hacer el vago juntos. No es tan peligroso ni tan aburrido como cuando lo hago yo solo.

—¿Eso es un cumplido o un insulto?

—Dame una cerveza y calla —ordenó el grandullón, y le alargué una lata de la nevera portátil que había usado como banqueta para los pies—. ¿A qué te dedicas ahora? —preguntó detrás de una telaraña de espuma y humo de cigarro.

—Trabajo en la casa de mi jubilación.

—Es un bonito refugio —dijo, mirando a su alrededor.

—Gracias —repuse—. Me gusta más que la ironía barata.

En realidad, me gustaba mucho más de lo que había expresado, lo bastante como para que acabar la cabaña me pareciera superfluo. Había construido los cimientos y

echado el contrapiso hacía tres veranos, y había ayudado a instalar el hogar y la base de la chimenea el verano siguiente. En lugar de paredes y cubierta, no obstante, había erigido una tienda de oficial —excedente del ejército— con la armazón de madera, que estaba encarada a la chimenea. Más allá del ausente muro frontal, un pequeño pinar atrapaba el polvo del camino, y pasada la carretera de North Fork, una cadena de montañas bajas y ondulantes obstruía parcialmente la visión del cielo occidental. Al norte, el río Red Meadows se derramaba sobre una llanura herbácea, antes de volver a concentrar su caudal para abismarse por una ancha conducción y, más adelante, desaguar en las crecidas aguas del deshielo que bañaban North Fork en primavera. En la orilla opuesta del río, al este, las colosales agujas de las torres del Parque Nacional de los Glaciares se proyectaban hacia un cielo de un azul tan prístino como los iris de un ángel. Al sur, en cambio, enturbiaba el panorama, prosaico en los mejores días, la densa neblina que todavía fluía y se arremolinaba en torno a los chorros de aire caliente de la carretera.

—Supongo que está bien —concedió Trahearne—, pero no hay espacio para colgar un Mondrian. —Hizo una risita y apuró su cerveza.

—La pintura abstracta me da...

—¡Por todos los santos! —me interrumpió—. ¿Puedo esconderme aquí unos cuantos días?

—Serás mi invitado —dije.

—Era lo que tenía en mente —respondió—, gracias. —Continuó sentado, esperando que indagase el porqué, pero al ver que callaba me lo explicó de todos modos. Trahearne era de fiar en ese aspecto—. En casa no sucedía nada interesante. No podía trabajar; no me salía nada, ni una coma. Maldita sea, a veces me pregunto si no me habré acostado con la última mujer de verdad, libado el último buen sorbo de la botella y escrito la última línea decente, ya me entiendes, aunque por lo visto soy incapaz de recordar cuándo fue, no me acuerdo en absoluto. —Alzó la mirada hacia mí, y las lágrimas se agolpaban en sus nublados ojos—. No sé ni cuándo pasó ni qué fue de la experiencia.

—Procura relajarte —dije.

—No me devuelvas mis propios consejos.

—Deberías haber empezado por no dármelos —repliqué, pasándole otra cerveza.

—A veces puedes ser un auténtico hijoputa, ¿lo sabías? —masculló, mientras sus dedos temblorosos batallaban con la anilla.

—¿Quieres que te abra la lata, mi buen amigo?

—Creo que por eso he venido —dijo, de pronto sonriente y enjugándose las lágrimas con unos dedos rollizos como salchichas—, por la calidad de la deferencia. Aquí tienes un canto afilado, Sughrue, algo que soporto bien. —Daba la impresión de que en casa recibía más atenciones de las deseadas, pero no iba a ser yo quien lo

dijera. No hizo falta: lo verbalizó él mismo—. Sencillamente, no puedo resistir toda esa jodida solicitud. Es como si ella fuese una enfermera de cuidados intensivos y yo estuviera a punto de estirar la pata. —Hizo un breve paréntesis—. Antes o después, siempre acabo por volver al trabajo —declaró—. El problema es que aún no he encontrado el momento idóneo.

Viendo que no tenía nada que decirle, al fin Trahearne optó por callar, y ambos disfrutamos del silencio reinante. Una ligera ráfaga de viento hizo crujir los esbeltos pinos de Murray, además de despejar el polvo del camino, y a nuestra espalda el río rugió sonoramente en su curso peñascoso. La tarde derivó hacia el crepúsculo muy despacio, suspendida en el aire como etéreas volutas de ceniza, y Fireball regresó de sus exploraciones vespertinas, trotando cuesta abajo con la actitud de un hombre que volviera de una misión importante. Olfateó el tobillo de Trahearne y el hombretón dio un respingo.

—¿Qué diantre hace él aquí?

—Rosie dijo que lo habíamos echado a perder como animal de compañía civilizado —contesté.

—¿Has estado de nuevo en California?

—Allí y en otros lugares —dije—. He pasado tanto tiempo en la carretera que temo que se me han desgastado las nalgas.

—Al parecer, también has infligido daños considerables a otras partes del cuerpo —subrayó, con la mirada fija en los cardenales amarillentos del abdomen. Mi bronceado no había progresado lo suficiente para disimularlos.

—Quedé en segunda posición en un acalorado debate político en Pinedale, Wyoming —mentí. Todavía no sabía qué pensar de la paliza y, aunque hubiera sido así, no me apetecía hablar del tema.

—¿Has encontrado a la hija de Rosie? —inquirió, mientras revolvía el hielo para buscar otra cerveza.

—He descubierto que murió hace algunos años —dije.

—¿Cómo fue?

—Se ahogó a consecuencia de un accidente de coche.

—¡Qué horror! —exclamó—. ¿Cómo se lo tomó Rosie?

—Me echó con cajas destempladas de su bar —dije.

—¿Por qué?

—No me creyó.

—¿Por qué motivo?

—Según ella, el corazón le decía que su hija estaba viva —expliqué—. Pero he inspeccionado el certificado de defunción y me he entrevistado con una mujer que identificó el cuerpo.

—Es horrible —volvió a decir Trahearne.

—Este tipo de fugitivos tienen la costumbre de acabar así —dije—. De cada tres o cuatro que localizo, uno yace boca arriba en una mesa de autopsias. Escapar de casa no es una buena vida. La hija de Rosie, al menos, conoció seis meses de bienestar antes de morir. —Me levanté, encendí una cerilla y la dejé caer sobre los leños dispuestos en la chimenea. El serrín empapado en queroseno prendió al instante, y los leños empezaron a chisporrotear. No obstante, en vez de un alegre fuego hogareño parecía realmente una pira funeraria—. Seis meses de bienestar —repetí.

—Algunas veces, creo que renunciaría al resto de mi vida por seis meses de felicidad —admitió Trahearne a media voz.

—Eso no depende de nosotros.

Las llamas se elevaron sin humo, lanzando chispas incandescentes que ascendieron, por la robusta chimenea, hacia la aterciopelada noche que aguardaba en el este.

Trahearne se mantuvo sobrio aquella noche, paliando sus carencias con cervezas de efecto atenuado, y el día siguiente estuvo seco e inactivo. La tercera mañana cubrió, a regañadientes, los siete kilómetros de ida y vuelta hasta la papelería de Polebridge para comprar una caja de lápices y una libreta escolar Big Chief. La cuarta mañana se puso a trabajar en la mesa de picnic que había junto a la tienda de campaña. A partir de entonces, durante más de una semana, nuestros días y noches fueron tan ordenados, tan metódicos como la salida y el ocaso del sol, o como la alternancia creciente y menguante de la veleidosa luna.

Por la mañana, yo practicaba *jogging* en la carretera de North Fork, en dirección a la frontera y sorteando los camiones madereros. Nunca completaba el trayecto, naturalmente, pero el paseo de regreso era muy placentero... hasta que me detenía en el río para darme una zambullida de infarto en el estanque poco profundo que se formaba bajo las compuertas. Cuando volvía a la cabaña, Trahearne cerraba su libreta, hervía un segundo cazo de agua con café molido y preparaba el desayuno en un infiernillo Coleman, mientras yo me sentaba en la escalera con una taza de café y mi primer cigarrillo del día, tosiendo y escupiendo, además de flemas, lo más parecido a jirones de tejido pulmonar.

Una mañana, tras cocer en la sartén una esponjosa masa de huevos revueltos, me preguntó:

—¿A qué viene esa afición a correr?

—Hace que me sienta bien. —Me atraganté, y luego tosí y escupí de nuevo.

—Chico, creo que aquí el privilegiado soy yo —declaró con una sonrisa burlona.

—¿Por qué lo dices?

—Puedo estar igual de jodido sin tener que hacer tantos esfuerzos —dijo, y se rió abiertamente, como un hombre satisfecho de sí mismo y libre de preocupaciones.

Por las tardes y durante las veladas hablábamos de mil asuntos —nuestras batallitas, nuestros padres desaparecidos o el carácter intrínseco de las cosas—, y después nos acurrucábamos en los sacos de dormir para esperar la llegada de un nuevo día, esperar que todo empezara una vez más.

Sin embargo, una mañana, al regresar de mi ejercicio, encontré una nota clavada en un peldaño de la escalera. *Disculpa. Volveré dentro de unos días*, decía. Pensé en hacer también una ronda de bares, pero preferí ir de pesca.

Dos noches más tarde, hacia las tres de la madrugada, regresó con un gran estruendo, abolló el parachoques delantero derecho del Volkswagen contra la hacina de troncos y se metió en la cama a trompicones, renegando de su vida y de los tiempos difíciles. Me hice el muerto hasta que por fin se durmió. Pasó todo el día siguiente en la cama, sin levantarse más que para orinar, beber ingentes cantidades de agua y engullir aspirinas y antiácidos. El segundo día lo malgastó en despotricar contra el tiempo: era demasiado espléndido para su gusto. Acto seguido, retomó su trabajo.

Esta vez duró solamente cuatro días. La mañana del quinto, cuando aparecí chorreando agua helada, Trahearne había posado la botella de whisky encima de la libreta como si fuese el reto de un niño rebelde. En el hogar, las pelotas de papel arrugado se acumulaban cual residuos escatológicos de algún extraño animal nocturno.

—¿Cuánto tiempo crees que se puede resistir esta condenada soledad? —me preguntó, con acento irritado, mientras vertía en su taza una dosis de Wild Turkey.

—¿De qué soledad hablas?

—Cielo santo, Sughrue, ¿no te han hecho ningún comentario sobre tu hospitalidad?

—Nunca dos veces —repliqué.

Me sequé el cuerpo con una sudadera sucia. Entretanto, Trahearne se puso en pie con un resoplido, fue de mala gana hasta el Volkswagen descapotable y se alejó a la carrera, envuelto en una nube de polvo, quizá la misma sobre la que había cabalgado al venir.

Aquella tarde, cuando me disponía a utilizar los pedazos de papel poético para encender el fuego, descubrí uno cuyo contenido parecía más extenso que los otros y lo alisé sobre la mesa. Rezaba así:

Una vez volaste durmiendo al sol, con tus brazos ambarinos
desplegados en su vuelo. Ahora yaces, con pétrea quietud,
más allá del negro abismo, rodeada de cadenas
de luz azul. Las oscuras aguas te retienen en el fondo.
Las ballenas se sumergen en el profundo rastro del glaciar,

unas tiernas aletas enmarañan tu cabello,
tus ojos sueñan con escamas de plata.
No te muevas, aguarda.
Este largo verano debe concluir antes
de que regrese el invierno eterno,
con glaciares a guisa de lápida cantando al hielo.
No te lloraré.
Cuando el mundo renazca a la tibieza, los hombres
partirán las cabezas de flecha de tu corazón...

Los garabatos, enormes e infantiles, abarcaban toda la página, estallando en algunos puntos en un paroxismo casi indescifrable. No sabía lo que significaba el poema, pero su letra era la de una criatura demente. Por unos momentos, sentí lástima de él. Luego doblé la hoja y la metí en mi cartera. La poesía se me antojó un ejercicio de afectación y amaneramiento, aunque, por razones que no habría podido argumentar, quería conservarla.

Aquella noche, rellené una taza de latón con su whisky y me la tomé a orillas del río. Una nueva fase lunar tamizaba las turbulentas aguas. El cauce estaba corrompido por la pestilencia de la nieve antigua, era de un verde gélido, salobre, y su fragor recordaba un cargamento fuera de control o un alud de nieve derretida.

Cierta vez, cuando veraneaba con mi padre en aquel sótano de las llanuras de Colorado, el hombre había vuelto a casa borracho y me había despertado para llevarme a ver mi primer paisaje nevado. Me ató a su espalda en el asiento trasero de su motocicleta, una vieja Harley de ocasión con un cambio de marchas suicida, y atravesó las planicies nocturnas hacia las montañas, volando como si nos persiguieran unos espíritus malignos y con la rueda de atrás escupiendo grava en las curvas serpenteantes. Encontró nieve, finalmente, en la cara norte de un escarpado talud, así que se detuvo y ambos nos quitamos la ropa bajo la media luna para bañarnos en ella. Mi padre pretendía experimentar algo místico, imagino, pero al igual que yo era un nativo de las tierras bajas que había crecido sin conocer la nieve, y en menos de cinco minutos estábamos los dos enzarzados en una feroz pelea de bolas nívicas, riendo e invocando a las estrellas mientras luchábamos en la capa superficial de nieve endurecida. Camino de casa, amarrado de nuevo a su espalda con un cordel de embalaje, me quedé dormido; tenía la piel tan fría que me abrasaba, y soñé con ventiscas y lagos helados, con un paraje inmerso en el hielo, aunque de algún modo me sentía caliente, abrigado por pieles de oso, de castor y de lince, visionando glaciaciones mientras la motocicleta hendía la noche.

Estaba rememorando aquella anécdota y degustando el aromático whisky cuando oí volver a Trahearne, más despacio de lo que se había ido. Aparqué delante de la cabaña y dejé el motor en marcha, rechinante como dientes en la tiniebla, mientras recogía su equipo en un torpe ir y venir de oso beodo. Esperé junto al coche hasta que cerró la portezuela del vehículo, y sólo entonces regresé a mi refugio. El hombretón se perdió en la distancia poco a poco, aprisionado en el diminuto Volkswagen, con un avance lento y casi mayestático, como una barcaza fúnebre que flotara a la deriva en un río silencioso, negro, de aguas profundas. Las ascuas de sus faros traseros palidieron en el polvo.

No eché de menos al bulldog hasta por la mañana.

Viajé de vuelta a Meriwether al día siguiente y, a falta de algo mejor que hacer, me reincorporé al trabajo. Me ocupé de una expropiación a medianoche en la zona de la reserva, unas engorrosas gestiones de cobro y un caso de divorcio tan sórdido, que revisé mi cuenta corriente y la hallé todavía abultada gracias al ingreso de Catherine Trahearne. Liquidé la operación, cerré el despacho tras notificar al servicio de mensajes que iba a estar ilocalizable, fuera de la ciudad para la resolución de un caso importante, y pasé algunos días de asueto, con sus noches, jugando al póker de pequeña cuantía y examinando los despojos de mi cara en los espejos de las salas de bar. Bajo una iluminación favorable podía aparentar unos cuarenta años, a pesar de que tenía un par menos. Me mantuve bastante sobrio y moderadamente cuerdo, y aunque oí varias veces la llamada del asfalto, no salí de la localidad. Luego un camarero del Red Barón se vio forzado a ausentarse para asistir al entierro de su madre en Billings, y decidí reemplazarlo.

Cuando me mudé por primera vez a Meriwether, y también en los años precedentes, el Red Barón era un estupendo bar de trabajadores y bebedores llamado Elbow Room, la clase de establecimiento donde el camarero da una vuelta por el aparcamiento a las siete de la mañana para despertar a los borrachos que duermen en el coche y acto seguido les ayuda a entrar y los invita a la primera copa. El Elbow Room no tenía ni máquina de discos, ni mesa de billar ni juego del millón; sólo un televisor para ver los partidos y una honrada medida de whisky para los espectadores. No obstante, un verano, el viejo Unbehagen murió mientras dormía, pocas semanas después de que yo hubiera tomado posesión de un fajo de billetes de origen ilícito, tan ilícito que nadie se atrevió a reclamarlo. Me asocié entonces con los hermanos Schaffer como copropietario en la sombra, y adquirimos los permisos y el local. Por desgracia, los Schaffer eran tan bullangueros y ambiciosos como yo discreto y, además, socio minoritario. Se adueñaron pues de mi bar favorito y lo convirtieron en un negocio de éxito, con bailarinas en *topless*, billar y máquina del millón. Al estar ligado a un dinero turbio, no podía ni tan siquiera alzar la voz en una protesta clandestina. Cobré mi parte y tuve la boca cerrada.

La noche del lunes el «Barón» organizaba una sesión de baile amateur, en la cual unas muchachas sin metas en la vida exponían sus cuerpos mediocres, con más ilusión que talento, ante una horda de hombres más bien jóvenes a los que les enloquecía la mera idea del amateurismo. Los días centrales de la semana estaban dedicados a las tetas y culos semiprofesionales de estilo convencional, y los maníacos solían contentarse con emitir un clamor uniforme, roto esporádicamente por algún

altercado bañado en alcohol. El viernes y el sábado por la noche se reservaban para el rock *heavy metal*, el country *bluegrass* y el boogie *freeform*, mientras que los domingos eran, por fortuna, el día de descanso tras el irresponsable desenfreno de la diversión. La noche del domingo, los bebedores tenían que entretenerse en otra parte, y normalmente en el establecimiento había tanta paz como en un cementerio.

Catherine Trahearne podría haberse presentado un domingo por la noche, pero no fue así. Tenía que ser el lunes. Cuando esa noche franqueó la puerta revestida de vinilo, parecía tan fuera de lugar como una gallina en una iglesia, pero se acercó resueltamente a la barra y se plantó detrás de un grupo de jóvenes hasta que, ruborosos y abochornados, le dejaron un espacio libre. Vestida de lana y piel —unos flexibles pantalones beige, un suéter oscuro de cachemira y chaleco de ante— estaba aún más atractiva que con el traje de tenista. Las tamizadas sombras de su tez clara hacían intuir noches sensuales y misteriosas, y su figura delgada y atlética prometía materializar esa intuición. Lo que quiera que sea que las mujeres pierden al principio de la cincuentena, ella todavía no lo había perdido... Ni siquiera una brizna. A la altura del pecho lucía, sujeto a una recia cadena de plata, un colgante de turquesa pulido pero sin tallar, del tamaño de un diente de tiburón y una forma burdamente similar.

Cuando se hubo sentado frente a la barra, sacó un cigarrillo, y yo me apresuré a darle lumbre. Miró por encima de mi hombro hacia el escenario, donde Boom-Boom, nuestra bailarina amateur residente y todo un peso pesado, se arremangó la camiseta para revelar unos pechos grandes y redondos como el cráneo de un hombre calvo, con una risa chillona que podría haber roto una cristalería entera. Como de costumbre, la multitud estalló en aclamaciones, rechiflas y puñetazos en las mesas. En la vida real, Boom-Boom era una camarera recatada hasta lo impensable, pero los lunes por la noche salía a matar. Catherine sonrió al oír aquel fervor, en apariencia sinceramente divertida. Desoí las agudas peticiones de las bailarinas de *topless*, que ejercían una doble función como camareras de sala, desoí asimismo a los clientes de la barra y le pregunté si quería beber algo.

—¡Qué manera tan singular de ganarse la vida! —dijo, y apagó la cerilla antes de que me quemase los dedos.

—Es una aficionada —le aclaré.

—Pero con un entusiasmo exultante, ¿no le parece? —repuso.

Clavó en mis ojos una mirada incisiva que me recordó lo que había sentido la tarde que la conocí, cuando me dijo que debía darse una ducha. Para rehuir el desafío, volví la vista atrás. Sin ninguna duda, Boom-Boom lo estaba pasando en grande, y me llamé a mí mismo cretino por no haberlo advertido antes.

—A decir verdad, señor Sughrue, yo me refería a su nueva línea de actividad.

—Sólo estoy sustituyendo a un amigo enfermo, señora Trahearne.

—Catherine —ordenó con cordialidad.

—C. W. —dije a mi vez.

—¿Qué significan las iniciales? —indagó, sonriente.

—Chauncey Wayne —confesé.

—Dejémoslo en C. W. —propuso ella sin poder reprimir la risa.

—¿Te apetece beber algo, Catherine?

—En realidad he venido por negocios —respondió—, aunque podríamos debatirlos alrededor de una copa. ¿Te iría bien dentro de un rato? Quizá conozcas algún lugar más propicio a la conversación.

—¿Dónde te alojas?

—En el Thunderbird.

—Tienen un bar musical bastante tranquilo —dije—. Podría reunirme allí contigo hacia la medianoche, si no te parece muy tarde.

—Nada de eso —contestó—, la cita está confirmada.

Me extendió su elegante mano. Llevaba las uñas pintadas de un rojo oscuro, algo apagado, que hacía juego con los labios, y que reflejaba también las tonalidades de la tez y el cabello. Cuando la estreché, retuvo unos segundos mi mano, y sus brillantes ojos verdes traspasaron los míos hasta que casi me sonrojé. «Trahearne te tiene en gran estima —susurró—, y confío en que seremos buenos amigos». Ya había escuchado aquellas palabras; todas las mujeres de Trahearne se empeñaban en ser amigas mías. Catherine me dedicó una sonrisa sofisticada y se fue. Mientras caminaba hacia la salida, incluso los parroquianos más lerdos y más borrachos dejaron de mirar los imponentes pechos de Boom-Boom para embelesarse con el exquisito contoneo de las caderas de Catherine Trahearne.

Bajo la luz rosada y difusa del bar musical estaba todavía más seductora. Podría haber pasado por una mujer treintañera... una treintañera de muy buen ver. Y ella era diabólicamente consciente. Tras acomodarnos con nuestras bebidas en un lujoso reservado, empezó a trabajarme con la mirada sagaz, la sonrisa levemente divertida y más contacto físico casual del que permite la ley en los lugares públicos.

—Gracias por venir —musitó.

—Has dicho algo sobre un negocio —respondí con nerviosismo, terminando mi copa antes incluso de que la camarera hubiera vuelto a la barra.

A pesar de lo mucho que había disfrutado en el primer viaje, ahora mismo no sentía el menor deseo de perseguir a Trahearne por medio Oeste americano y, naturalmente, tampoco quería flirtear con su ex esposa.

—Sí, tengo una pequeña queja sobre el modo en que gestionaste el rescate de mi ex marido —dijo con una seriedad fingida.

—¿De qué se trata?

—Cuando llamaste desde del hospital —declaró—, me contaste una mentira

bienintencionada sobre el accidente de Trahearne que ni siquiera nos tomaremos la molestia de aclarar, pero ahora necesito que me hagas un informe exhaustivo, incluidos los detalles más escabrosos, de su última odisea.

—De acuerdo —dije. No dejaba de ser insólito que la antigua mujer de Trahearne pareciera estar más al tanto de lo ocurrido que su pareja actual. Deduje que a él no le importaría que se lo explicase a Catherine—. ¿Qué quieres saber?

—Todo —repuso ella en un tono melifluo—. Dónde fue, cómo lo encontraste y cómo es que acabó con las nalgas lesionadas. Todos los entresijos, por sórdidos que sean. —Dio un sorbo a su vermut—. Siempre he querido saber exactamente lo que sucedía en cada una de sus escapadas —prosiguió—. Sus versiones eran ya pura literatura en el momento de su regreso, y ninguno de los otros individuos a los que contraté fue capaz ni siquiera de encontrarlo, y menos aún de exponerme los sucesos puntuales. Al parecer, carecían tanto de inteligencia como de imaginación. ¿Son la mayoría de tus colegas de profesión tan ineptos como los que me encontré antes de contratarte?

—Quizá resulte extraño —dije—, pero el único investigador privado que conozco es mi antiguo socio en esta ciudad, y es un alcohólico todavía más incurable que yo. Aunque sé que el gremio de detectives celebra convenciones, nunca he asistido a ninguna. Todas versan sobre electrónica, seguridad industrial y demás gilipollecas. Yo me limito a requisar coches, rastrear a gente que huye, seguir a maridos infieles y otros trabajos por el estilo.

—No parece que seas muy ambicioso —señaló Catherine.

—No lo soy —corroboré—, en ningún campo. Estuve nueve años en el ejército, en tres períodos consecutivos, básicamente jugando al rugby, sentado en un gimnasio o escribiendo artículos de deportes para la prensa diaria, pasé también cuatro años en los equipos de rugby de tres colegios universitarios diferentes bajo dos nombres distintos, y entré en este negocio de manera estrictamente accidental, así que no soy ni Johnny Quest ni el árbitro moral de Occidente. Yo me definiría más bien como un pistolero a sueldo de segunda categoría o un alma errante de primera división.

—¿El clásico talento desaprovechado? —dijo.

—El clásico holgazán de vida nómada, que migra más a menudo que aquellos pobres braceros de la Gran Depresión.

—Pero aun así localizaste a Trahearne —insistió—, y tienes que contármelo con pelos y señales.

Mientras le explicaba lo que supuse que quería oír, ella se arrimó a mí, esbozó alguna que otra sonrisa y me toqueteó la mano con los dedos, hasta que nuestras caderas y muslos se rozaron mutuamente y las uñas de ella se pasearon sobre mi muñeca. Cuando concluí, me apremió a referirle el resto, y a medida que colmaba las lagunas ella se reía y me agarraba la mano con más fuerza. Cuando terminé por

segunda vez, apretujó mi brazo contra el pecho.

—Es simplemente encantador —dijo.

—Me temo —le comenté, intentando tomarlo a broma— que tendrás que aflojar un poco el acelerador.

Ella no se hizo la coqueta, sino que rió espontáneamente, y sus notas resonaron con la musicalidad del cristal en el acogedor establecimiento, como el repiqueteo de unas campanadas llamando a vísperas en un bucólico atardecer.

—No te pongas tan serio —dijo—, no pienso abalanzarme sobre ti.

—Maldita sea —se lamentó alguien usando mi voz.

Sabía muy bien que no debía liarme con las ex esposas de los amigos y, a pesar de nuestras discrepancias, Trahearne se había convertido en uno de ellos. No obstante, lo volví a decir: ¡*Maldita sea!* Catherine alzó mi mano para posar sus labios sobre un nudillo plano. Que el diablo me lleve si no estaba tan asustado como un adolescente de dieciséis años cuando seguí sus pasos fuera del salón.

Después, estirados ambos en la cama de su hotel y con mi mano descansando en la tersa musculatura de su muslo, le pregunté:

—¿Es para esto para lo que has conducido tantas horas?

—Para lo que he volado —dijo ella, y se rió una vez más—. He viajado en avión con una escala en Seattle, donde supuestamente he ido a visitar a unos amigos. Pero he venido para esto, sí, y de buen grado habría hecho el trayecto a pie.

—¿Por qué?

—Te ruego que no te escandalices por lo que voy a decirte —me avisó, antes de hacer una pausa para encender dos cigarrillos—, y por favor recuerda que podría haberte escogido de todos modos. Trabajo como el mismo demonio para mantener intacto este cuerpo ya maduro, y cada año sufro humillaciones a manos de unos carísimos cirujanos plásticos con el fin de gozar de mi etapa de decadencia. Consecuentemente, me acuesto con quien me viene en gana —hizo una nueva pausa, y su voz se endureció—, en especial con los amigos de Trahearne. ¿Eso te ofende?

—Digamos que me hace sentir un poco como si navegase a la estela del viejo truhán —respondí, pensando en la esquelética prostituta del desierto—, pero es una estela muy gratificante. No, no es ninguna ofensa.

—Gracias —dijo Catherine—. Sólo me quedan unos años más para que mi cuerpo sea viejo y marchito... haz el favor de no interrumpirme..., y antes tengo que recuperar décadas enteras de soledad.

Calló para escudriñarme. Yo observé cómo el humo del cigarrillo fluctuaba a través del techo, formando en la penumbra unas ondulantes colas de yegua.

—¿No tienes curiosidad por conocer mis motivos? —me dijo, mientras daba pequeños tirones con las uñas al vello de mi torso.

—Ninguna.

—Creía que los detectives eran infinitamente curiosos —dijo.

—Sólo en las películas.

Después de otro largo silencio, Catherine declaró:

—Todo esto no deja de ser contradictorio.

—¿De qué hablas?

—Verás, casi nunca doy explicaciones a nadie sobre mis actos —murmuró—; pero precisamente porque no me has hecho ninguna pregunta, de alguna manera me siento obligada a sincerarme contigo.

—Es una antigua táctica china de interrogatorio —dije, y ella se rió entre dientes y me dio unos golpecitos en el estómago.

—Ten un poco de respeto —me regañó, aún sonriente—. Estoy a punto de relatarte la historia de mi vida.

—De acuerdo.

—Verás, nos conocimos durante la guerra —empezó a decir, a la vez que se ladeaba para apagar el cigarrillo—. Yo era aún una niña, con mis dieciocho años recién cumplidos, pero ya había enviudado. Mi primer marido fue uno de esos jóvenes distinguidos de Carmel que guardaba en la cuadra caballos de polo y corrió rauda a alistarse en la Real Fuerza Aérea Canadiense, con visiones de la escuadrilla Lafayette bailando en su cabeza. En la excitación previa a su partida destruyó mi virginidad, y luego, en un fulminante ataque de remordimiento, me llevó en coche hasta Reno e hizo de mí una mujer honrada. Al cabo de seis meses su Spitfire se hundió en el canal de la Mancha durante las operaciones de Dunquerque. En su día fue como un episodio de novela, e imagino que todavía hoy lo recuerdo de ese modo.

»Entonces conocí a Trahearne, y me pareció vivir el siguiente capítulo —continuó diciendo Catherine—. Para horror de todos los interesados, me casé con él vestida aún de luto, y poco después lo enviaron también a la guerra.

—Eres la mujer del puente —aventuré, pese a que había ciertas discrepancias entre los datos.

—Veo que mi «ex» te contó esa historia absurda —dijo—. Ignoraba lo que todo aquello significaba para él, pero una voz interior me indicó lo que debía hacer.

—Me pregunto quién sería la mujer de la ventana —susurré distraídamente.

—Su madre, por supuesto —afirmó Catherine con naturalidad.

—¡Jesús bendito! —exclamé. Me senté en la cama y busqué a la desesperada otro cigarrillo—. Ésta es la razón por la que no soy curioso —le dije—, me entero de muchas cosas que no querría saber bajo ninguna circunstancia, ¡Jesús!

—Yo no encuentro que sea tan terrible —me reprendió—. Además, ocurrió hace mucho tiempo. Trahearne se comporta como si tuviera una gran importancia sólo porque nunca se ha atrevido a escribir sobre ello.

—Retomemos el hilo de la guerra —supliqué—, lo entiendo mucho mejor.

—Fueron cuatro largos años de dolorosa lealtad —dijo—, y quince años más en los que mi marido acumuló sentimientos de culpa porque yo le era fiel y él, sencillamente, no podía corresponderme. No creo que me importase que fuera de putas, ¿sabes?, o al menos no me afectaba tanto como los arranques de cólera culpable, durante los que me convertía en objeto de todo su odio. Te aseguro que no fue una vida fácil. —Me quitó de manera mecánica el cigarrillo que estaba fumando—. Un día, hace un par de años, me telefoneó desde Sun Valley para comunicarme que pensaba divorciarse de mí. No me sorprendió; ya había actuado así anteriormente. Esta vez, no obstante, siguió adelante con el plan, y debo decir que pagó un alto precio por ello. Lo despellejé, según sus propias palabras, como un oso pardo despelleja un salmón: dejé al pez con los ojos y la raspa. En otra ocasión habría bastado para que regresara, pero cuando tomó conciencia de la magnitud del expolio ya se había vuelto a casar. Ahora tiene una mujer que es tan irreflexivamente infiel como él, así que no necesita sentirse culpable, y en dos años no ha escrito una frase digna de ser publicada. Sospecho que eso lo saca de sus casillas.

—Y tú vives con su madre —dije con perplejidad.

—Edna fue muy amable conmigo todos aquellos años —me explicó Catherine—, era lo menos que podía hacer. Se portó como una madre, más de lo que lo fue nunca la auténtica, y además viviendo en su casa puedo vigilar de cerca a Trahearne. Ahora mismo tengo libertad, más dinero del que seré capaz de gastar hasta el día de mi muerte, y encima he sido vengada. —Hizo una pausa y dio media vuelta para abrazarme, sentenciando—: No creas a nadie que te diga que la venganza no es dulce.

—Continúas amando a ese viejo sinvergüenza —dije.

—Por descontado —respondió, sentándose a horcajadas sobre mis caderas—, pero también adoro esto. Espero que no te moleste.

Las complicaciones y la confusión me preocupaban un poco, pero Catherine era una mujer tierna y cariñosa, con una pasión inflamada por los muchos años que la había mantenido a raya, así que durante la noche no pareció molestarme en lo más mínimo. Por la mañana, sin embargo, al ver que abandonaba el hotel y trasladaba sus bolsas de viaje a mi apartamento, me asaltaron algunas dudas. De cualquier modo, los tres días siguientes opté por obviarlas. Preparaba el desayuno mejor que Trahearne y con ella la convivencia era más fácil, aunque debo admitir que me sentí aliviado cuando anunció que tenía que tomar el avión de Seattle y de allí a su casa. Hasta que llegamos a la terminal del aeropuerto no me di cuenta de lo mucho que iba a echarla de menos.

—En algún punto lo nuestro dejó de ser una aventura de fin de semana —dije, mientras veíamos desembarcar a los pasajeros del vuelo de ida.

—Lo sé, lo sé —respondió Catherine, apretándome la mano con rabia—. Te parecerá una frase terriblemente trillada, pero ojalá te hubiera conocido hace veinte

años... Bueno, no sólo es una frase trillada, sino una mentira. Treinta años se acercaría más a la realidad, aunque entonces aún no habías estrenado tu primer pantalón largo.

—Yo nací viejo —murmuré, pero no me hizo caso.

—Tú o alguien como tú podría haberme salvado de este maldito martirio emocional que elegí sin pensar —dijo en tono de acritud. Era la hora de irse, y me obsequió con una inclinación de la mejilla para intercambiar un fraternal beso de despedida—. Fingiremos que has sido un amante anónimo que me ligué en un bar de copas —propuso.

—Como desees.

—Digámonos adiós aquí —ordenó, volviendo a inclinar la mejilla hacia mí.

—Al diablo —me rebelé.

La aferré por los hombros y la besé en la boca, con tanta intensidad que se desdibujaron las minuciosas líneas de sus labios, se le deshizo el peinado y dejó caer el equipaje de mano.

—Eres un cabrón —farfulló cuando hubo recuperado el aliento y recogido la bolsa. Una mancha de rubor semejante a una llama recorrió su esbelto cuello, imprimiendo en sus pómulos una sombra atractivamente encendida. Estiró la mano para secar mi boca y repitió—: Eres un cabronazo. Éste ha sido el último.

Pasó por el control de seguridad y abordó el avión sin mirar atrás. Mientras subía por la escalerilla, contuve una oleada de dolor sordo y seguí también mi camino.

Nadie vive eternamente, nadie se mantiene joven el tiempo deseado. Mi pasado se me antojó plomizo como un exceso de equipaje, el futuro una serie de largas despedidas y el presente una petaca vacía, con el último buen sorbo agriado ya en mi lengua. Ella amaba todavía a Trahearne, atesoraba su secreta fidelidad como si fuera un bonsái japonés, más diminuto y perfecto que una taza de porcelana, perdido en el confín sombrío, enmalezado, de un jardín antaño impoluto que finalmente se hubiera llenado de hierbajos.

Después de la marcha de Catherine, deambulé varios días en una gris nebulosa, diciéndome a mí mismo que era un imbécil y tratando de disolver, con cantidades medidas de whisky, la losa que me oprimía el pecho. El verano había empezado en Montana, situada lo suficientemente al norte como para que junio se asemejase a un abril cruel. Los cielos azules imperaron estúpidamente, las verdes montañas rutilaban como espejismos, y el sol salía cada mañana para examinar mi rostro con la mirada vacua pero entrañable de un niño retrasado. Viajé hasta Elko en un intento por encontrar un paisaje más acorde con mi humor, pero el desierto había florecido tras la lluvia primaveral, y predominaban las noches frescas y cuajadas de estrellas. Metí los ochenta y siete dólares de Rosie en la ranura de una máquina tragaperras y gané un

premio de quinientos dólares. Huí de inmediato al sitio más deprimente del Oeste, la terminal de autobuses de Salt Lake City, donde bebí Four Roses de un botellín de medio litro envuelto en una bolsa de papel. Ni siquiera conseguí que me detuvieran, así que me dirigí a Pocatello para engullir Coors como un cerdo en el abrevadero junto a una pandilla de simpatizantes mormones, y pensé en provocar una pelea, pero no me vi con ánimos. Al final, sin haber sufrido ni un arañazo, me encaminé de nuevo al norte, hacia Meriwether, como un jinete vagabundo en busca de un rodeo de primavera.

Una de las ventajas de mi profesión era que no me predisponía a llorar los amores perdidos durante mucho tiempo. De vuelta en la ciudad, trabajé en un par de divorcios y confisqué algunos televisores en familias donde los conflictos domésticos eran la principal moneda de cambio. Aquello actuó como un hechizo. Mi cinismo se restableció, y la cuenta bancaria se mantuvo viento en popa. Una tarde, Trahearne me llamó.

—Hola, siento haberme ido de la cabaña en aquel arrebato de furia —dijo.

—A mí me pareció el desgarrar de un músico de *funky blues*—repuse.

—Siempre con tus bromas, Sughrue —protestó—. ¿Cuándo piensas venir para recoger a tu condenado perro?

—¿Mi perro? —dije—. Tú lo robaste, viejo amigo, y ahora tienes que traérmelo.

—Ni hablar. Pienso quedarme en casa todo el tiempo que pueda —afirmó.

—¿Cómo está Fireball?

—La última vez que lo vi, era el toro bravo de estos bosques.

—¿La última vez?

—Sí, se encariñó con Melinda como si fuera una hermana reencontrada tras largos años de separación —dijo Trahearne—, y han hecho una pequeña escapada juntos. Ya sabes cómo le gusta viajar a Fireball.

—Con todos los lujos —respondí—. Si pasan por estos contornos, quizá Melinda podría dejármelo.

—Temo que queda muy lejos de su ruta —explicó el hombre con demasiada precipitación.

—No sabes dónde está, ¿verdad?

—No, no del todo —reconoció—, pero da lo mismo.

—¿Quieres que la busque?

—No se ha perdido.

—Tampoco tú estabas perdido —repliqué—, pero aun así te localicé.

—Sí, muchas gracias —dijo. A través del teléfono, su supuesto aire socarrón me recordó el resoplar de un búfalo herido—. ¿Qué pasa, te aburres en el sitio donde estás?

—Nací aburrido.

—Bien, ¡diantre!, pues ven aquí y ayúdame a seguir con la abstinencia —me propuso, en un tono que casi parecía serio.

—¿Eso no sería como pretender que el tullido guíe al cojo, o algo parecido?

—Me desenvuelvo muy bien por mi cuenta —dijo el grandullón—. Casi estoy

preparado para volver al trabajo.

—Tu público te espera con ansiedad —contesté—. Oye, dicen que eres un prototipo literario. ¿Qué demonios significa?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Quizás es sólo una expresión biensonante.

—Genial —dije—. Hazme una llamada cuando vuelva Melinda con mi perro, e iré a pasar un fin de semana con vosotros.

—De acuerdo —aceptó Trahearne con voz jovial.

Luego parloteamos despreocupadamente sobre el tiempo, nuestros planes de ir juntos a pescar y las muy diversas frivolidades que permiten a la compañía telefónica mantenerse en la cresta de la ola. Hasta que hube colgado el auricular no pensé en Catherine, lo que significaba —o así lo presumí— que me había curado. Como se suele decir, di un suspiro de alivio. Cuando cuento a la gente que nunca me he casado, eludo mencionar el hecho de que he estado prometido unas cuarenta veces.

Una vez decidí que había superado la añoranza, sin embargo, el pie empezó a picarme tan fuerte que tuve que quitarme la bota. Me lo rasqué salvajemente, pero la comezón era más profunda de lo que nunca podría haber mitigado con menos de ochocientos kilómetros de carretera. Me puse de nuevo al aparato y llamé a todos los pagadores de fianzas que conocía, pero ninguno tenía prófugos a los que dar caza. Luego ensayé los recursos habituales, como dar vueltas por mi sucinto despacho, tres pasos en una dirección y cuatro en la otra. También me armé con un vaso e intenté escuchar al consejero matrimonial del habitáculo contiguo, mas las paredes de metal no facilitaban la reproducción verbal. Mi despacho se encuentra en una casa móvil de doble ancho que comparto con el consejero, el cual me proporciona innumerables casos, y dos agentes inmobiliarios de aspecto sospechoso. Ninguno de mis vecinos brillaba por su locuacidad, de manera que descorrí las cortinillas de plástico para contemplar las vistas. No obstante, ¿cuánto rato puede uno pasar mirando un callejón y un desvencijado Dempster Dumpster colocado detrás de una tienda de saldos? Pensé en salir a hablar con la inepta secretaria de turno que pagábamos entre los cuatro, pero ella me contactó antes de que cruzara la puerta.

—Tiene una llamada —dijo.

—¿Quién es?

—Una conferencia de larga distancia —me informó con voz cantarina.

—El tiempo y la distancia llaman mucho...

—¿Señor?

—Déjelo —le dije—. Si no es a cobro revertido, pásame esa llamada.

—¡Vaya! —balbuceó la secretaria—. Lo siento, señor, pero según parece se ha cortado la comunicación. —Eso equivalía a decir que, una vez más, se había olvidado de accionar el botón de espera—. Quizás el abonado vuelva a intentarlo.

En efecto, el abonado telefoneó de nuevo. Era Rosie. Antes de que pudiera ni

siquiera saludarla, me espetó:

—Te dije que no había muerto.

—Sí, me lo dijiste —respondí. La picazón ascendió por mi pierna y fue escarbando bajo la epidermis hasta llegar a los omóplatos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Me ha telefoneado Jimmy Joe para contarme que esta mañana ha recibido una postal suya —me aclaró—, con el matasellos de Denver.

—¿Está seguro de que es su letra?

—Tiene que serlo —dijo Rosie—. ¿Quién nos gastaría una broma tan macabra?

—No lo sé —admití.

—Me ha leído el texto y era el estilo de Betty Sue —afirmó.

—No has tenido noticias tuyas en diez años —dije—. ¿Cómo puedes reconocer su estilo?

—Lo conozco y ya está.

—¡Qué me parta un rayo!

—No te fustigues a ti mismo, C. W., un error lo comete cualquiera —declaró Rosie—. ¿Cuánto me cobrarías por ir a interrogar a esa señora que asegura que mi niña está muerta y enterrada?

—Ni un céntimo —dije.

—Venga, hombre, no seas así —insistió.

—Conforme, te enviaré una factura —accedí— si descubro algo nuevo. De todos modos, me gustaría que me hicieras un favor.

—¿De qué se trata?

—Vuelve a llamar a tu ex marido y pídele que me reenvíe la postal a la lista de correos de Fort Collins, Colorado. ¿De acuerdo?

—Dalo por hecho.

—Te telefonearé dentro de un par de días —prometí.

—Si por casualidad la encuentras, dile de mi parte que no tiene que volver a casa obligatoriamente —me rogó Rosie—. Pídele que me llame a cobro revertido; eso es todo. Con sólo escuchar su voz me daré por satisfecha.

—Se lo diré.

—Por cierto —cambió de tema—, ¿cómo está ese bulldog inútil?

—Se encuentra bien, pero echa de menos su hogar. He pensado que, si quieres, un día de estos te lo podría acercar.

—Supongo que será lo mejor —dijo Rosie—. Y escucha, lamento enormemente haber sido tan desagradable contigo aquel día... cuando...

—No te preocupes por eso —repuse—. Cuídate mucho.

—Tú también, muchacho.

En menos de una hora, tenía mi El Camino cargado y rodando con destino a Colorado.

En las catorce horas de trayecto tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre los acontecimientos, como aquella postal tan sumamente oportuna y la paliza que me habían infligido en mi último viaje a Colorado, pero aun así todo carecía de sentido. Probablemente, ni aunque hubiera dispuesto de catorce años en vez de catorce horas habría logrado desentrañarlo. No es así como trabajo. Mi antiguo socio me había encontrado cierto día en un bar, elucubrando en torno a un intrincado caso de divorcio que me tenía muy desconcertado —no conseguía averiguar quién le hacía qué al otro—, y me aconsejó que dejase ya de cavilar y sacara mi culo a la calle hasta echar el guante a alguien. Desde luego mi socio había bebido, pero, borracho o sobrio, era un detective de divorcios fenomenal.

Ahora estaba en la carretera, no en la calle, y no tenía ni idea de a quién debía echar el guante. O bien Selma Hinds había mentido, por razones que parecían fuera de toda lógica, o era ella la engañada, lo cual resultaba todavía más absurdo. Si había mentido y se empeñaba en mantener esa postura, yo tenía las manos atadas. A diferencia de Jackson, Selma Hinds era una ciudadana respetable, y si le ponía un dedo encima se ampararía a gritos en la justicia y seguramente acabaría en chirona, en la prisión del condado de Canon City, cumpliendo de veinte años a cadena perpetua. Ni sabía lo que estaba ocurriendo, ni entendía una sola palabra, ni tampoco me gustaba en lo más mínimo. Tal vez por ese motivo lo primero que metí en el equipaje fueron mis armas. Si el cerebro se bloquea, una pistola nunca está de más. Puede ser una buena ayuda.

Tal y como se desarrollaron los hechos, no obstante, mi preocupación y mis cábalas fueron en vano. Cuando salí de la carretera de Poudre Canyon allí donde nacía el sendero de Selma Hinds, aparqué detrás de un Volkswagen rojo descapotable con matrícula de Montana y una abolladura lateral en el parachoques delantero. Al principié me pregunté qué demonios hacía Melinda Trahearne en casa de Selma, aunque enseguida se impuso otra pregunta: ¿cómo había podido ser tan tonto y tan ciego? Aquel maldito loco de Trahearne me había manipulado a su antojo desde el momento en que lo encontré en el local de Rosie. Quizá la farsa empezó incluso antes, lo que explicaría la larga y demencial peregrinación por los bares, explicaría por qué había sido tan fácil seguirlo y tan dificultoso darle alcance, la razón por la que el hombretón esperaba justamente en casa de Rosie. Quería que buscase a Betty Sue Flowers, que husmeara en su pasado como un perro hambriento, sacando a la luz los huesos enterrados y arrancando la carne de su vida, para así tener una excusa con la que justificar el sabor amargo de su propia boca, el hedor de corrupción de su nariz. Si no me hubiera empecinado tanto en la búsqueda de Betty Sue, habría visto su rostro en el de Melinda desde el primer día. ¡Condenado Trahearne! Me había hecho saltar a diestro y siniestro como si fuese una ridícula pelotita de goma sujeta a

una cuerda elástica, y comprenderlo ahora me producía un cansancio tan hondo que ni siquiera me importaba quién manejaba la pala... Lo único que deseaba era soltarme de mi atadura.

Selma y Melinda estaban arrodilladas desmalezando el jardín, y los ecos que proyectaban en el risco sus rítmicas voces y risas semejaban otras tantas campanadas al viento. En el borde del recinto, acurrucado en una suave concavidad, Fireball dormía entre pinaza seca. El resto de los canes también dormía, en una perrera cercada con alambre más allá de las pequeñas jaulas.

—Disculpen, señoras —dije tras detenerme en un extremo del jardín.

Las dos mujeres cesaron en su tarea, se enderezaron y se volvieron hacia mí. La cara de Selma exhibía la misma expresión bondadosa, aunque ahora su mirada parecía estar pintada sobre una piedra, pasiva y permanente. Sin embargo, cuando me reconoció su semblante se rompió en mil fragmentos, desencajado y espantado como el de un ciervo a punto de echar a correr. Melinda suspiró y se relajó, con los ojos invadidos por la paciencia de una eterna víctima.

—En el fondo, sabía que vendrías —dijo, olvidado el trato formal de nuestra última conversación—. Creo que te estaba esperando. ¿Cómo lo ha descubierto Trahearne?

—¿Qué tenía que descubrir? —repliqué—. Me ha enviado tu madre.

—¡Pero si su madre soy yo! —protestó Selma con voz lastimera.

—¿No le dijiste que había muerto? —me preguntó Melinda.

—Se negó a creerme —dije—. Y además, le mandaste aquella postal a tu padre.

—¿Qué postal? —inquirió ella, visiblemente asombrada.

—Yo soy su madre —repitió Selma mientras intentaba recobrar la compostura.

—Si no fuiste tú lo hizo algún otro —insistí—, puede que Trahearne o tus amigos de Denver. El caso es que escribieron la postal para que Rosie supiera que estás viva y, de paso, para que yo viniera aquí. No acierto a comprender por qué.

—Yo tampoco —dijo Melinda—. En la actualidad ya no me busca nadie, a excepción de mi madre.

—Tu madre soy yo —gritó Selma, al tiempo que caía de rodillas, llorando, sobre el blando y oscuro suelo.

—Vamos, debes tranquilizarte —susurró Melinda, y apretó la cabeza de Selma contra su muslo.

—Dile que pagaré... que pagaré lo que sea preciso por su silencio —farfulló la mujer entre sollozos—. Lo que sea.

—Escucha —dije—, en lo que a mí concierne, Betty Sue Flowers está muerta. Sólo he subido por esa dichosa cuesta para confirmarlo. Si quieres que tu madre crea que has fallecido, depende únicamente de tu conciencia, y si decides actuar como si

Trahearne no conociera tu identidad, es algo que quedará entre vosotros dos. Yo regreso a casa.

—Pagaré lo que sea —gimoteó Selma.

—Silencio —le ordenó Melinda en tono amable—. Tenía que pasar más tarde o más temprano. No sufras, todo irá bien. —Me miró a los ojos y añadió—: Por favor, espérame unos minutos. Nos veremos al final del camino. Ahora tengo que llevar a Selma dentro y calmarla, pero te ruego que me esperes. Debo hablar contigo.

—Sólo vas a contarme cosas que preferiría ignorar —dije.

—¡Pagaré! —vociferó Selma Hinds.

Los perros del cercado se despertaron y empezaron a ladrar, lo que a su vez sacó a Fireball de su plácido sopor bajo el sol. El bulldog bostezó, aún aturdido, olisqueó el aire y corrió a saludarme. Mientras le rascaba la cabeza, Melinda ayudó a Selma a ponerse en pie y la acompañó hasta la cabaña. Cuando vi que entraban, emprendí el camino de descenso.

—Espérame —volvió a decir Melinda desde la puerta—, te lo pido por favor.

—De acuerdo —respondí en el linde del claro.

Fireball me siguió sendero abajo, avanzando con paso firme entre el sol y la sombra, con el hocico alzado en el aire matutino como si oliera a cerveza.

—No hay drogas en la montaña —le dije, y aceleró la marcha.

Al llegar al pie del camino, crucé la carretera para lavarme la cara en el río y, de ese modo, diluir los kilómetros recorridos con agua fría. Fireball me lanzó una torva mirada y dio unos rápidos lengüetazos, sacudiendo la cabeza como si el agua le horrorizase. Atravesamos nuevamente la calzada y le ofrecí una cerveza. Ambos nos la habíamos ganado.

Me desperté, con la lata caliente en la mano, a primera hora de la tarde. Melinda estaba en el asiento del pasajero, equipada ahora con botas de senderismo, unos shorts y una camiseta sin mangas. Se diría que había desechado la ropa holgada para enseñarme su verdadera anatomía: unas piernas largas, bien torneadas, de tensa musculatura, y unos pechos altos y turgentes, el tipo de cuerpo con el que sueña todo hombre.

—Dormías tan a gusto que me ha dado pena despertarte —dijo—. Selma no tiene café en casa, pero te he hecho una infusión de hierbas —anunció, blandiendo un termo ante mí.

—Prefiero tomar otra cerveza —afirmé—. No quiero estar demasiado saludable.

Mientras me hacía con una nueva lata, Melinda preguntó:

—¿Crees entonces que Trahearne lo sabe?

—Guió claramente mis pasos hasta el bar de tu madre, y luego, cuando Rosie me contrató para que te buscara, él apoyó la idea. Debía de tenerlo planeado de antemano.

—Debería haberle dicho la verdad sobre mi... mi vida —comentó, sirviéndose una taza de la floja infusión.

—Sí, deberías habérselo contado —convine con ella—. En el transcurso de mis pesquisas, tuvo la gloriosa oportunidad de ver tu debut cinematográfico.

Melinda emitió un suspiro.

—¡Ay, pobre! Pobre marido mío. Ahora ya nunca me creerá.

—¿Con respecto a qué?

—Tengo que viajar con frecuencia, básicamente porque necesito mi parcela de soledad —dijo—, y él está empeñado en que... en que me acuesto con otros hombres cuando me alejo de casa. —Al ver que yo callaba, añadió—: Y no es verdad. Es Trahearne quien quiere que lo sea. Lo sé muy bien, y de hecho me da igual, pero no me meto en líos de cama.

—Lo que tú digas.

—No parece estar muy convencido —señaló.

—Lo cierto es que no me interesa —dije— y, en cualquier caso, no es de mi incumbencia lo que hagáis o dejéis de hacer ninguno de los dos. ¿Entendido?

—¿Ni siquiera te interesa por qué tuvo que morir Betty Sue?

—En absoluto.

—Ellos vinieron a por mí —me lo explicó a pesar de todo—, y fingí que había muerto para que me dejaran en paz.

—«Ellos» son Randall Jackson y los matones de Denver —puntualicé.

—¿Les conoces? —preguntó Melinda, otra vez llena de asombro.

—Íntimamente.

—Estuve en la cárcel —dijo, en actitud desafiante— y...

—Lo sé —la interrumpí—. Te detuvieron por prostitución callejera.

—En prisión perdí quince kilos, medio kilo al día —continuó Melinda como si no me hubiera oído—. Selma visitó la penitenciaría durante mi encierro, y acepté vivir un tiempo con ella, pero antes tuve que pasar por casa de Jack para recoger algunas cosas, libros y otros objetos, así que me vio, ya sabes, sin un gramo de grasa, y me puso a trabajar con esa gentuza horrible. No era ni mucho menos como los tiempos de San Francisco (entonces nos colocábamos por pura diversión, y ganábamos cuatro cuartos para comprar pan y estupefacientes); aquello era un negocio organizado, y me hicieron ir al hospital por esa cicatriz que tenía... Me eliminaron la cicatriz en una operación de cirugía estética, que les costó un dineral, y después se negaron a dejar que me fuera. Imagino que me entiendes.

—Palabra por palabra.

—Al final robé una pequeña suma de la cartera de Jack y vine a refugiarme aquí, pero al cabo de un par de semanas aparecieron detrás de mí, tuve que esconderme en el bosque y Selma se vio obligada a mentir; ella odia los embustes, por cierto, lo pasó fatal mintiéndote la última vez. Inesperadamente, ese mismo verano su hija murió ahogada y decidió decirle al sheriff que era yo, de tal manera que pude empezar de nuevo, ¿sabes?, pude hacer como si todo aquello no hubiera ocurrido jamás. ¿Tan difícil es comprenderlo? —Depositó con suavidad en el salpicadero la taza del termo y rompió a llorar—. Pero a ti no te importa, claro —dijo sollozando, con la cara oculta entre las manos.

Yo estaba hasta la coronilla de presenciar llantos femeninos.

—¡Por todos los malditos santos del cielo! —renegué, a la vez que arrojaba la lata de cerveza sin terminar, por la portezuela abierta, al otro lado del camino—. Tu madre me pagó ochenta y siete dólares para que te buscara —dije—, te he perseguido por toda la puta región, y aún no sé si lo hice por Rosie, por mí mismo o por la imagen que me había formado de ti, pero estoy jodidamente seguro de que no fue por ochenta y siete dólares de mierda, de modo que no te atrevas a decirme que no me importa, ¡coño!

—Lo siento. —Melinda esbozó una risa nerviosa, apartó las manos y empezó a enjugarse las lágrimas—. Estaba tan inmersa en mis propios problemas, que no he valorado todos los esfuerzos que tuviste que hacer para encontrarme.

—No lo sabías —dije adustamente.

—Lo intuí sin saberlo —repuso con una sonrisa.

—Eso es una majadería.

—Eres adorable cuando te enfadas, C. W. —comentó.

Bajé de la camioneta y la emprendí a puntapiés con las rocas del suelo, levantando una nube de polvo que estuvo a punto de asfixiarme.

—¿Qué hacemos ahora? —dije, de vuelta en mi asiento.

—Sinceramente, no tengo ni idea —repuso Melinda—. Necesito un poco de tiempo para analizar la situación. Éste fue siempre mi peor defecto, hacer un montón de cosas sin haberlo pensado antes.

—A pesar de lo que he dicho en la cabaña, tengo que darle alguna explicación a tu madre.

—¿No puedes esperar unos días? —me pidió—. Será sólo hasta que haya aclarado todo esto con Trahearne.

—Debo llamar a Rosie mañana —la informé.

—De acuerdo, hablaré con Trahearne esta noche —dijo—. No me entusiasma recurrir al teléfono, pero, si ya conoce mi pasado, deduzco lo que opina sobre el tema. Vuelve mañana; nos reuniremos aquí mismo hacia las diez. Creo que es preferible que no subas al risco... ya sabes, en atención a Selma. Todo lo sucedido le ha

afectado terriblemente. Enterró a su hija con mi nombre y, de los muchos favores que le debo, no existe ninguno mayor. Me devolvió la vida, por así decir, y es lo máximo que una persona puede hacer por un semejante. En ocasiones yo me siento igual con respecto a Trahearne, siento que le puedo ayudar a recuperar su vida, rescatarle de esas dos monstruosas mujeres que le han mantenido cautivo tantos años. Ya las has visto, o sea que entiendes a qué me refiero.

—Puede que lo entienda y puede que no —contesté—. ¿Qué más da? De todos modos, hay algo que me gustaría preguntarte.

—Creía que no querías saber nada —dijo Melinda, sonriendo con ironía. Me extrañó no haber advertido antes lo bonita que era su sonrisa—. Pensaba que la curiosidad no era tu fuerte.

—No seas sabihonda —respondí— y dime por qué escapaste la primera vez.

—¡Ajá! Veo que no lo sabes todo.

—Ni mucho menos.

—Me quedé embarazada —explicó—, y mi novio me llevó a San Francisco para abortar. A la salida del hotel donde me intervinieron tuve una hemorragia (es la vieja historia de siempre, como sin duda sabes, tan vieja que casi parece un tópico hasta que te ocurre a ti), y él puso pies en polvorosa, abandonándome medio desangrada en la escalera del servicio de urgencias del hospital Franklin. Me dejó tirada y se dio a la fuga...

—¿Hablas de Albert Griffith? —la interrumpí.

—Veo que te has informado bien —dijo Melinda—. Detuvieron la hemorragia, por supuesto, pero desarrollé una septicemia galopante y tuvieron que hacerme una histerectomía para cortar la infección. Una maravilla, ¿no crees? Había dejado el bolso en el coche de Albert y mentí sobre mi nombre y sobre la edad, por lo que no quedó constancia escrita del caso. Me daba miedo que alguien llegase a saberlo, miedo y, lo admito, también vergüenza. Sea como fuere, cuando recibí el alta en el hospital había estado demasiado tiempo ausente para volver a casa, o fue lo que pensé entonces, de manera que vagué por las calles del Haight hasta que Jack me recogió, y después pasaron tantos desastres más que no podría haberme enfrentado a la idea de presentarme allí de nuevo, ni siquiera al enterarme de que Bubba había caído en Vietnam.

—¿Bubba era el apodo de tu hermano Lonnie?

—Sí.

—Tu hermano pequeño también ha muerto.

—Lo sé —dijo Melinda en un susurro—. De vez en cuando regreso anónimamente para dar una vuelta por Sonoma, y la noticia llegó a mis oídos. Fue otro de los momentos en los que me planteé volver a casa.

—Deberías haberlo hecho de buen comienzo —declaré—. Habrías ahorrado

muchos sinsabores a más de una persona, incluida ti misma.

—Soy consciente —respondió—. Dios, ¿cómo no iba serlo? Pero mi padre se había largado y le importaba todo un comino, hasta el punto de que una vez le llamé y se me quitó de encima, y mi madre era una golfa...

—No sigas por ahí —le advertí, y ella me consultó con los ojos.

—Supongo que no tengo derecho a juzgarla, ¿verdad?

—Ni aunque hubieras llevado la vida de una vestal —dije.

—Tienes razón —reconoció, suspirando—. Sin embargo, en aquella época me parecía muy importante. Mi madre intentó aparentar que el divorcio de papá la dejaba impasible, pero pronto me di cuenta de que no era verdad. Empezó a hacer excesos con el alcohol y a meter hombres en la caravana, mientras yo, acostada en mi dormitorio de la parte trasera, les oía reír y follar y me decía a mí misma que si dejaba de comportarse de ese modo mi padre regresaría a casa, lo cual era una tontería, puesto que tampoco me había hecho ningún caso en los años que vivió con nosotros. La vez número novecientos que papá me miró como si fuera una desconocida, llegué a la conclusión de que me habían adoptado. Presumo que todas las criaturas reaccionan así.

—Es una salida fácil —dije.

—Y ocurrió hace ya tanto tiempo... —musitó Melinda.

—Ahora has vuelto a revivirlo.

—¿Sabes lo que te digo? Creo que me alegro —me confesó, dándome unas palmadas en el muslo—. Sí, estoy realmente contenta de que todo haya pasado.

—Yo también.

—¿Has conducido sin parar desde Montana?

—En efecto.

—Debes de estar agotado —dijo, y acto seguido desplazó la mano de mi muslo a la nuca—. Ve a registrarte en algún hotel, procura descansar —me aconsejó— y vuelve mañana alrededor de las diez. Nos encontraremos aquí abajo, ¿conforme?

—Está bien —contesté, sin poder reprimir un bostezo.

—Has sido muy amable conmigo —afirmó—, conmigo y con todos los demás: Trahearne, Selma, mi madre... Lo cierto es que siempre me ha pasado lo mismo. Cada vez que las cosas se ponen feas, surge alguien en mi vida que me trata mucho mejor de lo que merezco, como tú, Selma, Trahearne, e incluso ese infeliz de Jack con sus métodos retorcidos.

—Quizá lo merezcas más de lo que crees —apunté.

—No es una cuestión de méritos —dijo—, sino algo que ocurre al azar. Nos vemos mañana.

Se inclinó para besarme fugazmente en la comisura de los labios. Fue un beso fraternal, pero su aliento olía a hierbas, a flores secas y a agua de primavera, límpida

y fresca. Cuando susurró de nuevo «hacia las diez», la besé en la boca. Sus labios se separaron levemente, nuestras lenguas se tocaron un breve y eléctrico segundo, y los ojos de ella se abrieron de par en par, oscurecidos en un azul de tormenta. «Lo siento», dijo, disculpándose por algo que no había hecho —algo que ni siquiera se le había pasado por el pensamiento—, y a continuación se apeó de la camioneta, chasqueó los dedos para llamar a Fireball, que emergió algo entumecido de debajo del Volkswagen, y abordaron con brío el empinado sendero.

En aquel instante repentino y somnoliento, tomé conciencia de que, lo quisiera o no, estaba en la cola de la dama y me era indiferente el puesto que ocupase. Me dejé jadeante como un caballo tras una dura cabalgada. Mientras apaciguaba el ánimo en las sinuosas curvas de la carretera de la garganta, me dije a mí mismo que, si no era un poco más cauto, las mujeres de Trahearne iban a destrozarme el corazón, o a cambiarme la vida, o tal vez incluso a acabar conmigo. También me insté a dirigirme al norte, camino de casa, a toda la velocidad que alcanzara mi El Camino, pero no lo hice. Bebí unas cuantas copas en lugar del almuerzo y de la cena, aunque el sabor de aquella boca perduró en la mía cual una dulce forma eucarística antes del vino rancio. A media tarde, me encerré en una habitación del Holiday Inn y me evadí en un sueño tranquilo, con la llamada del despertador esperando como una sentencia de muerte.

La mañana siguiente, el condenado, que había dormido como un bebé y se había duchado como un adolescente arreglándose para una cita, degustó el desayuno más apetitoso que podía servir un Holiday Inn, y luego salió a la calle a fin de contemplar la delicada atmósfera y el cielo azul, limpio y soleado, de las tierras altas. La interestatal 25 pasaba a unos sesenta metros al este, no obstante, y los efluvios del diesel amortiguaron mi momento de placer. A un centenar de kilómetros al sur, en Denver, la nube grisácea de la contaminación se cernía sobre el horizonte como el lomo de una ballena; pero lo que me estropeó definitivamente la mañana fue ver a Trahearne sentado en su destartado Cadillac con una mueca obscena en su faz redonda. Parecía un niño gordo y malicioso.

—¿Se puede saber qué ocurre? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Caramba, chico, he recorrido todos los hoteles de la localidad antes de probar suerte en éste —dijo—. Creía que eras un hombre de buen gusto y que nunca te alojarías en un Holiday Inn.

—Los Holiday Inn se cuentan entre mis mejores amigos —repliqué—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscarte, ¿qué iba a hacer si no? —respondió el grandullón—. Después de nuestra conversación, decidí ir a tu oficina de Meriwether, pero cuando llegué la secretaria me dijo que habías venido a Fort Collins, así que recogí a un par de autostopistas, que me ayudaron con la conducción, hemos viajado toda la noche y aquí me tienes...

Su voz fue perdiendo fuelle, como una de esas muñecas parlantes de cuya cuerda se ha tirado demasiadas veces.

—Dejémonos ya de embustes —dije, una vez hube abierto la portezuela del Caddy y me hube acomodado en su interior—. Basta de mentiras.

—No he podido encontrarla sin ti, hijo —admitió con un suspiro—. No sabía dónde buscar.

—Ya estabas aquí el día que me llamaste, ¿verdad? —inquirí, a lo que él asintió—. ¿Y enviaste una postal a su padre? —Trahearne alzó y agachó la cabeza una sola vez, para luego inclinarla pesadamente sobre el pecho—. ¿Por qué?

—Tengo que saber con quién se ve a mis espaldas —masculló.

—Muy bien —dije—, te lo mostraré.

—¿Te importaría llevar tú el volante? —solicitó.

No parecía haber ninguna necesidad de correr, de modo que aminoré la marcha del descapotable al atravesar el centro. Trahearne no abrió la boca hasta que estuvimos a siete u ocho kilómetros en el lado opuesto de la población, circulando por la carretera de Laramie. Cuando hubimos coronado la primera colina y penetramos en el pequeño valle que se abría en la falda de un cerro sedimentario, dijo algo, pero el viento que azotaba el descapotable hizo sus palabras inaudibles.

—¿Cómo? —le pregunté.

—He pedido perdón.

—No hay perdón que valga, viejo amigo —le dije, y estalló en sollozos—. No me vengas con tus jodidos lloriqueos —le avisé—. ¡Ya es suficiente! ¿Quieres qué te diga cómo reaccionó tu mujer cuando le conté que habías visto aquella película? —Él meneó la cabeza—. Dijo textualmente: «¡Ay, pobre! Pobre marido mío». Es demasiado buena para ti, ¿lo sabías?

—Permita Dios que lo sepa algún día.

Al desviarnos de la carretera 287 para enfilarnos la ruta de Poudre Canyon, le pregunté:

—¿A qué viene esa constante persecución? ¿Qué diablos tenías en la mollera? Y además, ¿cómo sabías qué dirección tomar inicialmente?

—Lo único que tenía en la mente —se justificó— era encontrarla. Viajé de un sitio a otro, conduciendo en círculos y emborrachándome, como sabes, con la esperanza de localizar su paradero pero sin buscarla, si se puede decir así, y cuando me detuve en el Cottontail no fui capaz de... En fin, la putilla te lo habrá explicado.

—¿Qué me tenía que explicar?

—No conseguí que se me levantara —dijo con desaliento.

—La chica ni siquiera se acordaba de ti.

—Eso es aún peor.

—Si quieres ser recordado, mi buen amigo, no frecuentes los burdeles —dije—. ¿Cómo se te ocurrió ir a Sonoma?

—Una de las veces que se fue, en una de sus famosas escapadas —me relató el grandullón—, revolví sus pertenencias y encontré un recorte de prensa de San Francisco con una crítica de la producción de *Antígona*, de Anouilh, por la compañía del Little Theatre. Al leer la descripción de la joven actriz que interpretaba a la protagonista, comprendí que tenía que ser ella. —Hizo una corta pausa—. Siempre he sabido que no era quien decía ser —admitió—, lo intuí desde el primer día. Melinda jamás había estado en el sur de Francia, ni tampoco había visitado Sun Valley hasta aquel verano. Verás, la verdad es que al principio resultaba emocionante desconocer su verdadera identidad. Pero fue como la promesa que me exigió hacerle antes de acceder a casarse conmigo: la novedad se desvaneció rápidamente y empezó a

desquiciarme los nervios.

—¿Qué promesa? —dije, mientras aparcaba el Caddy detrás del Volkswagen de Melinda. Enfrente habían estacionado una deteriorada camioneta gris de la marca General Motors—. ¿Cuál fue la promesa? —repetí.

—Que podría ir y venir a voluntad —farfulló Trahearne—, sin tener que darme cuentas.

—Y ella, a la recíproca, te prometió lo mismo. ¿Acierto?

Trahearne hizo un gesto afirmativo y dio un vistazo a su entorno.

—¿Es aquí donde vive ese hombre? —indagó.

—¿Qué hombre?

—Ya sabes, el tipo con... con el que está saliendo mi esposa.

—Hemos quedado con Melinda en encontrarnos aquí sobre las diez —le informé—. Dejaré que sea ella misma quien te lo explique.

—Eres tú, ¿verdad? —dijo tristemente, más como una aseveración que como una pregunta—. El hombre eres tú.

—Cierra la puta boca, ¿me oyes? —exclamé.

Bajé del vehículo y atravesé la carretera para sentarme a mirar el río.

¡Vaya caso! Esencialmente, el trabajo de un detective privado consiste en encontrar a personas desaparecidas y resolver delitos. En éste, por ahora, era yo el que había perpetrado los delitos más graves —en una gama que iba del robo mayor de un automóvil a una imbecilidad no menos criminal—, y todos los interesados excepto la desdichada Rosie y yo mismo sabían dónde estaba Betty Sue Flowers desde el comienzo. Tenía la extraña sensación de que si no volvía a casa de inmediato, en vez de terminar con una cuenta bancaria engordada por el dinero de Catherine Trahearne, lo único que iba a obtener serían agujeros en las botas y el bolsillo apolillado. Cuanto más pensaba en el asunto, mayor era mi indignación. Me erguí, crucé de nuevo el asfalto y cargué en barrena contra Trahearne.

—Voy a enviarte mi factura, viejo, y aunque te tengas que romper el culo ¡más te vale traer toda la pasta!

—Conforme —respondió dócilmente.

—Y deja de comportarte como un rematado cretino —le recriminé—. Ella está en esa montaña, hospedada en casa de una mujer que una vez le salvó la vida, y ni se ha montado ningún numerito conmigo ni se ha acostado jamás con nadie desde que cometió el colosal error de enamorarse de tu patético trasero.

—Está bien —dijo Trahearne, sin dar el menor crédito a mis palabras.

Tras meditarlo mejor, yo tampoco estaba muy seguro de creerlo. Al igual que la inmensa mayoría de los hombres, ni Trahearne ni yo sabíamos a qué atenernos con una mujer como Melinda, ya que vivíamos atrapados entre los caprichos de nuestra

propia lujuria y un deseo de fidelidad en la pareja tan feroz y primitivo que tenía que ser algo innato, atávico, una fuerza tan incontrolable como una función corporal. Al hacerme esta reflexión, se mitigó la furia contra mi compañero.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las diez y media —dijo.

—No creo que tarde en venir —comenté—. Bebamos el trago de media mañana.

Él fingió sobresaltarse, pero enseguida tanteó debajo del asiento para sacar la botella. Mientras compartíamos el whisky, me pregunté cuántos siglos hacía que los hombres se perdonaban mutuamente sus estupideces alrededor de una bebida alcohólica.

A las once, al ver que Melinda no aparecía, inicié la ascensión hacia la cabaña de Selma. Trahearne me siguió por el sendero a su propio ritmo: diez pasos y un descanso para aspirar, trabajosamente, unas bocanadas de aire.

—Voy a adelantarme —dije— y anunciaré tu presencia, así no les pillaré tan de sorpresa.

—La jodida sorpresa será que llegue hasta allí —bromeó el grandullón mientras yo continuaba. Tras salvar dos recodos cuesta arriba, oía aún sus inhalaciones ahogadas.

Cuando gané el claro, también mis pulmones estaban sobrecargados. Al hacer un alto para reposar un poco, me fijé en un charco negruzco que había en el polvo del camino, flanqueado por unas salpicaduras de sangre seca, y enseguida eché de menos a los perros. En el otro lado del claro, la puerta del cercado estaba abierta, lo mismo que la hilera de jaulas para los animales pequeños.

Fui a la carrera a la cabaña principal, pero estaba vacía, de modo que salí a toda prisa para rodearla. Por fin vi a un chico muy joven que cavaba un gran hoyo con un pico, y a una muchacha arrodillada junto a un montículo inerte de perros, pájaros y bestezuelas peludas. Selma estaba sentada en la parte más alejada del claro, con la espalda apoyada en un pino y una escopeta atravesada en el regazo.

—¿Qué demonios ha pasado? —le pregunté al chico.

Él dio un respingo, y luego salió prestamente del hoyo con el pico enarbolado como si fuera un garrote. Un feo moretón le cerraba el ojo izquierdo, y escupía sangre entre sus dientes rotos.

—Esta vez tendrás que matarme, hijoputa —me retó, al tiempo que avanzaba hacia mí con el pico en alto.

—¡Quieto! —exclamé, levantando las manos y retrocediendo unos pasos. Él no se detuvo. La chica que estaba al pie de la tumba gimió y se tapó la cara con las manos—. Quieto, espera un minuto —insistí, pero el muchacho se acercó aún más—. Tranquilízate, hijo —dije sin dejar de recular—. Yo no he hecho nada.

—¡Les ha guiado hasta aquí! —gritó Selma y, tras incorporarse, apuntó la escopeta de doble cañón más o menos hacia donde yo estaba.

El chico del pico miró con disimulo por detrás de mi hombro, y oí arrastrarse unos pies sobre la tierra rocosa. No me entretuve en comprobar qué significaba la brusca aspiración de aire que sentí a mí espalda; me encogí y rodé por el suelo, vislumbrando borrosamente el balanceo que imprimía una tercera joven al hacha que blandía. Cuando cayó en el punto exacto donde me hallaba segundos antes, el filo topó con una roca y el hacha salió despedida de sus manos. Sin embargo, no apartó la vista de mí, sino que clavó en mi rostro una mirada fulminantemente serena mientras recogía de nuevo el arma. No hay nada como una mujer con un hacha para ponerle a uno en acción. Arrojé un puñado de tierra y piedras al atacante del pico, me levanté lo más deprisa que pude y eché a correr hacia el sendero, con largas zancadas y movimientos esquivos. El hacha pasó sobre mi cabeza silbando y dando vueltas, así que aceleré el paso. En el momento en que alcanzaba el frente arbóreo, Selma disparó el primer cañón y pulverizó un pequeño pino que crecía a mi izquierda. Aunque eludí la descarga, acertó en la diana con el segundo cañón. El borde de la rosa de dispersión me impactó en la región superior derecha, pero, lejos de derribarme, estimuló mi avance. Abandoné raudo el sendero para tomar un atajo improvisado entre los árboles.

La lucha a corta distancia es la clase de táctica en la que hay que adiestrarse bien antes de actuar por reflejo. Una vez se liberan las balas, normalmente no hay mucho tiempo para pensar y apenas el suficiente para reaccionar. Habían transcurrido nueve años desde que comandé una brigada de la Primera División de Caballería Aérea en los montes del centro de Vietnam, y la guerra del Pacífico de mi amigo Trahearne databa todavía de más lejos. Cuando topé con él en el camino, a media pendiente, éramos dos civiles mortalmente asustados, una unidad de combate tan eficaz como una pareja de pollos decapitados.

—Jesús bendito, ¿qué ha pasado? —me preguntó en un susurro entrecortado.

—No lo sé —dije, intentando centrar mis ideas—. Vuelve a la falda del risco —le indiqué—, llévate el coche a uno o dos kilómetros por la carretera asfaltada y, si no he regresado dentro de una hora, ve en busca del sheriff.

—Tengo un rifle en el portaequipajes —ofreció.

—Ya hay suficientes armas en esta escena —dije—. Por favor, límitate a seguir mis instrucciones.

—¿Qué vas a hacer tú? —me interrogó con una mirada de reproche. Siempre que evocaba su guerra, Trahearne se veía a sí mismo al mando.

—Subir de nuevo a esa montaña —declaré— mientras te esfumas a la velocidad del rayo.

—Deja que te acompañe —me imploró.

—Mueve ese culo —le apremié, golpeándole los hombros con las palmas de las manos.

El hombretón se fue en un caos desmadejado. Me interné en la arboleda, trazando un rodeo por el contorno inferior de la cumbre hasta la siguiente vía de desagüe y, después de recorrer un centenar de metros por la cara opuesta del risco, reanudé la senda ascendente hacia el claro. Si hubiera estado en mejor forma física, habría ido en dirección contraria, cuesta arriba, para llegar a mi objetivo. Y si hubiera tenido sentido común, me habría ido derecho a casa.

Quince minutos más tarde, repté hasta el claro por detrás de la cabaña grande. Tres de los habitantes de la casa estaban en el otro extremo, escrutando los árboles colindantes al sendero —Selma con la escopeta, el chico con su pico y la joven enloquecida sin soltar al hacha—, pero la muchacha llorosa continuaba sentada junto a la tumba a medio excavar, sumida aún en un mar de llanto.

El sudor bañaba mi cuerpo tan profusamente que no podía distinguir si mi espalda seguía sangrando, y estaba demasiado agotado para arrastrarme sobre la panza ni un metro más. Me incorporé y me aproximé a la muchacha por detrás lo más silenciosamente posible, con toda la astucia, gracia y sigilo animal de una vieja vaca lechera, pero ella no me oyó hasta que me hube sentado a su lado.

—No tengas miedo —le dije—. No voy a hacerte daño.

Ella cayó desmayada en mis brazos. La levanté delante de mí a modo de escudo, y seguidamente llamé a los otros, que se dieron la vuelta y echaron a andar en mi dirección.

—¡Un paso más y la desnucó! —grité en tono melodramático. Su cuerpo tenía una laxitud tal que podría haberse roto el cuello ella misma. El trío se detuvo, antes de dar un titubeante paso al frente—. ¡Tirad toda esa chatarra! —El chico, aunque a regañadientes, arrojó el pico al suelo y Selma posó la escopeta a sus pies, pero la joven del hacha mantuvo su arma equilibrada sobre el hombro—. Tienes que desprenderte de eso, cariño —le dije.

—Yo no soy tu *cariño*, hijo de la gran puta —replicó sin amedrentarse, agarrando fuertemente el astil del hacha.

—Por favor, jovencita, depón tu arma ahora mismo —atronó Trahearne desde el sendero, en una inesperada aparición.

Caminaba torpemente, tenía las mejillas muy encendidas y la camisa empapada en sudor, pero aun así avanzó con determinación, portando una especie de fusil antidisturbios, el arma más espantosa que había visto nunca: un rifle Remington de repetición del calibre 12, con cargador de ocho proyectiles, cañón de quinientos milímetros, empuñadura de pistola y una funda metálica que recubría la culata, el receptor y el cañón. Conocía sus características porque había tenido uno idéntico.

—Por favor —volvió a decir el grandullón.

La joven dejó caer el filo del hacha sobre la tierra, al lado de su zapatilla de tenis, si bien continuó sujetando el astil. Yo estaba más que dispuesto a conformarme con ese gesto. Sin las armas, Selma y el muchacho perdieron el espíritu hostil y sus hombros se desinflaron como sacos vacíos, mientras que la chica se mantuvo enhiesta y desafiante. Incluso se atrevió a escupir en el suelo, cerca de mí. Yo no podría haber escupido ni aunque me fuese en ello la vida. Alcé en volandas a la muchacha inconsciente y me encaminé a la cabaña.

—¿De dónde coño has salido? —le pregunté a Trahearne.

—No lo sé —dijo—, pero dondequiera que fuese he tenido que hacer una caminata infernal. —Una sonrisa iluminó su fatigado rostro.

—Vayamos a la casa para sentarnos —les propuse a todos.

Trasladé a la muchacha desmayada hacia la cabaña principal, y los otros me siguieron como una fila de patos.

—Se presentaron al anochecer —explicó Selma, al tiempo que se toqueteaba un pómulo hinchado—; vinieron por la montaña empuñando revólveres con silenciador y empezaron a disparar a los perros. Les abatieron a ellos y a algunos de los animalitos de las jaulas, y después se llevaron a Melinda. —Apartó la mano de la mejilla para acariciar la frente de la chica que descansaba en su regazo. Su voz sonaba tan distante, tan hueca, que el interior de la cabaña pareció ensombrecerse con su relato—. Benjamín intentó impedirselo, pero le pegaron hasta dejarle sin sentido, y uno de ellos me golpeó cuando quise auxiliarle.

—Debería haber estado aquí —dijo la otra chica, tan enrabiada que estampó contra el suelo la hoja del hacha.

—Te habrían herido a ti también —musitó Selma—. Me alegro de que estuvieras ausente. —Me miró y añadió—: Melinda les dijo una y otra vez que iría con ellos, que les acompañaría voluntariamente, pero aquellos hombres no cesaban de reír, de apalear al pobre Benjamín y de disparar a los perros.

—¿Mataron al bulldog? —indagué, aunque conocía ya la respuesta.

—Le pegaron un tiro en la tripa —explicó la joven del hacha—, pero tanto él como la perra coja estaban vivos esta mañana cuando he salido del hospital veterinario de la universidad.

—Van a pagarlo muy caro —dije.

—Por el amor de Dios, ¿y que hay del secuestro de mi mujer? —protestó Trahearne.

—Eso también —afirmé—. Pagarán por todo lo que han hecho. —Me enderecé antes de proseguir—. ¿Cuántos eran?

—Cuatro —respondió Selma.

—¿Uno de ellos era un sujeto corpulento, un mejicano con cara de boxeador?

—Parecían todos gigantescos —comentó Selma, algo desorientada— y llevaban pasamontañas.

—No han llamado al sheriff, ¿verdad? —inquirí.

—Dijeron que matarían a Melinda si lo hacíamos, y que luego volverían para eliminarnos a todos —contestó—. Yo les creí. Debería haberles visto masacrar a los perros, a los cuervos, a los halcones y al lince rojo dentro de sus jaulas. Creí cada palabra, y por consiguiente no avisé al sheriff. —Alzó la mano para tocarse la cara, palpando la magulladura como si fuese una herida del alma—. ¿Qué más podíamos hacer? —se lamentó—. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Podéis estar seguros de que yo voy a hacer algo —amenazó Trahearne, enarbolando el rifle como si fuese un icono sagrado, el estandarte bélico de su *yihad* particular.

—Intenta relajarte —le dije. Él me lanzó una mirada furibunda, y después se incorporó y anduvo de un lado a otro de la cabaña, observando con inquina, a través de su rolliza nariz, a las docenas de gatos durmientes. Entretanto, yo pregunté a Selma—: ¿Por qué me han agredido hace un rato?

—Creíamos que fue usted quien les trajo —dijo.

—¿Por qué?

—Era el único que sabía quién era Melinda y dónde estaba —respondió—. ¿Por qué ha vuelto?

—Ella me citó —dije—, para hablar de lo que debía contarle a su... a su madre biológica.

—¿Y qué le va a contar? —me interrogó.

—Lo ignoro —confesé—. Quizá le diga que he ascendido a la montaña y he visto al profeta, aunque si algo sé es que me estoy haciendo viejo para este tipo de despropósitos. —Esbocé una mueca sarcástica, que sin duda armonizaba a la perfección con mi semblante.

—Usted también está herido —dijo Selma con una escueta sonrisa—. Supongo que yo soy la causante.

—No es nada —contesté, desdeñando el dolor al estilo de John Wayne.

—Stacy —pidió Selma a la chica del hacha—, ¿por qué no examinas la herida del señor Sughrue? —La joven apuntaló el arma en el sofá, que no era muy alto, y atravesó la sala con una modosa sonrisa—. Stacy ha estudiado un curso en la escuela de veterinaria.

—Con eso me basta —dije—. Al fin y al cabo, fue un veterinario quien me ayudó a nacer.

Trahearne soltó una carcajada.

—Maldita sea, Sughrue, si fueras un poco más de campo tus pies no entrarían en unos zapatos —bromeó, y volvió a reírse.

Stacy despegó de mi espalda la camisa manchada de sangre seca con agua oxigenada y dedos profesionales, y acto seguido me limpió las heridas. La marca del disparo, mayor de lo que había calculado, dibujaba un círculo desde la base de la nuca hasta la mitad superior del brazo.

—Menos mal que no estaba más cerca —le dije a Selma.

—¿Has vomitado sangre? —preguntó Stacy.

—Últimamente, no —repuse.

—Éste no es momento de hacerse el gracioso —me cortó la chica. Parecía estar talmente en una consulta médica.

—¿Cuántos perdigones hay? —indagué.

—Once —dijo ella cuando terminó de contarlos.

—¿Calibre de proyectil?

—Un siete y medio —me informó Benjamín.

—¿Son de acero o de plomo?

Para contestar a esta pregunta, el joven tuvo que recorrer unos metros, abrir un cajón y leer el texto impreso en la caja de las municiones.

—De acero —dijo.

—Si tienes alguna pomada antibiótica —le sugerí a Stacy— podemos dejar los perdigones dentro durante unos días.

—Tengo unas pinzas quirúrgicas y la anestesia local que utilizo con los animales —dijo—. Podría inmovilizarlos, extraerlos sin complicaciones y luego suturar las heridas.

Estudié su cara por encima del hombro. Tenía los pómulos salientes, la tez morena y los ojos muy oscuros. De no haberla visto en acción con el hacha, la habría catalogado como el prototipo de mujer delicada.

—¡Qué diablos, intentémoslo! —exclamé, y fue a buscar su maletín.

Mientras Stacy hacía su trabajo, Trahearne convenció a Benjamín de que bajase la cuesta y recogiera la botella de whisky. La quería, por descontado, para su consumo y no para mí. A pesar de todo, cuando el muchacho la trajo yo también bebí unos sorbos, y tan pronto como Trahearne engulló el segundo lingotazo, le urgí a darme la botella y la retuve hasta que Stacy acabó de curarme la espalda. La muchacha aplicó el último parche de esparadrapo sobre los puntos de sutura para que no se enredasen en el entretejido de la camisa, y me dio unas ligeras palmadas en el hombro.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Habrá que ir a rescatar a la dama —dije.

—¿Sabes dónde está? —inquirió ansiosamente Trahearne.

—Digamos que sé cómo averiguarlo —respondí.

—¿Necesita mi ayuda? —ofreció Benjamín.

—Lo suscribo —se sumó Stacy.

—Iremos todos juntos —dijo Selma, y la joven dormida rebulló en su regazo.

Era una idea magnífica, llena de romanticismo, que un grupo de justicieros inadaptados salvaran a la princesa, tanto que incluso la sopesé durante un segundo, pero ya habíamos tenido suficientes problemas.

—¿Has servido en el ejército? —le pregunté a Benjamín.

—No, señor —dijo él, cabizbajo.

—En ese caso, te quedarás con Selma —dictaminé— y la ayudarás a reorganizarlo todo por aquí.

—Yo tampoco he hecho el servicio militar —dijo Stacy con una acusada ironía—, pero juro que soy, gramo por gramo, más perversa que cualquier marine que haya pisado nunca el planeta.

—Puedo usarte como señuelo —dije—, pero tendrás que encandilar a un indeseable.

—Será una tarea sencilla —replicó ella, sonriendo—, me he pasado la vida haciéndolo.

—¿No te da miedo? —pregunté.

—Todo el del mundo —dijo Stacy—, pero a una chiflada como yo incluso el miedo le importa un carajo.

—No será nada grato —le advertí.

—Amigo mío, podría ponerte ejemplos de situaciones desagradables que te harían ensortijar las orejas en actitud defensiva —declaró.

—De acuerdo —dije—, estás en el equipo.

—Cuídela bien —me rogó Selma con voz apagada.

—No me pasará nada —dijo Stacy taxativamente, dándome a entender que tenía la firme intención de cuidar de sí misma.

—Tened todos mucha precaución —insistió Selma.

—Se supone que ésa es la esencia de mi profesión —respondí.

Me reí de mi propio comentario, aunque no creo que aquella risa destilara mucha jovialidad. Al dar una mirada a la estancia, vi que ningunos ojos se cruzaban con los míos... salvo los de Trahearne, y me parecieron infinitamente tristes.

Cuando Stacy, Trahearne y yo bajábamos una vez más por el sendero, el hombretón se detuvo para descansar, apoyándose en un afloramiento de piedra.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, y me dio unos golpes en el hombro.

—Lo primero será dejar mi hombro tranquilo —dije. Quería hacer una broma, pero él se lo tomó en serio.

—Disculpa —masculló—. El cielo me confunda, desde la guerra no he hecho nada a derechas.

—Has escalado la montaña cargado con ese rifle —le recordé.

—Cuando he llegado a la cima todo había concluido —señaló, y alzó la vista hacia mí—. ¿De verdad vas a necesitarme? —preguntó.

—Por supuesto que sí —le dije—. Y, sobre todo, a tu dinero de plástico.

—¿Qué esperas que aporte yo? —inquirió Stacy.

—Tu cuerpo núbil.

—Ninguno de vosotros arrancará la flor —replicó la chica con desenvoltura, y tomó la delantera camino abajo.

Tras una tarde de frenética actividad en la ciudad de Denver —alquilar dos coches, comprar un vestido nuevo para Stacy y una peluca y un bigote postizo para mí, además de encontrar una habitación de motel en la planta baja, con un acceso privado, en las inmediaciones del aeropuerto—, lo arreglamos todo a tiempo para que una recién transformada Stacy, con aspecto de tener dieciséis años en lugar de los veinticuatro que constaban en su carnet de conducir, estuviera a la espera en el bar de *topless* Tricky Dickie de la avenida Colfax cuando Jackson hizo su entrada, al término de la jornada laboral. El tipo era un espectáculo de poliéster y sonrisas al llegar al establecimiento en busca de su Vodka Martini y la dosis visual de carne femenina. Tal y como me temía, no obstante, le acompañaba un gorila a sueldo.

Stacy había actuado fantásticamente, como una chica curtida y espabilada. Al principio el camarero de la barra no quiso creerse su edad oficial, y cuando ella le acució a servirle una copa, dijo que no sabía si le convenía aceptar en su local a una prostituta desconocida. Stacy le sacó de su error, y procuró eludir la cuestión erótica hasta que la hubo creído. Así, cuando Jackson entró en escena y se le insinuó, hizo un amago de rechazo.

—Oye, tío —le espetó—, estoy buscando trabajo y no una fiesta para hombres. No quiero tener nada que ver ni con hampones de poca monta, ni con puteros ni con viajantes de comercio, ¿entendido?

—¿Qué clase de trabajo buscas, bonita? —preguntó Jackson.

—El mismo que hacía en el Este —respondió— hasta que me echó el mal tiempo.

—¿El mal tiempo?

—El calor de la pasma, tío.

—¡Ah! La pasma, desde luego —dijo Jackson como si la hubiera entendido desde el comienzo—. ¿Qué... a qué te dedicabas exactamente?

—Actúo en el cine porno, colega —dijo—. ¿Qué pensabas, que firmaba cheques sin fondos, o quizá que reventaba colmados? Quítate de mi vista y déjame en paz de una vez.

—Escucha, nena —susurró Jackson, arrojándose a ella con la excusa de agitar la copa vacía ante el camarero—, tengo ciertos amigos, o mejor dicho socios comerciales, que a veces ruedan películas. Es sólo por diversión.

Stacy rió cínicamente.

—Por diversión y por los beneficios.

—Lo has captado, pequeña.

—E imagino que querrás constatar mis habilidades antes de ponerme en contacto con esos amigos tuyos, ¿no es así?

—¿Por qué no?

—Ya veo. Lárgate con viento fresco, colega —se insolentó la chica—. Si quieres muestras gratuitas llama a una representante de Avon.

—Estoy dispuesto a pagarte —dijo Jackson, no sin reticencia.

—Cien dólares por un «mitad y mitad» —propuso enseguida Stacy—. Tienes aspecto de ser el típico putero que necesita ese estímulo.

—¡Cien dólares! —exclamó el hombre, tan sonoramente que el camarero y la mayoría de los parroquianos volvieron la cabeza.

—Si no puedes pagar la mercancía, amigo, sal de la tienda.

Dicho esto, Stacy volcó toda su atención en la bebida. No sé cómo, se había dado cuenta de que era mejor hacerse la dura con él que derrochar la miel y las promesas habituales en las busconas, y efectivamente su táctica produjo el efecto de un sortilegio.

—De acuerdo —dijo Jackson—. De acuerdo, me parece bien. Hagámoslo.

—Antes tendrás que enseñarme la guita —exigió la muchacha sin ni siquiera mirarle.

El pobre capullo tuvo que extender un talón y soportar la sonrisa malévola del camarero cuando le entregó los billetes. Él le dio el dinero a Stacy y apuró su tercer martini.

—Guárdatelo —dijo la chica—. Sólo quería verlo.

—Tengo el coche aparcado frente a la entrada —la informó Jackson, desviviéndose por aparentar que era un hombre de mundo.

—Mi motel está en el aeropuerto —repuso Stacy—. Prefiero ir allí.

—Conforme —dijo él, antes de dirigirse a su amigo de circunstancias—. Podemos irnos, muchacho.

—¿Quién coño es ese tipo? —preguntó Stacy, reacia a asir la mano que le tendía Jackson.

—Mi chófer —contestó, muy ufano.

—¿Y qué va a hacer, tío, sujetarte el pene?

—Volveré dentro de un rato —anunció Jackson a su compinche, que se sentó al instante y pidió otra consumición.

Me aparté de los ojos los rizos de mi peluca y les seguí hasta la calle. Aquélla era la única parte del plan en la que había dado instrucciones concretas a Stacy. No quería que fuese en el coche de Jackson.

—Oye, tío —le dijo—, tengo mi coche alquilado aquí mismo. ¿Por qué no me

sigues en el tuyo?

—Puedo devolverte al bar —ofreció él pomposamente.

—¿Y si luego no me apetece venir? —cuestionó Stacy.

—Cuando hayas pasado por mis manos, nena, querrás ir conmigo a cualquier parte —insistió Jackson mientras la invitaba a subir a su Cougar.

Me planté en el bordillo y vi cómo se alejaban, preguntándome dónde diablos estaba Trahearne con el otro coche de alquiler. Me regañé a mí mismo por confiar en que el viejo esperaría fuera, y también por no tener una segunda llave de contacto del vehículo de Stacy. Cinco minutos más tarde se presentó por fin Trahearne, con la ancha cara muy sofocada y una sonrisa de disculpa contrayendo sus labios.

—¿Ya se han marchado? —balbuceó cuando abrí la portezuela y le saqué a empujones del asiento del volante.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunté, antes de acelerar el coche calle abajo y doblar la esquina en una maniobra de tracción integral.

—Verás, hijo, hemos dejado el whisky en el otro coche —dijo, mostrándome una botella de vodka de medio litro— y sabía que íbamos a necesitar un trago. Somos demasiado mayores para meternos en estos berenjenales sin probar el alcohol. Por lo tanto, he dado una vuelta a la manzana para comprarlo. ¿Qué importancia puede tener?

—Él se ha negado a seguir a la chica —expliqué, a la vez que me saltaba un semáforo en ámbar por delante de un autobús—. Stacy viaja en su coche, y si no están en el motel cuando lleguemos, si Jackson la ha llevado a su casa o a cualquier otro sitio, te pienso partir el culo, amigo, hasta dejarlo inservible.

—Maldita sea, C. W., no lo sabía —dijo muy compungido, aunque pronto cambió el tono por esa especie de gracia patosa que los borrachos consideran ocurrente—. ¡Qué diantre, muchacho! Esa jovencita se basta y se sobra para defenderse, no te quepa la menor duda.

Me dio una nueva palmada en el hombro, con tanta fuerza que algunos puntos sueltos empezaron a sangrar. Me deshice violentamente de la peluca y la tiré sobre la alfombrilla, a sus pies. Él la recogió y se rió con ganas, blandiéndola en el aire como si fuera una preciada piel de castor.

—Debo decirte que estabas feísimo con esta cosa —bromeó, y se la caló en la cabeza a modo de sombrero—. A mí, cómo no, me sienta a las mil maravillas —añadió, y volvió a reírse. Estiró el brazo, me arrancó el bigote falso y se lo colocó, bastante torcido, sobre el labio superior—. ¿Qué tal me queda? —preguntó jocosamente. Al ver que no respondía, me dijo—: Vamos, hombre de Dios, no deberías estar tan serio. Bebe y relájate. —Me aguijoneó con la propia botella, y lo cierto es que tampoco había demasiadas alternativas—. Han raptado a mi Melinda, chico, y no sé qué hacer —confesó cuando le pasé de nuevo el vodka—. No sé qué

hacer.

—Para variar, podrías hacer al pie de la letra lo que yo te diga —le insté.

—Tú eres el que manda —dijo—, pero será mejor que salgas cuanto antes.

—Genial —farfullé, y me desvié del bulevar de Colorado a la avenida 32 atravesando una gasolinera.

Cuando llegamos al motel, el Cougar de color ciruela se hallaba estacionado delante de la habitación de Stacy. Dejé a Trahearne en el coche, le pedí que esperase, y entré por la habitación contigua y la puerta interior que las comunicaba. Jackson estaba ya en plena faena; la mirada de Stacy suplicaba ayuda por detrás de su hombro seboso y granujiento. Antes de que pudiera atraer su atención insertándole en la oreja una pistola del 22 con silenciador, gruñó y gimió entre convulsiones, mientras los ojos de la chica se inundaban de lágrimas. Le asesté un golpe seco en la base de la nuca con la culata de mi automática, y después lo separé de ella, lo arrojé al suelo y le pateé el estómago con bastante saña como para luxarme el tobillo. Quise infligirle otra lluvia de patadas, pero Stacy saltó de la cama y me agarró por el brazo.

—Está bien —dijo—, ya es suficiente. No importa. —Me sacudió fuertemente el brazo y repitió—: No importa, de verdad.

—Siento haber llegado tarde —me excusé.

—No tiene importancia.

—Para mí, sí que la tiene.

—La culpa ha sido mía —proclamó Trahearne con grandilocuencia al atravesar la puerta intermedia—, exclusivamente mía, cariño, pero no he podido evitarlo.

Stacy miró un segundo a Trahearne, dio un paso adelante y lo abofeteó, con tanta furia que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

—Eres un borrachín comemierda —susurró apretando los labios, y le propinó otro bofetón.

—¿Pero qué he dicho? —se preguntó el hombretón, mientras ella huía atropelladamente a la habitación vecina. Entonces vio a Jackson desnudo en el suelo—. Deja que me encargue yo de ese hijo de puta —rugió, y trató de abalanzarse sobre el cuerpo, pero le di un culatazo en la articulación del hombro y tuvo que sentarse en la cama—. Jesús bendito —balbuceó.

—Quédate ahí sentado y cierra la boca —dije.

—¿No te jode? Es a mi esposa a la que se han llevado, pedazo de cabrón, a mi esposa —protestó.

—Si no te callas —le advertí—, pronto será tu viuda. Creo haberte ordenado que no salieras del coche.

—Es mi esposa —fue su única respuesta. A continuación, suspiró y se acomodó en la cama—. Siempre lo fastidio todo.

Saqué un rollo de cinta de embalar y até a Jackson por los tobillos, las rodillas, las muñecas y los codos. Después le metí un calcetín sucio en la boca y lo aseguré con una lazada de la misma cinta alrededor del cuello. Mientras trabajaba, oí que Stacy se cepillaba los dientes y se daba una ducha en el baño de la otra habitación. El ruido de su aseo se prolongó el tiempo suficiente para que Trahearne reparase en él.

—Nunca hago nada correctamente —se lamentó.

—Te he mandado que calles —le dije—. Vamos, mueve el trasero y échame una mano con este montón de escoria.

—Sí, señor —contestó con una risita pícara, que silenció de inmediato poniendo un dedo sobre la boca.

Era como tratar de gobernar a una criatura de cincuenta y siete años y más de cien kilogramos de peso. No entendía cómo ni Catherine ni Melinda podían tener tanta paciencia y tanta energía. Diablos, ni siquiera entendía de dónde sacaba las fuerzas Trahearne para ser tan mal nacido. Ahora al menos se levantó de la cama, sujetó a Jackson por los brazos y, antes de que yo interviniera, lo arrastró hasta el cuarto de baño y lo depositó en la bañera.

—¿Está satisfecho, el señor? —dijo con una sonrisa a lo Gary Cooper extrañamente encajada en su cara de pan.

Esquizofrenia: ése era el término que había omitido. Trahearne sobrio, y en ciertos estadios de ebriedad, era un viejo tristón con una avasalladora carga de carácter, pero en otras fases de sus borracheras era un niño esquizofrénico de cincuenta y siete años y más de cien kilos.

—Ahora vete de aquí a paso ligero, ¿me oyes? —dije.

—Me siento mucho mejor —argumentó—. He sido un irresponsable y un idiota, lo sé, pero ya estoy más sereno. Soy consciente de que tenemos asuntos que atender, y prometo aflojar con el alcohol, beber lo justo para mantenerme sobrio. Lo he hecho otras veces, y tú también. Sabes a qué me refiero.

—Si todo eso es verdad, límitate a permanecer al margen.

—Por supuesto —dijo, con una sobriedad digna de Oliver Wendell Holmes—. Ésta es tu fiesta.

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó Stacy, que acababa de entrar al cuarto de baño vestida con pantalones vaqueros y una sudadera negra.

—Vuelve al dormitorio —le ordené.

—He firmado el contrato hasta su vencimiento —dijo, con una súbita resolución—, y después de dejar que me follara ese mamón, si le vuelas la tapa de los sesos merezco estar presente. Me lo he ganado. Mierda, si lo hicieras traerías a mi vida un rayo de sol.

—Eres el sol de mi vida —canturreó Trahearne, y tomó un pequeño sorbo de vodka.

—Probemos ese elixir —dijo Stacy, quitándole abruptamente la botella de la mano.

Supongo que sonreí de un modo mecánico y meneé la cabeza sin pensar. Cuando fijé la vista en el rostro de Jackson, su expresión era la de una víctima en manos de la familia Manson, y no le culpé por ello.

—¿Vas a decirme dónde está? —le interrogué, y él cometió el error de encogerse de hombros—. Tráeme el listín de teléfonos —le pedí a Trahearne.

—¿El listín? —Stacy fue al dormitorio y volvió con él.

Alcé los pies de Jackson y los coloqué encima del voluminoso libro. Sus genitales colgaban, arrugados, sobre la entrepierna y parecían un órgano vital que se hubiera desprendido del cuerpo. Me erguí y saqué del cinto la pistola del 22.

—¿No sabes dónde la tienen? —pregunté. Él hizo el mismo ademán negativo—. Como quieras —dije. Bajé la mano, con la automática en suspenso, mientras esperaba que un ruidoso avión sobrevolase el motel en su acercamiento a la pista—. Última oportunidad —anuncié, antes de que el estruendo le impidiera oírme. Una vez más, Jackson se encogió de hombros—. ¿Tan convencido estás de que no te mataré?

El prisionero negó con la cabeza, pero en sus ojos se perfiló una sonrisa. Puede que Jackson fuera un hombre repugnante, pero al menos los tenía bien puestos. O quizás el secreto era que le infundían más temor sus socios de profesión que yo. Aquél fue un fallo mayúsculo por su parte. Cuando el atronador avión pasó por encima del motel justo antes de aterrizar, me incliné hacia delante y le descerrajé dos balazos en el pie derecho. La sangre se derramó sobre el listín telefónico y por toda la bañera, tan roja como blanca estaba la cara de Jackson.

—¡Cielo santo! —masculló Trahearne, dejándose caer sobre el inodoro. Mientras él se derrumbaba, Stacy fue hasta la piletta y vomitó, con un único y violento espasmo.

—Estoy bien —dijo tras enjuagarse la boca—. Dispárale otra vez a ese canalla.

—La segunda bala era innecesaria —criticó Trahearne.

—Un tiro para captar su atención —le expliqué— y otro para certificarle que voy en serio. —Miré a Jackson y repetí—: Porque voy muy en serio, ¿te enteras? —Sin esperar para ver si me había creído, elevé bruscamente su cuerpo y empujé el listín debajo de las nalgas—. ¿Me has comprendido? —Él se apresuró a asentir.

—No me gusta todo esto —dijo Trahearne.

—En tal caso, vete de la habitación —repliqué sin darme la vuelta. Él no se marchó. Entonces di unos pequeños golpes en la barbilla de Jackson con el silenciador—. Lo primero que tienes que meterte urgentemente en la sesera es que en esta ciudad ya no hay lugar para ti. Esa parte de tu vida se ha acabado. O bien sales muerto de este motel, o bien lo dejas habiéndome dicho dónde se encuentra Betty Sue, lo que no hará muy felices a tus amigos, así que desecha desde ahora esta etapa

de tu vida. Mentalízate de que no hay vuelta de hoja. Incluso estamos dispuestos a comprarte un pasaje, pero borra ahora mismo de tu mente la vida que has llevado aquí. ¿Está claro? —El prisionero no hizo un asentimiento, sino que subió y bajó la cabeza en movimientos espasmódicos—. Escucha, te voy a quitar la mordaza y no harás ningún ruido, ¿conforme? —En cuanto cesaron los cabeceos, abrí mi navaja de bolsillo, corté la cinta que cubría el calcetín y lo extraje de un tirón. Jackson gimió con una contención pasmosa. Le arrebaté el vodka a Trahearne y vertí una pequeña cantidad en su boca—. ¿Puedes decirnos ya dónde está ella?

—Sí, señor —murmuró.

—¿Dónde?

—El señor Hyland, el hombre para el que trabajo (creo que hace un tiempo coincidió con él en Fort Collins), tiene una casa entre Evergreen y Conifer, una mansión colonial de ladrillo rojo, en el lado oeste de la carretera, construida en una parcela de poco más de una hectárea. No hay confusión posible. Allí arriba sobresale como un pulgar en carne viva, y además el nombre figura en el buzón.

—¿Betty Sue está en esa casa?

—Sí, señor.

—¿Qué equipo de seguridad tiene tu jefe? —pregunté.

—¿Seguridad? —dijo Jackson con expresión de desconcierto. Le di otro sorbo de vodka.

—¿Cuántos hombres vigilan la mansión?

—¿Vigilar la mansión? —repitió de nuevo—. ¡Ah, ya entiendo! Bueno, cuando hay rodaje...

—¿Rodaje? —le interrumpí.

—Sí, verás, a veces hacen películas —me aclaró Jackson—. Cuando filman, el señor Hyland apostea a un tipo en la verja, y otro compañero patrulla el recinto. Es para ahuyentar a los niños del vecindario. Como sabe, hoy en día los chavales han perdido el respeto por la propiedad privada, así que el señor Hyland ha decidido que Petey y Mike monten guardia mientras dura la filmación.

—¿Qué me dices de ese mejicano tan fornido?

—¿Torres? Es el escolta personal del señor Hyland y está siempre a su lado —dijo Jackson.

—¿Se han planteado la posibilidad de que intentemos un rescate? —le inquirí.

—No creo que sepan ni siquiera quiénes son ustedes —respondió Jackson, esmerando la educación para no ofender a nadie—. Yo tampoco lo sé.

No me pareció pertinente explicarle quienes éramos y, al pasar revista al atestado cuarto de baño, ni yo mismo estaba seguro del todo.

—¿Cómo descubrieron el paradero de Betty Sue? —seguí preguntando.

—Por su padre, ya sabe, el fulano que vive en Bakersfield —dijo Jackson—.

Tenemos algunos conocidos comunes, y un día recibió aquella tarjeta postal... La habíamos dado por muerta (según las averiguaciones que hicimos tiempo atrás, y que usted mismo corroboró durante la paliza), pero a pesar de todo, cuando llamaron los amigos del padre para informar sobre la postal, Mike voló hasta Montana y le siguió a usted en sus desplazamientos.

—Estupendo —dije. No tuve que molestarme en dar media vuelta y asesinar a Trahearne con la mirada. Él mismo renegó en voz baja y se fue al dormitorio—. ¿Tienen a Betty Sue encerrada bajo llave?

—Lo dudo —contestó Jackson—. Van a rodar esta noche.

—¿De verdad?

—Sí, suelen alquilar el equipo para utilizarlo durante el día en la agencia de publicidad de Hyland, de manera que tienen que filmar por las noches.

—Son unos criminales de bajo coste —comentó Stacy entre dientes.

—¿Ha instalado ese sujeto alguna valla de protección? —pregunté al prisionero.

—Sí, hay una alambrada —especificó.

—¿También tiene perros?

—¿Perros?

—Perros guardianes, ya me entiendes —dije.

—No, nada de eso. Hyland aborrece a los chuchos.

Esta respuesta avivó mi memoria.

—¿Estabas con ellos en el secuestro de Betty Sue?

—Conducía el coche, pero eso fue todo —dijo Jackson—. No subí a la montaña. Yo no le engañaría, amigo, y menos aún en un tema como éste.

—Da lo mismo —musité—. Escucha, voy a desatarte las manos, y quiero que me dibujes un esquema de la propiedad y un plano alzado de la casa, ¿de acuerdo?

—¿Puedo tomar antes otro trago de vodka? —me pidió.

—No faltaba más —dije.

Corté la cinta de embalar y le dejé sujetar la botella por sí mismo. Cuando acabó de beber, afianzó el cuaderno sobre sus rodillas y atacó el dibujo.

—Hazlo lo más exacto que puedas —le recomendé.

—Lo intentaré —murmuró, y humedeció la mina del lápiz con su afelpada lengua.

—Esfuézate como si tu vida dependiera de ello —subrayé, y él se aplicó a la tarea con renovado vigor. Una vez terminado el plano, me lo enseñó. No estaba mal—. ¿Sólo hay tres entradas, la delantera, la de atrás y la del garaje? —recapitulé—. ¿La casa no tiene patio, puertas correderas o alguna puerta ventana?

—No —me confirmó.

—¿Dónde hacen los rodajes?

—En esta habitación de la planta baja —dijo Jackson, señalándola con la goma de

borrar.

—Perfecto, hasta aquí has hecho un gran trabajo —declaré—. Ahora te dejaré en compañía de esta señorita...

—No pienso estar con él ni un minuto más —dijo Stacy.

—Como te iba diciendo, muchacho —proseguí—, voy a encerrarte en el maletero de nuestro coche, y si todo sale bien mañana mismo te meteremos en un avión.

—¿No podría llevarme sencillamente al hospital? —me rogó—. Prometo no avisar a nadie.

—Ya me tomaste el pelo una vez —le recordé—, de manera que dormirás en el maletero hasta que amanezca.

—En el fondo, me hago cargo —admitió.

—Excelente —dije.

Procedí a examinarle el pie. Ambas heridas eran totalmente limpias, y la hemorragia casi había cesado cuando empecé a hacer la cura.

—¿Le parece que se ha jodido a conciencia? —preguntó Jackson mientras envolvía el pie en una gasa.

—Cojearás el resto de tu vida por haberme mentido —pronostiqué. Él asintió, como si se tratara de un sistema de justicia que podía comprender—. ¿Quieres traerme su ropa? —le pedí a Stacy.

La chica refunfuñó pero fue a buscarla, la tiró en el suelo sin miramientos y volvió al dormitorio. Mientras ayudaba a Jackson a vestirse, le pregunté:

—¿Por qué se ha tomado tu gente tantas molestias? No será por una minuta médica de hace cinco años...

—Ésa fue una parte del problema, sí —dijo, ajustándose los pantalones a la pata coja—, pero lo que les cabreó definitivamente fueron los cuarenta mil.

—¿Los cuarenta mil?

—Veo que no le han informado del incidente —dijo Jackson con una sonrisa de superioridad.

—Ilústrame —le apremié.

—Cuando Betty Sue se largó, afané de la caja cuarenta de los grandes, tío, y el señor Hyland tuvo que reponerlos de su propio bolsillo. Su intención es explotar a Betty Sue hasta que calcule que vuelven a cuadrar las cuentas, y luego la arrojará al pozo de una mina.

—¡Cuánta amabilidad! —exclamé.

—Es sólo una cuestión de negocios —dijo Jackson.

En vez de hacer saltar de un puñetazo varias piezas de su dentadura, le di dos tabletas de codeína que me habían sobrado de la última visita a Colorado.

—¿Qué es esto?

—Un analgésico —dije.

—Es muy curioso, ¿sabe?, pero el pie apenas me duele —afirmó, tras presionar temerosamente la planta contra el suelo del baño.

—Tómate las malditas pastillas —le dije, y él obedeció.

Cuando Trahearne y yo le llevamos hasta el coche y lo encajonamos en el portaequipajes con una manta y una almohada, Jackson cabeceaba sin sentido y nos llamaba «mamá».

—¿Qué le va a pasar? —demandó Trahearne en cuanto hube cerrado la tapa del maletero.

—Si mañana por la mañana continuamos vivos, le daremos una pequeña ventaja sobre sus amigos —dije—; pero si estamos muertos, en la cárcel o en un hospital, lo más probable es que muera encerrado en ese portaequipajes. Diablos, incluso aunque el plan dé el resultado esperado, posiblemente es hombre muerto.

—¿Eso no te preocupa?

—En absoluto —respondí—. Es pura escoria, amigo mío, y además me ha mentido. Le he dado todas las oportunidades que he podido y ha seguido con sus embustes; así pues, que se joda.

—Yo también te mentí —dijo Trahearne, desviando la mirada hacia las fluctuantes luces del aeropuerto.

—Sí, pero existe una diferencia entre uno y otro.

—¿Cuál es?

—A él merece la pena matarlo y a ti, no —dije.

Entré nuevamente en la habitación del motel y le dejé plantado en la puerta.

Como le sucede a todo el mundo, yo había visto demasiadas películas. Me esperaba que la casa de Hyland fuera una finca majestuosa, una fortaleza con unas paredes muy altas y una puerta maciza protegida por un par de hombres con armas automáticas, pero era sólo una casa de obra vista, en una parcela en las afueras, rodeada con una valla metálica de poco más de un metro. Al lado de la puerta había un hombre, pero la puerta estaba abierta de par en par y el hombre, con el cuerpo apoyado contra un pilar, era evidente que era presa del aburrimiento. Al iluminarlo con nuestros faros al pasar lo identifiqué como el hombre que había visto tomando café en un área de descanso de camiones en Sheridan, en Wyoming. Incluso como guarda tenía aspecto de camionero, con esos ojos legañosos, los pies hinchados y la picazón de las hemorroides. Yo, en cambio, llegaba vestido para la fiesta, engalanado de mercenario con unas botas de la jungla y un uniforme de faena atigrado, incluso con la cara maquillada de negro como un combatiente nocturno y armado hasta los dientes, con un cuchillo de combate Ka-Bar atado con una correa a la pantorrilla, una S&W Airweight del 38 en una pistolera en el hombro y el Colt Woodsman del 22 con silenciador a la cintura.

Al pasar por delante de la puerta de la casa de Hyland, Trahearne rió y preguntó:

—¿Estás preparado para arrasar, amigo?

—Siempre a punto —dije—, ése es mi lema.

Él se burló:

—Eso es cosa de *boy scouts*.

Antes de que pudiera contestarle, Stacy dijo:

—Está celoso porque él no lleva uniforme —y así hizo callar a Trahearne.

Stacy me dejó después de la primera curva en dirección al norte desde la puerta de la casa de Hyland y subí la cuneta sigilosamente hasta el ángulo de la valla. Una vez allí la salté y me dirigí reptando lentamente hasta la parte trasera de la casa, vigilando por si veía al otro guarda. Lo encontré espiando entre las cortinas negras de una ventana del dormitorio. Algunos tipos nunca tienen bastante. Aunque el aire de la montaña era frío, el aparato del aire acondicionado iba a máxima revolución. Aproveché el ruido para pasar desapercibido y me puse detrás suyo. Aunque me parecía una pena estropearle la fiesta, lo dejé inconsciente y después lo ató como un cerdo para la matanza. Una vez listo, ocupé su puesto en la ventana.

Una hilera de focos ambientaba el dormitorio, muy espacioso, con un calor tenue que parecía intensificarse por el espejo enorme que había encima de la cama gigantesca. Un negro en cueros sentado en un taburete se abanicaba con una mano y

se fumaba un porro con la otra. En la cama había un tipo rubio y bronceado sobre el cual maniobraba una chica de grandes pechos con pantalones cortos, que inclinaba la cabeza en la entrepierna del chico con exasperación. Detrás de la cámara había dos tipos charlando y fumando yerba y un tipo bajo y gordo iba arriba y abajo por la habitación hablando solo. En la zona oscura de detrás de los focos estaban Hyland y Torres sentados en un sofá, al lado de una mujer con una gran cabellera rubia que le hacía de túnica, con cara de no entender nada y con demasiado maquillaje. Hyland tenía un vaso de tubo en una mano. La otra la tenía colocada despreocupadamente en los hombros de la rubia y le sobaba los pechos, grandes y firmes, con regularidad. Hasta que no volví a mirar la cara de la mujer no reconocí a Melinda, y entonces aparté la vista tan deprisa como pude.

Una vez en la puerta tenía que esperar a que Stacy parara el coche en la carretera para preguntar una dirección al guarda, pero al dar la vuelta a la casa para esperarla, encontré al guarda en otro universo. Me acerqué por detrás y lo dejé seco. Cuando Stacy detuvo el coche, salí de la oscuridad y le hice señas con la mano para que fuera hacia la avenida. La chica apagó los faros y entró.

—Un segundo —le dije—. Tengo que terminar de envolverlo para regalo.

Stacy apretó fuerte el freno de mano y me siguió hasta los arbustos. Cuando me incliné para acabar de atarle los tobillos con esparadrapo, ella me quitó bruscamente la porra del bolsillo de atrás y, antes de que pudiera detenerla, ya le había aplastado la nariz, le había roto varios dientes y le había hecho un chichón como una nuez de grande entre los ojos.

—Dios mío —murmuré, quitándole la porra.

—Eso le enseñará a matar perros, hijo de puta —dijo con gran calma.

Ella se marchó y yo tuve que hurgar detrás de la mordaza buscando trozos de diente para que el tipo no muriera ahogado, aunque era un trabajo inútil. Le quité la mordaza. La boca le dolería tanto que seguramente no haría mucho ruido, si es que se llegaba a despertar. El chichón que tenía entre los ojos parecía muy feo, quizá fatalmente feo, y sabía que Stacy no necesitaba cargar con esa muerte en la conciencia.

Como había sido un día muy largo, subí la avenida montado encima del capó del coche y después salté y reventé los neumáticos de la camioneta Dodge de casi una tonelada y del Continental negro. Con las cuatro ruedas desinfladas, los vehículos resultaban cómicos, pero yo estaba demasiado cansado para sonreír. Mientras Stacy daba la vuelta para poner el coche encarado en la avenida, intenté abrir la puerta del garaje que daba a la cocina con las llaves que había cogido a los guardas, pero no estaba cerrada. Dejé caer las llaves en las escaleras y regresé para organizar a Trahearne y su arma.

—Quédate fuera —le dije mientras volvía a mirar, para asegurarme, de que no

había ninguna bala en la recámara—. No entres a no ser que oigas disparos y, si entras, no dispires a nadie hasta que no estés seguro de quién se trata. ¿De acuerdo?

—Las lecciones se las das a tu tía —dijo.

—Aquí mando yo —le ordené.

Trahearne me miró furioso.

—Cuando tú todavía ibas en pañales, yo comandaba un pelotón en el Canal.

—Limítate a quedarte fuera —dije—, e intenta no pensar.

Gruñó, y consideré que era lo más parecido a un asentimiento. Cambié los cargadores de la pistola del calibre 22 para tener tres descargas de fogueo y más de seis disparos de verdad y, a continuación, saqué del coche una Browning automática de 9 mm para Stacy, cargué la recámara y dejé el percutor amartillado.

—Si es necesario —dije—, la sostienes como te he enseñado y apuntas a las rodillas, y ve apretando el gatillo hasta que la vacíes. —Stacy asintió, conteniendo la respiración, con los ojos muy abiertos—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Hagámoslo antes de que cambie de opinión —dijo, y me siguió adentro.

Mientras atravesábamos las habitaciones a oscuras, ella me cubrió para que cortara los cables del teléfono, porque me había olvidado de hacerlo fuera. Cada vez que miraba por encima del hombro, la veía agachada agarrando la pesada automática con la mano derecha y aguantándose la muñeca con la mano izquierda, y cubriendo con la pistola las habitaciones haciendo unos arcos largos y lentos. Ella también había visto demasiadas películas. Rezaba para que si fuera necesario apretase el gatillo de verdad. Después de haber repasado los dos pisos y de haber encontrado todas las habitaciones vacías, hicimos una pausa al pie de las escaleras para recobrar el aliento y después nos encaminamos al pasadizo hacia el dormitorio donde filmaban.

Escuché un momento frente la puerta. Alguien se quejaba de las condiciones laborales, de las horas nocturnas y de las dudosas cualidades físicas de algunos supuestos actores.

—¿No has tenido nunca una erección? —preguntaba la voz cuando abrí la puerta, entré y disparé a la parte superior del vaso de Hyland con el cartucho de fogueo que tenía en la recámara. Sólo para impresionar.

—Todo el mundo quieto —dije, mientras Stacy se colocaba en un rincón al lado de la puerta—. Muy quieto.

Casi funcionó. Todos se quedaron inmóviles un segundo, excepto Torres. Con un movimiento fluido, se irguió y alargó la mano hacia el brazo izquierdo. A dos metros de distancia, un disparo del 22 con cañón largo es capaz de pulverizar la cabeza de una serpiente de cascabel y, al dispararle a Torres en la mano derecha, pareció que le explotaba. Sin embargo, el tipo no emitió ningún quejido más alto que aquel disparo silenciado.

—Tendrás que alquilar a alguien para que te limpie el culo y te hurgue la nariz —

dije.

Torres soltó una risita y dejó la mano en su sitio.

Como si eso hubiera sido algún tipo de señal, los del equipo de la película de repente se pusieron a hacer movimientos rápidos y a decir frases sin sentido, pero en cuanto Stacy los repasó con la automática, se quedaron quietos y callados. Excepto ese director tan regordete.

—A ver —preguntó—, ¿qué pasa aquí?

—Si vuelve a abrir la boca —dije a Stacy por encima el hombro—, le vuelas los sesos.

Abrió la boca y la cerró enseguida, mirando el cañón de la automática. Lo volvió a mirar, suspiró y se desmayó en medio de un charco.

—Todos vosotros, los de la película —dije—, quiero que os echéis en la cama, boca abajo, con las manos detrás de la nuca. ¡Ya! —Melinda se quedó mirándome, perpleja. Le hice una indicación con la cabeza, y se apresuró a lanzarse a la cama y añadirse a la lucha para coger sitio.

—Ahora ustedes dos, señores, adopten esa posición tan vieja y conocida contra la pared de detrás del sofá —dije a Hyland y a Torres. Eran demasiado duros para moverse rápido, pero obedecieron—. Si levantan un solo dedo —dije a Stacy—, ya puedes empezar a apretar el gatillo y no pares hasta vaciar el cargador —ella asintió y se puso a mi izquierda para cubrir a los dos hombres mientras yo los registraba.

Hyland iba limpio, pero Torres llevaba un Colt Python Magnum del 357 con un cañón de quince centímetros.

—Habrías tardado demasiado en sacar este trasto —dije al quitárselo, pero no contestó. Se limitó a apoyarse en la pared mirando como la sangre de la mano chorreaba por el yeso—. ¡Ahora os quedaréis aquí donde estáis! —dije, apartándome y tirando el Colt bajo el sofá—. Vamos a charlar un rato.

—¿Qué quieres? —preguntó Hyland calmadamente.

—A la chica —dije—, y una pequeña compensación.

—La chica ya te la puedes quedar —dijo encogiéndose de hombros— y disfrutarla hasta que el corazón te diga basta, porque ya eres cadáver, listillo.

Sólo para ver si era tan duro como parecía, disparé otro cartucho de fogueo que le pasó entre las nalgas.

—Dios —lloriqueó, empezando a transpirar hasta quedar empapado.

Torres miró a Hyland con desprecio y la pistola del 22 con gran interés. Disparé el último cartucho de fogueo a la hilera de botellas que había en el bar de la pared más alejada.

—Éste es el último —dije— y no sé hasta dónde llegarías con un agujero entre los ojos pero, si quieres, puedes probarlo.

Torres relajó el cuerpo y se dejó caer con más fuerza contra la pared. Pero antes

de que pudiera iniciar la conversación, Trahearne entró tambaleándose en la habitación, gritando:

—¿Dónde está? —Metió un cartucho en la recámara del arma antidisturbios y disparó al techo. El gran espejo explotó como si fuera metralla, unos cuantos focos resplandecieron y después se apagaron. Hyland rodó por encima del brazo del sofá para esconderse detrás y Torres se apartó de la pared y fue hacia Stacy y su automática como un toro enloquecido. Ni siquiera me miró ni vaciló. Quizá no se creía que la chica tendría la sangre fría de apretar el gatillo, y fue casi la última equivocación que cometió.

Stacy disparó cinco tiros tan deprisa como pudo apretar el gatillo, manteniendo el arma baja. Pero con cada disparo la automática se le desplazaba un poco más arriba. El primero astilló el suelo entre los pies del hombre, el segundo le silbó entre las piernas, y Torres vio venir el siguiente. Se tiró de cabeza al suelo haciendo rodar el cuerpo. Cuando Stacy dejó de disparar Torres alzó la vista. No entenderé nunca cómo había podido fallar a esa distancia con cinco tiros. Torres tampoco lo entendía.

—Basta —murmuró, y se dirigió hasta el sofá arrastrándose—. ¿Te importa que me tumbe un momento? —preguntó.

—Como si estuvieras en tu casa —dije.

Se subió al sofá y apoyó la cabeza en el brazo que Stacy había dejado convertido en astillas.

—¿Cómo demonios he fallado? —se preguntó ella.

—¿Dónde está mi mujer? —dijo Trahearne. Los disparos también lo habían detenido en seco.

—Pensaba que te había dicho que te quedaras fuera —dije, pero ni siquiera me miró—. Está allí —señalé el montón de gente que se había escondido detrás de la cama. Trahearne me alargó la escopeta y fue a buscar a Melinda—. Sácala de aquí —dije mientras él la ayudaba a levantarse, cloqueando como una gallina.

Al pasar por delante de mí, Melinda se sacó la peluca y la tiró al suelo. Trahearne intentó darle una patada, pero falló y se habría caído al suelo si Melinda no lo hubiera agarrado con fuerza. Incluso con el pelo corto y el maquillaje corrido, todavía valía la pena jugarse la vida por ella. La rayita roja de un corte adornaba su mejilla lisa y, cuando me miró, vi que lloraba mientras se abría paso entre la confusión de la habitación.

Los del equipo de la película se habían levantado del suelo para volver a la cama y se estudiaban las heridas causadas por el cristal que había saltado por los aires. Desde mi posición nada parecía muy grave, eran sólo rasguños. El actor principal se llevó la peor parte; un trozo de espejo de unos diez centímetros se le había clavado bajo el omóplato izquierdo. En cuanto comenzó a quejarse, la chica negra se lo sacó de un zarpazo y le dijo que se callara.

—Señor Hyland —dije, yendo hacia la punta del sofá—, ahora ya puede salir —pero no salió.

Cuando miré detrás del sofá, lo vi tumbado sobre un charco de sangre. Uno de los disparos de Stacy le había volado un lado de la cabeza, y había salpicado toda la pared. Tuve que hacer un esfuerzo increíble, quizás el más grande de toda esa noche tan repugnante, pero me giré hacia Stacy y le dije con calma:

—Tenemos al señor supermán aquí en el suelo, desmayado. ¿Por qué no recoges a los otros y te los llevas al lavabo para que se puedan asear?

Stacy asintió e hizo una señal con la automática a la multitud que había en la cama. La chica negra tuvo que dar una palmada al actor principal para que se moviera y la actriz principal y uno de los cámaras tuvieron que llevar a rastras al director, pero finalmente lo consiguieron y pasaron la puerta todos juntos.

—¿Ha muerto? —preguntó Torres cuando la habitación se vació.

—Tiene los sesos desparramados por toda la pared —dije, acercándome al bar, y cogí una botella de whisky escocés de entre los cristales rotos—. Vamos a la cocina a tomar un trago.

—Es la primera buena idea que has tenido esta noche —dijo. Bajó del sofá rodando y se puso derecho—. Quizá la única buena idea de toda tu vida.

Me metí la 22 bajo el cinturón y me cargué la escopeta al hombro. Torres se calló. Al salir de la habitación apagué la luz y cerré la puerta.

—No sabe a Chivas, ¿no? —preguntó Torres cuando levantamos los vasos.

—Tiene un sabor asqueroso, pero ahora mismo sienta fantásticamente —dije.

De camino a la cocina había encerrado al equipo en el lavabo y había enviado a Stacy afuera para que cubriera la fachada de la casa. Sólo por sí los disparos habían llamado la atención de alguien.

—Hyland —continuó Torres— compra whisky escocés barato y luego rellena las botellas de Chivas. El muy imbécil se creía que nadie se daba cuenta.

—Buen elogio fúnebre —apunté.

—Más de lo que se merece —comentó Torres—. ¿Y ahora qué?

—Depende de cómo quieras que lo hagamos.

Dio un buen trago a su vaso y después me miró fijamente.

—De acuerdo, déjame explicarte algo —dijo, levantando la mano, envuelta en un trapo de cocina sanguinolento—. Mira, diría que mis días movidos se han acabado, pero estoy acostumbrado a vivir bien...

—No sólo tus días movidos han estado a punto de terminar —lo interrumpí.

—No bromees —suspiró—. Todavía no sé cómo ha podido fallar la chica.

—Ojalá no hubiera acertado a Hyland —dije.

—Si no se lo dices, no lo sabrá —dijo Torres— y, de algún modo, nos ha hecho

un favor a ambos.

—¿Y eso por qué?

—Era el tipo de imbécil que se lo habría tomado personalmente —dijo Torres—. Era un tío incapaz de echar el freno.

—¿Y tú sí?

—Exacto —contestó—. Míralo de esta forma, Hyland era un imbécil. ¿Cómo se puede llegar a ser tan estúpido para filmar en casa, si no? Y el colega que lo metió en el negocio ya no está ahí, ya sabes qué quiero decir, o sea que ahora hay varias personas que no llorarán cuando sepan que Hyland ha muerto, ¿me entiendes?

—¿Y tú eres uno de éstos?

—Sé más sobre su negocio de lo que sabía él —dijo Torres— y, con él fuera de órbita, puedo meterme y llevarlo bien.

—¿Es decir, que yo simplemente me llevo a la chica y asunto arreglado?

—Asunto arreglado —dijo—. Excepto por algo.

—¿Los cuarenta mil?

—Exacto —dijo.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Sí, pero todos los afectados aún lo recuerdan —susurró.

—Me parece que te estás quedando conmigo —dije—, y que intentas sacar tajada del asunto.

—¿Y me culpas por ello? —Sonrió—. Y no me estoy quedando contigo: si tuviera los cuarenta mil, habría menos líos.

—Eso para ti significa la entrada en el mundo de las películas, ¿verdad?

—Exacto.

—No los tengo en el bolsillo —dije—, pero si me dejaras sesenta días, haría lo que pudiera.

—Antes sería mucho mejor —sentenció.

—Oye, no me presiones —dije—, al menos, mientras lleve esta arma.

—Qué diablos —dijo, agitando su mano sanguinolenta hacia mí—. Si quisieras matarme, ya lo habrías hecho en lugar de cometer la estupidez de disparar balas de fogueo. Estás metido en un buen lío, amigo: muerto soy un fastidio que no compensa, pero vivo puedo arreglarlo.

—Sesenta días —dije— y ninguna promesa.

—De acuerdo. Qué diablos, merece la pena —dijo—. ¿Trato hecho?

—Debo tener alguna ventaja —le insinué.

—¿Como qué?

—Tus huellas digitales en el arma que mató a Hyland —dije— y que me des los libros de contabilidad de la caja fuerte.

—¿O?

—¡O considérate cadáver! —añadí—. Te dejaré en la habitación con Hyland, con la Browning en la mano y a él con la pistola del calibre 22, y me arriesgaré.

—Las armas no están a tu nombre, ¿no?

—Son de Arkansas —dije— y están limpias como una patena.

—No eres para nada lo que se dice un ciudadano ejemplar.

—No soy ningún ciudadano —dije.

—Tú coge el arma, que yo voy a buscar los libros —ordenó Torres con calma.

—Tú ve a buscar los libros y yo miro.

—De acuerdo —dijo.

Se arrodilló ante el armario del fregadero, lo abrió y sacó lo que me parecieron diez años de productos de limpieza de la cocina acumulados. Levantó el suelo del armario para dejar a la vista una caja fuerte redonda empotrada en el cemento. Giró la esfera y se detuvo antes de abrir la puerta.

—Lo primero que saldrá es un arma, pero saldrá poco a poco —dijo, y luego la abrió y sacó una automática niquelada del 32 y me la acercó.

—Una herramienta preciosa —dije al descargarla.

—Sí —dijo Torres—. Le debió costar como mínimo veinte dólares —rió y después se levantó y me alargó un montón de libros de contabilidad muy finos—. ¿Puedo pedirte un favor más?

—¿Qué?

—Que me envíes copias de los libros —dijo—. Facilitará mucho el cambio.

—De acuerdo.

—Me falta muy poco para creerte —dijo.

—Tú me envías por correo un recibo por un aporte de mil dólares a la sociedad —dije— y yo te envío las copias.

—Eso mismo, amigo —dijo—. Y perdona por aquello de los perros. Hyland odiaba los perros y cuando el bulldog le mordió el tobillo se volvió loco. Intenté detenerlo, en serio, pero...

—De acuerdo, cállate —dije, poniéndole la escopeta al nivel de la nariz—. ¿Me has entendido? —Asintió con la cabeza—. Ahora vamos a buscar la Browning. —Lo llevé afuera, le cogí la automática a Stacy y después lo golpeé para que entrara en la cocina otra vez—. Descárgalo —le dije—, límpialo y después vuélvelo a cargar —lo hizo deprisa y con profesionalidad. Ni siquiera tuve que decirle que quitara cada cartucho del cargador. Cuando terminó, buscó una bolsa de plástico y tiró dentro el arma—. Ahora iremos al pasillo a buscar los cinco casquillos —ordené.

—Eres un meticuloso reconsagrado —dijo acercándose la bolsa de plástico.

—Por eso he venido, cretino —dije—: para practicar la meticulosidad.

—No hace falta que me insultes —contestó, mientras lo seguía por el pasillo.

—No sabría por dónde empezar —dijo. Cuando abrió la puerta di un paso atrás y

encendí la luz. Los cinco casquillos estaban todos juntos detrás de la puerta; los recogió y me los dio—. Ahora coge la magnum de debajo del sofá —le ordené.

—Mierda, es mi arma preferida —se quejó—. Además está a mi nombre.

—Mucho mejor. —Se arrodilló para buscar debajo del sofá—. No es nada personal —dije, y cuando Torres logró sacar el revólver, le di un culatazo con la escopeta detrás de la oreja. Se estampó de morros contra el suelo, se le arqueó la espalda y los pies le repiquetearon en la alfombra—. Nada personal, para nada. —Recogí el revólver de 357 mm, me lo metí en el cinturón y eché atrás la bota para darle una patada a Torres en la cara, pero sabía que no serviría de nada. Puse el pie en el suelo. Había conseguido sacar a Melinda, pero seguía sin estar satisfecho.

Cuando llegué al coche, le indiqué a Stacy que se sentara al volante, me puse en el asiento del copiloto y tiré el cargamento de armas en el suelo, junto con los libros.

—Demonios, ¿cómo es que has tardado tanto? —preguntó Trahearne, cuando Stacy arrancó—. Ya hace una hora que estamos aquí sentados dentro del coche.

—Amor —lo riñó Melinda en un susurro—, amor, calla, que quien me ha liberado ha sido él.

—Sí, de acuerdo, ya le pago un montón de dinero por eso —dijo.

Stacy frenó, patinó en la grava de la avenida, se giró y le gritó a Trahearne:

—¡Joder, quieres cerrar la puta boca, viejo del demonio! O mejor no: ¡Dale las gracias y después cierras la boca! ¡Esta noche no ha hecho nada más que fastidiar, gemir y meter mierda y, si no hubiera sido por él, Melinda estaría bajo los focos follando con ese rubio tan guapo, o sea que haz el favor de darle las gracias y luego tragarte la lengua!

—Ya basta —dije.

—¡Deja de excusarlo! —me gritó.

—No hace falta que le dé las gracias a quien contrato —dijo Trahearne, mosqueado.

Stacy se enfadó tanto que se volvió a meter tras el volante bruscamente y pisó a fondo el acelerador. El coche bajó la avenida como un rayo y tomó la autopista volando.

De vuelta en Denver, nadie dijo nada durante mucho rato; sólo interrumpían el silencio el silbido de los neumáticos, el gluc-gluc de la botella de Trahearne y los sollozos de Melinda.

Bebí una buena tirada de agua de una cantimplora y después humedecí una toalla para sacarme la pintura de camuflaje de la cara. Cuando terminé, me volví a apoyar en el asiento, y Stacy alargó la mano para darme unos golpecitos en el muslo.

—Gracias —dijo Melinda en voz baja—. Muchísimas gracias.

—Sí —gruñó Trahearne tan amablemente como pudo—. ¿Quieres un trago? —y me pasó la botella de vodka por encima del respaldo del asiento.

—¿Es ésta tu respuesta a todo? —gritó Stacy, girándose y casi sacando el coche de la autopista.

—No lo hagas enfadar —dije, agarrando el volante— que si no, no me dará.

—Vete a la mierda —dijo entre dientes, poniéndose a conducir de nuevo. Cuando le ofrecí el alcohol de Trahearne renegó, pero tomó un trago muy largo—. No sé por qué bebéis eso tan horrible —dijo, escupiendo y tosiendo.

—Es la única forma de emborracharse —dije, y todos rieron como si hubiera dicho algo divertido.

—Lo siento —añadió Trahearne, y eso suscitó otra ráfaga de carcajadas.

—Por supuesto —dijo Stacy, riendo como una tonta—. Aún no puedo creerme que no le haya dado a ese hijo de puta —añadió, riendo más fuerte.

—Ese pedazo de cabrón. Ni aún volándole la cabeza habrías podido pararlo —dijo Trahearne, y rieron por debajo de la nariz.

—Tengo más mala leche que un marine —gritó Stacy.

—Eso no es nada —dijo Trahearne—. Mi madre tiene más mala leche que cualquier marine, muerto o vivo.

—Poca broma —dijo Melinda, con una voz baja y tímida—. Seguro que ella no habría fallado —añadió, y rieron otra vez, tan contentos de estar vivos que se habrían reído incluso de una señal de stop.

Al llegar al motel, trasladamos todo el equipo del coche a la habitación y dejé a los otros allí mientras sacaba a Jackson del maletero y lo ponía en el asiento delantero. La forma de conducir de Stacy lo había dejado un poco estropeado. No le salía mucha sangre, pero tenía la pinta de haber sobrevivido a un accidente de coche terrible. Lo llevé con el coche hasta la entrada de la sala de urgencias del Hospital General de Denver y lo dejé sobre el bordillo, con un zapato en un bolsillo y una botella de bourbon medio vacía en el otro, suponiendo que se apañaría, después de explicarle que Hyland estaba muerto y que nadie lo buscaba. Hizo que sí con la cabeza enérgicamente y a continuación cojeó hacia el hospital, apoyándose en el pie derecho.

—¡Lo siento! —grité por la ventana del coche, pero Jackson agitó la mano sin girarse, como para decir que no me preocupara.

Cuando regresé al motel todavía no eran ni las doce y encontré a la tropa instalada con una pizza y cerveza del servicio de habitaciones. Comimos y bebimos como desesperados hasta que una ráfaga de cansancio nos arrasó como una tormenta tropical y nos tumbó como si fuéramos moscas ebrias. Trahearne se durmió con un trozo de pizza en la mano de camino a la boca y Melinda lo ayudó a meterse en la cama, cayéndose a su lado mientras lanzaba un ronquido breve y repentino, como si le hubieran golpeado en la nuca. En un segundo, Trahearne, que había caído a la cama de espaldas con todo su peso, empezó a roncar como sólo él era capaz de

hacerlo.

—Dios mío —murmuró Stacy—. ¿Cómo puede dormir con eso al lado?

Bostecé.

—Lo debe de amar.

—Pues sí.

—Supongo que tengo que dormir en tu habitación —dije.

—Por supuesto —contestó, afable, y a continuación me cogió de la mano y atravesó conmigo las puertas que comunicaban las habitaciones. Stacy se durmió enseguida y yo me lancé a la cama a su lado.

Pero, como ya imaginé, fue un sueño breve e inquieto, carente de sueños, interrumpido por los continuos sobresaltos al dormir en una habitación desconocida —como las primeras noches al volver al campamento en An Khe—, un sueño traidor. Y la segunda vez que me desperté, a eso de las tres de la madrugada, ya no quise volver a dormirme. Me deshice de los brazos de Stacy tan suavemente como pude, pero se despertó.

—Cada vez que cierro los ojos veo esa habitación con el espejo explotando en forma de cuchillos —murmuró, entre sueños— y no sé por qué no tengo remordimientos de conciencia.

—Han ganado los buenos —dije, liberándome de su mano, que me apretaba la nuca.

—¿Adónde vas?

—Al baño —dije.

—Vuelve —susurró—. No tengo remordimientos, pero vuelve, ¿de acuerdo? No entiendo por qué no tengo remordimientos.

—Ahora vuelvo —le aseguré.

Me levanté, cerré las puertas que comunicaban las habitaciones y fui al lavabo. Cuando salí, Stacy se había quitado la ropa y se había tumbado desnuda sobre el cubrecama, cogiéndose los pequeños pechos con las manos como si le resultaran tan dolorosos como heridas.

—No las tengo como ella —dijo calmadamente (no era necesario que me explicara quién era ella)— pero es todo lo que hay.

—Eres preciosa —dije.

—Ya sé que las que quieres son las tuyas —dijo, intentando sonreír y llorar al mismo tiempo—, pero hazme el amor.

Me tumbé y cogí su cuerpo delgado agitado por sollozos violentos, como con convulsiones; la agarré hasta que pasó del lloro al sueño. La tapé y fui al baño a tomar un trago, con la intención de beber hasta poder dormir de nuevo, pero oí a alguien que golpeaba la puerta. No me sorprendió cuando, al abrir, encontré a Melinda.

—Creo que tendríamos que hablar —murmuró, poniéndose el índice en los pálidos labios.

En algún momento durante la noche se había sacado el maquillaje de la cara, pero, incluso envuelta con una sábana y con la cara macilenta, esa belleza que no había sido capaz de ver al principio era tan evidente como la mirada preocupada que le turbaba los ojos.

—Creo que tendríamos que hablar —repitió.

Le pedí que entrara en el cuarto de baño y cerré la puerta tras ella. Melinda se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y los pies, rosados y elegantes, descubiertos en la claridad violenta. Yo me senté en la taza del váter en mi postura clásica de pensador.

—Por lo visto, esta noche tengo muchas conversaciones en los lavabos.

—Lo siento —dijo, como si pudiera volver atrás y cambiarlo todo ahora—. Lo siento mucho.

—Yo también —confesé—, pero es muy tarde para hacer nada, demasiado tarde.

—¿Cómo sabes cuándo es demasiado tarde para cambiar las cosas? —preguntó con una sonrisa triste. Sin embargo, Melinda no quería que le respondiera o, al menos, me preguntó de nuevo—: ¿Cómo es que has tardado tanto después de que Trahearne y yo nos marcháramos de la casa?

—Tenía que resolver todo el embrollo —dije—, debía comentar los detalles con Torres y con Hyland. —No me pareció necesario que supiera que Stacy había matado a Hyland. No quería que lo supiera nadie más.

—¿Qué detalles? —preguntó, como sin darle importancia.

—Por ejemplo, qué haremos con tu cuerpo si no consigues los cuarenta mil —dije, y Melinda resguardó su cara entre las manos—. A esa gente, no se les puede robar —añadí—. ¿No lo sabías?

—No tenía ninguna alternativa. —Alzó la cabeza para mirarme. Por primera vez desde que la había conocido vi en sus rasgos la influencia de Rosie. Tenía los mismos ojos pacientes y el mismo desafío descarado en la inclinación de la barbilla—. Simplemente era incapaz de hacer otra película —dijo—. Era incapaz... era incapaz de hacerlo... Joder, incluso me he vuelto incapaz de decirlo... era incapaz de seguir follando con desconocidos. Cuando empecé me pareció divertido, quiero decir que me pareció una forma de pasármelo bien, ¿sabes? Como iba siempre colocada y de todas formas me lo hacía con todos, que me lo pagaran me pareció una gratificación fantástica. Lo que hiciera con mi cuerpo no tenía importancia. Sólo importaban el pensamiento y el espíritu, pensaba yo. Pero estaba equivocada. Todo lo que haces importa. Cada acción tiene complicaciones y repercusiones. Eso lo aprendí en la cárcel.

—¿Cómo fue? —pregunté.

—No fue tan dramático —dijo—. Entré pensando que yo era Betty Sue Flowers: un poco neurótica, cierto, y con quince kilos de más, pero, sin embargo, más inteligente y más guapa que nadie de la gentuza de la prisión. Estaba equivocada. Conocí a una mujer que era más brillante y más atractiva de lo que yo podía esperar llegar a ser nunca, más dotada y más inteligente. Además era la persona más malvada y más dura que había conocido en mi vida. La primera noche me apaleó hasta dejarme sin sentido y, a partir de entonces, me humilló cada día y cada noche, pero lo peor que hizo fue decirme que al cabo de diez años yo sería igual que ella. Tenía toda la razón del mundo, naturalmente, y por eso cuando salí supe que tenía que cambiar de vida. El dinero me proporcionaba esa oportunidad, así que no tenía alternativa, y me aferré a eso.

—¿Y qué hiciste?

—Cuando me marché de casa de Selma fui a vivir a casa de una amiga suya en St. Louis y ella consiguió que me admitieran en la Universidad de Washington como alumna especial...

—El gran sueño americano —la interrumpí—, pagarse los estudios con dinero sucio.

—En esa época me pareció una buena idea —dijo serenamente—, o sea que fui a la facultad, hasta que descubrí la cerámica. Cuando mis piezas se empezaron a vender, volví al Oeste. Todo fue bien hasta que... hasta que pasó todo eso.

—No sé si todo eso ha sido culpa de Trahearne o culpa mía —dije—, sin embargo, de todas formas, quiero pedirte perdón.

—No hace falta —dijo—. Si alguien tiene la culpa, ésa soy yo —suspiró—. ¿Y ahora qué pasará?

—¿Te queda dinero? —le pregunté.

—Tengo unos tres mil quinientos dólares en el banco —dijo— y puedo ganar unos cuantos más, quizás unos tres mil o cuatro mil más si vendo todas las piezas que tengo acabadas. ¿Eso no hace cuarenta mil, no? —Ahogó una carcajada—. Quizás me dejarán devolver el dinero a plazos.

—Nos dejarán.

—¿Nos?

—Yo también estoy en el ajo —dije—. He conseguido un poco de tiempo, pero el margen que tengo no es lo bastante amplio para que dejen de pisarnos los talones para siempre. Son muy sensibles con el dinero. Son capaces de gastarse cien de los grandes sólo para que les devolvamos los cuarenta mil dólares.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó, cansada.

—Pedírselos a Trahearne —propuse.

—Está tan pelado que tengo que comprar la comida con la tarjeta de crédito.

—Y Selma, ¿qué me dices?

—Ya ha hecho demasiadas cosas —dijo.

—Dile a Trahearne que se los pida a su madre —repuse.

—Antes dejaría que me cortaran las manos —dijo— para después presentarlas como ofrenda.

Llevaba uñas postizas de un rojo oscuro enganchadas a las suyas de mala manera. Al mirarse los dedos, trémulos, le brotaron de los ojos lágrimas de rabia y empezó a arrancarse las uñas postizas, royendo y mordiendo, rasgando la uña, la cutícula y la carne hasta dejarse las puntas de los dedos llenas de sangre, y después se metió las manos entre los pliegos de la sábana que se le arremolinaba en el regazo. Clavó los ojos en las manchas y murmuró:

—Lo he estropeado todo... Tantas personas que ni siquiera conozco han venido a rescatarme una y otra vez. Quizá tendría que llamar a Hyland y decirle que volveré a trabajar otra vez.

—No creo que eso funcione.

—¿Por qué no?

—Me dijo que no te quería volver a ver nunca más —mentí.

—Y, además, seguramente ahora te he estropeado la vida a ti —dijo.

—Yo siempre he sido un desastre —dije, en tono alegre.

—Has hecho mucho por mí —suspiró— y ni siquiera sé por qué.

Yo tampoco lo sabía, pero busqué mi cartera, saqué su fotografía del instituto y se la di.

—A esta niña la maté hace mucho tiempo —dijo serenamente—. Has estado buscando a un fantasma. —Tocó su cara en la fotografía y la manchó de sangre. Unas lágrimas recorrieron sus mejillas espontáneamente—. ¿Sabes? Este camafeo era de mi abuela. Es lo único que le quedaba cuando fueron a California: este camafeo, y siete críos y un marido con un cáncer en el bulbo ocular —dijo—. Los crió a todos, y todos estudiaron en el instituto. Se destrozó los pies y las piernas haciendo de camarera en un área de descanso para camioneros de Fresno y cuando era demasiado mayor para trabajar se fue a la residencia. No quiso ir a vivir con sus hijos, no quería molestarlos. Cuando aún era una niña, mi madre me llevaba a verla. El olor de los viejos no me gustaba nada, ¿sabes? Se volvían locos de soledad y siempre salían de sus habitaciones para tocarme y contemplarme, y no me gustaba nada, ni pizca.

»Mientras hablaba con la abuela, mi madre se arrodillaba ante su silla, se ponía las piernas de la abuela sobre los hombros y le daba friegas en las varices; las masajeaba hasta que le cogían calambres en las manos. Entonces me pedía que la sustituyera un momento, mientras ella descansaba, y yo no quería, no quería tocar esas venas como cuerdas feas y grandes que tenía bajo las medias. Era incapaz de tocar esas piernas que se había destrozado para que sus hijos pudieran estudiar en el instituto.

»Dios mío, ¿por qué no lo entendí? —gimió—. No fui al funeral porque estaba jugando a ser trágica en *Antígona*... El teatro, Dios mío, qué cría tan estúpida que era... qué criatura tan estúpida que he sido. —Entonces se calló y me miró fijamente, con las mejillas sucias por las lágrimas y la sangre, como una máscara antigua llena de dolor—. ¿Por qué? —preguntó sin más.

—No lo sé —dije, y Melinda acurrucó las piernas bajo el cuerpo y dejó caer la cabeza en mi regazo.

—Hace diez años que no sueño —dijo, con la voz ahogada contra mi muslo, y el calor de su aliento me llegó a la piel traspasando los pantalones—. Dicen que sueño pero que no me acuerdo, pero sé que no sueño. Sueñan mis manos, no yo —dijo, volviendo a apoyarse sobre sus rodillas, y alzó las manos otra vez, ofreciéndolas a algún dios enfadado. Quise cogérselas, pero ella me sujetó la cara, me aferró las mejillas, me atrajo hacia ella y me dio un beso entre las lágrimas, susurrando contra mi boca—: Duerme conmigo, hazme olvidar, por favor, te lo pido...

Con las últimas fuerzas que me quedaban la levanté por las muñecas y la aparté. Al ponerse de rodillas otra vez, se le deshizo la sábana por encima de los hombros, como si fuera un sudario, y sus pechos desnudos quedaron a la vista.

—No me desees —dijo— y no puedo culparte, después de todo lo que sabes.

—Es por Trahearne —susurré.

—Él ya no me desea —dijo—. Quiere que me vaya, que desaparezca de su vida. Hace mucho tiempo que lo sé, pero prefiero ignorarlo.

—Pues se ha preocupado mucho por ti para no desearte.

—Cree que soy una ramera —murmuró— y simplemente quería asegurarse. Nada más. Eso no es lo mismo que desearme. Una mujer lo sabe. Tú me desees, lo veo. No sé por qué no quieres dormir conmigo.

—Es porque tengo miedo.

—¿De mí? —preguntó y, girando las muñecas, se soltó sin dificultad.

—De mí —dije, y me miró fijamente otra vez, larga e intensamente—. Aún amas a Trahearne —murmuré poniéndole las manos en los hombros desnudos. Melinda esperó, tan inmóvil como un animal resignado a quedar atrapado, esperó a que me acercara o la apartara de mí.

—Tienes razón —susurró, inclinando la cabeza para apoyar la mejilla en el dorso de mi mano izquierda—. Perdona —se puso de pie y se enrolló la sábana entorno al cuerpo—. ¿Tú crees que estás enamorado de mí, verdad? —dijo, con la mano en el pomo de la puerta. Asentí lentamente—. Ni siquiera me conoces —dijo, y tuve que asentir otra vez—. Eres muy amable por preocuparte, pero ni siquiera me conoces, no me conoces en absoluto. —Y se marchó, pasando de la luz estéril del lavabo a la oscuridad más absoluta.

A mis ojos empañados les pareció que la sábana blanca dejaba tras de sí una

imagen vacilante que brillaba como una llama sobre una ciénaga.

Cuando la puerta se cerró con un clic, Stacy salió de la cama y vino hacia mí.

—Has dejado escapar tu oportunidad —dijo serenamente. Me levanté y me preparé otra copa—. Los hombres sois unos gilipollas románticos —dijo sonriente—. Ven a la cama.

Nos despertamos al día siguiente a las diez, pero Melinda y Trahearne ya se habían marchado, dejándome a mí como si fuera una especie de criado contratado para la limpieza.

Intenté que Stacy volviera a casa de Selma mientras yo acababa de zanjar un poco todo el embrollo, pero no quiso de ninguna de las maneras.

—Tengo un vestido nuevo, y hace cinco años que no tenía ninguno —dijo—. Así que esta noche me vas a llevar a cenar fuera, tontorrón.

—Muy bien —dije, contento por la perspectiva.

Mientras iba a hacer unas gestiones, Stacy me esperó en el motel. Devolví los dos coches de alquiler, fotocopíé los dos libros contables, envié las copias a Torres y dejé los originales en una caja de seguridad de un banco junto con una nota que explicaba de qué se trataba. Reservé mesa para cenar en un restaurante chino y compré dos botellas de champán francés, que nos bebimos mientras nos arreglábamos para ir a cenar.

—Nunca había bebido champán francés del auténtico —suspiró Stacy mientras se metía el vestido por la cabeza—. Pero tengo intención de repetir —después se tumbó en la cama plácidamente, con una sonrisa en los labios hasta que se durmió.

Encargué la cena por teléfono y envié un taxista a buscarla. Cuando la traje, le pagué y luego me tumbé al lado de Stacy. En algún momento de la noche nos despertamos haciendo el amor vestidos. Más tarde nos desnudamos y nos sentamos ante la cena fría, que nos comimos en silencio como dos famélicos, y luego nos volvimos a meter en la cama.

—¿Sabes qué? —dijo Stacy, medio dormida—. Debo de estar de nuevo en el buen camino.

—¿Por qué?

—Porque estoy borracha de champán, junto a un desconocido más mayor que yo, con el olor de la pólvora todavía reciente en mi nariz inocente y joven, y me encuentro de primera —dijo—. ¿Y tú?

—Yo tengo unos agujeros en el hombro —dije—, un tobillo hinchado, una indigestión de comida china y nada que esperar para el futuro más que una resaca de champán y un trayecto muy largo en coche hasta mi casa.

—¿No te parece maravilloso? —murmuró—. Seré una veterinaria de caballos fantástica, ¿sabes?, una doctora de caballos estupenda. Eso, cuando sea mayor. ¿Tú qué quieres ser de mayor?

—Más viejo —dije, pero Stacy ya volvía a estar dormida.

Al día siguiente, para aparcar al pie del sendero que conducía a casa de Selma tuve

que ponerme a la cola, detrás de su camioneta, de un camión de una empresa de vallas y del Volkswagen de Melinda.

—¿Crees que aún estará allí? —preguntó Stacy.

—Lo que creo es que tendré que hacer de remolcador otra vez —dije, bajando del coche para mirar una nota que había bajo el limpiaparabrisas del Volkswagen. Había una llave enganchada en el papel, y una palabra: «Por favor». Agité la cabeza y Stacy y yo cogimos nuestros cansados pies y los llevamos sendero arriba.

Selma estaba sentada en el salón mirando cómo cuatro jóvenes forcejeaban intentando hacer los agujeros para clavar unas estacas en la ladera rocosa.

—Nunca pensé que llegaría a esto —dijo, cuando llegamos hasta donde se encontraba.

—¿Le parece suficiente? —pregunté.

—He encargado dos perros guardianes en una casa de Broomfield —confesó—. El mundo se mete en nuestra vida demasiado a menudo, a cada momento —recitó—. Nadie volverá a entrar aquí sin permiso —añadió, tocándose la mejilla magullada—. Nunca más.

—Espero que no —dije—. He conseguido una especie de seguro para todos nosotros, pero de todas formas ponga la valla y que le traigan los perros, por si acaso.

—Habla como el que se dispone a decir adiós —dijo—. Se tendría que quedar unos días, tendría que descansar.

—Quédate —dijo Stacy, agarrándome del brazo.

—Estoy demasiado cansado para quedarme —reconocí—. ¿Por qué no hacen las maletas y se van a las montañas unos días? A buscar un lago bonito y un aire que nadie haya respirado. Yo me voy a la ciudad a recoger una barra de remolque y a mi perro, y después regresaré a casa, ahora que todavía puedo.

—Quizá tenga razón —dijo Selma. Miró a Stacy, que asintió lentamente y me soltó el brazo—. Aquí siempre será bienvenido.

—Gracias.

—Y si te falta un médico —dijo Stacy alegremente—, llámame, sea cuando sea —me dio un abrazo fugaz y salió de la cabaña para dirigirse a su habitación, caminando con la espalda firme y recta.

—Es una mujer encantadora —dijo Selma— y creo que, por terrible que haya sido todo, le habrá ido bien.

—Es una fiera —dije—. Sabrá espabilarse.

—Ya me lo dijo Melinda —añadió Selma—. Siempre creo que conozco a las personas de las que me encargo, y siempre encuentran la forma de sorprenderme. Usted, sin embargo, no me ha sorprendido.

—¿Por qué?

—Sabía que recuperaría a Melinda —dijo— y quería darle las gracias. Le salvó la

vida.

—Si no hubiera sido tan estúpido, éstos no la habrían encontrado nunca —dije.

—A la gente no se la puede culpar por creerse las mentiras —dijo en voz baja.

—Me pagan para que las distinga —dije—, pero esta vez...

—Esta vez ha sido diferente —me interrumpió.

—Sí, señora.

—¿Puede hacerme un último favor? —preguntó.

—Por supuesto.

—Esté pendiente de Melinda —dijo—, échele un vistazo de vez en cuando. Tengo el presentimiento de que pronto necesitaré a un amigo.

—Lo haré lo mejor que pueda —dije—, pero no le prometo nada.

—Gracias —dijo— y, por favor, no se culpe de este último cúmulo de problemas que ha tenido ella. Empezaron hace muchos años y usted no ha tenido la culpa de nada.

—De eso no estoy seguro —dije, y la dejé allí, con sus gatos, sus gallinas y su valla nueva.

Pero las grandes desgracias no se acaban nunca. Se eternizan, como un litigio interminable o una fiebre tropical crónica. A pesar de eso, creía que ésta se había terminado, excepto por los cuarenta mil dólares, que eran sobre todo cosa de Melinda. De nuevo pude meditar mucho mientras me dirigía hacia el norte remolcando, una vez más, el Volkswagen de Melinda, con Fireball tumbado en el asiento a mi lado, amodorrado por las medicinas. El bulldog estaba todo vendado, para que los tubos de drenaje se le mantuvieran en su sitio. Cuando lo recogí, los veterinarios me lo dieron como si no tuviera demasiadas posibilidades de sobrevivir. Le habían sacado un trozo de estómago y le habían seccionado el intestino delgado. Así pues, lo llevé a casa como si fuera un bebé, tan suavemente como pude. Cuando llegamos a Meriwether tenía tan mal aspecto que lo dejé en el veterinario mientras remolcaba el Volkswagen hasta Cauldron Springs.

Como había acabado harto del circo de la familia Trahearne, dejé el coche de Melinda aparcado detrás del edificio de la piscina del hotel y después me fui a casa a cuidar de Fireball y a atar cabos. Me senté en el despacho y me colgué del teléfono hasta dejarlo pegajoso de sudor. Después escribí unas cuantas postales. Me parecían la forma más apropiada de comunicación. Envié una a Rosie con el número de teléfono de Trahearne; otra a Melinda, diciéndole que llamara a su madre; una tercera a Trahearne, que decía simplemente: «Tienes una deuda conmigo, viejo».

Al salir de la oficina pasé por el despacho de la secretaria y la interrumpí mientras se pintaba las uñas de azul.

—Si llama alguien —le dije—, diles que estaré fuera de la ciudad indefinidamente.

—¿Cuánto tiempo es eso? —preguntó, sin mirarme.

—Casi para siempre —dije, y se lo apuntó.

Recogí a Fireball, que todavía resistía, y me lo llevé a la cabaña de North Fork. Las heridas cicatrizaban poco a poco, pero lo hacían. Le había salido un mechón de pelo blanco en el hocico. Cuando caminaba lo hacía con cuidado, como intentando controlar el movimiento natural, y no podía levantar la pierna para mear. Pero sobrevivía. Finalmente lo llevé con el coche a Columbia Falls para que le quitaran los tubos de drenaje y los puntos. Cuando volvimos a la cabaña, vi el Caddy de Trahearne aparcado enfrente. Él estaba sentado a la mesa con una botella de dos litros de vodka y una jarra de tónica. Cuando cogí a Fireball y lo llevé escaleras arriba, no dijo nada. En cuanto lo dejé en el suelo, el bulldog fue hacia Trahearne para olisquearlo, pero a medio camino cambió de opinión y se puso a lamerse las cicatrices.

—Supongo que no dirás que es culpa mía también —dijo Trahearne, sin darle importancia.

—Me parece que nunca culpo a nadie de nada —dije.

—Debe ser difícil ser un santo —comentó.

Hablaba como si estuviera sereno, pero tenía los ojos rojos de haber estado bebiendo. En la comisura de los labios se le había formado una costra blanca de antiácido.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—No podía trabajar —dijo, agachando la cabeza.

—Quizás es que te pones demasiado lejos de la mesa —dije.

—¿Y tú qué demonios sabes? —preguntó, pasando de la rabia a la tristeza.

—Nada.

—Pues no intentes decirme cómo lo tengo que hacer —dijo, intentando echarse vodka en la jarra. Era demasiado difícil. Levantó la botella y bebió a morro, y empalmó con la tónica.

—No creo que un vodka con tónica se prepare así.

—Vete a la mierda —eructó muy desagradablemente y volvió a beber.

—Volvamos a empezar la conversación —le sugerí.

—Como quieras —dijo.

Se levantó y fue tambaleándose hasta la cabaña. Cayó de rodillas como si se dispusiera a rogar, respiró haciendo un esfuerzo una o dos veces y después vomitó, como un proyectil, una mancha de sangre inmensa.

—Dios mío —exclamé.

Trahearne vomitó otra vez, se dobló y cayó por encima de la baranda hasta el suelo, a casi un metro de distancia. Me acerqué, lo ayudé a ponerse derecho, le sequé la cara y después le pasé un brazo por encima de mi hombro y lo acompañé al coche.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Llevarte al hospital —dije.

—Déjame morir —murmuró entre dientes—, déjame morir.

—Atraerías a las moscas —dije, metiéndolo en el Caddy. Cuando fui a buscar a Fireball, Trahearne se rió y respiró con gran esfuerzo, otra vez. Estuve unos minutos metiendo algo de ropa en una mochila y, cuando salí de la tienda, Trahearne había salido del coche e iba hacia el río tropezando—. ¡Eh! —grité, corriendo detrás de él.

—Suéltame —dijo, cuando lo agarré del brazo. Como no lo soltaba, sacudió el brazo tan fuerte que me lanzó contra un árbol. Después reanudó el camino hacia el río.

Mi primer impulso fue levantarme y dejarlo inconsciente de mala manera, pero no quería romperme la mano contra su mandíbula gigantesca. Esta vez, cuando lo atrapé, le puse el brazo en torno al cuello para contenerlo. Se agitó enfadado y se resistió, pero me quedé colgando sobre su espalda hasta que cayó de rodillas y entonces lo solté. Trahearne agitó el cabezón, afanándose por respirar y oxigenarse el cerebro, y a continuación se levantó sin decir una sola palabra y se dirigió hacia el río de nuevo. Esta vez fue más fácil. Y la tercera, más fácil todavía.

—Puedo estar así todo el día —le dije cuando se puso derecho por última vez.

—Pues tendrás que estarlo —susurró, con la voz ahogada.

—¡Al diablo! —dije, apartándome, y luego me giré de repente y le di un golpe en la mandíbula. Fue como darle a un árbol. Tuve la sensación de que se me habían roto todos los huesos de la mano derecha y de la muñeca—. ¡Joder! —dije, sujetándola suavemente con la mano izquierda.

Trahearne se irguió un momento, dio un paso hacia mí y se cayó contra mi pecho. Nos caímos los dos al suelo, el hombretón encima mío, y noté cómo se salían de su sitio un par de costillas. Al menos, por fin estaba fuera de combate. Me escurrí debajo de su cuerpo y lo cogí por el cuello de la camisa para arrastrarlo hasta el coche antes de que el dolor fuera demasiado fuerte. Sin embargo, no pude moverlo. Tuve que ir hasta la tienda de Polebridge para que me ayudaran a cargarlo en el Caddy. Cuando cogí el coche para llevarlo al hospital de Kalispell, Trahearne roncaba pacíficamente y yo tenía la mano derecha como un guante de goma lleno de agua.

Al cabo de dos días volví a la ciudad para visitarlo. Cuando entré en su habitación del hospital, sonrió con una mueca de dolor.

—Me llevarás a la tumba —dije—. Me he roto seis huesos de la mano, y me he dislocado tres costillas, viejo... por haber intentado que siguieras vivo —le enseñé el yeso.

—Diría que vuelvo a estar en deuda contigo, ¿eh?

—Eso mismo, demonios —dije.

—Pues muy bien, gracias.

—¿Qué diablos pretendías? —pregunté, sentándome en la silla que tenía más cerca.

—Vete a saber... —murmuró—. Joder, vete a saber —después permaneció un largo rato callado—. Melinda me explicó eso de los cuarenta mil dólares —dijo— y cometí el error de ir a pedirle el dinero a mi madre.

—¿El error?

—Esa mala bruja se rió en mi cara —dijo, poniéndose rojo de vergüenza—. Sabía que no se los tenía que pedir —añadió—, sabía que tenía que resolverlo por mi cuenta.

—¿Y qué has hecho? ¿Has hipotecado la casa?

—Si pudiera lo haría —dijo—, pero en el banco ya tienen dos letras pendientes. Si no me echan es sólo porque mi madre avaló las letras. ¡Maldita vieja loca! Nunca he entendido nada de lo que hacía, ¿sabes?, nada. Quizás quiere tenerme cerca, pero sólo con sus condiciones. No lo sé...

—Así que ella se ríe y entonces tú agarras la botella, ¿no?

—No fue entonces —dijo—, todavía no. Llamé a mi editor y conseguí que me diera cuarenta mil dólares de anticipo por mi nuevo libro...

—¿Qué nuevo libro? —lo interrumpí.

—El nuevo libro que voy a escribir —contestó—. Pero para que me diera el dinero tenía que tener escritas como mínimo cien páginas. Por eso he venido a verte.

—¿Quieres que lo escriba yo? —pregunté—. ¿O sólo que te aguante la mano mientras escribes?

Inclinó la cabeza poco a poco.

—Si pudieras venir y mantenerme un día más sin beber, podría conseguirlo.

—Estás de broma.

—De ninguna manera —dijo—. Sé todo lo que te debo, C. W., pero si pudieras hacer sólo eso, haría... haría lo que fuera por ti, te pagaría lo que fuera. Me tengo que poner a trabajar otra vez, ¿lo entiendes?, me tengo que poner...

—¿Por los cuarenta mil dólares? —pregunté—. ¿Por Melinda?

—Sí, eso mismo —susurró entre dientes.

—Eres un hijo de puta —dije—. Lo haré, pero no por ti o por el estúpido libro...

—Por ella —dijo en voz baja—. Acepto. Supongo que es más de lo que me merezco.

—¿Y ella qué opina? —pregunté.

—Todavía no lo sabe —susurró—. Alquiló un camión, cargó sus cosas y se las llevó a San Francisco.

—Fantástico —dije—. ¿Por qué no la ayudaste?

—No quiso —confesó—. Dijo que era su problema y que se encargaría ella. Pero

cuando consiga el dinero, tú puedes dárselo a esos y ella saldrá de ese lío.

—Y yo también —dije, pero no me escuchó.

—Debe ser duro —dijo en voz baja.

—¿El qué?

—Terminar la gran búsqueda y encontrar a la bella doncella deshonrada —dijo, casi con un cuchicheo.

—Sólo por ti —dije—, sólo por ti.

—A eso me refería, hombre —dijo—, encontrar a la chica bonita enamorada del dragón, casada con la bestia peluda y de aliento maloliente... —calló y me miró fijamente—. Deberías haberme dejado en el río.

—Ya lo pensé, ya.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque te ama, supongo —dije—, aunque no entiendo por qué.

—Yo tampoco.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿La quieres a ella?

Hizo una pausa muy larga antes de contestar y después dijo:

—Ya no sé a ciencia cierta qué significa eso, pero sé que no puedo vivir sin ella.

—No parece que la vida con ella te vaya muy bien.

Hizo otra pausa, esta vez más prolongada, y después dijo:

—Mira, antes esperaba con ilusión el día en que llegaría a la edad en que las mujeres ya no me importarían nada. Pensaba que cuando llegara ese día toda la energía malgastada que utilizaba para acosarlas la dedicaría al trabajo. Creía que me volvería viejo y sabio, que estaría sin sexo como si fuera un oráculo, pero no fue así, de ninguna manera. Me sucedió antes de lo que esperaba, y me volvió loco... o todavía más de lo que estaba. Y cuando Melinda volvió a encender las llamas, se lo agradecí tanto que me casé con ella. Ahora tengo miedo de perderla.

—Tú no necesitas un detective, amigo, necesitas un freidor de cerebros.

—Quizá sí, hijo —susurró—, pero eres lo único que tengo. De todas formas prefiero darte treinta dólares la hora a ti. Al menos me invitas a una copa de vez en cuando.

—Pero ya no lo haré más —dije—. La primera copa que te vea tomar será la última a la que te invitaré.

—Seré tan dócil como un corderito —dijo, haciendo una mueca—. Ya lo verás.

En cuanto los médicos pudieron hacerle una serie de pruebas, descubrieron que Trahearne no tenía ninguna úlcera perforada, sino sólo un ataque de gastritis alcohólica aguda. Al día siguiente dejaron que abandonara el hospital.

—Pon la capota —dijo en tono arisco repantigándose en el asiento del copiloto de su Caddy. Tenía la cara tan blanca que parecía que se la hubieran pintado con

maquillaje de payaso.

—Calla y disfruta del sol —dije al arrancar.

—¿Dónde vas? —suspiró—. Te equivocas de dirección.

—Tengo que ir a buscar mi camioneta. —Abrí una cerveza.

—No puedo conducir —replicó Trahearne, mirando la cerveza con fijación.

—Ya lo sé. Tengo una barra de remolque en el portaequipajes. Me acabo de comprar una. Me he hartado de alquilar esos malditos trastos, casi tanto como de remolcar los malditos coches de un lugar a otro.

—¿Y me harás tragar los sesenta kilómetros de carretera de grava? —dijo—. ¿Todo el camino de ida y vuelta?

—Y, además, me tendrás que ver bebiendo cerveza todo el camino —dije—. Qué demonios, si Fireball puede, tú también —añadí, indicando con la cabeza el asiento de atrás, donde dormía el bulldog.

—Sughrue, eres un cabronazo —dijo Trahearne dándose un golpe en la frente sudada.

—¿Qué quieres, comprensión por cuatro céntimos o eficacia por cien dólares al día?

—¿Y qué me dices de unas cuantas palabras adecuadas? —preguntó, casi sonriente.

—El gobierno me dio un puñado de ellas —dije—, pero nunca encuentro la oportunidad de utilizarlas.

Trahearne se quedó sonriente hasta que le dije que me abriera otra cerveza, y después nos dirigimos hacia el norte para adentrarnos en las montañas. Yo estuve bebiendo y él mirándome todo el camino hasta la cabaña, donde enganché los dos coches de nuevo. A la vuelta me detuve en un par de bares en Columbia Falls y en Kalispell y, a partir de entonces, en todos los que encontramos de camino a Cauldron Springs. El hombre no se quejó en ningún momento. Se limitó a estar sentado sorbiendo 7-Up y rascándole la cabeza a Fireball. Cuando aparqué delante de su casa era casi de noche y estaba borracho como un memo. Cuando abrí la puerta de la camioneta, Catherine Trahearne estuvo a punto de llevársela con su Porsche. Bloqueó los frenos y se detuvo delante de nosotros derrapando y luego salió del coche y ayudó a Trahearne a salir de la camioneta.

—¿Cómo te encuentras? —dijo, con una musiquilla en la voz—. Ay, me tendrías que haber dejado venir al hospital.

—Estoy bien —Trahearne suspiró profundamente mientras ella se deshacía en atenciones por él—. Estoy bien, sólo un poco cansado. Quizá vaya a echarme un rato.

—¿A echarte en la cama o algo en el gaznate? —le pregunté al bajar del coche.

Trahearne me lanzó una mirada triste y cansada y agitó la cabeza, pero Catherine me miró con una rabia tan intensa que casi me quitó la borrachera. No hay nada como

el odio sincero para llamar la atención de un borracho.

—Que duermas bien —añadí estúpidamente, mientras Catherine acompañaba a Trahearne escaleras arriba.

Cuando desaparecieron por la puerta principal, salí para ayudar a Fireball a bajar del coche. El perro atravesó el césped con cuidado, poco a poco, buscando un arbusto. No para mear encima, sino para esconderse detrás. Tener que agacharse como un simple cachorro lo incomodaba a más no poder. Finalmente encontró un arbusto de hoja perenne muy estropeado y se agachó detrás.

—¿Qué demonios hacemos aquí, perro? —pregunté.

Él, sin embargo, tampoco parecía saberlo. Acabó el trabajo y después vino a retozar a la sombra al lado de mis pies. Me apoyé en el capó y seguí bebiendo cerveza. Catherine salió de la casa y vino hacia mí, con la corta falda plisada de jugar al tenis que se le levantaba al bajar las escaleras saltando.

—Estás muy guapa hoy —dije.

Y era verdad. Las semanas de tenis estival la habían bronceado sin secarle la piel y tenía las mejillas coloreadas de un rojo oscuro. Olía a perfume, a sudor femenino, a aceite de coco y a sol.

—Preciosa —añadí, alzando la lata de cerveza para hacer un brindis mientras se me encendía dentro de la barriga la llama ardiente de un antiguo deseo.

Catherine se detuvo ante mí y dio un manotazo a la lata de cerveza que tenía en la mano. La lata golpeó con violencia contra la grava y vomitó una raya de espuma en la carretera.

—¿Qué demonios te crees que haces? —me preguntó, resoplando de rabia.

—Trahearne ya ha recibido todo el amor y el afecto que puede soportar —dije, intentando tragarme mi propia rabia.

—¿Y tú qué demonios sabes?

—Casi todo lo que se puede saber —dije—. Me contrató para que lo mantuviera sobrio y sólo quería ver si tenía el valor de soportarlo.

—¡El alcoholismo es una enfermedad! —me gritó—. No tiene nada que ver con el valor.

—Bien, quien me ha contratado es él y no tú.

—Si ni siquiera lo haces por él —dijo—, lo haces por ella. —No me molesté en negarlo—. ¡Maldita zorra! —dijo, con voz sibilante.

La rabia le alisaba los labios y le estiraba la piel contra los huesos de la cara, hasta hacerla parecer transparente como el cráneo apergaminado de una momia. Con el sofoco, se le dibujaron unas rayas finas y blancas en los extremos de los ojos, en las sienes y en la línea de la mandíbula. Soltó un taco, dio una patada en el suelo y luego corrió hasta su Porsche y se alejó zumbando en medio de una nube de grava y polvo.

Fui a buscar otra cerveza mientras la veía alejarse. Giró para meterse en la carretera, derrapando a la perfección con las cuatro ruedas. A medio camino de la ciudad las luces de los frenos relampaguearon al bloquear las ruedas y pararse derrapando en medio de la carretera, donde se quedó unos minutos. Después, lenta e intencionadamente, dio la vuelta y regresó a la casa.

—Te pido perdón —dijo al detener el coche a mi lado—. Lo siento, de veras.

—No te disculpes —le dije cuando bajó del coche—, es señal de debilidad.

La rabia le volvió de golpe pero se la tragó y preguntó amablemente:

—¿Cómo?

—Es lo que dice John Wayne. No recuerdo en qué película, pero sé que lo dijo.

—Es tu héroe, ¿no? —preguntó.

—Sólo los tontos tienen héroes —susurré.

—Ya —dijo, sonriendo poco a poco—. Siempre cometo el error de subestimarte, ¿verdad?

—Es mejor que sobreestimarme, ¿no?

—De eso no estoy segura —dijo—, pero sí de que lo siento.

—No le des más vueltas —dije—. Es un encargo de tontos y probablemente lo estoy haciendo como un tonto. Es la única forma en que sé hacerlo. El orgullo y el valor son lo único que funcionará con Trahearne.

—Cuando el juego se pone duro, los duros empiezan a jugar, ¿no? —preguntó, socarrona.

—Ríete, si quieres, pero es el secreto de la fuerza de carácter.

—Perdona —rió y se apoyó en mi brazo—. No he podido resistirme a provocarte. ¡Es que estabas tan serio!

—Los borrachos siempre están serios cuando menos conviene —dije.

—¿Crees que puedes tener a Trahearne sin beber un tiempo?

—Si realmente tiene la intención, supongo que puedo ayudarlo —dije—. Vale la pena intentarlo.

—Quizá más tarde me pase a prepararos la cena a los dos.

—No, gracias —dije—, ya nos apañaremos.

—¿Me estás invitando a no venir?

—Algo así —reconocí.

—Puede que tengas razón —dijo—. Después de cenar ven a tomar una copa.

—Me lo pensaré —dije.

—Eso mismo —se irguió para darme un beso en la comisura de los labios—. Vigílalo por mí.

—Lo haré tan bien como pueda —dije, y ella asintió, como si supiera que lo haría.

Volvió a su coche y lentamente dio la vuelta a la casa de la madre de Trahearne.

Una vez más cargué nuestro equipaje y lo subí por las escaleras hasta la casa.

Sin embargo, Trahearne, en lugar de tumbarse estaba sentado delante de la mesa en pantalones cortos y camiseta, mirando distraídamente si el Colt automático del 45 deslizaba bien. Al lado tenía un vaso de whisky recién servido.

—No te preocupes —dijo, cuando dejé las bolsas en el salón—, no es que piense volarme el cerebro. Prefiero el suicidio lento de la bebida. —Levantó el vaso de whisky—. Y tampoco te preocupes por esto —dijo, dejándolo sobre la mesa otra vez—. Su presencia me consuela un poco. —Volvió a coger el arma del 45 y giró la silla para ponerse de cara a mí. Esa automática tan grande casi quedaba empequeñecida en su mano. Se la puso colgando de los dedos como si fuera un juguete roto—. El asalto a la casa de Colorado, lo montaste como un soldado con coraje —dijo—. ¿De veras lo fuiste?

—En ese momento me pareció la única posibilidad —dije—, la mejor manera de conservar la vida.

—Ésa es la gran diferencia —dijo pausadamente— entre tu guerra y la mía. Vosotros sabíais que si sobrevivíais el tiempo suficiente la guerra acabaría. Nosotros sabíamos que nos matarían. Era la única forma de poder seguir: aceptamos nuestras muertes de antemano sólo para poder seguir. Pero lo importante no es eso, ¿verdad?

—¿Qué es lo importante? —pregunté, sentándome.

—¿Qué es lo peor que hiciste en la guerra? —preguntó de sopetón.

No era una pregunta intrascendente y yo no tenía ninguna respuesta intrascendente.

—Estábamos luchando en una aldea del sur de An Khe, un pueblo de mala muerte que se llama Plei Bao Three —le expliqué— y tiré una granada en una cabaña y maté a las tres generaciones de una familia vietnamita: los dos abuelos, su hija y los tres nietos.

—¿Antes de eso eras un buen soldado? —preguntó Trahearne.

—Supongo que sí.

—¿Y después?

—No hubo después —dije—. Después me quedé en la empalizada. Un equipo informativo de la televisión canadiense filmaba el ataque y, como al día siguiente fui la noticia de la noche, tuvieron que encerrarme.

—Eso es política —masculló Trahearne, moviendo su mano hacia mí— y no combate. —Después de dejar de lado el trauma central de mi vida de adulto de un zarpazo, Trahearne siguió—: ¡Te explicaré algo que no he explicado nunca a nadie!

—Fantástico —dije con sorna, pero ni siquiera me escuchó.

—Cuando desembarcamos en Guadalcanal, yo no tenía mucho de marine —dijo—. Quiero decir que caminaba, hablaba y luchaba como un marine, pero todo era comedia. Supongo que pensaba que tenía que sobrevivir a la guerra o algo así, no lo

sé, pero me limité a imitar los gestos intentando que quedaran bien. Más tarde estábamos atrincherados en el río Tenaru y los japoneses hicieron una ofensiva nocturna. Resistimos y resistimos y nos los cargamos, y me di cuenta más o menos de lo que hacía mal. Pero en cuanto se acabó, lo entendí todo.

»Estábamos mirando los cuerpos, los cuerpos de los japoneses, y encontré a un soldado japonés flotando panza arriba en las aguas. Había suficiente claridad para darme cuenta de que estaba vivo y para que él me viera. Me incliné y le disparé entre los ojos con esta arma del 45.

»Supongo que no es necesario que te diga cómo se vive de cerca, supongo que lo sabes, pero me obligué a mirar, me obligué a no parpadear y después supe de qué iba la guerra. No iba de política, ni de supervivencia, ni de ninguna de esas chorradas, iba de matar sin parpadear, de vivir sin parpadear —hizo una pausa y tiró la pistola sobre un montón de hojas sueltas—. Así es como he vivido desde esa noche, y eso es lo que está mal. Si no eres capaz de parpadear, es como si estuvieras muerto.

—Eso fue hace mucho tiempo —susurré—. Quizás es hora que dejes de reprochártelo.

—¿Has dejado de reprocharte tú la muerte de todos esos civiles? —preguntó de golpe.

—Un poco.

—Pues estás de suerte —masculló tristemente—. Como yo no puedo, me doy por vencido. Escucha, me doy cuenta de la tontería sentimental que es mi poesía y me doy cuenta del tipo de producto machista que son mis historias, soy tan comediante como la zumbada de mi madre, pero en estos últimos meses tan locos he aprendido algo y ya no haré ninguna otra chorrada de ésas. Y todo por tu culpa.

—Siempre es por mi culpa —dije, sonriendo.

—Al principio quería que encontraras a Melinda para saber cosas. Si Rosie no te hubiera contratado, habría encontrado alguna manera de hacerlo, pero vi que ibas a buscarla por una sonrisa y ochenta y siete dólares, sin juzgarla nunca, ni una sola vez, perdonándola sin pedir nada a cambio. Cuando estuve en el hospital, todo el rato pensaba en eso y al fin lo entendí. Todo este tiempo, todos estos años desde la guerra, me he preocupado por ser lo más duro posible, por intentar vivir sin miedo, pero cuando ha llegado la hora de la verdad, cuando se ha tratado de la vida y no de la muerte, no he tenido valor para perdonar a la mujer que amaba. No he podido evitarlo, hijo, ni una pizca —hizo una pausa, el rato de coger el revólver del 45 y apartar la pila de hojas de encima de la mesa—. De forma que ya no haré nada más. Escribiré una novela sobre el amor y el perdón, aunque eso me mate. Y es por ese motivo que no tengo intención de volarme los sesos con este trasto —tiró la pistola sobre la mesa otra vez—. Ahora sólo es un pisapapeles.

—Muy bien.

—Ya he apretado mi último gatillo, hijo —dijo, sonriendo—. Joder, si esa noche ni siquiera apreté el gatillo de la escopeta: simplemente metí un cartucho en la recámara y estaba tan borracho que cuando lo hice tenía el gatillo atrás, y la muy cabrona se disparó. Nadie de los que estábamos allí quedó más sorprendido que yo mismo.

—Algunos nos sorprendimos mucho, la verdad —dije, devolviéndole la sonrisa.

—Nadie más que yo mismo —dijo, y después rió entre dientes y me alargó el vaso de whisky—. Y ahora vete de aquí, hijo, que tengo trabajo.

—De acuerdo —dije. Al levantarme y mirar cómo cogía los lápices y una libreta por estrenar, me descubrí un nudo extraño en la garganta y un resquemor en los ojos, pero me fui antes de que el viejo se diera cuenta.

Trahearne trabajó hasta la hora de cenar. Comió huevos revueltos con una salchicha y, cuando le ofrecí más, me indicó con la mano que me marchara. Como parecía que prefería seguir encerrado, decidí salir fuera a pasear para echar un vistazo al bulldog. Fireball se había zampado casi toda la comida y se había dormido con la nariz metida en el cuenco. Lo dejé tranquilo y me dirigí al arroyo. Encontré a Catherine en el puente. Llevaba un vestido de punto largo que ondulaba sobre su cuerpo en el crepúsculo.

—¿Venías a tomar una copa? —preguntó, rodeándome el cuello con los brazos y engancho su ingle a mi pierna.

—Algo así —dije, pasándole los brazos por esa cintura tan firme.

Me dio un beso murmurando en mi boca:

—No tenemos ningún sitio adónde ir, querido. —Pero, aparentemente, eso no tenía importancia. Bajó las manos, me desabrochó los Levis deprisa y después se arremangó la falda sobre las caderas para que yo pudiera cogerle las nalgas descubiertas con la mano buena, a la vez que doblaba las rodillas.

Cuando terminamos, miré por encima de su hombro hacia la casa de la madre de Trahearne. Una cortina de una ventana del piso de arriba osciló como si alguien acabara de apartarse.

—Me parece que la vieja nos ha visto —dije.

—Que se vaya al cuerno —dijo Catherine, alisándose la falda al dejarla caer sobre sus piernas magníficamente musculadas.

—¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza que no deberíamos hacer esto? —pregunté.

—Nunca antes, sólo después —contestó, con una carcajada afable—. Mañana por la noche —añadió—, en el mismo lugar y a la misma hora. —Y luego se separó de mí y se adentró en el crepúsculo, marchándose antes de que pudiera decirle que no.

Pero al día siguiente por la noche, cuando aparecí en el puente después de cenar, me esperaba Edna Trahearne. Como siempre, iba vestida con la ropa vieja de ir a pescar, a la cual había añadido un sombrero irlandés de punto para protegerse del frío de la noche. Cuando subí al puente lanzó un bufido, como si llegara tarde a una lección de lanzar el sedal.

—Intente controlar su decepción —refunfuñó—. Catherine aún está recogiendo la mesa de la cena. Vendrá en seguida.

—Me alegro de volver a verla, señora Trahearne —dije, apoyándome en la barandilla a su lado—. ¿Pican?

—Vaya con el hombrecito educado —dijo con socarronería—. ¿Cómo se las ha apañado para mezclarse con estos pobres mortales?

—¿Y usted?

—Fue un momento de pasión absurda, joven —contestó, y se puso a reír como una gallina, haciendo una carcajada impetuosa y febril que penetró en la noche como el grito de un loco—. ¿Y usted qué excusa tiene?

—Me parece que no tengo ninguna.

—Más le vale que encuentre una, joven —me aconsejó alegremente—. Ha puesto el pie en un nido de víboras y, si está aquí sin un buen motivo, no tiene nada que hacer.

—El trabajo de una jornada por el sueldo de una jornada —dije, y ella volvió a reír—. Está de buen humor esta noche.

—Cada vez que esa ramera no está aquí, estoy de muy buen humor —dijo, y sonrió esperando que yo intentara picar el cebo. Al convencerse de que no picaría, lanzó otro bufido y después preguntó—: ¿Qué le ha pasado en la mano?

—Le di un puñetazo a su niño en la mandíbula —confesé.

—Un tipo que hace su trabajo tendría que saber que no tiene que dar puñetazos a un hombre de ese tamaño.

—Ya lo sabía —dije—, pero se lo di igualmente, sólo por gusto.

—Es usted educado —dijo con una sonrisa tan torcida como sus dedos—, sin embargo, no es ni pizca de amable.

—Sí, señora —contesté, y la mujer se giró y fue renqueando hacia su casa, deteniéndose un momento para hablar con Catherine, que se acercaba al puente. No oí lo que le decía Edna, pero Catherine miró por encima de su hombro para concederme una sonrisa, del tipo que mi madre llamaba una sonrisa de serpiente. Cuando acabaron de hablar, la vieja se fue para casa y Catherine avanzó hacia mí poco a poco. Llevaba el mismo vestido largo verde pálido y un vaso en la mano.

—Tengo entendido que no siempre eres respetuoso con los ancianos —dijo, al pasar hacia el puente, todavía con la sonrisa pícara en la cara.

—Contigo siempre soy amable —dije.

—¿Te hace gracia recordarme mi edad? —preguntó, y la sonrisa se borró de su cara de repente.

—Era sólo una broma —dije, a modo de disculpa.

—Pues a mí no me hace gracia —refunfuñó, removiendo su bebida furiosamente.

—Perdóname.

—¿Por qué no te vas a hacer de niñera?

—Pues sí, chica, me voy —dije, y me fui.

—C. W. —dijo en voz baja, pero seguí andando.

Durante casi dos semanas todo fue como una seda y Trahearne y yo convivimos tan bien como dos solteros impotentes, de una forma muy parecida a como habíamos vivido durante su larga visita a North Fork. Para mí fueron como unas vacaciones. Por la mañana corría, después me sentaba al sol y continuaba con mi exploración de su amplia biblioteca. Después de comer ponía la silla en la sombra y retomaba el libro que hubiera dejado. Trahearne trabajaba todo el día, escribiendo sus garabatos furiosamente y hablando a solas entre dientes. Cada tarde, hacia las cinco, salía serenamente de casa, se estiraba y gruñía «¿Garabateamos y garabateamos, eh, señor Gibbon?», y luego soltaba una risita ahogada mientras bajaba las escaleras para hacer su ejercicio diario y llamaba a Fireball con un silbido.

Cada tarde el hombre y el bulldog iban a pie hasta el pueblo, mientras yo los seguía con el Caddy como un instructor vigilando cómo los soldados hacen *footing* por la carretera. Cuando Trahearne se cansaba, los recogía a los dos y los llevaba con el coche hasta la piscina del hotel, donde Trahearne se repantigaba como una morsa vieja hasta que empezaba a dormitar. Luego llevaba a los dos convalecientes a casa y los alimentaba. Después de cenar se iban a dormir y yo me iba abajo a beber cerveza y mirar la televisión hasta que también encontraba refugio en el sueño.

Cada mañana, mientras yo estaba fuera corriendo, Catherine le traía a Trahearne las páginas del manuscrito pasadas a máquina y recogía las páginas del día anterior para transcribirlas. Una vez, sin embargo, llegó tarde y cuando ella subía las escaleras yo estaba sentado en la puerta, de vuelta de correr, respirando fatigado. Me saludó con una inclinación de cabeza y entró en la casa. Pero al salir se detuvo a mi lado.

—Supongo que lo debes encontrar extraño —dijo, agitando las hojas amarillentas hacia mí.

—Nadie más en el mundo es capaz de entender su letra —dije.

—Me gusta colaborar en lo que puedo —gruñó, malhumorada, y se fue.

—¿Y eso no lo hacemos todos? —murmuré cuando ella ya estaba lejos.

Trahearne se mantuvo sobrio, aparentemente sin esfuerzo, a excepción de un trago de mi cerveza la noche que brindamos por Fireball la primera vez que pudo levantar la pata para mear.

—Qué buena está, Dios mío —suspiró Trahearne después de tragarse la cerveza —, es cojonuda.

—La primera siempre lo es —le recordé, al recuperar mi lata de cerveza.

—De acuerdo —dijo, y se incorporó con dificultad.

Fireball lo siguió, obediente, marcando cada arbusto y cada roca que aparecía en

su camino. Cuando llegaron a la carretera, el perro la atravesó removiendo el trasero para ir al río a beber otra vez y, por el camino al pueblo, Trahearne estuvo pendiente del bulldog constantemente, diciéndole que pusiera la pata en el suelo de una vez y que siguiera caminando.

Aquella noche, al meterse en la piscina, Trahearne me preguntó por qué ya no me zambullía con él.

—Es como nadar en las mucosidades de alguien —dije.

—Sughrue —dijo bajito—, eres el ser humano más asqueroso que he tenido la desgracia de conocer nunca.

—Al menos no nado en...

—Dios mío, no lo vuelvas a decir —exclamó, y a continuación metió la cabeza bajo el agua. Al sacarla hizo ver que iba a estornudar y me salpicó entero de agua. Su carcajada resonó por la gran sala enladrillada y la llenó con ruido de cristales rompiéndose. Entonces me volvió a mojar gritando—: ¡Nunca más! ¡Eso no lo vuelvas a decir nunca más!

Con la bota húmeda le empujé la cabeza bajo el agua. Trahearne me aferró el tobillo con su manaza y me lanzó a la piscina de un tirón. Salimos del agua los dos risueños como criaturas.

Esa misma noche, mientras miraba la televisión y dejaba que se me secara la ropa, oí unos golpes en el ventanal del sótano. Al alzar los ojos vi que era Catherine, y me sonreía. Como ya tenía los pantalones casi secos, me los puse antes de ir a abrir la puerta.

—¿Tenías vergüenza? —dijo, sonriente.

—Mi madre era una señora Avon —dije— y me enseñó a no abrir nunca la puerta sin vestir.

—Muy lógico —contestó. Suspiró, pero ya no sonreía—. Verás, es que estoy un poco harta de estar tan encerrada. Cuando esta noche he terminado de picar a máquina he decidido que necesitaba salir de casa. ¿Por qué no nos tomamos una tregua, me llevas al pueblo y me invitas a tomar algo?

—Buena idea —dije.

Cuando a las dos cerró el Sportsman Bar, compré media docena de vasos de plástico llenos de bebida y me los llevé al Porsche de Catherine. Los intenté mantener en equilibrio, subí al asiento del copiloto y Catherine se me arrimó para tocarme la mejilla.

—Démonos un chapuzón de medianoche —propuso.

—Buena idea.

Llevó el deportivo por la ciudad a oscuras y lo aparcó detrás del hotel; entonces bajó y abrió la puerta trasera del edificio de la piscina. Cuando estuvimos dentro, puse los vasos en hilera en el borde de la piscina mientras Catherine se desnudaba.

Después se acercó para ayudarme con mi ropa.

—¿Nadamos antes o después? —murmuró cuando estuve tan desnudo como ella.

—Durante —dije, cogiéndola, y nos fundimos dentro del agua en un abrazo cálido.

Un rato más tarde nos sentamos en el borde de la piscina con los pies en el agua. Sobre la superficie ondulada del agua flotaban hilos de vapor y la cascada, como el eco distante de un trueno, retumbaba suavemente en el extremo más alejado de la sala. La luna menguante pasó poco a poco a través de una claraboya.

—Es tan extraño este lugar por la noche —susurró Catherine—. Es como la entrada a algún mundo subterráneo donde siempre hay calor y silencio. Por eso susurro. Cuando estás en un lugar cerrado como éste, ni aun chillando te escucharían en el hotel.

—No chilles —murmuré, poniéndole la mano en la boca. Catherine ahogó una risita entre mis dedos. Cuando aparté la mano gritó, con un sonido agudo y corto que rompió el silencio y retumbó en las paredes.

—Perdona —susurró, y rió poniéndose la mano en la boca.

—Estás borracha, chica —dije, buscando otro vaso a tientas. El hielo se había derretido, pero lo vacié igualmente.

—¿No te parece maravilloso? —suspiró, apoyándose contra mí—. Te contaré un secreto.

—Entonces no será ningún secreto.

—No se lo dirás a nadie —dijo.

—Estoy demasiado borracho para acordarme.

—En invierno, cuando vengo aquí por la noche, salgo de la piscina, me voy corriendo afuera y me revuelco en la nieve, y después me vuelvo a meter corriendo en el agua.

—Eso lo sabe todo el pueblo —dije.

—Sí, hombre —dijo con voz sibilante, dándome una palmada suave en el pecho—. Lo tendrías que probar alguna vez. Es como renacer.

—Revolcarse desnudo en la nieve no es el concepto que yo tengo de una gran experiencia —dije.

—¡Mariquita!

—Seré un mariquita, pero al que se revuelca en la nieve se le congelan los huevos.

—Eres terrible —dijo—, excepto cuando eres maravilloso.

—Eso es lo que yo digo siempre.

—Te explicaré otro secreto, señor tremendo.

—Ya me he olvidado del anterior —dije.

—Eres el primer hombre con el que he venido aquí —dijo, mirándose los pies, mientras los removía en el agua—. El primero de todos.

—Me conmueves.

—No seas cínico —dijo—. Este lugar para mí es muy especial. —Se incorporó otra vez. A oscuras, las partes de piel sin broncear relucían y, al girarse hacia mí, tenía los pechos pálidos y luminosos como dos lunas pequeñas. Se debió de dar cuenta de que la miraba, porque se los tapó con las manos, muy morenas—. El cirujano plástico que me lleva dice que a partir de ahora tengo el cincuenta por ciento de posibilidades de éxito —dijo, con tono alegre—. También me recuerda la suerte que tengo de no haber tenido hijos. Trahearne no quiso que los tuviéramos, ¿sabes? —como yo no reaccionaba, añadió—: Teniendo en cuenta cómo han ido las cosas, tal vez tenía razón.

—Trahearne ya es suficiente criatura —dije.

—Trahearne es un gran artista —se apresuró a añadir— y si he hecho sacrificios, ha sido para ofrecerlos a su grandeza.

—Está bien —dije.

—No pareces muy convencido.

—Mira, le tengo mucho cariño al cabronazo —dije—, pero eso se lo dejaré decidir a la gente encargada de la grandeza y de todas esas memeces.

—C. W., a veces demuestras una estrechez de miras impropia —dijo.

—¿De pueblo, no?

—De pueblerino reconsagrado —dijo, riendo—. Maldito farsante —añadió—. Lo sé todo de ti. Trahearne me lo ha explicado todo. —No tenía nada que decir al respecto. Si Trahearne quería hablar con su ex mujer, era su ex mujer—. Yo no se lo cuento todo —dijo—, si eso te preocupa.

—Yo nunca me preocupo.

—Yo me preocupo por Trahearne —dijo, seria.

—Quizás es hora de que lo dejes correr —insinué.

—No, ahora me necesita más que nunca —dijo—. De eso puedes estar seguro.

—Desde luego.

—¿No estarás celoso, verdad?

—No lo creo —dije—. Soy un tipo con pocas necesidades y, si tú quieres hacer de niñera de Trahearne, eso es cosa vuestra.

—No exactamente —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Melinda —murmuró.

—Es verdad.

—Mira, me parece que aunque no estuviera con mi marido la odiaría —dijo Catherine serenamente.

—¿Estás celosa? —pregunté.

—No, sólo de la puñalada que me clavó.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando se trasladó aquí, al principio, en la época en que yo todavía intentaba ser generosa con todos, una tarde le propuse jugar a tenis —dijo Catherine.

—¿Y cómo fue?

—Me humilló, tanto en la pista como después, en el vestuario, cuando entramos dentro para nadar un poco —dijo Catherine—. Supongo que has visto ese cuerpo que lleva escondido bajo esa ropa ancha tan horrible, y te puedes imaginar cómo me hizo sentir cuando lo vi —entonces hizo una pausa—. No es que me lo enseñara. Hizo todo lo que pudo para esconderlo, tengo que reconocerlo, pero cuando estaba en la ducha la espí. Fue el momento más duro de todos mis momentos duros.

—Tú también eres una mujer muy bella —le dije.

—Es muy amable por tu parte —dijo—. Supongo que, además, en la cama ella es mejor que yo.

—No lo sé —dije.

—¿De veras? —me preguntó, sinceramente sorprendida—. Pensaba que era más bien generosa haciendo favores.

—No eres la única que lo piensa —dije.

—¿A que estás un poquito enamorado de ella?

—Puede que sí.

—Trahearne cree que lo estás.

—Puede que sí, puede que no —reconocí—. Ya no lo sé.

—¡Ostras!

—¿Qué?

—¿Estás lo suficiente sereno para que te pregunte algo muy importante?

—Claro.

—¿A ti te parece que ella lo dejaría, en las circunstancias adecuadas?

—De eso no sé nada —dijo—. Ella lo ama, pero cree que él ya no la quiere a ella. Podría ser que se largara, pero no sé cuáles podrían ser las circunstancias adecuadas.

—Piénsalo un momento —dijo—: en el bolso llevo tres talones. Uno de cuarenta mil dólares extendido al portador, otro de veinte mil a nombre de una tal señorita Betty Sue Flowers, y un tercero a tu nombre, de diez mil.

—No —dije. Me levanté y fui hacia la ropa.

—Escúchame —dijo, siguiéndome—, escúchame hasta el final. Ahora Trahearne trabaja, no bebe y tiene la posibilidad de vivir y trabajar durante el resto de su vida. Si ella vuelve para quedarse a vivir aquí, él morirá en un año. Eso debes saberlo.

—No —dije—. No quiero tener nada que ver con eso.

—Cuando vuelva de San Francisco, Trahearne te pedirá que la recojas en el

aeropuerto de Meriwether —dijo Catherine, registrando su bolso— y tú lo único que tienes que hacer es convencerla de que vuelva a subir a ese avión o en otro, y que desaparezca de nuestras vidas.

—No.

—Te lo pido por favor —me imploró, alargándome un sobre blanco rectangular.

—Trahearne se limitaría a enviarme a buscarla otra vez —dije, sopesando el fino trozo de papel. Setenta mil dólares parecían tan ligeros como una pluma, pero eran tan pesados que a duras penas podía sostenerlos. Golpeé suavemente mi escayola con el sobre, que después de mojarla dos veces ese día se desmenuzaba—. Se limitaría a enviarme a buscarla otra vez.

—Pero si tardaras mucho tiempo en encontrarla, lo bastante para que acabara el nuevo libro —dijo—, entonces ya no tendría importancia. —Como yo no contestaba, añadió—: Ojalá pudieras leer el principio de su libro. Es precioso, y entenderías por qué es tan importante.

—No puedo hacerlo —dije, intentando devolverle el sobre.

—Sólo piénsatelo —murmuró—. Quédate el dinero y piénsatelo. Eso sí que me lo debes.

—Supongo que sí —dije, dejando el sobre en el suelo y vistiéndome como pude—. ¿De quién es el dinero? —pregunté, al terminar de vestirme.

—¿Y eso qué importa?

—Puede que me importe.

—Edna y yo pusimos la misma cantidad.

—Me lo pensaré, pero sé que no lo haré —dije.

—Si no la convences —murmuró Catherine, arrojándose entre mis brazos—, será la muerte de Trahearne.

—No puedo —dije, escondiendo la cara entre su pelo mojado. Detrás del intenso olor clorado del agua de la cascada percibía el toque ligero de flores de su perfume.

—Si pudieras, todo sería tan sencillo... —murmuró en mi cuello— y si no puedes será tan horrible...

—Ya es horrible.

Volvimos a casa de Trahearne en silencio y, cuando Catherine me dejó, ni siquiera nos deseamos buenas noches. La vi dirigirse a la otra casa y aparcar el coche en el garaje más alejado, contemplé la progresión de las luces encendidas y después cómo se iban apagando a medida que atravesaba la casa. La luz del salón quedó encendida unos minutos, como si Catherine hubiera pasado un rato mirando otra vez los trofeos de guerra de Trahearne. Después el piso de abajo quedó a oscuras y una luz difusa iluminó las ventanas del piso superior, como si alguien hubiera encendido la luz del pasillo. Cuando me iba, había claridad en las dos ventanas del piso superior y vi las sombras de las dos mujeres moviéndose cada una detrás de su cortina respectiva. La

abuela se había sentado en el piso de abajo a oscuras entre los restos de esa antigua guerra. Me subió un escalofrío por el espinazo y fui a la camioneta, abrí la puerta y me metí a gatas para dejar el sobre en la caja de las armas, al fondo de la caja de las herramientas. Después me fui a la cama, antes de que se pasearan por mi mente los pensamientos más disparatados.

Catherine, sin embargo, tenía razón en algo: al cabo de dos días Trahearne me pidió que fuera a recoger a Melinda con el coche, para no saltarse ni un día de trabajo.

Cuando Melinda bajó por la rampa, casi no la reconocí. Llevaba un traje chaqueta de color melocotón oscuro, y volvía a tener el pelo rubio, corto pero uniforme, sin enredos, e incluso llevaba un toque ligero de maquillaje. Cuando, con pasos enérgicos, atravesó el asfalto y las puertas de la terminal, todo se detuvo en el aeropuerto, y todo el mundo la miraba. Además, llevaba unas botas de cuero nuevas, de tacones altos, y no tuvo que ponerse de puntillas para darme un abrazo y el beso con el que me saludó.

—¿Qué te parece mi nueva imagen? —preguntó, con una sonrisa tan cálida y deslumbrante que casi me cegó.

—Dios mío —murmuré.

—Gracias —dijo, aceptando el cumplido como si le pareciera que se lo merecía—. ¿Cómo estás?

—Muerto de deseo —confesé.

—Gracias otra vez —dijo serenamente, y a continuación se puso el bolso en el hombro y se dirigió hacia la cinta para recoger el equipaje. Dos maletas de cuero a juego fueron a parar a la cinta transportadora. Melinda me las señaló con la cabeza y las recogí.

—¿Qué demonios llevas ahí? —refunfuñé.

—Una vida nueva —dijo, todavía sonriendo.

La seguí hacia la camioneta, apresurándome para seguir ese paso nuevo y confiado. Incluso desde atrás se la veía feliz. Cuando abrió la puerta del coche, Fireball se lanzó a saludarla. Si hubiera estado mucho más excitado habría rodado sobre el lomo y se habría meado encima como un cachorro. Tal como estaba, se puso a botar a su alrededor y estuvo ladrando y babeando hasta quedarse sin aliento.

—Por lo visto, nuestro Fireball MacRoberts se ha recuperado —dijo, arrodillándose para acariciarle las orejas rechonchas.

—Roberts —dije, tirando sus maletas en el maletero.

—¿Qué? —preguntó.

—Fireball Roberts —dije—, no MacRoberts.

—Tanto da —dijo con alegría, y estuve de acuerdo.

—Casi me da miedo preguntarte cómo te ha ido —dije, cuando arrancamos.

—Invítame a una cerveza y te lo explicaré —dijo, abriendo la nevera, colocada entre los asientos, y abrió dos cervezas. Me pasó una y a continuación se bebió la mitad de la otra de un solo y largo trago, con un movimiento fluido de los músculos de la garganta, y dijo—: ¿Cómo tienes la mano?

—Todavía la tengo mal —respondí, dando un golpe en el volante con la escayola destrozada.

—¿Cómo te lo hiciste? —preguntó.

Me había equivocado al suponer que lo sabía pero, por lo visto, Trahearne no se lo había explicado. Si él no se lo había dicho, estaba claro que yo no se lo diría.

—Cosas que pasan —dije.

—Bien, si quieres hacerte el misterioso... —dijo. Rió y alzó la cerveza otra vez. Una vez acabada, estrujó la lata como si fuera papel de seda, la tiró detrás del asiento y buscó otra—. ¿Estás a punto?

—Todavía no —dije, levantando la cerveza casi llena—. ¿Qué hiciste allí?

—No sé por dónde empezar —dijo—; han pasado tantas cosas maravillosas... En Ghirardelli Square encontré una galería y mi obra les gustó lo suficiente para organizar una exposición, que se vendió entera en tres días; ¿no te parece increíble? Y envié el resto de las obras a un local de Los Ángeles, de manera que eso ya está arreglado.

»Después fui a ver a los fantasmas del pasado. Rosie y yo cogimos una borrachera impresionante, nos peleamos de mala manera y nos tiramos la una en los brazos de la otra llorando y riendo —dejó de hablar un momento para poder reír atolondradamente—. Fui a ver al señor Gleeson y encontré a un viejo imbécil y penoso. Después pasé por casa del pobre Albert sin avisar y hasta que no se hubo tomado dos Valiums y un whisky escocés enorme no dejó de tartamudear. Perdoné a ese mal nacido por haber sido un mal nacido y, ¿sabes qué hizo?

—No, pero me lo imagino.

—Se me puso blandito —dijo— y, como lo ignoré y me reí en su cara, el muy desgraciado se puso a llorar y fue corriendo al piso de arriba a ver a su fríe cerebros. Me encantó. —Se rió otra vez y a continuación hurgó dentro de su bolso. Sacó un sobre blanco largo, y yo me puse a jugar con la lata de la cerveza, pero me dio un golpe en el pecho con el sobre—. Cinco mil dólares en efectivo —dijo—. ¿Te encargarás de que Hyland los reciba?

—De acuerdo —dije tartamudeando.

—Un pago inicial para una vida nueva.

—Melinda... —empecé a decir.

—Betty Sue —me interrumpió en voz baja—. Betty Sue Flowers. Es un bonito nombre.

—A mí siempre me lo ha parecido —dije.

—¿Cómo está Trahearne? —preguntó—. Por teléfono no tenía mucho que decir.

—Tiene los codos pelados y no los levanta —dije, por decir algo.

—Lo que sí que ha dicho es que eres una niñera excelente. ¿Verdad que te quedarás tanto tiempo como te necesite?

—Supongo que sí —dije—. A no ser que quieras huir conmigo.

—No seas tonto —rió, satisfecha, dándome una fuerte palmada en el muslo—. Acabo de regresar a casa.

Cuando llegamos a casa, Betty Sue saltó de la camioneta y subió corriendo las escaleras hacia la puerta principal. Fireball y yo la seguimos poco a poco —yo intentaba ser educado y él practicaba su puntería— pero nos esperó en la puerta, con un dedo entre los labios suaves.

—Está trabajando —susurró.

—De acuerdo —dije, al dejar sus maletas en el suelo—, me parece que esta tarde iré a pescar. Así podrás estar sola con el gran hombre.

—No seas malo —dijo, tímida—, y no hace falta que te vayas.

—De todas formas, me voy —repliqué, y le dije a Fireball—: vamos a por una trucha —pero se quedó sentado a los pies de Betty Sue con aire imperturbable—. ¿Vigilarás al perro? —pregunté a Betty Sue.

—Me vigilará él a mí —dijo—. Que te lo pases bien.

—Tú también —respondí, intentando ser sincero.

Cuando iba hacia la camioneta, bajo el calor del sol de finales de verano, un poco de aire frío y seco me hizo cosquillas en la nariz. Pronto vendría el otoño, pensé, y otro invierno de los de Montana no tardaría en aparecer. Cada otoño pensaba ir hacia el sur, a San Francisco, y renovarme mi licencia de pesca de California, pero no iba nunca. Quizás este año sería el bueno. Pero de momento sabía que en las montañas cercanas a Cauldron Springs había un lago pequeño cerca de la carretera, Moondog Lake, donde las truchas amaban a los gusanos, un lugar donde perder una tarde mirando cómo el trozo de corcho se movía con el chapoteo del agua mecida por el viento.

Bajé hasta la autopista y giré a la derecha, para alejarme del pueblo, pero el Porsche de Catherine me alcanzó antes de que llegara a la primera cuesta. Me paré en el arcén de la carretera, aparqué y bajé del coche.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Catherine, acercándose para ponerse a mi lado.

—No hemos hablado.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Todo este plan es... es terrible —dije—. No puedes pensar que la gente hará este tipo de cosas por dinero.

—¿Por qué no?

—Hay más cosas que el dinero —dije.

—Por eso Edna y yo estamos dispuestas a poner tanto dinero.

—Bien, pues tendrás que encontrar a otro que lo haga —sentencié—. O hacerlo tú misma.

—Eres el único que puede hacerlo —susurró— y, si no lo haces, tú serás responsable de lo que pase.

—A veces tengo la terrible sospecha de que todo ha quedado fuera de mi alcance desde el principio —dije—, o sea que la culpa no puede ser mía. Pero, ni que lo fuera, no pienso intentar sobornarla para que deje al hombre que ama.

—Si lo amara, Sughrue, lo dejaría gratis.

—Betty Sue no...

—Ah, ahora se llama Betty Sue —me interrumpió Catherine—. Qué interesante.

—Es su nombre.

—Dice mucho de ella —dijo Catherine, irónica.

—Mira —dije, yendo a la parte trasera de la camioneta para abrir el maletero—, te devolveré los malditos talones y después me lavaré las manos de todo este lío.

—Ahora es tu responsabilidad —dijo.

Volvió a su coche corriendo y se alejó sin que yo hubiera podido subirme ni a la camioneta.

—Y un huevo —tosí por el polvo que dejó tras de sí su coche.

No me fui del Moondog Lake hasta que fue oscuro, o sea que no cogí la carretera a casa de Trahearne hasta casi la medianoche. Como las luces todavía estaban encendidas, fui al pueblo a tomar una copa y después regresé para mirar otra vez. Esta vez las luces estaban apagadas. Subí la avenida, aparqué y entré en la casa por la puerta del sótano. Mientras me preparaba una copa, la casa estaba en silencio. Encendí el televisor y busqué la película nocturna de Spokane, esperando aventuras o un romance. *El árbol del ahorcado* o *Duelo en la alta sierra*. En cambio, encontré *La caída del imperio romano*, que me ayudó a dormir. De vez en cuando me despertaba a causa de un ataque bárbaro, con la voz de Christopher Plummer rechinando, o veía los pechos de Sofía Loren contra la pequeña pantalla, y luego regresaba a un sueño incierto.

Me despertó el ruido de un disparo y el recuerdo inmediato del chillido que lo había precedido. Eché un vistazo al televisor, pero un joven agresivo me incitaba a comprar una camioneta nueva de entre los millares que tenía. A continuación se oyó retumbar otro tiro por toda la casa. Al estar cerca del pasillo, oí ruido de cristales rotos en el lavabo. Corrí a mi habitación a buscar la pistola del 38, volví a salir y subí corriendo las escaleras hacia el piso principal, oyendo los gruñidos y los golpes secos de una pelea. Cuando atravesaba la cocina a oscuras, retumbó otro disparo. Me tiré sobre la alfombra del salón y rodé hasta quedar bien situado para disparar con la izquierda, detrás de la tumbona de Trahearne.

La luz de la mesa del estudio estaba encendida pero la habían tumbado de un golpe e iluminaba el pasillo, y me enfocaba directamente a los ojos. Detrás pude ver

siluetas entre las sombras que se peleaban y luchaban por hacerse con la automática del 45, que se disparó otra vez. Un estante lleno de libros se cayó. Disparé al techo y grité «¡quietos!», pero nadie me hizo caso. Al embestir contra la puerta percibí un puñetazo contra un cuerpo blando y Betty Sue vino hacia mí tambaleando. La aparté y me agaché ante la puerta. Cuando Trahearne la atravesó como un toro, le di un golpe en el cuello con la culata del 38, y otro mientras caía. Al caerse, agitó su pistola hacia mí, pero se la arranqué de la mano de un escayolazo. Trahearne fue a parar al suelo inconsciente y con un eructo soltó un pequeño charco de vómito que olía a whisky puro. Recogí el arma, la descargué y la tiré en su tumbona.

—¿Está bien? —dijo Betty Sue jadeante a mi lado.

—Está vivo —dije, después de arrodillarme para controlarle el pulso, que le latía con tanta fuerza como el de un oso—, pero está borracho. ¿Tú estás bien?

—Sólo me ha dejado sin respiración —jadeaba y resoplaba—. Nada más —se acercó para arrodillarse a mi lado—. Ayúdame a meterlo en la cama.

—De acuerdo —dije, colocándome el arma del 38 en el cinturón—. Me alegro de no haber tenido que disparar a nadie —añadí—. Con la mano izquierda soy muy malo.

—Ayúdame —contestó, y entre los dos lo pusimos más o menos derecho haciendo palanca y lo llevamos a la habitación. Al dejarlo caer en la cama se despertó para decirnos que no necesitaba que lo ayudáramos, pero se durmió antes de que pudiéramos discutir el tema—. Gracias —dijo Betty Sue, que todavía respiraba agitada y profundamente.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Necesito una copa —contestó, saliendo de la habitación.

—Yo también —dije, siguiéndola.

Pero tampoco quiso hablar conmigo en el salón. Serví whisky en dos vasos y le alargué uno.

—¿Me puedes dar un cigarrillo? —dijo. Encendí dos, ella me cogió uno, dio una calada y tosió.

—Quizá será mejor que te sientes —propuse.

—Afuera —dijo, y la seguí otra vez.

Me apoyé en el marco de la puerta y mientras tanto Betty Sue iba arriba y abajo, llevándose el cigarro y el whisky a la boca hasta que se los terminó. Cuando volví a entrar dentro me di cuenta de que las luces de la casa de la madre de Trahearne estaban encendidas. Deseé que no hubieran oído los disparos. Regresé afuera y serví otro trago a Betty Sue.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No estoy segura —dijo, con un hilo de voz—. Cuando esta tarde Trahearne ha terminado de trabajar, hemos ido al pueblo a cenar y ha empezado a beber: ha dicho

que no pasaba nada, que lo teníamos que celebrar, que él acababa de terminar una parte y yo había llegado a casa. Y no ha pasado nada. Estaba muy en forma, de muy buen humor, bromeando...

—¿Hasta que...? —inquirí, al callar ella.

—Hasta que nos hemos ido a la cama —se sonrojó y se abrazó para protegerse del aire frío de la noche, tapándose el cuerpo con la camisa de dormir—. Finalmente cayó rendido y supongo que yo también me he adormecido —dijo—. Cuando me he despertado él no estaba. He ido abajo para ver si estaba en el estudio trabajando (a veces lo hace, cuando no puede dormir). Estaba en el estudio. Tenía... tenía la pistola apuntándose a la cabeza. Sostenía el arma y me miraba fijamente. Ha sido casi como si me desafiara a obligarlo a apretar el gatillo. No sé... Recuerdo que he chillado y, después, nos hemos puesto a pelear por la pistola. Y nada más...

—Intenta calmarte —la interrumpí al ver las luces azules del coche del sheriff que salía de Cauldron Springs como un rayo en dirección al desvío a casa de Trahearne.

—¿Por qué? —estaba a punto de llorar.

—Porque viene la policía —dije.

—¿Qué tengo que decir?

—No digas ni una palabra —dije—. Siéntate en la tumbona y, cada vez que alguien te pregunte algo, te pones a llorar. ¿De acuerdo?

Se lo tomó a rajatabla, se dejó caer en la tumbona y empezó a sollozar en voz alta. Entré en la casa, encendí las luces de la entrada y después me quedé esperando bajo esa claridad con las manos vacías, mientras el coche del sheriff se detenía derrapando al pie de las escaleras. El oficial salió del coche y se inclinó contra el capó, apuntándome con su revólver.

—¡Dispárenle! —gimió una voz que venía del arroyo—. ¡Ha matado a mi niño! ¡Mátenlo! —la vieja salió de entre las sombras, arrastrando a Catherine, que intentaba retenerla—. ¡Mátenlo! —gimió otra vez.

—El señor Trahearne se encuentra perfectamente bien —dije al policía que estaba detrás del coche—. Nadie se ha hecho daño.

—De rodillas, chaval —gruñó—; y ponte con las manos detrás de la nuca. —Ni siquiera me preocupé por vacilar. Mientras adoptaba esa posición, él salió de detrás del coche, subió las escaleras apuntándome con el arma en el tórax todo el rato—. Más fuerte —dijo, al ponerse detrás de mí—. Quiero verte los nudillos.

—Me rompí la mano derecha y la muñeca hace poco, oficial —dije, cuando me cogió los dedos y un puñado de pelo. Me dio unos golpecitos y suspiró en mi oreja arrancándome la pistola del 38 del cinturón.

—Ponte derecho —mandó, esposándome la muñeca izquierda. Cuando estuve derecho, me la puso detrás, me aferró la derecha y me la esposó por encima de la escayola.

—Tranquilo —dije, tan calmadamente como pude—. Le he dicho que no ha pasado nada. No hay ningún motivo para que me vuelva a romper la muñeca.

—¡Mátelo! —chilló la abuela otra vez, subiendo las escaleras a gatas como un cangrejo herido. Catherine ni siquiera intentó retenerla.

—Decidle a esa vieja bruja que se calle —dije a nadie en concreto.

—Cierra el pico, chaval —dijo el policía dando un tirón a las esposas—. El sheriff vendrá enseguida —añadió, y volvió a dar un tirón a las esposas, como si yo no tuviera la alineación de los hombros a su gusto.

—Su niño está sano y salvo, durmiendo la mona —dije a la vieja, que subía cojeando y enseñándome las encías.

—Te he dicho que te calles —dijo el policía, y a continuación hizo el número con mis brazos otra vez.

—No vuelva a hacerlo —dije pacíficamente.

Rió y lo hizo de nuevo. Hay gente que no aprende nunca, sobre todo los polis rurales. Nunca tienen bastante actividad para mantenerse en forma. Agarré el pesado cinturón de cuero del policía con la mano izquierda para acercármelo, después le pisé fuerte el empeine del pie derecho, le aplasté la nariz con la cabeza y le di un golpe con la cadera. Mientras reculaba tambaleándose, intentando coger el revólver de la pistolera, me giré y le di una patada en la entrepierna con tanta fuerza que fue a parar al suelo en posición fetal, pero le abrí los brazos con los pies, me arrodillé encima y me senté en su pecho.

—No me has escuchado —le dije.

Giró la cabeza hacia un lado y escupió sangre. Detrás de mí oí refunfuñar y unos pies arrastrándose en el suelo. Catherine tenía a la mujer bien agarrada. Por la sonrisa de su cara, supuse que Catherine había decidido que después de lo que le había hecho al adjunto estaría un rato sin moverme. Betty Sue estaba sentada en la tumbona con la boca abierta como si se hubiera quedado a medio sollozar.

—Eh —le dije—, cógele las llaves a este palurdo y abre las esposas.

Sin decir nada, se limitó a hacerlo.

—En serio que está bien —le dije a la madre de Trahearne cuando Betty Sue me hubo quitado las esposas—. Sólo se ha emborrachado y ha decidido volver a decorar su estudio con una pistola del 45, nada más.

—¿De veras? —preguntó Catherine alzando una ceja.

—Lleva a su madre al dormitorio para que lo vea ella misma —dije, mientras cogía el revólver del policía y lo descargaba. Las dos mujeres se miraron y entraron en la casa—. Eh —dije a Betty Sue—, ¿podrías traerme una toalla y un cuenco con hielo? —Cuando se fue dentro de la casa, me levanté y solté al policía—. ¿Lo has oído? —pregunté. Asintió con la cabeza y se arrastró hacia la tumbona—. ¿Quieres quedar como un imbécil cuando llegue el sheriff?

—El imbécil eres tú, hijo de puta —dijo entre dientes—. Espera a que te encierre en una celda.

—¿Te crees que conservarás el trabajo después de que el sheriff sepa que un detenido esposado te ha cogido el arma?

El policía rió, socarrón.

—Es mi tío.

—Pero Roy Berglund no es estúpido —dije—. Tanto si eres el sobrino como si no, te echará cagando leches. No se gana votos contratando parientes que sólo saben hacer el imbécil.

Se lo pensó un par de minutos, el rato suficiente para que disminuyera el dolor en su herido orgullo y en el paquete, y después me miró y me preguntó:

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Que a fuerza de regar el césped —dije, y él siguió mirándome fijamente—, las malditas escaleras siempre están mojadas y resbaladizas como mierda de lechuga.

—Malditas escaleras —refunfuñó, y por fin sonrió y se secó la sangre de la cara.

Betty Sue trajo un cuenco con hielo y dos trapos. Se los pasé al policía y después fui a poner en marcha los aspersores. Después nos sentamos a esperar al sheriff. Todos, excepto Edna Trahearne, que se fue a casa furiosa.

Roy Berglund tenía pinta de sheriff. Era alto, rubio, con unos ojos de un azul cristalino y los rasgos marcados. Por lo que sabía, no era ni estúpido ni corrupto. Sin embargo, desempeñaba un cargo político y estaba más pendiente de su aspecto que de cómo hacía el trabajo. Y el uniforme le sentaba de miedo. Antes de venir con dos adjuntos más y un forense, se había dedicado a ponerse un uniforme bien limpio. Pasó entre los aspersores y subió las escaleras a zancadas, como un gigante, mientras los otros lo seguían como simples mortales que eran. Roy parecía deslumbrante hasta que puso el talón de la bota de cuero en el rellano mojado. Al patinar, movió furiosamente los brazos enormes como un molino de viento, intentando recobrar el equilibrio, y tiró al suelo a un policía de un revés. Betty Sue tuvo que ponerse a sollozar para ahogar las carcajadas y el policía sentado en la tumbona rió roncando al mismo tiempo hasta que le empezó a salir sangre de la nariz otra vez.

—Apague el agua, maldita sea —gritó al adjunto que había tirado en el suelo. El sheriff Roy estaba enfadado. El ciudadano más importante, el hijo de la mujer más rica del condado, había sido vilmente asesinado y la dignidad del sheriff Roy había quedado perjudicada—. ¿A ver, qué pasa aquí? —preguntó.

—Lo siento pero ha habido un error terrible —dijo Catherine, que salió de la oscuridad, encargándose de la situación con total desenvoltura—. Edna Trahearne y yo hemos oído disparos y nos hemos imaginado lo peor. Hemos sacado una conclusión precipitada. —El sheriff Roy puso cara de perplejidad y de decepción—.

Mi marido, quiero decir, mi ex marido, estaba limpiando su pistola cuando se le ha disparado accidentalmente. Me alegra poder decir que nadie ha sido herido.

—Vaya —dijo el sheriff, estirándose el grueso labio inferior—. Muy bien. —A continuación se dirigió a su sobrino—: ¿Y a ti qué te ha pasado?

—Iba a llamarte por radio —refunfuñó— y he resbalado en las malditas escaleras.

—Vaya —dijo el sheriff de nuevo—. Bien, señora Trahearne, estoy muy contento de que nadie se haya hecho daño, pero tengo que redactar un informe. Sí pudiera pasar por la comisaría un día de éstos, se lo agradecería mucho.

—Por supuesto —contestó Catherine antes de que pudiera hacerlo Betty Sue.

—Terminemos con esto —dijo a sus adjuntos, y añadió, como si se le hubiera ocurrido de repente—: ¿Por qué no me acompaña hasta el coche, señor Sughrue?

—Claro —dije.

El sheriff esperó a que los otros se movieran y después me pasó un brazo por el hombro y me hizo bajar las escaleras.

—Vaya con cuidado y mire donde pisa, C. W. —dijo, con tono afable. De cerca vi que también se había dedicado a afeitarse—. A ver —dijo en voz baja cuando estuvimos al pie de las escaleras—, ¿qué ha pasado? ¿El abuelo ha querido enviarse al otro mundo a solas, no?

—Yo dormía —dije.

—Tranquilo —murmuró, acercándoseme todavía más—, queda entre nosotros dos.

—Ya, entre nosotros dos.

—Y nadie más.

—Pues entre nosotros dos, yo dormía —murmuré.

—No me tome el pelo, amigo —contestó—, o le pillaré y no le soltaré.

—Eso es cosa suya, sheriff.

—¿Qué le parece de tres a cinco años en el Deer Lodge por atacar a un agente del orden? —preguntó.

—Me parece que son de dos a diez —dije, pero tampoco lo sabía.

—De todas formas no le gustará. —Como no le contesté, probó otra táctica—. ¿Cómo es que no ha pasado por mi oficina para decirme que estaba trabajando en mi condado?

—No estoy aquí por trabajo —dije—. Sólo he venido de visita.

—Espero que no sea para mucho tiempo, amigo —añadió el sheriff; después me dio un golpe en el hombro y rió como si acabara de gastarme una broma—. Ni se le ocurra tirar una lata de cerveza en la cuneta —prosiguió.

—¿De verdad cree que le servirá de algo saber si Trahearne ha intentado volarse los sesos? —pregunté.

—A un hombre que lo tiene todo no le hacen falta regalos —dijo el sheriff por

encima del hombro, sin volverse—. Sé lo que ha pasado, pero no me importa. Simplemente no soporto que me mientan.

—Yo tampoco —dije.

El sheriff rió y se alejó.

—Nos veremos, Sughrue.

Después subió al vehículo y le ordenó a un policía joven que lo llevase a casa.

Volví a la entrada. Catherine estaba en las escaleras y Betty Sue sentada en la tumbona. Cuando las subía para ir hacia ellas, cansado, las dos me observaban.

—Betty Sue, ¿puedes dispensarnos un momento? —dijo Catherine sin mirarla.

—Claro —contestó ella, y entró en casa.

—Hablemos mañana —dije, al levantar el pie del último peldaño—. ¿De acuerdo?

—Mañana será demasiado tarde —dijo Catherine—. Habla con ella ahora.

—Me voy a dormir.

—No lo dudo —dijo, cuando yo ya estaba de espaldas.

Una vez dentro fui al bar para prepararme una copa. Cuando ya iba por la segunda apareció Betty Sue, que venía de la habitación. Se había cambiado y en lugar del camión de dormir llevaba la ropa ancha de antes.

—Me gustabas más de la otra manera —susurré.

No se molestó en contestar y se detuvo apoyándose en el marco de la puerta del estudio. La claridad intensa de la luz de la mesa le iluminaba con violencia su cara pálida y cansada.

—Deja que él arregle sus propios asuntos —le sugerí.

—No puedo —dijo—. ¿Y si tú hubieras hecho lo mismo conmigo?

—Eso es otra cosa —contesté, sin mucha convicción, pero Betty Sue ya había entrado en el estudio.

El ángulo de la luz fue descendiendo, y la línea de sombra se movió por encima de la alfombra en dirección a la puerta. La silla frente a la mesa chirrió, como si ella se hubiera sentado. Me serví otro whisky y salí afuera, apagando las luces de la salida al atravesar la puerta. En la almohada de la tumbona todavía estaba mi Airweight del 38, donde el policía la había lanzado. La descargué y me la metí en el bolsillo de detrás. Una rayita de luna como una grieta iluminaba el cielo nocturno. Al clavar los ojos en la oscuridad, oí a Fireball que gemía en el césped. Lo llamé y oí sus pasos lentos que rozaban el suelo al subir las escaleras. Se me acercó y se me subió al regazo con torpeza cuando me senté en la tumbona. La parte de atrás le temblaba muchísimo.

—Tranquilo —dije, acariciándole la cabeza—. A todo el mundo le dan miedo los disparos la primera vez. —El bulldog aulló y le acaricié el cuello hasta que dejó de temblar. Entonces lo dejé en el suelo y entré en casa de nuevo. Fireball me siguió, con

el hocico rozando mis talones. Betty Sue todavía estaba sentada delante de la mesa, con la cabeza entre las manos, inclinada sobre la pila de hojas amarillas mezcladas. Cuando me miró, sin embargo, tenía los ojos secos. Fireball se le acercó y ella se lo sentó en el regazo. Yo también me acerqué y me apoyé en la mesa.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—¿Qué he hecho mal?

—Nada.

—¿Pues por qué ha intentado matarse?

—No lo puede soportar, supongo.

—¿Soportar qué? —preguntó, secándose la nariz con el dorso de la mano.

—El amor y el perdón —murmuré.

—Me parece que lo voy a dejar —dijo en voz baja.

—Seguramente es lo mejor.

—¿Para quién?

—Para vosotros dos.

—Probablemente tienes razón —dijo—. Puede ser que sea lo mejor para todo el mundo.

—¿Adónde irás?

Betty Sue me miró durante largo rato y después contestó poco a poco:

—Llego diez años tarde, pero me voy a mi casa.

—Al menos sabré dónde encontrarte —dije.

—No —susurró—. No, por favor.

—Lo que tú digas.

—Y no te preocupes por Hyland ni por el resto del dinero —dijo—. Ya me encargaré de eso, de una manera u otra.

—¿De verdad que te vas? —pregunté.

—Sí.

—Espera un momento —dije, y fui a la camioneta para recoger los talones y sus cinco mil dólares en efectivo.

—¿Qué es eso? —preguntó, cuando le di el sobre.

—Míralo —dije.

—Dios mío —suspiró, al sacar los cheques—. ¿De Catherine?

—Y de su madre.

—Si lo necesitan tanto, supongo que se lo tengo que dejar —dijo, y me alargó los cheques y el dinero—. Devuelve los talones a Catherine y dale el dinero a Hyland —dijo—. Pagaré a mi manera.

Doblé los talones y me los volví a meter en el bolsillo, junto con los cinco mil en efectivo.

—Mañana por la mañana —dijo— iré al banco a cobrar el de cuarenta mil y

después cogeré el coche hasta Denver y lo dejaré a su disposición. Catherine se puede quedar tus cinco mil y los otros dos cheques.

—No, por favor —suplicó.

—Escucha —dije—, tú no eres la única que estás en esto: yo también estoy metido hasta el cuello.

—Perdona —dijo—. Dale las gracias a Catherine de mi parte... dile que le devolveré el dinero.

—Antes del amanecer ya me habré ido —dijo—. Tengo que poner unas cosas en las maletas y un poco de ropa, y después me voy.

—Yo me iré antes —dije.

—Ven aquí —dijo, y me acerqué a ella. Me pasó una mano por la nuca y acercó mi cara a la suya. Nuestros labios se tocaron ligeramente—. Gracias —murmuró—. Gracias por todo.

—Hazme un favor —le pedí, enderezándome.

—¿Qué?

—Cuando vayas a tu casa, llévate este maldito bulldog inútil.

—Gracias —dijo otra vez, sonriendo entre las lágrimas que empañaban sus ojos. Le acaricié la mejilla con los dedos de la mano rota y así la dejé.

Al hacer las maletas fui al lavabo a recoger mis efectos personales y encontré el gran espejo roto por el balazo que Trahearne había disparado en el suelo del estudio. Un gran trozo había caído y había hecho añicos el esbelto jarro de cerámica de la repisa, el que estaba decorado con los rostros de las mujeres solitarias. Rebusqué entre la mezcla de cristales y cerámica para coger un gran trozo con una cara de mujer. Lo miré largo rato y después lo volví a dejar en el estante y acabé de preparar la maleta.

Una vez cargada la camioneta, no sabía adónde dirigirme. De todas formas, enfilé el camino de grava hacia la carretera y después giré a la derecha, en dirección a las montañas. Cuando llegué a lo alto de la primera subida, detuve el coche y bajé, encendí un cigarrillo y abrí una cerveza. Las casas de los Trahearne estaban a oscuras, pero del estudio de Betty Sue, en la parte alta de la casa, salía la potente luz de un foco y detrás de las ventanas se movía arriba y abajo con rapidez la sombra de la mujer. En la oscuridad del valle, el estudio parecía una isla de cristal rodeada por un mar de aguas negras. Terminé el cigarrillo y la cerveza y después fui hasta Moondog Lake a esperar a que pasara la noche.

Al amanecer, el solitario zambullido matinal de un ave llenó el extremo más alejado del pequeño lago con un sonido obsesivo, como si alguien estuviera escarbando. Apagué a patadas mi exiguo fuego de campo y me dirigí a Cauldron Springs otra vez.

Cuando llegué al límite del pueblo, me detuve ante una cabina telefónica para llamar a Torres y le comuniqué que tenía el dinero. Después atravesé el pueblo, que ya se despertaba buscando un café.

Sin embargo, todo estaba cerrado. Rondé por el pueblo en vano, la única persona despierta era un viejo artrítico que iba arrastrando los pies desde un motel barato en dirección al hotel y las aguas de sus fuentes termales. Me paré para ofrecerme a llevarlo, pero rehusó diciéndome con voz rota que le hacía falta hacer ejercicio. Me alejé poco a poco, pasando por delante del hotel y, al girar, vi el Volkswagen de Betty Sue aparcado en el callejón de detrás del edificio de la piscina y de las pistas de tenis. Pasé de largo con los ojos clavados en el Volkswagen, di la vuelta y tomé la callejuela para aparcar detrás de su coche, cargado con sus cosas.

La puerta de atrás estaba abierta, y cuando me metí dentro del edificio de la piscina, la superficie del agua estaba completamente en calma, refulgente por una viscosidad luminosa gracias a las luces sumergidas, una claridad tan ceniza como la que entraba por las claraboyas. Me acerqué a la piscina y la llamé por su nombre, pero su cuerpo desnudo flotaba boca abajo en las aguas diáfanas, con el brazo

derecho envolviendo el cuerpo pequeño del bulldog, como si hubiera intentado protegerlo de las balas. Betty Sue tenía en mitad de la espalda tres agujeros negros muy juntos, y otro brillaba como un carbón detrás de la oreja de Fireball. Abajo, contra el fondo de la piscina, estaba el revólver del 45, plantado allí como un alga marina venenosa, y una nube de sangre, que la quietud del agua no podía disipar, rodeaba los cuerpos como un halo difuminado en torno a una luna oscura.

No era lo que quería hacer, pero tuve que hacerlo. Salí afuera para abrir la capota de El Camino y sacar el filtro del aire, donde escondí los talones y el dinero, y después volví a entrar dentro y pasé al hotel. El viejo que no había querido que lo llevara y un recepcionista todavía más cascado y viejo hablaban de sus enfermedades. Dejé que la conversación muriera de muerte natural y después le dije al recepcionista que llamara a la oficina del sheriff.

Lo primero que hizo el sheriff Roy fue, naturalmente, detenerme. Pasé dos semanas y tres días en la prisión de Logan County sin decir ni una palabra a nadie excepto a mi abogado defensor, y a él sólo le dije que no tenía nada que decir. Si los Trahearne no insistían, el fiscal del condado se quedaba sin caso, de forma que mantuve la boca cerrada y no insistieron. En cambio, Catherine y Trahearne vinieron una vez a verme. Nos sentamos en la punta de una mesa muy larga, con el fiscal en la otra punta. Trahearne parecía abatido, pero Catherine sonrió al decirme que no habría ninguna acusación contra mí.

—Gracias —dije.

—Les hablamos de esa gente de Denver —dijo Catherine— pero, evidentemente, todos tienen una coartada perfecta.

—Ese tipo de gente siempre la tiene —aseguré.

—¿Y el dinero? —preguntó, como sin darle importancia.

—En un lugar seguro —dije—. ¿Quieres que te lo devuelva?

—Te lo has ganado —dijo Catherine, sonriente.

—Muy bien —susurré.

Trahearne empezó a decir algo, pero Catherine alargó la mano para taponarle la boca con los dedos. Supuse que volvía a vivir en casa de los Trahearne y que lo animaba y lo protegía.

—Espero que haya merecido la pena —dije.

Me puse de pie y salí al pasadizo para llamar al carcelero.

Esa tarde, cuando salía del pueblo, el sheriff Roy se puso a seguirme de cerca. Me hizo luces y después, como no quise detenerme, encendió las luces azules parpadeantes. Ni siquiera moderé la marcha, ni cuando encendió la sirena y, quince kilómetros más allá del pueblo, desistió y me dejó en paz. Cuando se detuvo para dar la vuelta, yo también me detuve y reculé. Los dos salimos de nuestros coches y nos

encontramos a medio camino.

—Tiene mucho valor, amigo —dijo.

—Y usted tiene mucha cara —contesté.

—No quería que cometiera el error de volver para arreglar las cosas —dijo.

—¿Qué cosas?

—El culpable, o culpables, sigue siendo desconocido —dijo—. Dejemos que las cosas sigan así.

—Me han pagado más que a usted —dije, dirigiéndome hacia la camioneta.

—A mí no me han pagado nada —afirmó detrás de mí, y me lo creí.

Al estar en prisión me había perdido los funerales, pero cuando llegué a California vi las tumbas. Habían enterrado a Betty Sue con sus hermanos, en uno de esos cementerios modernos de buen gusto que son sólo césped y losas planas de mármol. Así el mantenimiento es mínimo. Pueden segar la hierba sobre las losas de las tumbas, exactamente sobre la carne putrefacta. Oney y Lester habían hecho un agujero en el cemento y habían enterrado a Fireball delante de la puerta del local de Rosie y después lo habían vuelto a tapar con cemento, sobre el que habían garabateado el nombre y las fechas, con letras torcidas.

La tarde que llegué a Sonoma, Rosie y yo estuvimos sentados en las escaleras de la fachada contemplando la tumba, con Lester y Oney a nuestro lado con unas cervezas que yo les había pagado.

—Id dentro, chicos —dijo ella, y así lo hicieron—. Gracias por todo —dijo.

—Lo siento —dije.

—Al menos la vi una vez —replicó—. Es mejor que nada. —Hizo una pausa para beber un trago de cerveza—. Me explicó... me lo explicó todo —dijo en voz baja— pero todavía no entiendo por qué tuvieron que matarla. Ella habría devuelto el dinero, lo sabes, o, si se hubieran podido esperar, su marido lo habría conseguido, me lo dijo cuando trajeron el cuerpo. No hacía falta que la mataran.

—No —repuse. Entonces se giró hacia mí y dijo:

—No creo que pueda volver a contratarte para que te ocupes de los de Denver, ¿verdad?

—No —dije—, no puedes contratarme y, de todas formas, no serviría de nada.

—El hombre que la mató seguramente ni la conocía... ni la conocía, ni sabía por qué... —tartamudeó, agachando la cabeza entre los brazos.

—Exacto —dije, dejándole pensar que había sido así.

—Todavía no lloraré —dijo, levantando la cabeza deprisa.

—¿Podrás hacerme un favor? —pregunté.

—¿Cuál?

—Tengo un dinero de Betty Sue —dije— y sé que querría que te lo quedaras tú.

—Saqué los cinco mil dólares del bolsillo trasero y se los alargué. Ya había enviado el dinero a Torres. Si le asustaba cobrar el talón, era su problema—. Demonios, ¿por qué no coges un avión y te vas a Hawai o a algún otro lugar? Yo podría llevar el local.

—Eso es pedir demasiado —dijo, golpeándose suavemente el muslo con el fajo de billetes.

—Hazlo —dije, con más rabia de la que hubiera deseado.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Segurísimo.

—Preferiría coger un avión a Oklahoma para ver a unos parientes —dijo con un hilo de voz.

—Quédate tanto tiempo como quieras —dije, y al final Rosie dejó que las lágrimas brotaran abundantemente. Cuando terminó se fue a la caravana a hacer las maletas y Lester y Oney cogieron mi camioneta para llevarla al aeropuerto de San Francisco.

Mientras ella estuvo fuera me encargué del local y pasé los días esperándolo.

Tardó una semana pero al fin, un jueves por la tarde, Trahearne apareció, atravesando la puerta principal como un oso borracho. Se detuvo el rato de intercambiar las expresiones de pésame de las tabernas con Lester y Oney y después se acercó con calma a la punta más alejada de la barra, donde yo lo esperaba. Mientras se subía a un taburete, fui a la otra punta de la barra y abrí dos cervezas para los colegas y una tercera para el viejo.

—¿Cómo va eso, hijo? —dijo, cuando me senté delante suyo.

—Mejor que a ti, viejo —dije.

—¿Por qué?

—Yo tengo la conciencia limpia.

—Sí, ya lo sé —dijo entre dientes—. Si no hubiera estado sin un céntimo, nada de esto habría ocurrido. ¡El hijo de puta de Hyland!

—¿Quién?

—Hyland —contestó—. Ese hijo de puta de Denver.

—Cuando salí de aquella casa, Hyland estaba muerto —dije.

Trahearne estuvo un momento sin decir nada y después dijo:

—Eso no lo sabes. Podría haberse escabullido de alguna manera. No lo sabes.

—Vi el cadáver, viejo.

—Pues debió de ser esa hija de puta tan alta y fea.

—Fue un hijo de puta alto y feo —dije—, pero no tuvo el valor de apretar el gatillo.

—¿Qué dices?

—Hizo que su mujer apretara el gatillo —dije.

—No te entiendo —susurró.

—Apretó el gatillo ella —dije—, pero tú le pusiste el arma en las manos. Y todo para nada. Betty Sue se había marchado, ya se había marchado.

—Venga ya, amigo, debes estar de broma —dijo Trahearne, riendo con voz sorda—. ¿Me dejas que te invite a una cerveza antes de irme? Tengo que volver a casa, ¿sabes?, a mi mesa de siempre. Como dijiste, me ponía demasiado lejos. Tómame una cerveza, hijo.

—Vete a casa —repliqué, arrancándole de cuajo la botella de la mano—. Lárgate, viejo.

—Venga, hijo, devuélveme mi cerveza —gimió.

La tiré al suelo, a mi lado.

—Muy bien, si te pones así me voy —dijo.

—Cuando llegues a casa —dije—, quiero que me hagas un favor.

—¿Cuál? —preguntó al ponerse derecho, enderezándose como alguien que estuviera herido.

—Espérame.

—No sé qué quieres decir —dijo, perplejo, moviendo la cabeza.

—Vete a casa y espérame —le dije—. Tengo un fusil de caza nuevo, una mágnium de 7 mm, y una tarde saldrás a la calle después de un día de garabatear y garabatear y te atravesaré las tripas con un trozo de plomo de 175.

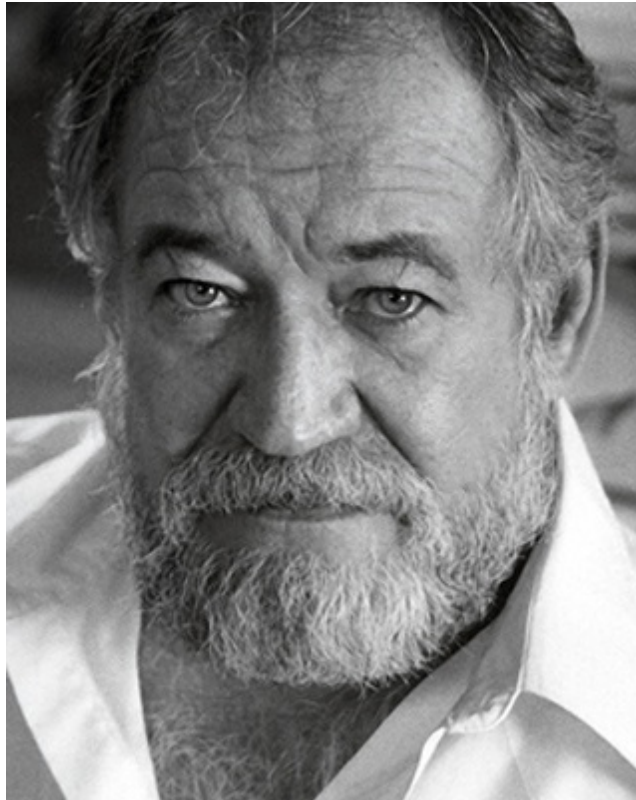
—Tú siempre de broma, Sughrue —dijo, alejándose de la barra tropezando.

—Vete a casa, viejo —dije—, vete a casa, espérame e intenta trabajar.

—Venga, hombre —suplicó el viejo, topando con la mesa de billar.

—Ya eres cadáver —dije—. Vete a casa antes de que empieces a oler.

Supongo que se fue a su casa. La última vez que lo vi salía del local de Rosie con gran rapidez, tropezando con la tumba de Fireball.



JAMES ARTHUR CRUMLEY. Fue un escritor americano (Three Rivers, 12 de octubre de 1939 - Missoula, 17 de septiembre de 2008). Se graduó en historia por la Universidad de Texas tras haber servido en el Ejército, especializándose en escritura creativa por la Universidad de Iowa con un relato sobre la Guerra de Vietnam. Entró a formar parte del claustro de profesores de la Facultad de Letras de la Universidad de Montana, donde compaginó su tarea docente con su pasión por la literatura.

James Crumley fue muy conocido por sus novelas de género criminal, entre las que destacan sus títulos más violentos y *hard boiled*, además de sus cuentos y ensayos sobre el género negro. Sus novelas *El último buen beso*, *El pato mexicano* y *The Right Madness* nos muestra a C.W. Sughrue, un ex-oficial militar alcohólico que se convierte en detective privado. En *The Wrong Case*, *Dancing Bear* y *The Final Country* el protagonista es otro detective privado, Milo Milodragovitch. En la novela *Bordersnakes*, Crumley une a estos dos detectives. Crumley dijo de estos dos detectives: «El primer impulso de Milo es ayudarte; el de Sughrue es dispararte en un pie».

A lo largo de su carrera, Crumley ganó premios como el Dashiell Hammett y sus novelas han sido citadas como inspiración por numerosos autores, tales como Michael Connelly, George Pelecanos o Dennis Lehane; y también por guionistas contemporáneos.